Yo era la chica que sobrevivió al Hombre Nada.
Ahora soy la mujer que lo va a atrapar...

EL HOMBRE NADA

Dos historias. Un asesino. Sin piedad.

CATHERINE
RYAN HOWARD

Rocaeditorial

El Hombre Nada

Catherine Ryan Howard

Traducción de
Santiago del Rey

EL HOMBRE NADA

Catherine Ryan Howard

DOS HISTORIAS. UN ASESINO. SIN PIEDAD.

YO ERA LA CHICA QUE SOBREVIVIO AL HOMBRE NADA.
AHORA SOY LA MUJER QUE VA A ENCONTRARLO.

Cuando tenía doce años, Eve Black fue el único miembro de su familia en sobrevivir al ataque del Hombre Nada. Casi dos décadas después, está obsesionada con encontrar al hombre que destruyó su vida. Jim Doyle, un guardia de seguridad de un supermercado, acaba de empezar a leer *El Hombre Nada*, las memorias sobre los crímenes reales que Eve ha escrito acerca de sus esfuerzos por localizar al asesino de su familia. Con cada página que lee, su rabia aumenta. Porque Jim era, es, el Hombre Nada.

Cuanto más lee Jim, más se da cuenta de lo peligrosamente cerca que está Eve de la verdad. Sabe que ella no se rendirá hasta que lo encuentre, así que no tiene más remedio que detenerla...

ACERCA DE LA AUTORA

Catherine Ryan Howard (Cork, Irlanda) es autora de varias novelas que han sido nominadas a los premios John Creasey, New Blood y al CWA Ian Fleming Steel Dagger. En 2019 su novela *The liar's girl* fue finalista del Premio Edgar a la mejor novela. Con *El Hombre Nada* Catherine alcanzó el número 1 de ventas en todas las listas del Reino Unido y los derechos se han vendido a más de catorce idiomas.

ACERCA DE LA OBRA

«Un libro dentro de un libro. El Hombre Nada coge la obsesión actual por el crimen real y los detectives aficionados y la envuelve en una trama apasionante para brindarnos uno de los misterios más ingeniosos del año.»
RTE Culture

«La reina de la ficción criminal de calidad ataca de nuevo: esta es la primera novela que leo que realmente capta los miedos y los giros del crimen real que nos obsesiona. Catherine Ryan Howard siempre ha sido increíblemente buena en lo que hace, pero está mejorando cada vez más con cada libro.»
Jane Casey

«Una idea muy inteligente, desde el concepto hasta la ejecución; no puedo pensar en otro libro como este. Tremendamente inteligente y arrollador.»
Sarah Hilario

«Aterrador, brillantemente tramado y extremadamente satisfactorio.»
Joan Spain

n.º 1 best seller del *Irish Times*.
n.º 1 best seller en Amazon.
Nominado al Premio CWA Ian Fleming Steel Dagger.
Nominado como el libro del año por el Post Irish Crime Fiction Book.
Entre las mejores novelas de suspense del año para *The Strand*.

Índice

Dedicatoria

El Hombre Nada

Agradecimientos

A John y Claire, que tienen que compartir,
porque poner a uno antes que al otro no sería justo.

Jim estaba haciendo su ronda. La cabeza alta, ojo avizor, los pulgares metidos en el cinturón. El peso de los objetos que llevaba enganchados allí —el móvil, un *walkie-talkie*, una linterna voluminosa— tiraba del cerco de cuero hacia sus caderas y le obligaba a caminar con pasos amplios, lo cual le gustaba. Cuando volvía a casa al final de la jornada y tenía que quitarse el cinturón, echaba de menos esa sensación.

El supermercado acababa de abrir hacía media hora y aún había más empleados que clientes. Jim dio una vuelta por la sección de Hogar y luego atravesó la de Moda Femenina hasta la de Alimentación. Al menos allí había algo de movimiento. A estas horas siempre veías a un puñado de jóvenes trajeados de veintitantos circulando a toda prisa por los pasillos, recorriendo las estanterías para localizar el cartón de leche de avena o la ensalada supernutritiva que buscaban, como si estuvieran participando todos juntos en una práctica de formación de equipos.

Jim observó sus rostros mientras pasaban disparados, sabiendo que ellos percibían la intensidad de su mirada.

Fue hacia la entrada, donde el supermercado comunicaba con el resto del centro comercial. Estudió durante unos minutos a la gente que entraba y salía. Revisó los carritos, pulcramente alineados en su compartimento. Hizo un alto junto a los cubos de ramos de flores envueltos en plástico para bajar la cabeza e inspirar profundamente, captando un tufillo floral con un fondo vagamente químico.

De uno de los cubos parecía estar filtrándose agua en el suelo. Jim se sacó la radio del cinturón y dio el aviso.

—Hay que limpiar junto a las flores. Un cubo suelta agua. Corto.

Aguardó hasta que sonó un crepitar de interferencias y la respuesta de una voz arrastrada y aburrida.

—Recibido, Jim.

A esa hora de la mañana le gustaba echar un vistazo furtivo a los titulares. Echó a andar hacia los periódicos, pero antes de llegar captó con el rabillo del ojo la imagen de alguien agazapado tras el expositor de tarjetas de felicitación, a unos cinco metros a su derecha.

Jim no reaccionó, al menos exteriormente. Siguió adelante, caminando hasta el extremo de los estantes de periódicos para ver de frente el expositor de tarjetas. Cogió un periódico al azar y lo sostuvo ante sí. Examinó la portada un segundo y luego alzó la mirada.

Una mujer. Tenía el aspecto adecuado para esta hora de la mañana. Gabardina desabrochada, bolso de cuero grande colgado del brazo, zapatos elegantes pero prácticos. Una mirada agobiada. Una joven profesional de camino al trabajo, tratando de borrar un ítem de su interminable lista de tareas antes de dirigirse a la oficina para solventar otras tantas; o tal vez eso era lo que quería aparentar. Tenía algo bajo el brazo izquierdo. Jim pensó que podía ser un libro.

Un ding dong interrumpió el tenue hilo musical que sonaba en el supermercado para dar paso a una resonante voz impersonal que llamó a una tal Marissa al sector de las Flores: «Marissa, a Flores, por favor. Marissa a Flores».

La mujer cogió una de las tarjetas de felicitación y la examinó como si fuera lo más interesante que hubiera visto en su vida.

Jim mantuvo el periódico alzado. Si ella miraba hacia él desde ese ángulo, vería su pelo gris y sus manos con manchas de la edad, pero no la placa de identificación que tenía en el bolsillo de la camisa, donde ponía SEGURIDAD con relucientes letras rojas.

De repente, a la mujer se le escurrió el libro que llevaba bajo el brazo. Jim vio cómo caía al suelo con un golpe seco y cómo se agachaba ella para…

EL HOMBRE NADA

Las palabras estaban impresas con letras de un tono amarillo chillón sobre una lustrosa cubierta negra.

Mientras la mujer se agachaba y lo recogía, Jim vio que esas tres palabras figuraban también en el lomo.

Repentinamente, la sangre acudió a sus oídos en una oleada furiosa, llenando su cabeza de un ruido de fondo. Un ruido con un ritmo subyacente, semejante a un cántico.

EL HOMBRE NADA. EL HOMBRE NADA. EL HOMBRE NADA.

Jim apenas registró vagamente que la mujer ahora le estaba mirando. Podía

dar la impresión de que él la miraba a ella, pero lo que pasaba en realidad era que no podía apartar los ojos del libro. Se había quedado clavado en el sitio, ensordecido por ese cántico que no dejaba de aumentar de volumen y que estaba a punto de convertirse en el aullido de una sirena.

EL HOMBRE NADA. EL HOMBRE NADA. EL HOMBRE NADA.

La mujer lo miró con el ceño fruncido y luego se alejó hacia las cajas registradoras.

Jim no la siguió para comprobar que iba a pagar el libro, cosa que habría hecho en circunstancias normales. Por el contrario, dio media vuelta y echó a andar en la dirección opuesta hacia el pasillo donde se encontraban los materiales de escritorio, un pequeño surtido de muñecos infantiles y los libros.

«Es ficción —se dijo—. Tiene que serlo.»

Pero ¿y si no lo era?

No tuvo que buscar. El expositor ocupaba tres estantes enteros. Cada ejemplar colocado de frente. Un coro oscuro gritándole.

Señalándole.

Acusándole.

Ayer no estaban ahí, de eso estaba seguro. Debían de haber entrado durante la noche. Tenía que ser un libro nuevo, probablemente lanzado esa misma semana. Se acercó para mirar el nombre del autor.

Eve Black.

Para él, ese nombre era el de una niña de doce años con un camisón rosa que desde lo alto de la escalera escrutaba las sombras que había a sus pies, diciendo con tono vacilante: «¿Papá?».

No. No podía ser.

Pero así era. Lo decía en la cubierta.

El Hombre Nada: la búsqueda de la verdad de una superviviente.

Jim sintió que se expandía en su interior una oleada de calor. Sus mejillas se sonrojaron. Sus manos empezaron a temblar, debatiéndose entre dos fuerzas contrapuestas: el deseo de coger el libro y el instinto primitivo que trataba de impedírselo.

«No lo hagas», se dijo a sí mismo, mientras alargaba el brazo y cogía uno de los ejemplares de la estantería.

La cubierta, de tapa dura, era suave y lustrosa. Pasó las yemas de los dedos por el título, sintiendo que las letras ascendían al encuentro de su piel.

El Hombre Nada.
Su otro nombre.
El que le habían dado los periódicos.
Nadie sabía que era él.
Jim le dio la vuelta al libro:

Entró de noche en la casa. Cuando salió, solo ella había sobrevivido… Eve Black, la única superviviente del peor y último ataque del Hombre Nada, indaga a fondo en la historia del monstruo que aterrorizó Cork City. Busca respuestas. Le busca a él.

Después de tanto tiempo…
Esa pequeña zorra de mierda.
Jim abrió el libro. El lomo crujió ruidosamente, como un hueso.

EL
HOMBRE NADA

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD DE UNA SUPERVIVIENTE

EVE BLACK

IVEAGH PRESS

Publicado por primera vez en el Reino Unido e Irlanda por Iveagh Press Ltd, 2019

Copyright © 2019 Eve Black

IVEAH PRESS IRELAND LTD
42 Dawson Street
Dublín 2
República de Irlanda

El tema tratado en *El Hombre Nada* apareció primero en el artículo «La Chica Que» publicado por el *Irish Times*.

La autora y los editores han hecho todo los esfuerzos razonables para contactar con todos los titulares de copyright con el fin de solicitar su permiso, y se disculpan por cualquier omisión o error en los créditos. Pueden introducirse correcciones en próximas impresiones.

El derecho de Eve Black a ser identificada como autora de esta obra ha sido establecido de acuerdo con la Sección 77 de la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

Hay un registro de catalogación de este libro disponible en la Biblioteca Británica.

ISBN: 987-0-570-34514

A Anna,
y a todas las víctimas cuyos nombres
tendemos a olvidar, o ni siquiera conocemos.

LAS VÍCTIMAS

Alice O'Sullivan, 42
Agredida en su casa de Bally's Lane, Carrigaline,
condado de Cork, la noche del 14 de enero de 2000.

Christine Kiernan, 23
Asaltada sexualmente en su casa de Covent Court, Blackrock Road, Cork, la noche del 14 de julio de 2000.

Linda O'Neill, 34
Violentamente agredida y asaltada sexualmente en su casa de las afueras de Fermoy, condado de Cork, la noche del 11 de abril de 2001.

Marie Meara, 28, y Martin Connolly, 30
Asesinados en su casa de Westpark, Maryborough Road, Cork, la noche del 3 de junio de 2001.

Ross Black, 42, Deirdre Black, 39, y Anna Black, 7
Asesinados en su casa de Passage West, condado de Cork, la noche del 4 de octubre de 2001.
La autora fue la única superviviente.
Tenía doce años.

Nota sobre las fuentes

Suele decirse que hay tres versiones en cada historia: la tuya, la mía y la verdad. En el momento de escribir estas líneas, el Hombre Nada no ha contado aún la suya. Las transcripciones, los informes, las grabaciones y las entrevistas personales son tan fieles a los hechos como resulta posible, y me he basado exclusivamente en esas fuentes para documentar este libro. Me he esforzado al máximo para contar las historias de otras personas —las de sus víctimas, las del hombre que intentó detenerlo— con la mayor exactitud. Pero esta es también mi propia historia. He hecho todo lo posible para contártela como me la cuento a mí misma. Esto es, creo, lo máximo que podemos acercarnos a la verdad.

INTRODUCCIÓN

La Chica Que

Cuando nos conocemos, yo seguramente me presento como Evelyn y digo: «Encantada de conocerte». Me paso el vaso a la otra mano para estrechar la que tú me has tendido, pero lo hago con torpeza y acabo salpicándonos a los dos con unas gotas de vino blanco. Me disculpo, quizá me sonrojo avergonzada. Tú agitas una mano y dices que no, que no importa, pero yo veo que echas un vistazo a tu camisa, que seguramente has mandado a la tintorería para la ocasión; estás intentando evaluar el estropicio disimuladamente. Me preguntas a qué me dedico y yo no sé si me siento decepcionada o aliviada por el hecho de que la conversación vaya a prolongarse. Digo: «Ah, un poco de todo», y te pregunto a qué te dedicas tú. Mientras me lo explicas, yo murmuro «hmm» varias veces con educado interés. Luego se hace un silencio: nos hemos quedado sin gasolina. Uno de nosotros se apresura a utilizar la última carta que queda a mano: «¿Y tú de qué conoces a…?». Nos explicamos los vínculos que tenemos con el anfitrión, buscando conexiones. Seguramente encontramos algunas. Dublín es muy pequeño. Nos agarramos a otros temas: la cantidad de gente que ha venido, ese pódcast con el que todo el mundo está obsesionado, el Brexit. La habitación resulta sofocante y ruidosa, y hay desconocidos que no dejan de rozarse conmigo cuando pasan cerca, pero la verdadera fuente de mi ansiedad, lo que me provoca ese intenso rubor que me sube por el cuello, es la posibilidad de que, en cualquier momento, caerás en la cuenta, fruncirás el ceño y, ladeando la cabeza, me mirarás —me mirarás de verdad— y dirás: «Un momento, ¿tú no eres la chica que…?».

Esto es lo que siempre temo cuando conozco a alguien, porque lo soy.

Soy la Chica Que.

Tenía doce años cuando un hombre irrumpió en nuestra casa y mató a mi madre, a mi padre y a mi hermana menor, Anna, que entonces, y ya para siempre, tenía siete años. Oí unos ruidos extraños y confusos que, según descubrí más tarde, eran de la violación y asesinato de mi madre y del estrangulamiento de mi hermana. Encontré el cuerpo ensangrentado de mi padre, hecho un guiñapo al pie de la escalera. Supongo que él había sobrevivido al ataque y estaba tratando de llegar al teléfono de la cocina para dar la alarma. Yo sobreviví gracias a mi vejiga, gracias a la lata de Club Orange que había llevado de extranjis a mi habitación y me había bebido antes de acostarme.

Más tarde, apenas unos minutos antes de que el intruso subiera por la escalera, me desperté con ganas de ir al baño. Así que pude quedarme escondida allí dentro cuando empezó todo. No había otra salida y el cerrojo era endeble. Habría cedido fácilmente si el asesino hubiera intentado entrar, y entonces yo también estaría muerta. Pero, por alguna razón, no lo intentó.

La nuestra fue la última familia a la que ese hombre atacó, pero no la primera. Fuimos los quintos en dos años. Los medios lo apodaron el Hombre Nada, porque la Gardaí o Garda, como se llama la policía irlandesa, según decían, no tenía nada sobre él. Con la única excepción de un fugaz atisbo bajo los faros de un coche, que se había producido una noche en un lado de la carretera, nadie lo había visto entrar o salir. Llevaba un pasamontañas y a veces enfocaba a la cara a las víctimas con una linterna, así que ningún superviviente pudo proporcionar una descripción útil. Usaba condones y la policía nunca pudo encontrar pelos o huellas dactilares. Se llevaba sus armas al salir —un cuchillo y, más adelante, una pistola—, y no dejaba nunca más que unas hebras de la cuerda trenzada azul que empleaba para inmovilizar a sus víctimas. La cuerda nunca arrojó ningún dato. Hablaba con un extraño susurro ronco que no proporcionaba ninguna pista sobre su verdadera voz. Limitaba sus crímenes a un solo condado, el de Cork, que es el mayor de Irlanda y el situado más al sur, pero se movía alrededor de su territorio, actuando en sitios como Fermoy, una ciudad a casi cuarenta kilómetros de Cork City, pero también en Blackrock, un barrio residencial de la zona.

Casi dos décadas más tarde, él sigue en libertad y yo echo de menos a mi familia como si fueran extremidades mutiladas. Su ausencia en mi vida, la tragedia de su destino y el dolor que deben de haber sufrido son como un zumbido constante en mis oídos, como un mal sabor de boca, como una comezón en mi piel. Es algo que está presente en todas partes, siempre, y no puedo hacerlo desaparecer. El tiempo no ha curado la herida, sino que más bien la ha empeorado, necrosando la piel alrededor del corte inicial. Ahora, a los treinta, entiendo mucho mejor lo que perdí que cuando sucedió todo, a los doce. El monstruo responsable de todo sigue libre y sin identificar. Quizás incluso haya pasado todo este tiempo con su familia. Esta posibilidad —más que probable— me llena de una rabia tan intensa que en los días malos no me deja ver nada. Y en los peores, deseo que me hubiera asesinado también a mí.

Pero tú y yo nos acabamos de conocer en una fiesta navideña. O en una boda. O en la presentación de un libro. Y yo no te conozco, pero sé que tú no sabrías qué hacer ahora si dijera en voz alta todo esto, respondiendo a tu pregunta. Así que cuando dices: «¿Tú no eres la chica que…?», finjo perplejidad. La chica que… ¿qué? A ver, ¿cuántas copas de esas has bebido ya?

Eso se me da muy bien. Tengo mucha práctica. Tú pensarás que te has equivocado. La conversación pasará a otra cosa.

Y yo, en cuanto pueda, pasaré de ti.

Después del ataque, mi única abuela viva (Colette, la madre de mi padre) me llevó a un sitio llamado Spanish Point, en la costa atlántica de Irlanda. Llegamos allí a mediados de octubre, justo cuando los últimos rezagados de la temporada hacían las maletas, y nos instalamos en una diminuta casa encalada que, según dijo ella, llevaba allí desde antes de la Gran Hambruna. Su reluciente puerta roja acababa de ser pintada antes de nuestra llegada, y yo lo único que veía cada vez que la miraba era sangre fresca chorreando por las paredes blancas de un dormitorio.

Llevábamos tres semanas allí antes de que cayera en la cuenta de que debían haberse celebrado unos funerales.

La casita estaba encajonada en una estrecha franja de tierra entre la carretera de la costa y la enorme extensión de un mar en apariencia interminable que se agitaba salvajemente, como si los vientos se enfurecieran al tropezar con el primer obstáculo en miles de kilómetros. Nuestra ubicación parecía más bien precaria. Tendida de noche en la cama, escuchaba el rugido de las olas y temía que la próxima se alzaría y caería sobre la casa, llevándose lo que quedara de nosotras con la fuerza de su arrastre.

No ayudaba demasiado que Spanish Point se llamara así porque dos buques de la Armada española naufragaron en 1588 contra el cabo. Según el folclore local, los marineros que no se ahogaron fueron ejecutados y enterrados en una fosa común situada en un lugar llamado Tuama na Spainneach, la Tumba Española. A veces, en los meses de invierno, cuando caía la noche más pronto, yo permanecía en la playa mientras oscurecía y me imaginaba los fantasmas de aquellos hombres emergiendo del agua. Siempre eran como una combinación de momias egipcias y piratas de Hollywood, y siempre caminaban directamente hacia mí.

Nuestra vida en Spanish Point era penosamente simple. No teníamos televisión ni ordenador, y jamás recuerdo haber visto un periódico en la casa. Mi abuela, a la que llamaba Nannie, escuchaba la radio un par de horas por la mañana, pero solo las emisoras que ponían música tradicional irlandesa y nunca ningún programa interrumpido por boletines de noticias. Teníamos un teléfono fijo, que sonaba de vez en cuando, pero entonces Nannie me ahuyentaba a otra habitación o me mandaba fuera, si el tiempo lo permitía, mientras ella hablaba en voz baja con quien estuviera al otro lado de la línea. El teléfono sonó con frecuencia en las primeras semanas e incluso meses, pero después casi nunca. Al final, las llamadas se volvieron tan esporádicas que el repentino y estridente timbrazo nos hacía dar un respingo y mirarnos con pánico, como si se hubiera desatado una alarma por incendio y nosotras no supiéramos que había fuego o que existía siquiera una alarma.

Los días de ese primer año fueron casi todos iguales; nuestras tareas se expandían para llenar todas las horas que tuviéramos como un sellador emocional, impidiendo que el dolor subiera burbujeando y emergiera a la superficie. Cada comida constaba de unas fases sucesivas de preparación, consumo y limpieza. Incluso un simple desayuno

de tostadas con huevo podía prolongarse una hora si nos concentrábamos en ello. A media mañana hacíamos lo que Nannie llamaba los trabajos, que eran las tareas domésticas y la colada. Después del almuerzo, dábamos un largo paseo de ida y vuelta por la playa y regresábamos con apetito para la cena. Por las noches, Nannie encendía la chimenea y las dos nos sentábamos a leer en silencio hasta que las llamas quedaban reducidas a ascuas. Después de comprobar juntas que las puertas estaban cerradas, nos íbamos a la cama.

Era únicamente entonces, bajo las sábanas, sola en mi habitación a oscuras, cuando podía ceder y dejar que entrara todo: la tristeza, el dolor, la confusión. Me rendía por fin y esas emociones me asaltaban y me envolvían como una ola gigantesca. Yo sabía que, pasara lo que pasara durante el día, fuese cual fuese la eficacia de las distracciones de Nannie, aquello era lo que me aguardaba al final. Cada noche me dormía llorando y soñaba con cuerpos putrefactos que se retorcían en tumbas embarradas. Sobre todo el de Anna. Tratando de salir. Tratando de volver conmigo.

Nunca hablábamos de lo que había sucedido. Nannie ni siquiera mencionaba sus nombres. Pero a veces yo la oía gemir débilmente en sueños y, en una ocasión, la sorprendí revolviendo en una de las viejas cajas de fotos de mi madre, con sus arrugadas mejillas llenas de lágrimas. Yo tenía muchas preguntas sobre qué había ocurrido y por qué nos había ocurrido a nosotros, pero no me atrevía a formularlas. No quería disgustar a mi abuela. Suponía que el hecho de que estuviéramos escondidas en aquella casa significaba que el hombre que había asesinado al resto de mi familia seguía por ahí, en alguna parte, y que a estas alturas debía de saber que uno de nosotros se le había escapado. A veces, en esa luz incierta entre el sueño y la vigilia, lo veía plantado al pie de mi cama. Tenía el aspecto de un asesino de película de terror: enloquecido, salpicado de sangre, furioso. A veces me clavaba el puñal antes de que yo despertara y viera que aquello no era real.

Una vez a la semana íbamos al pueblo más cercano para cambiar nuestros libros en la biblioteca y comprar comida (o para llenar la despensa, como decía Nannie, y como yo seguí diciendo hasta que descubrí, en la universidad, que nadie lo decía). Ella no dejaba que me apartara de su vista en esas excursiones y me decía que, si alguien preguntaba, yo debía decir mi nombre de pila completo: Evelyn, en lugar de Eve. Más tarde, cuando empecé la secundaria con un año de retraso, ponía en los formularios el apellido de soltera de Nannie, y recibí otra instrucción: debía decir que mis padres habían muerto en un accidente de coche y que era hija única, pero solo si me preguntaban. «Nunca des información voluntariamente», me dijo Nannie. Esa era la regla de oro, y todavía ahora la sigo.

No cuestioné todo esto. Simplemente quería ser normal, encajar con las otras chicas de mi curso. Daba por supuesto que lo que sentía —como si mis entrañas fueran una sola y enorme herida en carne viva, y mi cuerpo no fuese más que un fino caparazón

destinado a taparla—, era un estado permanente que solo empeoraría si se me ocurría reconocerlo. Me volví muy hábil en fingir que estaba bien, que todo iba bien, pero se trataba de una delicada tensión de superficie que amenaza con quebrarse en cualquier momento.

Continué fingiendo a lo largo del colegio, de los exámenes de admisión y de los cuatro años de universidad en la NUI Galway, donde decidí seguir un curso de Negocios simplemente porque era algo preciso y definido. A mí me encantaba leer y escribir y, la noche en que presenté la solicitud, me pasé largo rato con el cursor parpadeando sobre las opciones de «Arte», «Literatura» y «Escritura Creativa». Pero no podía arriesgarme a quedar atrapada en un seminario hablando de temas como el trauma, el dolor o la violencia, y mucho menos mientras unos desconocidos miraban mi cara, porque entonces estaría acabada. Las bases de datos y las matemáticas me parecían materias más seguras, y demostraron serlo.

Ya no soñaba con cadáveres salidos de la tumba o con asesinos armados con un cuchillo, pero había empezado a atormentarme a mí misma buscando entre la multitud el rostro de mi hermana, tratando de encontrar a alguien que encajara con el aspecto que yo me imaginaba que tendría ahora; que era el aspecto que yo tenía a los dieciséis, pues no contaba con otro punto de referencia. Nunca encontré a ninguna candidata.

—¿Qué? ¿Es bueno?

Jim cerró el libro de golpe, provocando casi un estampido.

Steve O'Reilly, el gerente del supermercado, estaba a su lado. Apoyado en las estanterías con los brazos cruzados y con su característica expresión de divertida superioridad.

El interior del cerebro de Jim era una cámara de resonancia llena de gritos. «Yo tenía doce años… Un hombre irrumpió en nuestra casa…, asesinó a mi madre, mi padre y mi hermana menor… El cerrojo era endeble… Pero, por alguna razón, no lo hizo.» Jim trató de apartar esos gritos de su mente antes de responder:

—No es de mi estilo, en realidad. —Volvió a colocar el libro en la estantería, aprovechando ese instante para inspirar hondo y humedecerse los labios.

Había dejado con los dedos unas manchas húmedas en la lustrosa cubierta negra.

—¿De veras? —Steve arqueó las cejas—. Pues casi me engañas, Jim. Parecías realmente absorto.

Steve tenía veintiséis años, lucía trajes relucientes y acudía todos los días al trabajo con glóbulos de gel para reforzar el nacimiento de su cabello en claro retroceso; y, no obstante, parecía muy convencido de que era alguien y de que Jim era un don nadie. Lo más difícil de trabajar para él era resistir el impulso de corregirle a ese respecto.

Jim se volvió para mirarle de frente. Imitó su postura, cruzando los brazos y apoyándose ligeramente en las estanterías, un truco sencillo que siempre incomodaba a la gente. Adoptó una expresión totalmente neutra y miró a Steve a los ojos.

—¿Querías algo, Steve?

El joven desplazó su peso de un pie a otro.

—Sí. Quería recordarte que estás aquí para trabajar. Esto no es una biblioteca. —Alargó el brazo y cogió el mismo ejemplar de *El Hombre Nada* que Jim acababa de dejar en el estante—. *¿El Hombre Nada*? Pero ¿se puede saber qué estabas haciendo, Jim? ¿Reviviendo tus días de gloria? Ah, no, espera…, tú estabas atado a un escritorio en alguna parte, ¿no? A ti no te dejaban perseguir

a los criminales de verdad.

Steve abrió el libro justo por la mitad, donde las páginas, de papel blanco, grueso y satinado, contenían fotografías.

En la página de la izquierda había una imagen de una gran casa independiente y de una familia con niños pequeños posando ante un árbol de Navidad.

En la página opuesta, un retrato robot a lápiz.

El retrato robot.

Steve le dio unos golpecitos a la página.

—Ah, sí. He oído hablar de esta historia.

Jim estaba mirando el retrato robot al revés, pero no necesitaba observarlo para recordarlo a la perfección. Era el dibujo de un hombre de ojos pequeños y párpados caídos, profundamente incrustados en una cara redonda y carnosa. Llevaba algo parecido a un gorro de lana calado hasta las cejas. El ángulo era ligeramente oblicuo, con la cabeza girada apenas unos grados hacia la izquierda, como si el hombre acabara de oír que el dibujante decía su nombre y estuviera todavía en el proceso de volverse para responder.

En el libro, el retrato robot ocupaba dos tercios de la página por encima de un pequeño párrafo. Seguramente el texto explicaba que ese dibujo se basaba en el testimonio de una testigo que había pasado casualmente frente a la casa de la familia O'Sullivan de Bally's Lane, cerca de Carrigaline, condado de Cork, en las primeras horas de la madrugada del 14 de enero de 2000, y había iluminado con sus faros a ese hombre caminando junto a la carretera. «Caminando furtivamente», había declarado. Ese era el único atisbo del asesino llamado el Hombre Nada captado por un testigo.

Jim se había encargado de que no hubiera ninguno más.

Esa noche, mientras aguardaba en la oscuridad, había pensado que si venía un coche lo notaría, que oiría el zumbido del motor mucho antes de que los faros iluminaran la carretera. Pero el coche que conducía Claire Bardin, una irlandesa que vivía en Francia pero había vuelto a casa por Navidad, pareció salir de la nada. Lo había sorprendido, apareciendo de pronto por una curva, y él, sin pensarlo, había mirado directamente hacia la luz. Al evocarlo ahora, Jim recordó que había sentido una brisa fría y que, al cabo de una fracción de segundo, volvió a encontrarse en la oscuridad, junto a la carretera, tenso y decidido, con el cuerpo hirviendo de adrenalina.

El boceto habría resultado impresionante por su precisión aunque Bardin se hubiera dirigido esa misma noche a la comisaría más cercana de la Garda para reunirse con el dibujante. Pero ella lo había hecho seis meses más tarde, cuando, en un viaje a Cork para asistir a la boda de su hermana, leyó un reportaje sobre el ataque y cayó en la cuenta de que la fecha y el lugar coincidían con aquella extraña imagen que había atisbado. Eso hacía aún más extraordinaria la exactitud del dibujo. En cuanto lo vio publicado en un periódico, Jim se puso a practicar natación todos los días en la piscina local hasta que la piel de su rostro empezó a tensarse y ceñirse sobre el cráneo, dibujando un maxilar más recio y un hueco bajo cada pómulo.

Pero los ojos y las orejas no cambiaban con el peso ni con la edad; sobre todo, los ojos. Incluso si recurrías a la cirugía, no podías cambiar dónde se hallaban enclavados en la estructura ósea, ni la distancia entre ellos y tus otros rasgos.

Claire Bardin los había captado a la perfección.

De vuelta en el presente, Steve estudió el boceto con el ceño fruncido.

—Venga, vuelve al trabajo, Jim. —Cerró el libro de golpe y se lo puso bajo el brazo—. Yo voy a tomarme mi descanso. Procura que no te vea vagueando cuando vuelva.

Jim no podía pensar en otra cosa desde que había descubierto la existencia del libro. Era como un anillo de fuego a su alrededor cuyo cerco se fuera estrechando, amenazando con abrasar, una a una, todas las capas de su ser. Sus ropas. Su piel. Su vida. Si el fuego le alcanzaba, no dejaría más que cenizas. Y todos sus secretos quedarían a la vista.

Tenía que apagarlo. De inmediato.

Pero ¿qué era aquello, en realidad? ¿Qué era ese libro? ¿Por qué lo había escrito esa chica? ¿Y por qué ahora? Nada había cambiado. Nadie había ido a detenerlo. Si se trataba de la investigación que habían realizado para atraparlo, él ya conocía el final. Atención, *spoiler*: no lo habían encontrado.

Pero no le bastaba con eso. Tenía que saber con qué datos había llenado Eve Black todas esas páginas; qué había estado haciendo desde que él la había visto, dieciocho años atrás, en lo alto de la escalera; qué le explicaba al mundo sobre aquella noche.

Cuando una de las cajeras le preguntó si se encontraba bien —parecía congestionado y sudoroso, le dijo, ¿no estaría incubando alguna cosa?—, él vislumbró una oportunidad. Llamó por radio a Steve para decirle que estaba enfermo y que se iba a casa, y cortó la comunicación antes de que el tipo pudiera rechistar. Pasó la tarjeta por el control y se apresuró a recoger el coche en el aparcamiento de personal del centro comercial.

Pero no se fue a casa. Condujo directamente hacia la ciudad.

Había una sucursal de Waterstones en Patrick Street. Solo había entrado allí una o dos veces, hacía mucho, pero recordaba que era muy grande y que abarcaba todo el edificio hasta Paul Street, en el otro lado.

No creía correr ningún peligro, pero, aun así, no hacía falta llamar la atención. No iba a comprar el libro en el supermercado donde trabajaba, ni tampoco en una librería pequeña donde el dependiente seguramente recordaría a cada cliente e incluso se acordaría de qué había comprado. Adquirirlo *online* dejaría un rastro digital y llevaría demasiado tiempo.

Necesitaba hacerse con un ejemplar ahora mismo.

Dejó el coche en un aparcamiento de varios pisos de Paul Street y se dirigió a la entrada trasera de la librería. Llevaba puesto el abrigo, ocultando su

uniforme. Cuando las puertas se cerraron a su espalda, dejó de oír el murmullo del exterior y se encontró envuelto en el silencio de la librería.

Por lo que veía, solo había tres o cuatro clientes, más un tipo con camiseta llenando las estanterías del rincón. Todo demasiado tranquilo. Ni siquiera sonaba una radio de fondo.

Con paso lento pero decidido, Jim fue a la parte delantera, en el otro extremo del local, adoptando la actitud de un cliente normal. Cogiendo un libro aquí y otro allá, examinándolo, leyendo la contracubierta, volviendo a dejarlo. Parando para mirar las ofertas especiales. Hurgando por encima entre los títulos de una caja de saldos rotulada «ÚLTIMA OCASIÓN».

Encontró *El Hombre Nada* junto a las puertas principales.

El libro contaba con su propia mesa, con grandes pilas dispuestas en semicírculo y un ejemplar erguido en medio, apoyado en un soporte acrílico. Una tarjeta escrita a mano anunciaba: «La historia del crimen más famoso de Cork contada por una superviviente».

Jim cogió un ejemplar y puso la palma sobre la cubierta, como si pudiera detectar lo que le reservaban las páginas del interior a él y a su futuro.

¿Estaban ahí todas las maldades que había cometido, todas las cosas que había guardado y embalado desde entonces? *El Hombre Nada* constituía una amenaza, sí, pero la idea de leerlo, de revivir sus días de gloria…

También encerraba la promesa vertiginosa de una golosina.

—Ese libro acaba de entrar hoy. —Un hombre sonriente se había situado al otro lado de la mesa, a un metro de distancia. Cuarenta y tantos, vestido de manera informal, con una placa que lo identificaba como Kevin—. Una lectura estupenda. Si tiene estómago para aguantarlo. Es una locura que todo eso haya sucedido aquí mismo.

—¿Usted lo ha leído? —preguntó Jim.

—Hace un par de meses. Nos envían ejemplares por adelantado.

—¿Y ella lo consiguió? ¿Lo encontró?

—No. Bueno, sí y no. Verá, es difícil decirlo…

No, no era nada difícil. Porque allí estaba él, todavía en libertad, todavía sin identificar. Pensó en pedirle a Kevin que se explicara, pero seguramente ya había mantenido una conversación más larga de lo aconsejable. Dos adolescentes con uniforme escolar abrieron las puertas riendo y charlando en voz alta, y Jim aprovechó la distracción de Kevin para coger un ejemplar y

alejarse.

La caja estaba en mitad de la librería. De camino hacia allí, cogió otro libro del mismo tamaño que *El Hombre Nada*. La mayor parte de la cubierta estaba ocupada por un cielo azul celeste sobre unas casetas de playa multicolores. También cogió la primera felicitación de cumpleaños que vio entre el surtido de la caja registradora.

La cajera era una mujer, una joven que debía de ser universitaria, de aspecto bohemio, que examinó cada título con gran interés mientras escaneaba los códigos de barras.

—Una elección un poco aleatoria —dijo con ironía.

«Ocúpese de sus asuntos», deseaba rugir Jim.

—Bueno —dijo—, no estoy muy seguro de lo que le gusta a mi esposa. Es su cumpleaños.

—Ah, entonces… —La cajera miró las dos portadas tan contrapuestas que tenía delante—. ¿Está apostando sobre seguro?

—Algo así.

—Si quiere, puedo ayudarle a escoger…

—Me voy a quedar con estos, gracias.

Tenía pensado salir de la librería por donde había entrado, pero ahora Kevin estaba en aquel extremo del local, enderezando los libros de una estantería, así que giró sobre sus talones y se dirigió hacia las puertas de la entrada principal.

Mientras las cruzaba, vio que todo el escaparate delantero estaba lleno de ejemplares de *El Hombre Nada*.

Detrás, fijados en un tablón de fieltro rojo, había un *collage* de antiguos recortes de periódico.

ATAQUE TERRORÍFICO EN BLACKROCK
OPERACIÓN POLICIAL ESPECIAL PARA ATRAPAR AL «HOMBRE NADA»
UNA FAMILIA DE CUATRO MIEMBROS ASESINADA
EN UNA MATANZA INDISCRIMINADA EN PASSAGE WEST

El último titular era incorrecto, un error cometido la mañana después, cuando los detalles de lo ocurrido en la casa de los Black eran tan confusos como la propia escena criminal.

Solo tres personas habían muerto en aquella casa.

Y ahora eso era el problema.

De vuelta en el aparcamiento, se sentó en el coche y bloqueó las puertas con

el seguro. A propósito había aparcado en un rincón, lejos de los ascensores y las máquinas de pago y, por ende, de la circulación de personas. Sacó de la bolsa el segundo libro, el de las chozas de playa en la portada, y le quitó la sobrecubierta. Hizo lo mismo con la de *El Hombre Nada* y las intercambió, de modo que ahora cada libro llevaba la sobrecubierta «errónea».

Por si acaso.

Jim abrió *El Hombre Nada* y pasó las páginas iniciales hasta llegar al punto donde le había interrumpido Steve.

Luego se removió en el asiento, acomodándose, y siguió leyendo.

Cada fin de semana, así como en las festividades y vacaciones de verano, volvía a Spanish Point y recaía en mi vida con Nannie tal como uno se desploma en la cama al final de un largo día. Todos los cambios que veía en ella —su piel cada vez más gris, su figura encogida, los temblores que habían aparecido en su voz— los guardaba a buen recaudo con las demás cosas en las que no quería pensar.

Nannie murió mientras dormía el día de la Asunción de 2010, a los ochenta y cuatro años. Recuerdo que la encontré por la mañana, que la temperatura de su antebrazo me dijo que ya era tarde para pedir ayuda. Y luego nada, salvo una serie de imágenes borrosas y fragmentarias durante semanas.

Nunca había guardado el duelo por mis padres y mi hermana, al menos activamente, de ese modo que ayuda a una persona a procesar el dolor y encontrar la manera de seguir adelante, de sortear ese trance y pasar de largo. Ahora estaba haciendo el duelo por todos a la vez. Era como si las placas tectónicas sobre las que se movía mi vida se hubieran desplazado, abriéndose y creando un abismo profundo y traicionero por el que se deslizaron todas las cosas seguras y estables. Ahora yo era la única que seguía viva, la única que quedaba de nosotros, y mis pies se deslizaban peligrosamente hacia ese abismo. El problema era que, para entonces, había aprendido a fingir tan bien que nadie se daba cuenta.

Terminé mi licenciatura con un sobresaliente. Un amigo de la facultad se había convertido en mi novio, aunque nunca tuve demasiado claro cómo habíamos llegado a ese punto a pesar de que él prácticamente no sabía nada de mí. Soporté una serie interminable de reuniones en despachos de intensa iluminación y polvorientas persianas, mientras me iban deslizando un documento tras otro por encima de la mesa para que firmara junto a los marcadores de colores: unos colores demasiado alegres para el asunto del que se trataba, o sea, tomar posesión de cosas que me correspondían porque ahora era la única que quedaba.

Yo lo enterraba todo, empujaba y empujaba hasta que quedaba sepultado bajo aquella sensación de entumecimiento.

Tenía veintiún años.

Al terminar la universidad, quedé a la deriva. Estudiar consistía en una serie de tareas que, una vez terminadas, eran reemplazadas por otras, como en un juego de aplasta-topos. Asistir a clase. Terminar un proyecto. Estudiar para un examen. Lo único que tuve que hacer durante aquellos cuatro años fue mantenerme en movimiento, dar un paso tras otro, emprender la siguiente tarea. Ahora no tenía nada que hacer, salvo pensar en lo que tenía que hacer, y descubrí que era absolutamente incapaz de ello. A

lo largo de seis meses sombríos fui deshaciéndome, derritiéndome en el gran charco de la persona que había sido, o fingido ser. Perdí a mi novio, a mis escasos amigos y un montón de peso, por este orden. Era como la aguja de una brújula que no encontraba el norte. Lo cierto era que tampoco intentaba encontrarlo. Resultaba mucho más fácil dejar de buscar, abandonarse, hundirse. Además, ¿hacia dónde demonios se suponía que debías apuntar cuando ya no te quedaba familia?

La rápida venta de la casa de Nannie en Cork significaba que no me hallaba bajo ninguna presión financiera inmediata, de manera que mientras mis compañeros encontraban trabajos excitantes en el extranjero u ocupaban puestos de posgraduado, yo alquilé un estudio cutre junto a Mountjoy Square y me pasaba la vida en la cama. Me volví tan insignificante que ni siquiera mis vecinos me conocían. De noche, permanecía despierta y, durante el día, me movía sonámbula. Ni siquiera sé cómo pasaba las horas; solo sé que el tiempo pasaba y que después no me quedaba ningún rastro, ni siquiera recuerdos.

Tras meses y meses así, cuando ya no pude negar que algo más grande que mi dolor estaba destrozando los circuitos de mi cerebro, conseguí arrastrarme hasta la consulta de un médico, que me derivó a una terapeuta; pero no fui capaz de contarle la verdadera razón por la que había ido a verla, ni quién era ni lo que había sufrido. Cada semana le decía lo justo para que ella siguiera dándome las recetas. Yo ni siquiera estaba segura de que las pastillas me estuvieran sirviendo, pero al mismo tiempo me aterrorizaba pensar que, en cierta medida, quizá sí me servían. Prefería no averiguar si lo que a mí me parecía el fondo del pozo era solo la mitad del trayecto hacia las profundidades. Así que seguí yendo a terapia y seguí tomando las pastillas, con la esperanza de sentir algo diferente, de sentirme diferente.

Finalmente, las cosas empezaron a cambiar.

Empecé a dormir por la noche, recuperé la lucidez durante el día. En aquel estudio me sentía inquieta y agitada: no tenía nada que hacer, nadie a quien ver, ningún sitio adonde ir. Así que empecé a caminar. Kilómetros y kilómetros por los caminos que resiguen la bahía de Dublín. Normalmente saliendo hacia las ocho de la mañana y cruzándome con los obreros que venían a pie a la ciudad hasta que llegaba a las afueras y los perdía de vista. Entonces, cuando el sol naciente estallaba en esquirlas de luz sobre el agua que tenía solo a unos pasos, me sentía libre. Mi ruta habitual era hacia el norte, siguiendo la costa hasta Clontarf, pero a veces me aventuraba incluso hasta Howth Head, y en una ocasión me dirigí al sur cruzando el río y seguí adelante hasta que, horas más tarde, me encontré en Dun Laoghaire, donde me derrumbé en un asiento del 46A y dormí durante todo el trayecto de vuelta.

Pero en los días grises no era lo mismo, y en los lluviosos no me apetecía hacerlo. Empecé a buscar una actividad alternativa para cuando lloviera, algo que me obligase a salir del estudio, pero que me permitiera refugiarme en un lugar caldeado. Escogí la

biblioteca, la más grande que encontré, que estaba justo en el centro de la ciudad. Allí había un flujo constante de personas entrando y saliendo, así que podía moverme entre ellas de modo anónimo, pasando desapercibida y casi sin ser vista. Me instalaba en un rincón y mis ojos recorrían la misma página una y otra vez mientras la lluvia tamborileaba contra las ventanas y nuestros alientos las empañaban hasta volverlas opacas. Al final, empecé a olvidarme de mí misma y a sumergirme en el libro que hubiera escogido al azar como tapadera. Descubrí que había recuperado mi capacidad de atención. Pronto me encontré tomando libros prestados para leerlos por la noche en casa e incluso para llevármelos en mis paseos. Luego aparecieron otras actividades. Cocinar (comidas sencillas y saludables preparadas desde cero). Limpiar el estudio. Cuidar de mí misma. No había sido consciente de ello en aquella casita de la playa (siempre había creído que simplemente pretendíamos escondernos), pero ahora estaba haciendo lo que Nannie había hecho entonces por mí: seguir una vida simple y tranquila que me ayudara a curarme.

No sabría decir exactamente cuándo se disiparon las últimas hebras de la niebla que me rodeaba, pero al fin desaparecieron. Entonces me compré un cuaderno y un paquete de lápices bien afilados, porque ya sabía lo que iba a hacer a continuación: probar suerte.

Si tienes la impresión de haber leído antes estas palabras, es posible que así sea. Y si las has leído, ya sabes lo que hice.

En septiembre de 2014, empecé un máster de Escritura Creativa en el Saint John's College de Dublín. Si escogí Saint John's fue en parte porque estaban dispuestos a admitirme, pero también porque el campus ya se hallaba relacionado con una serie de crímenes horrendos. Años atrás, cinco mujeres de primer año habían sido raptadas en los senderos que discurrían junto al Gran Canal, la ruta que tomaban hasta sus residencias tras una noche en los pubs y clubs de la ciudad. Todas ellas fueron arrojadas inconscientes a las aguas oscuras para que se ahogaran, y en efecto se ahogaron. El Hombre Nada había acaparado quizá los titulares una temporada, pero el Asesino del Canal constituía toda una industria —con documentales, blogs y, según la última moda, pódcast—; incluso en ese entonces, años después de lo ocurrido. (Sin que nadie lo supiera, salvo el propio Asesino del Canal, la historia habría de continuar muy pronto. Hubo tres nuevos asesinatos relacionados con Saint John's, y otro intento mientras yo escribía este libro.) Pensé que esa era la única universidad de Irlanda que ya contaba con su propio monstruo: uno incluso más famoso que el mío. Quizás así pasara desapercibida. Tal vez de este modo no llegaría a ser la Chica Que en el Lugar Donde…

Yo quería escribir. Siempre lo había deseado. Qué, cómo o para quién, no lo sabía, pero desde que me había arrastrado fuera de la oscuridad venía pensando en ello con

creciente insistencia y, finalmente, tomé una decisión. Aprendería cómo había que escribir y luego me pondría a ello. Tenía algunas ideas para una novela, una historia oscura y retorcida en la que poder volcar —anónimamente— todo mi dolor. Se trataba de un camino plagado de peligros, pero ahora me sentía fuerte y de nuevo dispuesta a fingir. ¿Acaso no consistía en eso la ficción?, ¿en fingir?

No según el director de nuestro curso, el célebre novelista Jonathan Eglin, cuya primera novela, Los esencialistas, había sido nominada para el Booker Prize. Él nos dijo eso en nuestra primera clase. Dijo que la ficción solo funcionaba de verdad si estaba construida con una rejilla a través de la cual se te ofrecían repetidamente atisbos de la verdad absoluta. Ese era nuestro objetivo, más allá de la forma que adoptara nuestra escritura. Luego, en el curso de las primeras semanas y meses, procedió a lijar sistemáticamente todas nuestras armaduras y nuestras máscaras, nuestras personalidades cuidadosamente construidas, hasta que quedamos desnudos y sangrando directamente sobre la página.

Yo me resistí todo lo que pude. Estaba segura, absolutamente segura, de que si escribía las palabras «Tenía doce años cuando un hombre irrumpió en nuestra casa y mató a mi madre, a mi padre y a mi hermana menor, Anna, que entonces, y ya para siempre, tenía siete años» en una página virtual, o me atrevía incluso a estamparlas en tinta en una página de verdad, entonces aquel pequeño suelo sobre el que había logrado situarme se hundiría bajo mis pies. Ya no habría vuelta atrás desde las profundidades de ese abismo. Así que escribía relatos sobre familias felices en las que todos se querían. El acto de crear esos personajes me reconfortaba. Cada vez que me sentaba a escribir, tenía la oportunidad de volver a verlos y de averiguar qué les había ocurrido desde la última ocasión. El tiempo que pasaba frente a mi portátil equivalía a mis horas de visita.

Entonces llegó el día del olvidado plazo de entrega. Una tarde caí en ello como si me hubiera impactado un proyectil de gélido temor en el pecho: para la evaluación, debía entregar un texto nuevo de dos mil palabras a primera hora de la mañana siguiente, y se me había olvidado por completo hasta ese momento. Me encerré en la biblioteca hasta muy tarde, pero me sentía paralizada ante el cursor parpadeante. Por mucho que lo intentaba, las palabras no acudían a mí. Volví a casa por las calles oscuras y húmedas, y me senté en mi habitación, mirando impotente la página en blanco del ordenador.

El reloj marcó la medianoche; el indicador de la pantalla anunció que el 21 de marzo acababa de empezar. El cumpleaños de Anna. Habría cumplido veintiuno.

Las palabras empezaron a burbujear en mi interior espontáneamente. Escribiría sobre ella, decidí, y cambiaría los nombres al terminar. No era una buena idea, pero, en ese momento, lo único que me importaba era salir de aquel atasco, librarme de la página en blanco y de su espantoso vacío. Empecé a teclear. «Tenía doce años cuando un

hombre irrumpió en nuestra casa y mató a mi madre, a mi padre y a mi hermana menor, Anna, que entonces, y ya para siempre, tenía siete años.»

Eglin no se dejó engañar. El texto tenía una calidad especial, un filo de bisturí que ninguno de mis trabajos anteriores había dejado entrever siquiera. Media hora después de que se lo enviara por correo electrónico a la luz ambigua del amanecer, Eglin me respondió diciéndome que me presentara en su despacho a primera hora. Me armé de valor y recorrí el pasillo del edificio de Artes dispuesta a negarlo todo; pero él ni se molestó en preguntar si era cierto. Ya sabía que lo era.

Lo que hizo, por el contrario, fue instarme a publicarlo.

Recuerdo que yo no sabía qué decir, no sabía cómo explicarle la razón por la que eso no era posible. Recuerdo que me dijo en voz muy baja:

—Pero, Eve, quizá te sirva para atraparlo.

Esas palabras lo cambiaron todo.

Era como si me estuviera lanzando desde un acantilado. La noche antes de que el texto fuera a publicarse, soñé con Anna. Soñé que salía a rastras del mar tal como hacían los marineros españoles de mi infancia. Parecía un alma en pena. Con sus dedos putrefactos crispados hacia mí y el pelo rubio desgreñado y enredado de algas, se acercó gritándome a voz en cuello por descuidarme, por no protegerme a mí misma. Pero yo empezaba a comprender que protegerme a mí misma era también protegerle a él. No podía recuperar a los míos, pero quizá podía hacerle pagar por habérmelos quitado.

Mi artículo apareció en la web del Irish Times a las cuatro de la madrugada del último día de mayo de 2015 y se publicó en la edición impresa por la mañana. A la hora de cerrar las tiendas, me había vuelto oficialmente viral. La cosa empezó en las redes sociales, donde algunas cuentas influyentes pusieron un enlace y luego la gente que las seguía empezó a compartir el enlace. Un tabloide del Reino Unido recogió la historia; más tarde, lo hizo una revista mensual de Estados Unidos. Al parecer, todo el mundo se había preguntado siempre qué le había sucedido a aquella chica que había sobrevivido al último y peor ataque del Hombre Nada. Ahora que sabían un poco, querían más.

Algunos periodistas intrépidos encontraron mis datos de contacto a través del portal de estudiantes del Saint John's College y empezaron a llegarme invitaciones para aparecer en programas de radio y televisión. Yo no era capaz de hablar de lo ocurrido en directo —aún no estaba preparada para ello—, pero sí quería hacer algo. Eglin me puso en contacto con su editora de Iveagh Press (pronunciado como «ivy»), que me animó a alargar el artículo y convertirlo en un libro. Me dijo que si lo hacía, me lo publicaría. Este es el libro que tienes ahora en tus manos.

Solo unas semanas antes, acceder a escribir un libro sobre lo que le había sucedido a mi familia me habría parecido completamente impensable. Pero para cuando «La Chica

Que» se volvió viral, me había ocurrido otra cosa importante.

En cuestión de horas, aparecieron en línea una serie de artículos que hablaban sobre el que yo había escrito. Mis compañeros de clase no paraban de enviarme los enlaces, excitados al ver que uno de nosotros estaba creando tal sensación con uno de nuestros textos, y al parecer sin reparar en el dolor que había detrás de mi historia. Al principio, yo no hice caso. Nunca había leído ningún artículo sobre el caso del Hombre Nada. Lo había evitado decididamente. En los años transcurridos desde aquella noche, solo me había enterado a grandes rasgos de lo que ese hombre le había hecho a mi familia; con eso me bastaba. No quería que esas imágenes difuminadas se enfocaran del todo. Sabía que en ese caso jamás podría borrármelas de la cabeza.

Pero finalmente me venció la curiosidad. Empecé a pinchar los enlaces y a hojear más que leer esos artículos, recorriendo el texto de arriba abajo en la pantalla.

En el cuarto o quinto que miré, una frase me detuvo en seco: «… cuerda y cuchillo bajo uno de los almohadones del sofá».

Retrocedí para leer la frase desde el principio. La Gardaí había tenido que acudir al complejo de apartamentos donde se había producido uno de los ataques dos semanas antes, cuando otra inquilina, una mujer soltera que vivía sola, encontró una cuerda y un cuchillo bajo uno de los almohadones del sofá. Ella pasaba el aspirador por ahí cada semana, siempre el mismo día, y estaba segura de que esos objetos no estaban la semana anterior; y, por lo demás, que ella supiera, nadie había entrado en el apartamento desde entonces. Inmediatamente, informó a la comisaría local. Más tarde, la Gardaí llegó a la conclusión de que el Hombre Nada había dejado aquellos objetos allí en una visita preparatoria, para tenerlos a su disposición cuando volviera.

Sentí que me palpitaban los oídos; cierto día, yo también había encontrado una cuerda y un cuchillo bajo un almohadón del sofá.

Pero no se lo había dicho a nadie.

Fue poco antes del ataque, quizá solo unos días antes. Yo estaba vigilando a Anna durante media hora mientras nuestra madre iba de compras, y mi hermana me convenció para jugar a un juego que, por alguna razón que he olvidado, requería que apiláramos todos los almohadones de la sala de estar en el suelo. Cuando levanté el último almohadón del sofá, quedaron a la vista dos objetos entre migas de galleta, gomas del pelo y pegajosas monedas de cobre: una cuerda y un cuchillo. La cuerda era trenzada y de color azul, y estaba todavía enrollada pulcramente dentro de la faja lustrosa que le servía de envoltorio. El cuchillo, del tamaño aproximado de un libro de tapa dura, tenía un grueso mango de plástico amarillo que me recordó a los muñecos de Fisher Price. La hoja era ligeramente dentada en el filo y parecía muy muy limpia, si es que no era nueva. Estaba reluciente.

No me pregunté qué hacían allí aquellos objetos. Mi madre tenía el hábito de guardar cosas bajo los almohadones del sofá: el correo sobre todo, las facturas que quería

ocultarle a mi padre, pero también alguna revista, algún patrón de punto; así que, aunque me parecieron unos objetos raros para estar allí, no me resultó particularmente extraño. Era lo bastante mayor para saber que un cuchillo constituía un peligro, así que volví a poner el almohadón en su sitio y le dije a Anna que el juego se había acabado.

Semanas más tarde, cuando vi la misma cuerda azul alrededor de las muñecas y los tobillos de mi padre, que yacía retorcido y destrozado al pie de la escalera, la conclusión que saqué fue que el atacante había utilizado una cuerda de mi padre. Jamás se me ocurrió que el Hombre Nada hubiera estado en nuestra casa antes del ataque, que hubiera dejado aquellos objetos bajo el almohadón del sofá, que eso formara parte de sus preparativos, que lo hacía así para regresar más tarde y usarlos. Tras el ataque, la Garda me había sometido a un interrogatorio durante el cual lloré sin parar y me limité a responder con monosílabos ahogados. La cuerda no salió a colación. Yo estaba en shock, aturdida, y solo tenía doce años; nunca se me pasó por la cabeza relacionar los dos hechos. Y luego me había olvidado por completo de ello.

El repentino descubrimiento de que yo podría haber impedido o evitado el ataque; la idea de que si le hubiera contado a alguien lo de la cuerda y el cuchillo, tal vez habría salvado a mi familia, resultaba demasiado insoportable. Era una presión que me abrumaba, que me aplastaba los pulmones, que me partía el corazón en pedazos otra vez. Todavía sigue siendo el dolor más intenso que he sufrido en mi vida. Peor todavía, en cierto sentido, que la pérdida original, porque ahora me daba cuenta de que aquello no tenía que haber sucedido.

Pero junto a esta terrible revelación, había otra más positiva; después de todo este tiempo, la investigación del Hombre Nada quizá contaba con una nueva pista.

Ahora sabía que aquella noche, cuando vino y mató a mi familia, no era la primera vez que él había estado en nuestra casa. Había estado allí antes, quizá más de una vez. ¿Cabía la posibilidad de que alguien lo hubiera visto en esas ocasiones? Yo podía describir el cuchillo. ¿Y si se trataba de uno especial que solo podía comprarse en ciertos sitios? ¿Eso serviría para localizarlo? ¿Podía servir incluso ahora, aunque hubieran pasado casi veinte años?

¿Qué más sabía? ¿Tenía quizás otros datos útiles, ocultos a plena vista entre mis recuerdos? ¿Los tenían también las demás víctimas que habían sobrevivido? ¿Y qué pasaba con cosas como las pruebas de ADN y la ciencia forense? Ahora estaban mucho más avanzadas que antes, y seguían mejorando constantemente. ¿Y si volvíamos atrás y buscábamos de nuevo al Hombre Nada?

¿Y si esta vez lo encontrábamos?

¿Y si lo conseguía?

Así que pregúntamelo de nuevo. ¿Soy la chica que…? Porque esta vez, ahora, te diré la verdad: no, pero lo fui.

Yo fui la chica que sobrevivió al Hombre Nada.
Ahora soy la mujer que va a atraparlo.

I

DESDE LA OSCURIDAD

1

VIDA VERDADERA

Antes de los hechos del 4 de octubre de 2001, el crimen entraba regularmente en nuestro hogar, pero solo en unas bobinas gemelas de lustrosa cinta negra encerradas en un estuche de plástico rígido; y era yo quien lo traía.

Las anteriores Navidades, me habían comprado una televisión portátil con reproductor de vídeo incorporado para mi habitación. Mi madre había accedido de mala gana con la condición de que no la conectara a ningún canal de televisión, que solo la usara para ver vídeos. (Estoy segura de que otro factor decisivo fue que si yo estaba en mi habitación viendo esa tele, no podría quejarme y protestar por lo que ella estuviera tratando de ver abajo, en la sala de estar.) En una casa donde la única tecnología era un aparatoso Compaq Presario que tardaba media hora en arrancar, una lentísima conexión telefónica y el fax que mi padre usaba para trabajar, la novedad de que de repente hubiera una pantalla de televisión en mi habitación venía a ser como tener un platillo volante en el jardín trasero. Cada vez que la encendía, su potencia se difundía más allá del propio aparato, electrizando la habitación entera con su zumbido, haciendo que cada molécula de aire cobrara vida con la excitación de un mundo de posibilidades inagotables. Estar sentada en la cama, con el mando a distancia en una mano y algo dulce al alcance de la otra era mi mayor placer…, hasta que se me acabaron los vídeos que ver.

Nosotros teníamos la típica colección casera de vídeos de la época: pelis de Disney, cosas grabadas de la tele, algunas temporadas sueltas de Friends compradas de saldo. Tras agotar rápidamente tan reducida oferta, hice un trato con mi padre: me dejarían utilizar la cuenta que ellos tenían en el videoclub del barrio siempre que yo pagara los vídeos y me responsabilizara de devolverlos a tiempo. Enseguida descubrí que para optimizar mi presupuesto semanal —tres de las cinco libras de mi paga— debía evitar la sección de Novedades y hurgar en la parte trasera, donde un cartel escrito a mano anunciaba amenazadoramente: «HISTORIAS DE LA VIDA REAL». Aquí, el diseño de las tapas consistía sobre todo en un despliegue de magulladuras de tono negro y azul oscuro, con ominosos títulos en rojo de los que goteaba sangre para subrayar el efecto.

Eran películas americanas de televisión, basadas en los crímenes más famosos de Estados Unidos, que por alguna razón se hallaban disponibles en vídeo en Irlanda. Las producciones eran muy precarias, con diálogos cutres y una relación con la verdad más

bien tenue en el mejor de los casos. Cuando las descubrí, en la primavera de 2001, la gran mayoría tenían al menos una década de antigüedad y cubrían casos que habían sucedido hacía mucho tiempo. Pero podías alquilar dos por una semana al precio que tenía una película nueva por una noche, así que empecé a recorrer todo el catálogo. Muy pronto se convirtió en una obsesión.

Uno titulado Asesinato en Beverly Hills contaba la historia de los hermanos Menéndez, que mataron a sus padres a tiros para librarse de los maltratos del padre, según alegaron, o para poder empezar a gastarse la herencia, según argumentó el fiscal. Emboscada en Waco reconstruía el asedio provocado en Texas por una redada chapucera del Gobierno que desembocó en la muerte de cuatro agentes federales y setenta y seis miembros de una secta llamada los Davidianos. En Pequeños sacrificios Diane Downs, interpretada por Farrah Fawcett (o por su pelo, más bien), detiene su coche en una oscura carretera para matar a tiros a sus tres hijos pequeños y luego se dirige lentamente al hospital más cercano y alega que los ha matado un desconocido desgreñado. Una Drew Barrymore adolescente y pelirroja interpretaba el papel protagonista en La historia de Amy Fisher, en la que una chica de dieciséis años apodada la Lolita de Long Island (un apelativo que a mí entonces no me decía absolutamente nada) tenía una aventura con Joey Buttafuoco, de treinta y cinco años, y luego intentaba asesinar a su esposa de un tiro en la cara.

Mi vídeo favorito era Víctima de la belleza, la historia de Dawn Smith. La hermana de diecisiete años de Dawn, Shari, fue secuestrada a plena luz del día, en el sendero de acceso a su casa, y más tarde asesinada, por Larry Gene Bell; fue en mayo de 1985. La versión televisiva de los hechos, protagonizada por Jeri Ryan (el de Star Trek: Voyager), se centraba en la obsesión de Bell por Dawn —una preciosa rubia de ojos azules, participante en un concurso de belleza— durante el periodo de veintiocho días entre la desaparición de Shari y la captura de Bell.

Aquellos vídeos no eran todos de crímenes. Recuerdo vagamente uno sobre una joven pareja con un bebé, cuyo coche queda atrapado por la nieve en una montaña y que deben refugiarse en una cueva para sobrevivir; y también otro sobre dos niñas rubias que habían sido intercambiadas accidentalmente al nacer, cosa que descubrían en su adolescencia. Pero la gran mayoría iban de crímenes, y eran esos los que más me gustaban.

No es que fueran muy apropiados para una niña de doce años, pero al hastiado encargado que estaba en el mostrador del videoclub le tenía sin cuidado, y mis padres, debo suponer, no lo sabían. La norma general en nuestra casa era: si estás calladita, nadie te dice nada. Ahora puedo minimizar aquello fácilmente comparándolo con lo que ven los niños hoy en día, cuando pueden meterse en la cama con un dispositivo lo bastante pequeño como para esconderlo bajo las sábanas y que les permite ver cualquier cosa. En todo caso, pontificar sobre los efectos que haya podido tener mi

adicción a los crímenes reales es totalmente irrelevante considerando que yo, sin saberlo, estaba en la cola de la taquilla para un show en directo. Pero la verdad es que no creo que aquellos vídeos tuvieran ningún efecto en mí.

Sabía que los hechos recreados en mi pequeña pantalla de televisión eran reales de algún modo, pero pensaba que no formaban parte de mi realidad. Estábamos en la Irlanda del cambio de milenio. Nuestros policías no llevaban armas. Nosotros nunca habíamos tenido un verdadero asesino en serie, eso que el FBI define como una persona que comete al menos tres asesinatos en el transcurso de un mes o más, dejando entre ellos un periodo de «tregua». Cuando en las noticias salía un asesinato, casi siempre estaba relacionado con el terrorismo o las bandas criminales. El riesgo de que fueras el blanco al azar de un extraño con intenciones asesinas era excepcionalmente bajo, si no inexistente. (En el popular pódcast «West Cork», que se centra en uno de los asesinatos sin resolver más famosos de Irlanda, la muerte en 1996 de una mujer francesa llamada Sophie Toscan du Plantier, los presentadores Jennifer Forde y Sam Bungey explican que la gente de la zona se refiere a él como «el asesinato» porque allí no ha habido ningún otro desde entonces.) Además, yo sabía cómo evitar a los hombres malos. Todas las películas repetían las mismas lecciones. No vuelvas sola a pie de noche. No te subas al coche de un extraño. Sé una buena chica.

Yo era una buena chica y estaba en casa con mi familia. Las puertas estaban cerradas, y las cortinas, echadas. Me encontraba a salvo.

¿Cómo sabes lo que sabes acerca de tus padres? Últimamente les he planteado esta pregunta a mis amigos. Sus respuestas suelen encajar en una de estas dos categorías: o bien se han enterado de cosas a través de otras personas, como parientes o amigos de sus padres, o bien sus padres mismos les han contado cosas sobre ellos. Esto último era más y más frecuente a medida que pasaba el tiempo, es decir, sus padres les contaban más cosas a medida que se hacían mayores. Debería añadir que estos amigos tienen hermanos adultos, tíos y tías y, como todas las buenas familias católicas irlandesas, un montón de primos. Han ido haciendo amistades durante toda su vida, y lo mismo han hecho sus padres, llenando su órbita social de figuras como la chica que vivía al lado de la casa de su infancia o el tipo con el que trabajaron en tal sitio y tal época. Una amiga me dijo que, después de pensarlo bien, la mayor parte de lo que sabe del primer encuentro y de la vida prematrimonial de sus padres procede de los comentarios sarcásticos que su abuela materna, a quien nunca le gustó su padre, soltaba durante las reuniones familiares cuando llevaba demasiados gin-tonics encima.

Sin embargo, tanto mi padre como mi madre eran hijos únicos, y tanto ellos como mi única hermana murieron cuando yo tenía doce años, una edad en la que no sientes el menor interés en saber cómo son o cómo eran tus padres más allá de ser tus padres. Después de lo sucedido, a mí solo me quedaba un familiar, Nannie, y en los años

restantes que pasamos juntas no me atreví a hacerle preguntas sobre ellos. La triste verdad es que sé muy poco acerca de cómo eran mis padres como personas.

Mi madre se llamaba Deirdre. Era baja y delgada; físicamente, Anna salió a ella. Desde que se casó había llevado el pelo, de un tono castaño claro natural, siempre igual, con un corte estilo bob que le llegaba justo por encima de los hombros. Trabajaba como ilustradora, añadiendo imágenes a una serie de libros de texto de francés y alemán para los estudiantes de primaria, y también, durante el periodo escolar, como camarera en un café de Carrigaline. Nos llevaba en coche al colegio de camino al trabajo y nos recogía a la vuelta, momento en el cual había en el reposapiés del copiloto una caja con alguna cosa del café: pasteles de crema, medias baguetes, bollos de frutas. Adoraba el sol y solía instalarse en una tumbona del jardín trasero, con la piel desnuda y bien lubricada; lo hacía en cuanto asomaba el menor atisbo de luz entre las nubes. Había nacido en un pueblo llamado Killorglin, en el condado de Kerry, no había ido a la universidad y hablaba poco de sus padres, que habían muerto cuando ella solo tenía diez años. En secundaria había sido remera de competición y siempre estaba diciendo que iba a volver a practicar, aunque solo fuese para hacer ejercicio, pero todos sabíamos que no pasaría de las palabras.

Mi madre era una persona de trato fácil, tranquila y despreocupada. Si Anna o yo nos portábamos mal, ella nos obsequiaba con una expresión divertida y luego nos dejaba solas hasta que nos calmáramos, cosa que, sin una reacción que alimentara nuestra rabieta ni una audiencia para escenificarla, hacíamos enseguida. Su mejor amiga era una mujer llamada Joan, a la que conocía desde la secundaria. Joan era la dueña del café donde trabajaba mamá. Por lo demás, no recuerdo que pasara su tiempo con nadie sin la compañía de mi padre. Cuando algún que otro sábado por la noche nos dejaban con Nannie, era para salir juntos, normalmente a cenar a casa de otra pareja o a una fiesta con gente del trabajo.

Podía llegar a ser muy graciosa, siempre tenía en los labios un comentario ingenioso o una réplica demoledora, lo que la convertía en una curiosa pareja para un hombre tan serio como papá. Sacaba un montón de fotografías y las mandaba a revelar, pero la cosa no pasaba de ahí; sus grandes planes para ordenarlas en álbumes se quedaban en simples planes. Me dejó cajas y cajas de abultados sobres de fotografías satinadas de 10 x 15, ninguna de las cuales lleva anotados los nombres, las fechas o los lugares, y ahora mis planes de hacer algo con ellas también están lejos de materializarse. Casi todas las fotos son de Anna o mías, o de las dos juntas.

Mi padre se llamaba Ross. Era de un sitio llamado Sunday's Well, en la zona norte de Cork City, donde había grandes casas que daban al río por detrás y cuyos propietarios eran gente acomodada. Una vez que él se mudó y se casó, Nannie vendió la casa y se trasladó a Blackrock. El padre había muerto de un fallo cardiaco antes de que yo naciera y había sido, como mascullaba Nannie a veces, «muy aficionado a la bebida».

Mi padre conoció a mi madre en un pub de la ciudad y al cabo de dieciocho meses estaba casado. Solamente habían vivido juntos en la casa de Passage West.

Mi padre era alto, medía más de metro ochenta, y según las fotos de mamá, había empezado a quedarse calvo a los veintitantos. Yo no entendía gran cosa de su trabajo, que estaba relacionado con productos químicos y con una gran fábrica de Ringaskiddy. Trabajaba muchísimas horas y estaba ausente en una gran parte de nuestra vida doméstica. La única norma que Anna y yo sabíamos que debíamos cumplir era no entrar nunca en su despacho, que estaba en la planta baja. Cuando pienso en mi padre, pienso en las felicitaciones Hallmark y en los catálogos de regalos faltos de imaginación que los grandes almacenes envían por Navidades. Él podría haber sido su modelo de un «papá prototipo ideal». Iba al trabajo con maletín. Usaba pañuelos con sus iniciales bordadas. Le gustaba el whisky y ver el golf; tenía CD de música clásica en el coche; y toda la ropa que llevaba era del mismo tipo: insulsos marrones de tweed y azules marinos de punto.

Unas semanas antes de que saliera mi artículo, recibí un correo electrónico de una mujer a la que llamaré Michelle, que me dijo que había trabajado con mi padre muchos años y que habían sido grandes amigos. Empleó casi un millar de palabras para contarme sus recuerdos de un hombre que yo no había conocido, una versión de mi padre divertida y espontánea, experta en buenos consejos, que solía regalarle a Michelle libros cuidadosamente escogidos y dejaba en su mesa artículos que pensaba que encontraría interesantes. Michelle aún lo echaba terriblemente de menos y quería conocerme. Ávida de información sobre mis padres, debería haber aprovechado la oportunidad sin dudarlo. Pero había algo entre líneas en su mensaje, algo delicado y traicionero, que no me atreví a explorar. Yo jamás había oído su nombre. Ignoré el mensaje y ella no volvió a ponerse en contacto conmigo, pero dejó a mi padre bajo una luz en la que nunca le había visto, y no sabía muy bien qué conclusión sacar.

Por lo que yo presencié, el matrimonio de mis padres constituía una sólida alianza. Discutían, pero nunca se peleaban, aunque eso quizá se debía a que ella nunca conseguía enfadarse lo suficiente sobre nada como para tener una pelea. Antes de que la cosa se saliera de madre, se encogía de hombros y reculaba. No actuaban como las parejas que veías en la televisión, las que se pasaban el rato besándose y abrazándose y tonteando como adolescentes, pero cuando me hice mayor descubrí que casi nadie hacía eso. Mi padre sí cogía a mi madre de la mano cuando caminaban juntos en público, y yo a menudo los oía hablar en voz baja, ya de madrugada, a través de la pared de mi habitación.

Cuando tienes doce años, la vida adulta te parece una aventura interminable o, más bien, crees que tu vida adulta lo será. En aquellos últimos meses yo tenía un grueso cuaderno de tapa dura en el que anotaba pensamientos íntimos, observaciones, secretos, sueños y esperanzas. Lo había forrado con un trozo sobrante del papel

pintado que mi madre había puesto en la sala de estar, un abigarrado estampado en azul huevo de pato y blanco, y lo mantenía cerrado con una serie multicolor de cintas elásticas colocadas en un orden que solo yo conocía, de manera que me enteraría si alguien lo había fisgoneado en mi ausencia. Creo que saqué la idea de un libro de Judy Blume. Ahora, hojeando las páginas de ese cuaderno, descubro a una chica que planeaba vivir muchas vidas.

Yo quería tener una gran historia de amor como en Romeo y Julieta (versión de Baz Luhrmann). Quería vivir en Nueva York y en Londres y en París. Quería que mis años de adolescencia fuesen como en los programas norteamericanos que veía en la tele, llenos de bailes de promoción, de grupos de animadoras, de chicas que iban al colegio con ropa a la última. Quería ser bailarina profesional, y también una científica que llegara a trabajar en el Antártico, y también una peluquera en un crucero, porque la madre de mi amiga había hecho eso cuando era más joven y siempre estaba hablando de lo mucho que se había divertido. Así que cuando miraba a mis padres —todavía viviendo en la ciudad donde se habían criado, trabajando en cosas normales, siendo personas normales— no podía evitar sentirme poco impresionada. ¿Por qué no habían hecho nada con su única y preciosa vida? ¿Por qué no deseaban con desesperación hacer algo diferente? ¿Por qué no tenían sueños y aventuras y deseos y objetivos?

Yo no sabía nada sobre sus deseos, ese era el problema. Sin esa pieza que me faltaba, resultaba difícil que mis padres pudieran vivir en mi mente como personas plenamente realizadas. Pero últimamente he empezado a preguntarme si quizá no querían nada porque ya lo tenían; si nuestra familia era su sueño. Me gusta pensar que sí. He decidido que eso es lo que pensaré de aquí en adelante.

Lo que me impacta de ese diario es lo que falta. Solo menciono a mis padres para quejarme de ellos y apenas cito a Anna.

Tengo muy pocos recuerdos claros de mi hermana que pueda evocar en mi memoria. Hay algunos destellos, y las fotos de mi madre, pero pocas imágenes en movimiento. Cuando eres una niña, y especialmente cuando eres una niña en el umbral de la adolescencia, una diferencia de cinco años es un abismo. Para mí, Anna era en gran parte una molestia, siempre revoloteando en la periferia de mis días, pidiendo cosas: ayuda, un préstamo, simplemente mi atención. Cuando quería estas cosas, se me acercaba en silencio, con las manos entrelazadas en la espalda y la cabeza gacha, sabiendo que no tenía muchas posibilidades, pero deseando que esta vez fuese diferente, creyendo que esta vez sería diferente.

Ahora la veo de nuevo con el pelo rubio recogido detrás con una cinta rosa, con la nariz salpicada de pecas, con esas zapatillas con una tira de velcro y luces en las suelas. Tiene una pierna flexionada detrás de la otra y me mira desde abajo llena de cándida esperanza. Yo me muero de ganas de retroceder y decirle que puede pedirme

lo que quiera, que puede disponer de mí, que renunciaré a todos los demás y pasaré cada momento del resto de su vida con ella, haciendo lo que le apetezca, que la quiero y que me encanta ser su hermana.

No, borra eso. Si consiguiéramos volver atrás, yo me la llevaría, me fugaría con ella, nos pondríamos a salvo y creceríamos y llegaríamos a ese punto de la vida, como adultas, en el que podríamos ser amigas. Pero yo solo era una cría, ambas lo éramos, y ninguna de las dos sabía lo que nos aguardaba.

Esto sí lo recuerdo: cuando Anna jugaba, jugaba a ser mayor. Mientras yo me divertía con las muñecas Barbie, convirtiéndolas en protagonistas de intrincadas historias dignas de un culebrón, con un Ken adúltero y una Skipper secuestrada, Anna prefería a los bebés de tamaño natural que venían con cochecito y sillita de paseo; en unas Navidades memorables, llegó hasta el extremo de poner una mancha marrón en un pañal. En la sala de estar teníamos un mueble estantería que nos llegaba a la cintura; Anna lo apartaba de la pared y se situaba detrás, y entonces todos estábamos obligados a hacer cola para entrar en el establecimiento que regentara ese día, ya fuera un banco, una oficina de correos o un café. Un verano compramos una barbacoa y Anna contrató a mi padre como chef de su restaurante, que solo tenía cabida para tres personas alrededor de una desvencijada mesa de jardín, pero contaba con cartas impresas y una camarera muy solícita, por lo que recuerdo. (El chef, entre tanto, quemó todas las hamburguesas, al parecer necesitado de un curso de reciclaje.) Sus mundos de fantasía nunca incluían princesas, sirenas o superhéroes, sino azafatas de vuelo, administrativas y bibliotecarias. Estaba tan ansiosa por jugar en el mundo de los adultos que ardía en deseos de dejar de ser una niña. Al final, sus fantasías fueron lo único que llegó a vivir de ese mundo.

Aquel último verano, sucedieron dos cosas que recuerdo con bastante claridad. La primera fue que Anna sufrió en junio un accidente. Estaba bajando con la bici de una amiga por una pendiente muy pronunciada cerca de nuestra casa, cuando la rueda delantera se enganchó en un bache y lanzó a Anna volando por encima del manillar. Llevaba casco, pero acabó cubierta de rasguños ensangrentados y, al aterrizar en el suelo, se dislocó el dedo anular de la mano derecha. Para volver a colocárselo hizo falta ponerle anestesia general, con lo cual tuvo que pasar dos noches en el hospital. Era de por sí una niña pequeña, desde luego, pero el hecho de verla en la cama de la habitación, en la que apenas abultaba, tan diminuta y perdida, me impresionó. Pasé muchas horas con ella durante aquellos dos o tres días, leyéndole, jugando a las cartas, pintándole con purpurina las pequeñas uñas que asomaban por el yeso. Cuando volvió a casa, le cedí mi televisión —solo temporalmente, le advertí varias veces— para que pudiera ver su película favorita de Disney, Las locuras del emperador, y luego Toy Story 2, que papá acababa de comprarle como regalo de convalecencia. Anna me pedía que me quedara y las viese con ella, y yo, aún con aquella imagen suya del hospital fresca

en la memoria, accedía a regañadientes, aunque poniendo los ojos en blanco y soltando un suspiro para salvar la cara. Mamá nos traía palomitas de maíz y latas de Coca-Cola burbujeante en una bandeja; entraba en la habitación con sigilo y cautela, como si fuéramos animales salvajes en un hábitat natural cuyo equilibro corría un gran riesgo de verse alterado.

No me comporté tan bien en la fiesta de Anna, mi otro recuerdo claro de esa época. Por alguna razón, mi madre había accedido a llevar a Anna y a cinco o seis de sus amigas al McDonald's de la zona, a modo de regalo de fin de curso, cosa que Anna se apresuró a considerar una «fiesta». Había una zona especial del restaurante para las fiestas infantiles, con sillas de hongos venenosos y mesas de girasoles, y aunque yo había sido reclutada por nuestra madre para asistir en calidad de carabina/cuidadora, no estaba dispuesta por nada del mundo a que me viesen sentada en esa zona y me encargué de dejarlo bien claro desde el principio. Repetidamente. Lo cual a Anna la puso nerviosa. Al recordarlo es como si lo viera: su boca tensa y apretada, sus ojos muy abiertos cada vez que yo sacaba el tema, cada vez que decía que yo tenía cosas mejores que hacer un sábado de verano por la tarde que asistir a una «fiesta» infantil. Ella tenía muchas ganas de que fuese y le inquietaba que no lo hiciera, claramente. Al final fui, pero me quedé sentada a unas mesas de distancia, comiendo patatas fritas, mirando una y otra vez el reloj y haciendo todo lo posible para parecer rematadamente aburrida.

Anna, por lo que yo vi, se lo pasó en grande. Justo entonces estaba empezando a formar su propio círculo de amigas fuera del colegio; cuando evoco los recuerdos de ese día, la veo ocupando el centro de la fiesta, sonriente, riendo y mojando trozos de pollo en uno de esos recipientes de kétchup. Me consta que estaba contenta de cómo había salido todo; oía que, orgullosa, le decía a mi madre que las demás niñas le habían dicho que se lo habían pasado muy bien. Pero ahora desearía haberme sentado con ella, justo a su lado, y haber actuado como su hermana mayor.

De lo que realmente me gustaría hablarte es de la adolescente en la que se convirtió, de la mujer que llegó a ser después. Quisiera saber qué aspecto tiene, cómo está, cómo es, adónde fue y qué hizo. Quisiera saber qué estudió en la universidad y qué camino siguió a continuación. Quisiera conocer a su pareja y a sus hijos, ver cómo se viste y cómo decora su casa, presentarme allí en Navidad con una botella de vino para nosotras y unos regalos para los niños, salir todos juntos de vacaciones. Quisiera sentarme con ella por la noche y hablar del pasado, de tiendas ficticias, accidentes en bici y fiestas infantiles. Quisiera oírle decir que está bien, que es feliz, que tiene una buena vida. Quisiera oír su voz adulta.

Pero por culpa de él, no puedo.

2

VAMOS A JUGAR A UN JUEGO

En los últimos minutos del 31 de diciembre de 1999, en medio de un alboroto nacional en el que se mezclaban un inaudito optimismo por la llegada del nuevo milenio y el temor a que los aviones fueran a caerse del cielo por el «efecto 2000», yo estaba sentada en el sofá de nuestra sala de estar con Anna adormilada en un lado y Nannie roncando suavemente en el otro. Mis padres se habían ido a una fiesta que se celebraba en el Carrigaline Court Hotel; ya no los vería hasta que me levantara a la mañana siguiente. En la tele estaban emitiendo un concierto en directo desde Dublín. Los fuegos artificiales empezarían de un momento a otro. Me pesaban los párpados, pero estaba decidida a mantenerme despierta el tiempo suficiente para verlos. Quizá di un sorbo de Coca-Cola, o incluso me levanté y me hice una taza de té.

Aproximadamente a la misma hora, en otra sala de estar situada a unos doce minutos en coche y solo a un par de minutos del Carrigaline Court Hotel, Tommy O'Sullivan, de dieciséis años, estaba viendo lo mismo en su televisión.

Entonces empezó a sonar el teléfono en la cocina.

Al principio, Tommy pensó que no oía nada al otro lado de la línea porque la voz de su comunicante quedaba ahogada por el ruido de la televisión, o tal vez por el jaleo que armaban sus hermanos: David, de doce años, Nancy, de diez, y Emer, de siete. Estaban los tres dando saltos frente a la tele, bailando y dando palmas, y de vez en cuando peleando en broma, acelerados por los últimos dulces de las comidas navideñas y las bebidas carbónicas. El teléfono fijo de los O'Sullivan estaba adosado a la pared de la cocina, junto a la nevera. Tommy hizo callar a sus hermanos, cerró la puerta y, por segunda vez, dijo: «¿Hola?».

Oyó lo que más tarde describiría como un crepitar, seguido de un largo y lento suspiro. Alguien estaba resoplando en el auricular, lo que producía un sonido extraño y espeluznante. La voz que Tommy estaba a punto de oír era rasposa y masculina, a medio camino entre un ronco susurro y el sonido característico de las cuerdas vocales dañadas de un fumador empedernido. Dijo: «Vamos a jugar a un juego…».

No era posible discernir un acento característico, pero el tono tenía un teatral aire de amenaza. A Tommy le trajo el recuerdo de la película de terror para adolescentes Scream. En la secuencia inicial, el personaje de Drew Barrymore está solo en casa cuando recibe una llamada que en un primer momento le parece una broma. Pero

enseguida se ve que el comunicante es un asesino enmascarado que consigue entrar en la casa y la mata. Tommy lo tenía fresco en su memoria porque había visto la película con sus amigos la noche de Halloween. Ahora era Nochebuena y él era el único miembro de la pandilla que no estaba en casa de Mike Hickey, bebiendo el alcohol del mueble bar de sus padres, que habían salido, y escuchando música a un volumen atronador que, en cualquier otra noche, les habría costado una visita de la policía. Tommy había tenido que quedarse en casa para hacer de niñera, mientras sus padres asistían a la misma fiesta de fin de año que los míos.

En ningún momento le había gustado ese plan, pero mucho menos ahora, cuando el reloj se acercaba a las doce y la dolorosa sensación de estar perdiéndose la diversión y de haber quedado excluido alcanzaba su punto álgido. Convencido de que esa llamada era de alguno o de varios de sus amigos para burlarse de su situación, Tommy masculló algo así como «Uf, idos a la mierda, capullos», y colgó. Al día siguiente, sus amigos negaron que ellos hubieran hecho esa llamada.

Dos semanas más tarde, en la mañana del 14 de enero de 2000, a Tommy le despertó el politono de piano de su teléfono. Era su primer móvil, aunque de segunda mano, un modelo heredado de su padre con una tarjeta SIM de prepago. Tommy había tenido desde el verano un trabajo de sábados en el SuperValu de Carrigaline, reponiendo estanterías y embalando bolsas, y cada semana apartaba diez libras de sus ingresos para pagar el crédito del teléfono. Con eso tenía más que de sobra, porque él solo lo usaba para enviar mensajes a los amigos que también tenían móvil, los cuales podían contarse con los dedos de una mano. Su madre no tenía móvil y su padre solo lo usaba para el trabajo; de ahí que resultara desconcertante que, según la pantallita verde cuadrada que relucía ahora en la oscuridad de su habitación, fuera «papá» quien le estuviera llamando. Al ver la hora, todavía se quedó más desconcertado. Eran las 5.02 de la mañana.

—¿Tommy? —La voz de su padre sonaba lejos, a pesar de que, presumiblemente, estaba al otro lado de la pared—. ¿Tu puerta está cerrada con llave?

Estaban en mitad de la noche y Tommy acababa de despertar de un profundo sueño, así que lo primero que pensó fue que a su padre se le había caído un tornillo. Le pidió que le repitiera la pregunta.

—¿La puerta de tu habitación está cerrada con llave? Ve a mirarlo.

—Pero, papá, qué c… —Se mordió los labios para no soltar el taco que solía usar con sus amigos—. ¿Qué pasa?

—Haz lo que te digo.

Su padre sonaba raro. A Tommy, el cansancio le estaba cerrando los párpados, lo empujaba hacia la almohada, volviendo lentos y pesados todos sus miembros. Lo único que quería hacer era volver a dormirse lo antes posible. Se levantó de la cama con un

gruñido y renqueó hasta la puerta de la habitación… que, en efecto, estaba cerrada con llave.

Cuando se agachó para mirar por el ojo de la cerradura, solo vio un círculo de luz. La llave no estaba.

—La nuestra también está cerrada con llave —dijo su padre—. Y tu madre no está aquí.

—¿Para qué ha cerrado las puertas? ¿Dónde está?

Su padre no respondió a ninguna de las preguntas. Tommy sostuvo el móvil sobre su pecho y gritó: «¿Mamá?». Ninguna respuesta. Otra vez, más fuerte: «¿Mamá?». Nada tampoco. Aporreó la puerta un par de veces. Luego fue a la pared que daba a la habitación de su hermano David y dio unos golpes.

—Voy a salir fuera —dijo su padre—. Por la ventana. Entraré con la llave de repuesto.

Cortaron la llamada.

A continuación, Tommy oyó un gruñido de protesta a través de la pared: David se había despertado. Tommy lo convenció para se levantara de la cama y comprobara su puerta. Exactamente lo mismo: cerrada y sin la llave.

Tommy fue a la ventana. Afuera estaba totalmente oscuro. Las casas de Bally's Lane contaban con amplias parcelas, y no había farolas. Aun así, estaba seguro de distinguir la silueta de dos coches, lo que significaba que su madre estaba en casa. Pero ¿haciendo qué? Pensó en las Navidades, en la Nochebuena concretamente. Había habido un par de años en los que la excitación de Nancy y Emer por la llegada inminente de Papá Noel se había convertido en una especie de obsesión; cada uno alimentaba la del otro, de modo que los dos niños al final se habían quedado despiertos y agitados durante casi toda la noche, turnándose para recorrer de puntillas el pasillo hasta la sala de estar y ver si habían llegado ya los regalos. Exhausta y exasperada, al final su madre había decidido encerrarlos en sus habitaciones. ¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Estaba planeando alguna sorpresa que no quería que descubrieran hasta la mañana? Pero si era así, ¿por qué llevarse las llaves? ¿Por qué cerrar la puerta de su propia habitación? ¿Por qué no respondía cuando la llamaba?

Mientras miraba por la ventana, una franja de luz amarilla iluminó el sendero de grava; acto seguido, sonó una ventana al abrirse. Su padre estaba saliendo por ahí. Tardó un minuto en descolgarse, pero enseguida sonó un crujido de pasos en la grava y una silueta se deslizó bajo la ventana de Tommy, una mera sombra en la noche. Aguardó a que se oyera el ruido de la llave en la puerta principal, pero fue en vano.

Lo que oyó fueron los gritos de su padre.

Estaba diciéndole que llamara a la Gardaí.

El tono de llamada del móvil de Jim quebró repentinamente el silencio del coche, sobresaltándolo. Todavía sumido en la niebla de los recuerdos que las páginas del libro le habían generado, respondió sin pensar.

—Ah —oyó que le decía Noreen—. No creía que fueras a responder. Solo iba a dejarte un mensaje. ¿No estás en el trabajo?

—¿Qué pasa, Nor?

—Katie viene a cenar. —Aunque su hija supuestamente se había mudado a una residencia de estudiantes cerca de la universidad de College Road, parecía estar en casa tan a menudo como siempre—. O sea, que necesito que compres unas cosas en Centra en el camino de vuelta.

Jim miró el libro que tenía en el regazo.

—¿Y por qué no puedes comprarlas tú?

—Dinero —dijo Noreen en voz baja.

—Pero si te di un montón el viernes. ¿En qué se ha gastado?

—En las facturas, Jim. Y en la comida que hemos consumido esta semana. Yo no puedo…

—Mándame la lista en un mensaje.

Jim cortó la llamada y arrojó el móvil al asiento del pasajero. Se negaba a escucharla cuando se ponía histérica. Le daba dolor de cabeza.

Y quería volver a sumergirse en el libro.

Así que Eve Black había encontrado el cuchillo y la cuerda. Primera noticia para él. Ambas cosas seguían allí cuando fue a buscarlas la noche del ataque, de modo que no habría podido deducirlo. Era una revelación interesante, aun cuando no cambiara absolutamente nada. Y lo de Spanish Point. Jim nunca había ido allí, pero sabía dónde estaba, lo cual aclaraba una incógnita. Siempre se había preguntado dónde se había escondido la chica después. Recuerdos de infancia: aburridos. Le tenía sin cuidado cómo era cualquiera de aquellas personas.

La mentira era interesante, sin embargo.

O, para darle a Eve el beneficio de la duda, el «recuerdo inexacto».

¿Describiría con detalle los hechos de aquella noche: de «la» noche? ¿Qué contaría? Sentía la tentación de saltarse unos capítulos para verlo.

Pero al mismo tiempo quería seguir saboreando el libro.

Leerlo estaba removiendo algo en su interior. Una sensación. «La» sensación. Era como oír la voz de un gran amigo con el que habías perdido el contacto. No recordabas nada en absoluto, pero una vez que te venía a la memoria, no podías creer que lo hubieras olvidado.

Aunque habría de olvidarlo. Ya casi tenía sesenta y tres. No podía moverse tan deprisa como antes.

Ya no tenía la energía para… aquello.

Era la una y media. Normalmente volvía a casa del trabajo alrededor de las tres y cuarto; así pues, dándose un margen para llegar a las afueras con el tráfico de la salida de los colegios y para pasar por la tienda, calculó que podía permitirse otros cuarenta y cinco minutos sin problemas.

Su teléfono emitió un pitido. El mensaje de Noreen: «Pechugas de pollo, patatas fritas congeladas, champiñones y una botella de vino blanco».

Nada de «por favor» o «gracias». Y ya podía olvidarse del vino blanco. Él no iba a servirle alcohol a su hija de dieciocho años un martes por la noche; además, Katie no querría tomarlo. Cada día madrugaba para ir al gimnasio.

¿Y acaso creía Noreen que le sobraba el dinero?

Puso una alarma en su móvil y retomó el libro.

Lo que oyó fueron los gritos de su padre.

Estaba diciéndole que llamara a la Gardaí.

Desde fuera, la casa de los O'Sullivan era tremendamente anodina. Era uno de esos típicos chalés que abundaban en el campo, pero que no hacían el menor esfuerzo por armonizar con el paisaje: una caja rectangular achaparrada de sucio ladrillo gris, un poco apartada de la carretera. Las ventanas parecían demasiado bajas y, a la vez, demasiado anchas, como si estuvieran comprimidas por el peso del tejado inclinado, cubierto de viejas tejas de pizarra. «Aurora» —el nombre estaba grabado en una placa de latón junto a la puerta— había sido construida en 1978 a partir de un catálogo de planos. Desde entonces, la única remodelación de la casa había consistido en un invernadero construido en la parte trasera por un embaucador que había desaparecido antes de terminar, dejando un espacio demasiado frío para usarlo durante diez meses al año y unas puertas cristaleras que no cerraban bien.

Los padres de Tommy, Alice y Shane O'Sullivan, se habían conocido en una fiesta de cumpleaños en Blarney cuando ambos tenían diecinueve años. Ella era de Clonakilty; él, de Bandon; en esa primera noche habían trazado todo el mapa de amistades comunes y lugares frecuentados, y se habían asombrado de que sus caminos no se hubieran cruzado antes. Desde entonces, la vida de ambos se había deslizado fácilmente por un camino previsible. Salieron tres años y luego se casaron y compraron la casa. Alice estaba embarazada de Tommy a los doce meses. Shane entró en el banco y empezó a ascender. Llegaron otros tres críos, uno más de los que Alice había supuesto que tendría.

Había sido duro durante un tiempo, incluso frenético, pero ahora los niños estaban creciendo y Alice sentía que tenía un poco de espacio para volver a respirar. Shane había sido nombrado gerente de la sucursal de Douglas hacía tres meses, así que no solo había tiempo para pensar, sino también un poco más de dinero que gastar. Alice había podido empezar a ahorrar el subsidio familiar cuando no hacía tanto tiempo tenía que depender de él. Y había empezado a hacer planes. Un viaje familiar al extranjero, idealmente a Francia. Una nueva extensión que les proporcionaría la habitación extra que necesitaban para que cada uno de los niños tuviera su propio cuarto. (Derribando, de paso, ese espantoso invernadero.)

Fue Alice la primera que se tropezó con él.

En la madrugada del 14 de enero de 2000, se despertó y se encontró cegada por una intensa luz blanca. Era lo único que veía. Cuando cerró los ojos, apenas pareció disiparse. Se le pasó por la cabeza que estuviera sufriendo una embolia o una

hemorragia cerebral. Tal vez debería haber ido al médico por ese dolor de cabeza del otro día… ¿Ya era demasiado tarde? Frenéticamente, buscó a tientas en la cama el bulto cálido de Shane para avisarle de que algo terrible estaba ocurriendo. Pero algo —alguien— la sujetó antes de que pudiera hacerlo. La luz cambió en ese momento; su epicentro se alejó y dio paso a la presión de un gran peso sobre ella, un peso que la aplastaba, que le ponía un objeto afilado en la parte blanda del cuello.

Todo se aclaró en un horroroso destello de conciencia. La luz era una linterna de cabeza atada en la frente de un hombre enmascarado que no debería haber estado allí, pero que había entrado en la casa y ahora trepaba sobre ella, inmovilizándole con una mano el brazo izquierdo sobre la cama, apenas a unos centímetros de la camiseta de Shane, y presionándola con la otra en el cuello con algo afilado. Olía a tierra y hojas mojadas, y había algo en su aliento que le resultaba conocido pero ligeramente desagradable. ¿Era café?

Una mano enguantada apretó su boca con tal fuerza que Alice notó un regusto metálico. La violenta presión había hecho que le sangraran las encías.

—No haga ningún ruido —susurró el intruso—; si lo hace, le rebanaré el pescuezo. Y luego se lo rebanaré a los demás, uno a uno. Asienta si me ha entendido.

Alice asintió.

Todo su cuerpo temblaba de tal modo que no entendía cómo Shane no se había despertado. Pero justo entonces se removió. Ella notó el movimiento bajo su propio cuerpo, oyó el crujido de los muelles del colchón mientras su marido reacomodaba las piernas. Y enseguida el suspiro que dejaba escapar mientras volvía a hundirse en el sueño.

El peso que la oprimía se apartó de su cuerpo y la luz en la habitación cambió, volviendo a la normalidad: una oscuridad con una franja de claridad que venía de la bombilla del fondo del pasillo y se colaba por la puerta entornada unos centímetros. Todo había sucedido tan rápidamente que Alice pensó por un momento que solo ahora se había despertado y que los últimos diez segundos no habían sido más que la estela de un sueño, de una vívida y horrible pesadilla, como esas en las que crees que llegas tarde solo para descubrir al despertarte que todavía tienes tiempo de sobra. El alivio empezaba a recorrer sus venas cuando una mano la agarró por debajo de las sábanas y le tiró con fuerza del pie.

El intruso estaba bajo la cama, o agachado en el suelo. Le sujetaba el tobillo con su mano enguantada. Recorría con la punta del cuchillo la parte posterior de su pierna, deteniéndose en el talón, haciendo un movimiento en ocho con el filo. Luego volvía a ascender por su pierna, por el interior de su muslo, enganchando el borde de encaje de sus bragas. Alice temblaba de pavor, algo que había oído y leído muchas veces, pero que nunca había experimentado, y temía que los movimientos involuntarios de su cuerpo harían que se le clavara el cuchillo. Ahora el hombre enmascarado estaba

tirándole de la otra pierna, luego del brazo, sacándola de la cama y susurrándole al oído: «Vamos a jugar a un juego».

Manteniendo el cuchillo en el cuello de su víctima, el intruso sacó a Alice de la habitación y la llevó por el pasillo hacia la puerta principal. Ella no hizo ningún intento de escapar. No creía que pudiera. Pensó: «Me está sacando de casa. Va a matarme». Mientras pasaban frente a las puertas de las habitaciones de los niños —la de Tommy, la de David, la que compartían Nancy y Emer—, Alice sintió como si el hombre enmascarado ya le hubiera clavado el cuchillo en el pecho. Pasaron junto a la puerta principal y entraron en la sala de estar. ¿Por qué la llevaba allí, al extremo opuesto de la casa? Pensó que la iba a violar.

Si aún le quedaba alguna esperanza, era que fuese eso lo único que iba a suceder. Al menos podría sobrevivir a una cosa así, razonó, y asimilar ese recuerdo de algún modo con el tiempo. Rogó con una oración silenciosa para que los demás no despertaran, dando gracias por que estuvieran durmiendo y por que aquel monstruo, fuesen cuales fuesen sus intenciones, hubiera empezado acercándose a su cama. Las otras posibilidades eran demasiado horrorosas para contemplarlas siquiera.

La casa contaba con dos baños: el que estaba junto a las habitaciones y otro más pequeño al lado de la cocina. Ese era diminuto, un metro y medio por dos, pero habían logrado encajar allí un inodoro, un lavamanos y una ducha algo estrecha para los adultos pero suficiente para los niños, que permitía aliviar el jaleo de las mañanas de colegio. El hombre enmascarado abrió la puerta con el pie y metió a Alice dentro. Le dijo que se pusiera en el suelo, señalando con el cuchillo el angosto espacio entre la base del inodoro y la puerta de la ducha. Alice se arrodilló, dándole la espalda.

Hubo un rápido movimiento y un tremendo estallido de dolor: el hombre le había estampado la cabeza contra la porcelana, con la cara por delante. Alice, atontada, soltó un gemido y se desmoronó. Notó algo húmedo y resbaladizo en el labio —sangre— y pensó que quizá tenía la nariz rota.

Todo se volvió negro.

Al abrir los ojos de nuevo, estaba medio tumbada en el suelo mirando los azulejos. Tenía la sensación de que el cerebro iba a salírsele del cráneo. Su visión había adquirido un tono rosado: la sangre le caía del corte de la frente sobre los ojos. Alzó una mano con cautela para examinar la herida, pero solo llegó a mitad de camino. Mientras estaba aturdida por el golpe, el intruso la había atado con una cuerda a la tubería de detrás del inodoro. La cuerda le rodeaba las muñecas varias veces y estaba asegurada con una serie de nudos pulcros y apretados.

Él estaba de pie en el umbral y la luz del pasillo magnificaba su sombra. Se agachó junto a ella para susurrarle al oído; su aliento caliente le cosquilleó la piel.

—Tommy. David. Nancy. Emer.

Alice captó el mensaje. Debía permanecer callada.

Se armó de valor, pensando que el ataque estaba a punto de empezar. Pero el intruso salió del baño y cerró la puerta con sigilo. Sonó un chasquido cuando giró la llave en la cerradura.

Ahora estaba sola en la oscuridad del baño. ¿Acaso el intruso se iba? ¿Cuánto tiempo debía permanecer callada? ¿Qué haría mientras ella guardaba silencio? ¿Cómo podía saber que no iba a hacerles daño a los niños? ¿Debería echarse a gritar para alertarlos? ¿O con eso solo conseguiría que les hiciera daño? ¿Qué debía hacer?

Durante los siguientes minutos, el silencio de la casa se volvió más y más ruidoso, como si sonara el zumbido electrónico de un altavoz a todo volumen, pero sin ninguna música. Un zumbido que se mezclaba con su pulso acelerado, con la palpitación de su cabeza. El dolor se apoderaba de su visión, con un destello que no le permitía ver con claridad. O tal vez era porque se le estaban hinchando los ojos. O quizás era por la nariz. Alice oía ruidos, pero no sabía si eran reales ni, suponiendo que lo fueran, de dónde procedían. El leve chirrido de la bisagra de una puerta. El roce de un zapato sobre la moqueta. Un lejano tintineo de cristal contra algo diferente, quizá madera.

Cerró los ojos y rezó por las vidas de sus hijos.

Shane le explicó a la Gardaí que era posible que le hubiera despertado un ruido, pero que no estaba seguro. Lo que le había llamado la atención al despertar no fue el hecho de que su esposa no estuviera en la cama —podía haber ido al baño, como solía hacer a menudo por la noche—, sino que la puerta del dormitorio estuviera cerrada. Desde hacía años, es decir, desde que habían traído a Tommy del hospital cuando era un bebé que no paraba de llorar, la puerta estaba siempre entornada. Shane permaneció un minuto o dos aguardando y aguzando el oído, hasta que su perplejidad se transformó en inquietud y lo sacó de la cama. Entonces descubrió que habían cerrado con llave, pero que la llave no estaba en la cerradura. Aquello era absurdo. Por un lado, quería llamar a Alice a gritos para averiguar qué demonios sucedía, aunque despertase a toda la casa. Por otro lado, le pareció que eso sería una reacción exagerada y un tanto cómica.

Pensó en el teléfono móvil de Tommy y llamó con el suyo, que había dejado cargando sobre la mesita de noche. Cuando su hijo le dijo que su puerta también estaba cerrada con llave, Shane comprendió que ocurría algo terrible. Se puso los zapatos, se descolgó torpemente por la ventana y rodeó la casa a toda prisa hacia la puerta principal. Pensaba entrar con la llave de repuesto que guardaban bajo una de las macetas de terracota, pero no le hizo falta. La puerta estaba abierta, completamente abierta.

¿Había salido Alice de la casa? Shane recorrió con la vista el jardín, el sendero de grava, la carretera, aunque no había mucho que ver en la oscuridad cerrada. Debería buscar una linterna, pensó. Había una en el cajón de los cachivaches, junto a la nevera. Entró y se dirigió a la cocina, encendiendo luces a medida que avanzaba. Flotaba un

olor en el aire, como si acabaran de hacer café, y, en efecto, había una taza de café enfriándose sobre la encimera de la cocina.

Era extraño, se mirara como se mirara. Alice tomaba su café siempre con leche, solo una taza a primera hora de la mañana; además, jamás habría utilizado esa taza. Formaba parte de un juego de cuatro que les habían regalado por Navidades: unas tazas caras, manufacturadas por un famoso diseñador irlandés de artículos para el hogar, que su esposa había catalogado como «demasiado buenas para usarlas». Normalmente estaban expuestas en uno de los aparadores de cristal y solo se sacaban para las visitas muy especiales. Ahora una de esas tazas estaba sobre la encimera, salpicada de manchas de café y todavía tibia en mitad de la noche.

Sin embargo, aún había algo más extraño sobre la mesa de la cocina: cinco llaves plateadas, largas, delgadas y sencillas. Las llaves de las habitaciones. Al verlas, un escalofrío se agitó sinuosamente en su estómago como una serpiente, porque ahora ya sabía lo que sucedía, estaba seguro. Gritó a Tommy que llamara a la Gardaí, ya sin importarle si despertaba a los demás.

Ahora todo empezaba a encajar: la puerta principal abierta, las otras cerradas desde fuera, la desaparición de Alice… y el hecho de que él fuese gerente de un banco. Ya le habían prevenido sobre eso. Secuestro «tigre» lo llamaban. Una amenaza a su familia, la advertencia de que no contactara con la Gardaí. Seguro que en cualquier momento sonaría el teléfono; o tal vez habían dejado una nota con más instrucciones. Alice debía de estar en la parte trasera de una furgoneta, aterrorizada pero ilesa. Él tendría que acudir por la mañana al trabajo como de costumbre y volver a salir con decenas de miles de libras en efectivo. O le indicarían que fuera ahora a la sucursal, antes de que llegase nadie, desactivara las alarmas y vaciara la caja fuerte. Más tarde le entregaría el dinero a un miembro de la banda y, poco después, dejarían que Alice volviera a casa.

Eso era lo que se suponía que iba a pasar, al menos según los planes de los criminales. Su banco, el mayor banco comercial del país, había sido muy claro sobre lo que había que hacer si ocurría algo semejante: no había que obedecerles. Esto, al fin y al cabo, no era un atraco a mano armada. Esos tipos eran ladrones, sí, pero ¿asesinos? No. La Gardaí contaba con agentes especiales adiestrados para manejar este tipo de situaciones, que le asesorarían para fingir que les seguía la corriente hasta que ellos intervinieran y rescataran a Alice.

Shane cogió las llaves y fue a probarlas en las puertas, metiendo una tras otra hasta encontrar la que giraba en la cerradura. Nancy y Emer estaban dormidos en sus camas. David estaba sentado en la suya, con una expresión que dejaba claro que no entendía nada. El dormitorio que él compartía con su esposa estaba tal como lo había dejado. Tommy estaba al otro lado de su puerta, esperando con el móvil en la mano: la operadora del 999 preguntaba cuál era el problema. Shane le resumió rápidamente la situación. La mujer le aseguró que ya estaba saliendo un coche patrulla de la comisaría

de Carrigaline. Él le devolvió el móvil a Tommy y solo entonces cayó en la cuenta de que tenía algo en la mano izquierda que se le clavaba en la palma: una llave. Cinco llaves, cuatro dormitorios. Así pues, quedaba todavía una puerta cerrada.

Cuando abrió la puerta del baño, tropezó con la pierna de su esposa antes de poder encender la luz. Alice estaba atontada y balbuceante; su rostro era un amasijo de sangre y carne inflamada. Tenía la nariz rota y un corte superficial en la frente, heridas ambas de las que se recuperaría de forma rápida y completa, pero esa noche su cara era una pulpa irreconocible.

El primer coche de la Garda llegó a los cinco minutos. Habría una investigación, claro, pero ¿sobre qué? No había testigos, aparte de Alice, que no le había visto la cara al intruso. Este no había dejado ningún rastro en la casa. Nadie había visto un vehículo en la zona o alrededores a la hora del ataque y, dada la ubicación, no había grabaciones de cámaras de vigilancia. Nadie sabía siquiera cómo había podido entrar el intruso en la casa. Podría haber sido un fantasma.

En privado, la Gardaí se preguntaba incluso si había habido realmente un intruso. Pasarían meses antes de que una mujer llamada Claire Bardin informara de lo que había visto mientras conducía por Bally's Lane en torno a la hora del ataque: un hombre con ropa negra al que había sorprendido con sus faros. Bardin vivía en el extranjero y no se había percatado de la importancia de aquello hasta que leyó un reportaje sobre el caso en otra visita a Cork. Entonces colaboró con un dibujante de la policía para realizar un boceto que se difundió públicamente, pero que no logró generar nuevas pistas.

Entre tanto, los O'Sullivan pusieron nuevas cerraduras, luces de seguridad y verjas electrónicas. Aguardaron noticias, novedades, una detención. No se produjo ninguna. Hubo algunos reportajes en el periódico y en la radio local, todos los cuales catalogaban el hecho como un secuestro tigre que había salido mal. Alice les decía a la familia y a los amigos que estaba bien, que solo quería olvidar el asunto, pero seis meses después seguía pasando las noches totalmente despierta en el sofá, mirando la parpadeante luz azul de la televisión, pero sin verla en absoluto. Las puertas y las cerraduras ya no significaban nada. Se sentía en peligro en su propia casa; para ella, era como estar en una calle oscura y desierta. Finalmente, apareció en Aurora un cartel de EN VENTA y Shane solicitó un traslado a una sucursal de otra parte del país, de cualquier otra parte.

A los niños les contaron distintas versiones de lo sucedido aquella noche. A Nancy y Emer no les dijeron casi nada, y ellos, todavía durante muchos años, siguieron creyendo que su madre se había levantado para ir al baño y había tropezado en la oscuridad. A David le dijeron que ella había sorprendido a un ladrón, pero que ahora ninguno podría entrar en la casa gracias a las nuevas medidas de seguridad. A Tommy le contaron la verdad, pero sin entrar en detalles. Él no sabía que el hombre que había entrado en su casa esa noche le había dicho a su madre que iban a jugar a un juego, que era lo mismo que aquel presunto bromista le había dicho a él la noche de Fin de

Año. Así pues, no tenía motivo para conectar los dos hechos.

El teléfono de la cocina de los O'Sullivan era un teléfono público: un mazacote cuadrado de plástico gris marengo, con grandes botones azules y una ranura para las monedas, que parecía totalmente fuera de lugar en la pared de una residencia privada. En Irlanda, en los noventa, este era un astuto recurso para que los padres de adolescentes pudieran controlar la factura del teléfono. Una amiga mía, Danielle, tenía uno en su casa, pero había descubierto dónde guardaba su madre la llave de la caja de las monedas. Siempre que quería hacer una llamada, aguardaba la ocasión para abrirla a hurtadillas, sacaba un puñado de monedas de una libra y de cincuenta peniques y las utilizaba en otro momento. Su madre nunca se dio cuenta porque ella hacía lo mismo con frecuencia.

A veces yo imagino ese teléfono tan incongruente de los O'Sullivan en la noche del 31 de diciembre de 1999. Me ayudan a imaginármelo las fotografías que he visto de una cocina de estilo rural, con copas de cristal y platitos de porcelana expuestos primorosamente en aparadores acristalados y con las encimeras llenas de restos de la vida cotidiana. El teléfono está junto a la nevera, en cuya puerta, fijado con un imán, hay un boletín de la parroquia doblado de manera que se vean los horarios de las misas. Todo parece quieto, oscuro e inanimado; los únicos signos de vida son los ruidos de fondo, una música amortiguada, los gritos de unos niños hiperactivos que llegan desde otra habitación.

En un momento dado, estamos todos sanos y salvos, seguimos sintiéndonos seguros, vivimos en un mundo en el cual entramos en casa de noche, cerramos la puerta y creemos que hemos deslizado una barrera que separa lo que es cálido, seguro y familiar de todo lo frío, peligroso y desconocido.

Y en el momento siguiente, un teléfono empieza a sonar.

El estridente timbrazo perfora el aire. Tal vez hay algo en su pantallita LCD, alguna luz que indica una llamada entrante. Tal vez esta intrusión sea solo sonora. En todo caso, un monstruo aguarda al otro lado de la línea, con su susurro preparado.

Durante años he conservado una lista mental de las cosas que le preguntaré al hombre que asesinó a mi familia si algún día tengo esa oportunidad; y la tercera (después de «¿Por qué?» y «¿Por qué nosotros?») es «¿Por qué aquella noche?». Nunca había habido una medianoche más preñada de promesas que aquella, en los albores del año 2000. Una fecha que, incluso cuando llegó, todavía parecía pertenecer al futuro hasta tal punto que nos costaba pronunciarla. ¿Qué tenía ese momento que le impulsó a pasar a la acción? ¿Qué pensaba aquella noche cuando decidió emerger de las sombras y llamar a casa de los O'Sullivan? ¿Le había sucedido algo que finalmente había accionado un interruptor en su interior? ¿O lo había planeado con meses de antelación? ¿Y por qué llamar primero? ¿Qué sentido tenía hacerlo?

Pero sobre todo me pregunto qué habría pasado si Tommy O'Sullivan hubiera conocido la combinación de botones para llamar al número de la última llamada entrante. Me pregunto dónde, si lo hubiera hecho, hubiese sonado un teléfono. ¿En una cabina telefónica ya vacía, situada en la cuneta de una solitaria carretera rural? ¿En un lugar impensado, como una universidad, un hospital o una comisaría de la Garda? ¿O en otra casa como la de los O'Sullivan, llena de música y voces infantiles y celebraciones burbujeantes, que ya se preparaba para unirse al resto de la nación en una cuenta atrás histórica?

Sé cuál es la posibilidad que más temo. Es también la más probable.

Lo primero que Jim vio después de meter el coche en el sendero de acceso fue el gran montón de mierda de perro que había justo en medio del jardín de delante. Nada más verlo, le hirvió la sangre. Cruzó furioso la cerca y subió por el sendero de la casa contigua. Donde no había mierda de perro en el jardín, mira qué gracia.

Llamó al timbre y Karen abrió la puerta.

Karen y Derek tenían poco más de treinta. Ella era una mujer de piel cetrina con una cascada de rizos oscuros y un cuerpo menudo y recio que envolvía con ceñidas telas elásticas. Derek era un tipo flaco y pálido que no encajaba en absoluto a su lado. No tenían hijos y habían sido en gran parte unos vecinos inofensivos hasta que «rescataron» a un perro viejo y estúpido con un problema de estómago irreversible que le hacía evacuar constantemente sus tripas en los jardines ajenos.

—Jim —dijo Karen con una tensa sonrisa—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Ambos sabían por qué estaba allí. Ya se había presentado otras dos veces durante el último mes por el mismo motivo.

—Ha vuelto a hacerlo —dijo Jim.

Karen frunció los labios.

—Vaya, lo lamento. Pero, bueno, es un perro. No sé muy bien qué quiere que hagamos.

—Es muy sencillo: manténgalo fuera de mi jardín.

Otra sonrisa tensa.

—Hacemos todo lo posible.

—Si vuelve a ocurrir, no tendremos más remedio que tomar cartas en el asunto.

Karen volvió la cabeza hacia el pasillo de la casa. Al principio, Jim creyó que miraba a ver si Derek estaba allí, si podía venir a apoyarla. Pero luego captó que la comisura de su boca estaba ligeramente curvada y que, al volverse otra vez hacia él, apretaba los labios; comprendió que lo que estaba haciendo esa mujer era contener la risa.

Jim sintió que se le congestionaba la cara.

Él era el hombre que había entrado en la casa de Bally's Lane y sacado a una

mujer dormida de la cama. Que la había atado y le había susurrado al oído los nombres de sus hijos. Que le había estampado la cabeza contra la taza del inodoro.

Y desde aquel día, había hecho cosas mucho peores.

Pero lo que Karen veía ante ella era un vecino jubilado. Un hombre con solo unos mechones de pelo blanco a cada lado de la cabeza. Con manchas marrones en el dorso de las manos. Fuerte y en forma, sí, pero siempre con ese añadido: «para su edad». Veía a un hombre que ya había vivido su (mediocre) vida, que ya había dado todo lo que iba a dar (no mucho), que ya no podía cambiar las cosas (demasiado tarde). Él había considerado importante explicarles, cuando ellos acababan de mudarse, que había sido miembro de la Garda Síochána, los «Guardianes de la Paz» o «Guardia Cívica», el nombre original de la policía irlandesa, pero incluso eso no parecía producir el mismo efecto que tenía en su momento. Actualmente, la gente no respetaba nada.

Algún día, pronto, cuando la edad por fin lo volviera completamente invisible, Karen no vería a nadie frente a ella.

Pero si ella supiera la verdad, no sonreiría con aire burlón.

Gritaría y saldría corriendo.

—No volverá a suceder —dijo Karen. Ni siquiera trataba de parecer convincente—. Bueno, será mejor que me vaya. Tengo algo en el horno. —Y empezó a cerrar la puerta.

—Si no se libran de ese perro —dijo Jim—, lo haré yo.

Sonaba como una amenaza, y hablaba en serio. Normalmente, no habría llevado las cosas tan lejos, pero quizás haber leído sobre aquella noche en Bally's Lane había caldeado en su interior algo que había dejado enfriar hacía mucho tiempo.

Le había venido bien recordar quién era él realmente.

Todo lo que realmente era.

Karen, sin embargo, permaneció impasible.

—Buenas noches, Jim —se limitó a decir, y le cerró la puerta en las narices.

Jim había dejado *El Hombre Nada* en el asiento del copiloto del coche, con aquella sobrecubierta de las casetas de la playa. Tenía el aspecto de un libro ligero para leer en el verano, pero eso, en su propio coche, parecía incluso más sospechoso. Ahora era evidente: la elección había sido un error. Habría resultado más creíble con una cubierta birlada de la sección de biografías deportivas o de un libro sobre astronautas. Quitó la falsa sobrecubierta, la rompió en pedazos y la arrojó al cubo de basura que había al lado de la casa, junto con el libro al que pertenecía originalmente. Lo mismo hizo con la sobrecubierta de *El Hombre Nada* y con la felicitación de cumpleaños que había comprado. Ahora, de todas sus compras en la librería, solo le quedaba el ejemplar de *El Hombre Nada* desnudo, con su cubierta negra de tela y el título grabado en letras doradas en el lomo. Lo metió en la guantera y llevó adentro las cosas que Noreen le había encargado.

Ella estaba en la cocina, cortando verduras en la encimera. La mesa estaba pulcramente preparada para tres, con cubiertos buenos y servilletas. Noreen iba en manga corta, con una prenda ligera cuya tela barata y translúcida solo servía para realzar las fofas siluetas del exceso de grasa de su espalda. Jim apagó el termostato situado junto a la puerta de la cocina.

—¿Dónde estabas? —dijo ella sin levantar la vista.

A modo de respuesta, Jim dejó caer la bolsa de comestibles sobre la mesa con toda la brusquedad posible.

—Quiero decir ahora. Te he oído aparcar hace cinco minutos.

—En casa de los vecinos —dijo él—. Ese maldito perro ha vuelto a cagarse otra vez en el jardín.

Noreen dejó el cuchillo, se volvió para mirarlo, secándose las manos en el delantal, y observó largamente su rostro.

Jim se preguntó si ella podía verlo de algún modo. A su otro yo. A su verdadero yo. ¿Acaso aquella lectura de lo ocurrido en el pasado lo hacía más evidente? ¿Acaso lo había traído más cerca de la superficie? ¿Corría ahora más riesgo de ser descubierto que esta mañana, que ayer, que durante los últimos dieciocho años?

Casi seguro que no. Noreen era rematadamente distraída.

—Espero que no hayas montado una escena —dijo ella. Sus ojos descendieron a la bolsa, cuyo contenido podía identificarse en gran parte por la silueta de la tenue capa de plástico—. ¿Dónde está el vino?

—En la tienda. No te hace falta.

—Sí me hace falta, por eso te he pedido que lo trajeras.

—Katie no tiene por qué beber alcohol en un día laborable, y tú desde luego tampoco lo necesitas.

—No era para Katie. Ni para mí. Era para la cena. Para preparar la cena. Lo necesitaba para… —Noreen se detuvo e inspiró hondo. Luego añadió con tono más calmado—. Es un ingrediente del plato que estoy preparando.

—Pues prepara otra cosa.

Jim abrió la nevera. Como siempre, estaba llena de comida. La señaló con el brazo extendido, pero Noreen estaba hurgando en la bolsa.

—Ay, por el amor de Dios —dijo—. Te he dicho «patatas fritas congeladas».

—Todas son iguales, Nor.

—No, no es cierto.

—Eso es un truco de *marketing*. Joder, es que te tragas cualquier cosa.

Ella lo miró furiosa.

—¿A qué hora viene Katie? —preguntó Jim.

—Ya está aquí. —Noreen abrió un cajón, sacó una bandeja para el horno y la plantó violentamente sobre la encimera; era un típico berrinche infantil y él se negaba a acusar recibo—. Está arriba dándose una ducha. Supongo que le resulta más barato hacerlo aquí, en la casa donde no tiene que pagar la factura de la electricidad.

—«Tú» no pagas ninguna factura, Nor.

Si había una respuesta a esa pulla, Jim no se esperó para escucharla. Volvió al pasillo y se detuvo al pie de la escalera para comprobar si se oía el agua de la ducha. Sí, se oía. Ahora que Katie estaba en el baño y Noreen en la cocina era un buen momento para trasladar el libro a un sitio más seguro.

Lo fue a buscar al coche y, sujetándolo discretamente junto a su cadera, se apresuró a rodear la casa. En la esquina este del jardín trasero estaba el cobertizo. Su cobertizo. Siempre mantenía la puerta cerrada con un candado de tamaño industrial cuya combinación solo él conocía.

El espacio era reducido —dos metros por tres— y completamente vulgar, pero era el único que tenía solo para él. Había en un rincón un alto armario de

herramientas de acero, con las puertas aseguradas con otro candado más pequeño; una mesa de pícnic plegable, con una vieja radio transistor encima, y un sillón desvencijado, con la tapicería desteñida y desgarrada, rescatado del conjunto que tenían en la casa y que habían tirado unos años atrás. El cobertizo contaba solo con una ventanita que Jim mantenía permanentemente cubierta con una cortina opaca. Una lámpara de mesa salpicada de pintura reposaba sobre un cajón de leche de plástico puesto del revés. Al lado, había una pequeña estantería que contenía los típicos utensilios de un cobertizo de jardinería: viejos potes de pintura, fertilizante, matarratas, un bote de pienso para pájaros y una manguera perfectamente enrollada.

Allí dentro no hacía falta extremar las precauciones; aquello era solo un libro y el cobertizo era un lugar seguro. Podía dejarlo a la vista si quería. Nadie más entraba en ese lugar. Al final, levantó el almohadón del sillón y deslizó el libro debajo.

Por los viejos tiempos.

Ya daba media vuelta para salir cuando detuvo su mirada en uno de los estantes.

El matarratas.

Jim yacía despierto en la oscuridad, con las manos cruzadas sobre el pecho, aguardando. En la casa reinaba la quietud y el silencio. Desde que el reloj de la mesita de noche había marcado las doce, se había estado esforzando para mantenerse despierto. El agotamiento le pesaba en los miembros, le cerraba los párpados, acompasaba su respiración. La curiosidad era lo único que le impedía sumirse en el sueño. Las horas de oscuridad eran la mejor ocasión que tenía para seguir leyendo *El Hombre Nada*. Debía mantenerse despierto.

La cena había resultado tan insulsa como preveía. Lo único destacable había sido el botecito de bizcochos que Katie había traído, hechos por su compañera de piso. Había charlado animadamente sobre la universidad, que parecía estar disfrutando. Katie siempre había sido muy activa, y ahora todavía más. Se había apuntado al equipo de remo y a un grupo de *jogging* diario. Cuando Jim la despidió con un abrazo, notó la silueta aguzada de sus omoplatos a través de la ropa. Eso era una novedad, pero en todo caso demostraba lo mucho que se estaba esforzando.

Por descontado, Noreen había tenido que mencionarlo en cuanto se cerró la puerta. Dijo que Katie había adelgazado mucho, que debería comer mejor y descansar más, y se preguntó por qué no había probado los bizcochos. Jim le replicó que debería aprender un poco de su disciplinada hija, y ahí se acabó la conversación.

Ahora Noreen estaba dormida a su lado. Su respiración era profunda y regular, y permanecía totalmente inmóvil. Dormía boca arriba, emitiendo unos húmedos ruidos nasales desde el fondo de la garganta. Tenía una mano sobre la colcha, e incluso en la penumbra Jim distinguía las ondulaciones de la piel moteada y envejecida que se iba aflojando en el dorso de sus manos. La superficie irregular de sus dedos. La carne hinchada que amenazaba con engullir la alianza de oro. Noreen era mucho más joven que él y, sin embargo, como se negaba a cuidarse, parecía ser la más vieja de los dos.

A la una de la madrugada llevaba media hora sin moverse. Lentamente, con mucho sigilo, Jim se escurrió de la cama.

Llevaban en esa casa toda su vida de casados, así que él sabía perfectamente qué peldaños de la escalera crujían y qué bisagras chirriaban. Mientras se

deslizaba sin ruido por la casa a oscuras, no pudo evitar asombrarse por lo peculiar de aquella situación. ¿Cuántas noches había hecho eso mismo para salir e internarse en la oscuridad? ¿Cuántas veces había corrido el cerrojo de la puerta principal silenciosamente, con destreza, preguntándose si aquella sería una de «esas» noches, si se encontraría con las circunstancias adecuadas? Ahora ahí estaba, años más tarde, recorriendo el mismo camino para poder sentarse a leer un libro que alguien había escrito sobre lo que él había hecho. Era curioso. Excitante. Cuando salió, ya no necesitó el golpe del frío para sentirse totalmente despierto.

Iba en pijama y zapatillas, con un abrigo encima que había cogido del perchero del vestíbulo. Realmente, si alguien lo hubiera visto, se habría llevado una impresión curiosa. Se detuvo junto a la puerta principal y escrutó la calle. La suya era la penúltima de una hilera de casas pareadas idénticas que miraban a otra hilera de casas similares. Examinó las ventanas, pero solo vio cortinas corridas y oscuridad. En un par de porches habían dejado la luz encendida, pero nada más. Aquella era una urbanización de oficinistas con niños pequeños y de parejas maduras como ellos. A estas horas, todo el mundo estaba en la cama.

Satisfecho, rodeó la casa y entró en el cobertizo. Comprobó que la cortina opaca cubriera por completo la ventana antes de encender la lámpara. Sacó el libro de debajo del almohadón del sillón y tomó asiento.

Parecía hacer más frío dentro del cobertizo que fuera, y se le pasó por la cabeza que debería comprar un pequeño calentador o traerse una manta de la casa. Tampoco estaría de más una taza de té, aunque los hervidores eran ruidosos. Quizá se agenciara un termo que podía llenar durante el día.

Abrió *El Hombre Nada*, buscó el punto en el que se había quedado y continuó leyendo.

3

ATRAPASUEÑOS

En el verano de 2000, Christine Kiernan tenía veintitrés años y vivía sola por primera vez en su vida. Había heredado una propiedad de su abuela, un piso de dos habitaciones en un complejo llamado Covent Court, junto a Blackrock Road, en las afueras de Cork City. En realidad, era una gran casa adosada, pero llevaba ese nombre porque se trataba de un edificio famoso. Había sido diseñado por un arquitecto norirlandés llamado Paul Berry y se consideraba un ejemplo especialmente destacado del estilo modernista de los años sesenta. Aún había grupos de universitarios extranjeros que venían a verlo y que se sentaban con las piernas cruzadas en el patio central para dibujarlo, mientras los residentes espiaban tras las cortinas y ponían los ojos en blanco, aburridos desde hacía mucho de tanta atención, aunque tal vez secretamente complacidos por el encumbrado estatus de su lugar de residencia. Una pequeña placa junto a la entrada de vehículos indicaba incluso que Covent Court había ganado la Medalla de Oro RIAI de Vivienda en 1972. Siempre que salía a la venta algún apartamento, el catálogo describía el edificio simplemente como una «casa adosada», y el agente inmobiliario enseguida se cansaba de corregir a los compradores potenciales sobre el nombre: «En realidad, es “Co-vent”. Sí, no “Con-vent”».

Christine odiaba aquel lugar. Cuando lo visité, un lúgubre día de abril, no me costó entender por qué. Muchas de las características que habían convertido Covent Court en una construcción de vanguardia seis décadas atrás —tejados planos, puertas de aluminio, techos revestidos de madera de cedro, ventanas correderas— tenían ahora un aspecto decrépito. Una mala elección de materiales lo había dejado todo expuesto a la acción de la lluvia. Si algo me recordaba el complejo eran las ringleras de viviendas sociales construidas en otras partes de la ciudad por la misma época, en las que se habían recortado los costes sin miramientos y las estructuras habían empezado a desmoronarse antes de que estuvieran terminadas siquiera.

Por dentro, Covent Court se parecía más bien al decorado de una película antigua de James Bond o a un reportaje de la revista Life sobre esposas de astronautas. Los apartamentos consistían en una serie de habitaciones de formas extrañas, reñidas con el mobiliario moderno, que supuse que debían resultar sombrías incluso en los días más soleados. El ladrillo visto, el revestimiento de los techos, las grandes planchas de hormigón pulido de las chimeneas, las encimeras de las cocinas y las escaleras absorbían toda la luz y se la tragaban.

El agente inmobiliario que me mostró el apartamento en venta, situado cerca de la

entrada, sugirió que había que pintarlo todo de blanco y colocar muchos espejos. Estábamos a pleno día, pero observé que había encendido todas las lámparas y las luces del techo.

El piso de Covent Court había pasado a ser de Christine, que tenía todo el derecho a venderlo, pero no dejaba de ser también el último vínculo entre ella, por un lado, y su difunta abuela y el resto de la familia, por el otro. Mary Malloy había muerto repentina e inesperadamente a los sesenta y cuatro años, víctima colateral de un accidente de tráfico mientras paseaba por la calle, y todo el clan Kiernan seguía conmocionado. Parecía una crueldad deshacerse de su hogar tan rápidamente, borrar los recuerdos de ese piso y vendérselo a unos extraños. Christine no quería hacer tal cosa y, por lo demás, sospechaba que su madre, la hija mayor de Mary, no se lo permitiría.

Así pues, lo reformó. Puso fotografías de lugares remotos en marcos de vivos colores y las colocó en pequeños grupos por todas las paredes de la casa. Cambió el sofá, optando por uno de diseño moderno, en terciopelo verde esmeralda, que había conseguido en una venta de piezas de exposición. Colgó una cesta de petunias en la parte exterior de la puerta principal y un atrapasueños frente a la puerta trasera, la que daba a un reducido jardín trasero y a un pasaje por el que se atajaba hasta la calle principal. El atrapasueños contaba con unas campanillas de viento que, cuando soplaba la brisa, producía un tintineo relajante, lo bastante suave y discreto como para no sacar de quicio a nadie. Con la esperanza de dejar que entrara más la luz, consideró la posibilidad de quitar los visillos.

Covent Court es puras ventanas. Ese había sido uno de sus rasgos más innovadores: esas lunas de cristal desde el suelo hasta el techo que producían la impresión de una fachada con más ventanas que muros. Los edificios del complejo están dispuestos en una «U» angular alrededor del patio; si bien Christine sabía, simplemente mirando por sus propias ventanas, que los vecinos situados justo enfrente no podían ver el interior de su casa, no dejaba de sentirse expuesta. Especialmente porque, pese a los rótulos de «PROPIEDAD PRIVADA» esparcidos por todo el complejo, no había ninguna verja ni barrera (aunque, tras un robo reciente en el barrio, se habló entre los residentes de instalar una). Estrictamente, cualquiera podía acceder caminando.

En la mañana de la primera semana de julio, probablemente el día 4, pero en todo caso no más tarde del día 6, Christine retiró los visillos de las ventanas de su piso de la planta baja. El efecto en la luz fue radical, y ella se sintió complacida. Un poco incómoda tal vez, pero a gusto. Necesitaría un tiempo para acostumbrarse, pero había logrado una sala de estar mucho más luminosa. Christine estaba decidida a habituarse y a mantener retirados los visillos.

Pero entonces descubrió las huellas de unas manos.

Jim dejó el libro y se incorporó del sillón con un gruñido antes de recordar que estaba en mitad de la noche y que su intención era no hacer ruido. Abrió el armario de las herramientas y recorrió su contenido con la vista, buscando algo para escribir. Había un grueso lápiz en un recipiente de tornillos sueltos y llaves Allen. Apenas le quedaba punta, pero serviría por esta noche. Mañana iría mejor preparado a su sala de lectura.

En el estante inferior del armario había un aspirador compacto. Solo el aparato en sí; faltaba el tubo y los demás accesorios. Era de color turquesa, con un letrero en la parte frontal de la marca GOBLIN. Lo había recogido años atrás de un contenedor instalado en la entrada de la urbanización. Se agachó con la intención de levantar la tapa, pero cambió de idea y volvió a incorporarse.

Todavía no. Ahora no.

Una cosa era leer el libro y otra muy distinta abrir aquello.

Cerró el armario con el candado y volvió a sentarse en el sillón. Abrió el libro por la portadilla y escribió.

> Eglin: ¿quién / dónde ahora?
> Artículo del *Irish Times*, mayo de 2015.
> Cuchillo/cuerda: ¿nuevo informe de la vecina?
> «Robo reciente»; ¿¿¿más??? ¡Comprobar!

Con ese lápiz le salían unas letras muy gruesas y emborronadas.

A continuación, volvió al punto donde se había quedado; ya con el lápiz en la mano, siguió leyendo.

Las huellas estaban en la ventana de la sala de estar a la mañana siguiente, en la más grande de la parte de delante. Ella tenía la certeza de que no estaban allí el día anterior. Dos grandes huellas, un poco más arriba de la mitad de la ventana, y una junto a la otra, como si alguien hubiera estado atisbando el interior con ambas manos pegadas al cristal. Christine salió para examinarlas más de cerca. Eran manchas más que huellas, como si la persona que las había dejado hubiera tocado antes algo grasiento. Los dedos estaban extendidos de un modo exagerado, como en los dibujos infantiles que se hacían resiguiendo el contorno de una mano.

Era como si hubieran dejado esas marcas deliberadamente, pensó Christine. Las limpió bien y, unas horas más tarde, volvió a poner los visillos.

Una noche, cuando yo tenía nueve o diez años, me despertó un ruido de unos pasos que subían por las escaleras, una serie rítmica de crujidos alternados: «pie izquierdo, pie derecho; pie izquierdo, pie derecho; pie izquierdo, pie derecho». Deduje que pasaba algo muy raro, porque también oía los suaves ronquidos que indicaban que mi padre estaba dormido en la habitación contigua; a medida que mis ojos se acomodaron a la oscuridad, distinguí el montículo de mantas de la otra cama de la habitación: Anna, todavía dormida. El sonido de las pisadas no se parecía en nada al paso mullido de mi madre, así pues, ¿quién estaba subiendo por las escaleras en mitad de la noche? ¿Y por qué tardaba tanto en llegar arriba?

Contuve la respiración y permanecí paralizada de miedo durante lo que me pareció una eternidad, aunque seguramente debió de durar unos cuantos segundos. Luego, felizmente, comprendí mi error. Lo que estaba oyendo era la puerta de mi propia habitación, sacudida por el viento de alguna ventana abierta, de tal modo que se abría y se cerraba apenas un centímetro, haciendo que las bisagras gimieran con cada movimiento.

En la noche del 14 de julio de 2000, Christine Kiernan tuvo una experiencia similar: la despertó un ruido de pasos subiendo por la escalera y sintió que sus miembros se helaban de pavor. Pero aquello no era una ilusión auditiva. El ruido se iba acercando. Cambió cuando los pasos abandonaron la madera desnuda de los escalones y cruzaron el suelo enmoquetado del rellano. Luego una sombra surgió en la oscuridad y se acercó hasta convertirse en un hombre enmascarado plantado al pie de su cama.

Ninguno de los vecinos recordaría haberlo oído, pero Christine consiguió soltar un grito breve y desgarrador antes de que una mano enguantada le tapara la boca y de que la punta afilada de lo que ella dedujo que era un cuchillo presionara la piel de su cuello. Con un susurro extraño, casi teatral, su atacante le dijo que si guardaba silencio

«solo» la violaría. Si hacía el menor ruido o trataba de escapar, moriría. Entonces la puso boca abajo para atarle las muñecas a la espalda; luego ya solo hubo dolor.

Christine medía metro setenta y pesaba menos de cincuenta kilos. Físicamente, no podía hacer nada contra ese hombre alto, corpulento y pesado que tenía encima… y que iba armado. Así que mientras él violaba su cuerpo, ella hizo lo único que podía hacer: bajar unas persianas de acero en torno a su mente. Intentó alejarse de lo que sucedía y concentrarse en lo que estaba decidida a conseguir a continuación: iba a encargarse de que lo atraparan, juzgaran y encarcelaran.

Repasó mentalmente lo que sabía de él. Tenía muy clara la imagen de su sombra en el umbral, así que podía decir cuál era su estatura. No había detectado ningún acento en su extraño susurro, pero eso en sí mismo arrojaba un dato: era irlandés, probablemente de la zona. Había vislumbrado su piel alrededor del antifaz: era blanco. Le daba la impresión de que debía tener treinta o cuarenta años. Desprendía un olor raro, terroso. A hojas húmedas y barro. Se dijo que, a la menor oportunidad, le haría un buen arañazo. Sabía por las películas que así le quedarían bajo las uñas células suyas y que la Gardaí podría recogerlas y analizarlas. Pero tenía las manos atadas a la espalda y no tuvo ocasión de hacerlo. Cuando terminó, su violador le dio la vuelta y le metió brutalmente una bola de lana —un calcetín enrollado— hasta el fondo de la boca. Christine no podía respirar y empezó a dar arcadas.

Intentó incorporarse y sentarse, con la esperanza de que eso la ayudara. Pero no le sirvió de nada. Empezó a notar que desfallecía. Su atacante no reaccionaba. Permanecía sentado en el borde de la cama, mirando cómo farfullaba y se ahogaba. Ella lo único que sentía era dolor, como si una descarga eléctrica continua recorriera su esqueleto. Además, ahora notaba una opresión ardiente en el pecho: el pánico de no poder respirar. En el último momento, cuando ya pensaba en rendirse, en darse por vencida, su violador le puso el cuchillo delante de la cara y luego señaló con la punta hacia un lado. Era una pregunta y Christine asintió desesperada. No gritaría. Él le sacó el calcetín de la boca y ella vomitó en el acto, salpicándole en las mangas de la camisa y dejando perdidas su propia camiseta y las sábanas.

Él retrocedió, como si el vómito fuese radioactivo, y se levantó de golpe. Permaneció al pie de la cama, mirándola. Luego, bruscamente, dio medio vuelta y se fue.

Para Christine, uno de los aspectos más horrorosos de esa espantosa experiencia fue no saber cuánto tiempo tendría que sufrir ni qué ocurriría a continuación. ¿Sería todavía peor? ¿Qué más iba a hacerle? ¿Podría resistir el dolor? ¿Qué tipo de lesiones sufriría? ¿La iba a matar de todos modos? Mientras él permaneciera en su habitación, había un terror que era mucho peor que la violación de su cuerpo: no saber hasta dónde llegarían las cosas. Con su repentina marcha, con el punto final ya presente, pudo pensar en lo ocurrido como en algo que había sucedido en el pasado y empezar a plantearse lo que había que hacer ahora. Sin embargo, todo fue tan inesperado que Christine no sabía

bien qué debía hacer. Oyó cómo él bajaba precipitadamente las escaleras y salía dando un portazo. Se quedó inmóvil en el silencio. Llorando, dolorida, ensangrentada.

Cuando el cielo empezó a clarear, fue a buscar ayuda.

Christine era hija única. Su padre tenía una cadena de restaurantes de comida rápida y su madre dirigía una agencia de relaciones públicas bien conocida en la ciudad por sus lanzamientos escandalosamente lujosos y su lista de sesiones fotográficas con famosillos de medio pelo. El hogar de la familia Kiernan era una mansión de diseño con fachada de cristal que dominaba el estuario en Rochestown Road; la habían construido en alto para disfrutar de las vistas, decían sus amigos, o para que todo el mundo viera cuánto dinero tenían, murmuraban sus enemigos. La mansión era conocida como «la casa con piscina». Christine había ido a un colegio de la ciudad que acogía a hijas de familia adinerada desde hacía generaciones, pero ella había destacado incluso allí como una persona aparte y distinta, situada un escalón por encima, distanciada de las demás, porque su familia hacía ostentación de su dinero. Cuando se había inscrito en el University College Cork, se había sentido perdida, tan desconectada del mundo de sus compañeros —con sus empleos a tiempo parcial, sus posiciones políticas radicales y sus sórdidas residencias estudiantiles— que fue como si hubiera llegado de otro planeta y hablara otra lengua. Tenía pocos amigos y ni siquiera con esos pocos se expresaba abiertamente. Tres meses antes del ataque, había pasado los exámenes finales y abandonado el campus sin mirar atrás.

Cogió un trabajo como ayudante ejecutiva en una firma de abogados que llevaba el nombre del mejor amigo de su padre y rápidamente había desarrollado una estrecha relación con otro recién llegado, el hijo de uno de los socios. Había pasado algunos fines de semanas de verano con él, con su familia y sus amigos; incluso un fin de semana en el que habían decidido impulsivamente volar a París para pasar el día. Desde niña, Christine era amiga de una de sus primas, Emma, y se había seguido escribiendo con ella cuando la familia se había trasladado a Dubái en 1996. Ahora se mandaban correos electrónicos y, en ellos, a principios de ese mismo verano, Christine le había dicho a Emma que era feliz, o al menos empezaba a serlo.

Christine gozaba de todos los privilegios posibles. Se encaminaba hacia un futuro fácil, cómodo y económicamente exitoso. Pero entonces un hombre subió por las escaleras de su piso en mitad de la noche… Cuando llegó el momento de considerar qué necesitaba para recuperarse, enseguida quedó claro que, en ese terreno, era una persona sin recursos. No tenía demasiado contacto con sus padres, tampoco hermanos, y apenas contaba con unos pocos amigos de verdad, si es que tenía alguno. Su relación se rompió, instantáneamente aplastada bajo el peso de lo que le había ocurrido. Ella no quería que la tocaran, lo cual era comprensible, pero él tampoco quería tocarla, lo cual más bien parecía una crueldad. Por su parte, los vecinos de Covent

Court parecían más preocupados por la presencia de la Garda y por la mala publicidad que por el estado de Christine. Con una decisión inexplicable para muchos, después del ataque ella volvió a Covent Court y siguió viviendo allí sola. Hizo que instalaran una alarma y que cambiaran las cerraduras, pero aun así parecía una decisión extraña.

Nunca había ocurrido nada parecido en la zona y, en los primeros momentos, la historia acaparó todos los titulares. Ninguno de los reportajes mencionaba el nombre de Christine, pero en la ciudad todo el mundo sabía quién era. Al parecer, había una larga fila de antiguas compañeras dispuestas a dar colorido a los chismorreos que circulaban. Como, por ejemplo, que Christine iba en Land Rover al colegio en quinto y sexto curso, en su propio Land Rover, y que su padre había conseguido un permiso especial para que lo aparcara en la zona reservada al personal. Se decía además que se presentaba en el colegio con ropa de marca y que llevaba los libros en un bolso de diseño. O que su madre le había comprado un apartamento en la torre Elysian para que viviera allí mientras estaba en la universidad y pudiera ahorrarse el trayecto de media hora a la casa familiar. Nadie se atrevía a decirlo en voz alta, pero el subtexto era claro: todo el mundo debe sufrir, sea como sea. Christine nunca había sufrido, así que tenía cierta lógica que su primera ración hubiera sido de unas proporciones tan devastadoras. Y, bueno, tampoco es que la hubieran matado.

Siete semanas después del ataque, la detective de la Garda Geraldine Roche, la agente a cargo del caso, llegó a Covent Court para mantener con ella una entrevista previamente concertada. Al ver que Christine no abría la puerta ni contestaba al teléfono, Roche se inquietó y entró por la fuerza. Encontró a Christine inconsciente en la cama. Había ingerido una dosis letal de analgésicos y moriría en el hospital dos días más tarde.

Habían hallado inconsciente a la víctima de un crimen violento en el mismo lugar de los hechos, así que, una vez más, el piso de Covent Court fue precintado por la Gardaí como parte de una investigación criminal. Inspeccionaron, fotografiaron y clasificaron cada centímetro del lugar, quizás incluso más concienzudamente que la otra vez, puesto que ahora Christine ya no podía contar su versión de lo sucedido.

En el curso de tales pesquisas, una técnica forense civil observó que habían instalado una línea telefónica fija, pero que, como no había un teléfono, nadie la usaba. El aparato lo encontraron guardado en un cajón, con el cable correspondiente enrollado alrededor del auricular. Era un modelo de disco, de color beis, que seguramente había pertenecido a la abuela de Christine y que probablemente la propia Christine nunca había utilizado. Aun así, la Gardaí consideró que había que asegurarse.

La técnica civil conocía un modo rápido de comprobarlo. Enchufó el teléfono y marcó el número de tres dígitos que, en el verano de 2000, accedía al buzón de voz de Eircom. El código de acceso no había sido modificado y era por defecto 1-2-3-4, de manera que pudo escuchar los mensajes.

Lo que oyó de entrada fue una voz robótica informándola de que el buzón estaba lleno. A continuación, el primero de una serie de mensajes de voz casi idénticos, solo distinguibles por las diferentes fechas y horas en las que habían sido grabados. Cada mensaje, de una duración de entre uno y dos minutos, correspondía a la misma voz rasposa y masculina, que susurraba: «Aquí estoy, Christine. Baja a abrirme», una y otra y otra vez, mientras sonaba de fondo, con toda claridad, el tintineo de las campanillas de la puerta trasera de Christine.

El primer mensaje de voz era del 20 de julio, seis días después del ataque. El más reciente había sido grabado dos semanas antes, el 19 de agosto. Así pues, el atacante de Christine había vuelto repetidamente a Covent Court.

En total, había trece mensajes de voz.

El día de mi segunda visita a Covent Court fue mucho mejor: cielo azul, brisa ligera, sol cálido. Había intercambiado correos electrónicos con Margaret Barry, la vecina que había encontrado el cuchillo y la cuerda bajo el almohadón de su sofá dos semanas antes del ataque a Christine, y, tras muchos intentos, había accedido a recibirme.

Al cruzar el patio, pasé junto a un grupo de lo que parecían estudiantes universitarios. Noté que me seguían con la mirada. Supuse que estaban allí para estudiar el estilo arquitectónico del edificio, pero después, cuando se lo mencioné a Margaret, me dijo que después de mi artículo resultaba difícil saberlo. El Hombre Nada volvía a ser noticia y atraía a Covent Court a otro tipo de admirador: al turista de crímenes reales.

Margaret anda por los sesenta, tiene el pelo corto y gris, y se hace llamar Maggie. Irlandesa-norteamericana de primera generación, se crio en Berkeley, California, con sus padres, nacidos en Cork, y vino a vivir a Irlanda a los veintiséis años. En el verano de 2000 estaba trabajando en la Oficina Internacional del University College Cork. Se había comprado la casa de Covent Court menos de un año antes, cuando una larga relación que ella creía que se encaminaba al matrimonio se había desmoronado. Había visto varias veces a la abuela de Christine, Mary Malloy, pero nunca había hablado con ella; vivían en extremos opuestos del complejo. Ella no sabía nada de Christine hasta la mañana después del ataque, cuando abrió las cortinas y vio un montón de coches de la Garda aparcados enfrente y a dos agentes uniformados a punto de llamar a su propia puerta.

El día que nos vimos, Maggie llevaba un vestido de verano estampado largo y ondeante y unas sandalias de purpurina. Cuando yo las elogié, me dijo que iba más tarde a la barbacoa de cumpleaños de una amiga. Su acento norteamericano seguía intacto. Nos sentamos en la franja de sol que dividía en dos su jardín trasero y tomamos café fuerte y amargo en unas delicadas tacitas. Me dijo que había leído mi artículo, pero que no sabía si tendría estómago para leer este libro.

Maggie había estado pasando el aspirador por la sala de estar cuando encontró el

cuchillo y la cuerda. Era un sábado por la mañana; cada semana hacía limpieza a la misma hora. En un primer momento, no hizo nada, ni siquiera reaccionó. Permaneció allí, inmóvil, mirando, mientras el aspirador zumbaba ruidosamente a sus pies. Esperando a que cobrara sentido lo que veían sus ojos. Tras unos segundos, apagó el aspirador de un zapatazo y continuó mirando aquellos dos objetos. ¿Cómo podían estar ahí? No eran suyos. Ella tenía la certeza de que había hecho lo mismo siete días atrás y de que entonces no estaban ahí. Por lo demás, desde entonces, nadie más, aparte de ella, había entrado.

Había llamado al 999 y había esperado fuera, junto a la puerta principal, a que llegara el coche patrulla; así se sentía más segura. Finalmente, llegaron dos agentes de la Gardaí, ambas mujeres. Le tomaron declaración, echaron un vistazo por la casa y se llevaron el cuchillo y la cuerda. Le aconsejaron que mantuviera las ventanas y las puertas cerradas y le dejaron una tarjeta con un número de teléfono al que podía llamar si se producía otro incidente. «Me tomaron en serio —dijo Maggie—, pero no podían hacer nada más.»

Cork City no era un lugar donde entraran hombres enmascarados en una zona residencial en mitad de la noche a atacar a mujeres que vivían solas. Todavía no. Durante casi dos semanas, lo que la atormentó de su hallazgo no fue tanto la amenaza que suponía como el misterio que entrañaba. Barajó todo tipo de explicaciones, sondeó a sus amistades e incluso llamó a la empresa que había fabricado el sofá para preguntar qué herramientas usaban, pero nada de lo que averiguó encajaba. No parecía plausible que alguien hubiera entrado en su casa para dejar esos objetos bajo el almohadón, hubiera salido sin llevarse nada y se hubiera asegurado de no dañar ninguna puerta o ventana al entrar o salir. ¿Por qué habría hecho nadie algo así? No tenía ninguna lógica.

Entonces asaltaron a Christine y todo adquirió un sentido nuevo y terrible. Hasta ese momento, el cuchillo le había hecho pensar en tiendas de bricolaje, pero ahora le hacía pensar en cuchilladas. La cuerda le había parecido algo que podría emplear un escalador, pero ahora, en su imaginación, lo veía enrollado alrededor de unas muñecas y unos tobillos delicados. Fue a la comisaría Togher para hacer una declaración. Advirtió que el agente con el que hablaba insistía mucho en pedirle que describiera minuciosamente cómo eran la cuerda y el cuchillo.

—¿Es que no los tiene? —preguntó—. ¿No puede ir a mirar cómo son?

—Tenemos problemas para encontrarlos —reconoció él finalmente—. Parece que tal vez se etiquetaron mal. Estamos seguros de que acabarán apareciendo.

Le pregunté a Maggie por el momento en que había relacionado lo que le había ocurrido a Christine con los objetos encontrados bajo el almohadón de su sofá, por cuando se había dado cuenta de que pertenecían al violador y de que, en algún punto del proceso, ella habría sido su objetivo.

Deseaba que me dijera que tenía la sensación de haber hecho todo lo que había podido, porque, aunque había informado del hallazgo, eso no había impedido que se produjera el ataque a Christine. Deseaba que dijera tal cosa para absolverme a mí misma por no haber hecho lo mismo. Quizá pudiera liberarme en parte de ese sentimiento de culpa por no haber dicho nada, si es que llegaba a la conclusión de que decir algo no hubiera cambiado las cosas.

Maggie no respondió de inmediato. Yo di un sorbo de café para darle tiempo para pensar. Cuando volví a mirarla, descubrí unos ojos anegados de lágrimas.

—Alivio —dijo en voz baja—. Lo que sentí fue alivio.

Jim aún recordaba el olor de aquel vómito. Un olor agrio, intenso. Y también ese calor ajeno y desconcertante sobre su piel. Era un vómito amarillo verdoso, con hebras y trocitos anaranjados. No solo había manchado las sábanas, sino todo lo demás. Ahora sabía que nunca podría evocar aquella noche sin recordar también ese olor. Todo había quedado arruinado. Ya no tenía sentido continuar, así que se levantó y se fue.

Aunque podría haberla matado.

Debería haberlo hecho, en vista de que ella iba a acabar haciéndolo por sí misma.

Ojalá esa estúpida mujer, la vecina, no hubiera encontrado el cuchillo y la cuerda unas horas antes de que él volviera a la casa, según tenía planeado, y los utilizara con ella.

Al menos había aprendido algo: nada de calcetines. Una corbata pasada por el maxilar y atada en la nuca, manteniendo la boca abierta, era mucho mejor para que permanecieran callados y, además, evitaba el riesgo de las arcadas. La penúltima vez, en la casa de Westpark, había utilizado una corbata del marido. Todavía no había matado a nadie; de hecho, aún nadie conocía la existencia del Hombre Nada: todo eso vendría después. Así que la pareja pensó seguramente que era un vulgar ladrón. Jim tenía que hacerles saber que no lo era; que aquello iba a ser mucho peor. Quería ver el terror en sus ojos, notarlo en sus temblorosos miembros.

Así pues, apareció en la puerta de su dormitorio y se sacó del bolsillo una corbata, una muy llamativa con un diseño a base de pequeños envoltorios de barritas de chocolate. Era una corbata del marido. Al verla, ellos comprendieron que esa no podía ser la primera vez que aquel hombre estaba en su casa. Las lágrimas y los temblores habían comenzado de inmediato.

Siempre se había sentido especialmente orgulloso de aquello.

4

TERRORES NOCTURNOS

Nunca encontraré la casa por mi propia cuenta, me advierten, así que Patricia Kearns sugiere que quedemos en Fermoy y que ella me llevará en coche. Me dice que aparque frente al Aldi y que busque a una mujer con abrigo rojo y el pelo rubio y corto. La veo nada más aparcar, esperando junto a la entrada con dos tazas de café en una bandeja de cartón. Después de presentarnos, vuelvo a darle las gracias por echarme una mano. Ella me lleva hacia un coche, un Dacia Duster de color terracota vidriado. «Aquí cabe todo el equipo completo», me dice, dando unas cariñosas palmaditas al chasis. Patricia tiene tres hijos, de entre once y diecinueve años. Se disculpa por el estado del coche y yo hago un gesto y digo que no será para tanto, pero cuando abro la puerta veo que el interior está cubierto de migas y envoltorios de comida; al ponerme el cinturón de seguridad, los dedos se me quedan pringosos.

Patricia conduce deprisa; al cabo de un par de minutos, hemos dejado Fermoy y circulamos a toda velocidad por unas carreteras secundarias flanqueadas de setos que están plagadas de curvas. Al principio, intento fijarme en los desvíos y voy trazando un mapa mental de la ruta, convencida de que habría podido encontrar la casa por mí misma si ella me hubiera dejado intentarlo. Sin embargo, pronto comprendo que, aun suponiendo que volviera otra vez, no tendría ninguna posibilidad. Me desoriento después del tercer giro a la izquierda y todavía tenemos que pasar un cruce y dos bifurcaciones. Aquí no hay rótulos indicadores y cada tramo parece igual que el anterior. Me doy por vencida y miro desfilar los campos por la ventanilla.

Tardamos diez minutos en llegar a la casa. Está en un tramo de carretera que muere frente a una hilera de cinco casas independientes. Patricia me dice que las tierras pertenecían a un solo campesino, que las dividió en parcelas y las vendió. No tiene que explicarme que es la última casa. Solo esa tiene el aspecto de una gran McMansion americana —la típica vivienda opulenta producida en masa para gloria de la clase media—, con un tejado de múltiples niveles y una ventana de doble altura en el centro de la fachada, a través de la cual se ve la curva grácil de una escalera de caracol. No hay coches aparcados afuera y todas las persianas parecen bajadas. «Están en Florida», dice Patricia, apagando el motor. Ha aparcado justo frente a la verja. «Pero Jean dijo que no había problema, que podíamos echar un vistazo.» Quiere decir por fuera, en torno al perímetro.

La grava cruje bajo nuestros pies cuando recorremos el sendero. El sol está detrás de la casa y tengo que hacer visera para mirarla. Le pregunto a Patricia si había estado

alguna vez aquí antes de que la enviaran a inspeccionarla.

—No —dice—. Solo había pasado por delante.

Ella también la está mirando. Tiene los labios apretados, con las comisuras hacia abajo, como si notara un gusto amargo.

—Un espanto —dice—. Probablemente, lo peor que he visto en mi vida.

No hace falta que me aclare que no se refiere a la casa.

La Criminal Assets Bureau, la CAB, se fundó en octubre de 1996, cuando el crimen organizado en Irlanda había alcanzado niveles epidémicos. En junio de aquel año, la periodista Veronica Guerin, del Sunday Independent, había muerto asesinada en su coche mientras esperaba ante un semáforo en rojo en la Naas Road, justo en las afueras de Dublín. Dos hombres se habían detenido a su lado en una moto; uno de ellos había apretado el gatillo seis veces. Ambos eran «amigos» de un criminal llamado John Gilligan. Guerin se había preguntado en público repetidas veces cómo era posible que un hombre como Gilligan disfrutara de una vida de millonario pese a ser uno de los parados de mayor duración del país. En el clamor de indignación nacional que desató su muerte, el pueblo irlandés exigió una respuesta a esa misma pregunta.

La formación de la CAB y el poder que le concedió la Ley de Procedimiento Criminal permitieron que las autoridades se incautaran de todos los bienes que considerasen que habían sido financiados mediante actividades ilegales, aunque el propietario registrado oficialmente no fuese quien hubiera cometido el acto criminal. Propiedades, coches, dinero en metálico: en sus primeros quince años de existencia, la CAB se apropió de bienes por valor de más de setenta millones de euros. A esa cantidad contribuyó, con un cuarto de millón de euros, una casa de seis habitaciones situada a diez minutos en coche de Fermoy, al norte de Cork.

La escritura estaba a nombre de Barry Pike. El padre de Pike, Richard, era un millonario siempre bronceado que decía a sus amigos que se dedicaba a las promociones inmobiliarias en el extranjero, cuando en realidad estaba metido en el contrabando de tabaco. Después de que el viejo Pike tuviera que mudarse a la cárcel de Mountjoy a finales de 1999, la casa de Fermoy fue puesta en venta y languideció durante meses. Las visitas eran sobre todo de fisgones, pero no parecía que nadie quisiera vivir en una casa que había salido en las noticias por los motivos menos recomendables. El precio inicial se redujo tres veces. Finalmente, Conor y Linda O'Neill, una pareja de treinta y tantos que regresaba a Irlanda tras una estancia de diez años en San Francisco, hicieron una oferta bajísima que, para su sorpresa, fue aceptada de inmediato. Les entregaron las llaves el último día de febrero de 2001.

Linda no tenía reparos en vivir en la casa que había construido un criminal, pero no estaba demasiado impresionada con el lugar donde había decidido construirla. En San Francisco, habían vivido en un apartamento de una habitación en Pacific Heights, con

vecinos arriba, abajo y por todos lados. La banda sonora de su vida había sido una combinación de televisiones siempre encendidas y bocinazos constantes procedentes de la calle. Aquí, en Fermoy, solo se oía el trino de los pájaros y el rumor ocasional de algún tractor. El vecino más cercano estaba lo bastante lejos como para que no se oyera nada. Ni siquiera pasaban coches, porque la casa estaba al final de una carretera que terminaba allí.

Fermoy quedaba a diez minutos en coche, que por otra parte era el único medio de transporte que se podía utilizar, porque ir a pie o en bici por las sinuosas carreteras de los alrededores resultaba peligroso y no había transporte público. Pero tampoco valía mucho la pena. Linda les explicaba a sus amigos de San Francisco que Fermoy era una sola calle que ofrecía lo más básico —banco, supermercado, peluquería, ferretería y cinco pubs— y que no podías ir allí sin encontrarte a alguien que conocías o te conocía a ti. Como uno de sus nuevos vecinos. O un pariente de Conor, que se había criado en la zona. O uno de los proveedores que acudía a su casa. Todos eran personas agradables, pero Linda añoraba el anonimato de su anterior vida. «A ver si lo entiendo —se burlaba Conor—. No te gusta que no haya nadie aquí, pero luego, cuando vas al pueblo, ¿no te gusta que haya gente?»

No es que Linda se hubiera criado en una bulliciosa metrópolis. Era de Shanamore, una simple encrucijada con pretensiones (quinientos treinta y ocho habitantes) situada junto al mar, al este de Cork, y había vivido allí hasta que fue a Dublín a la universidad, donde conoció a Conor en la cola de una discoteca durante la Semana de los Novatos. Sin embargo, los diez años que habían pasado en San Francisco habían sido los más felices de su vida; ahora, varada en esa zona rural de Irlanda, Linda parecía una chica de ciudad; fuera cual fuera su origen, era así como se sentía.

Sin embargo, no podía hacer otra cosa que acostumbrarse. Este era el primer paso del plan que ella y Conor habían acordado. Su vida americana había estado lejos de ser perfecta, entre las largas horas de trabajo, el alquiler abusivo y la presión constante. Ambos ansiaban un cambio de ritmo y, finalmente, optaron por volver a Irlanda, al pueblo en el que Conor se había criado y donde aún vivía la mayor parte de su familia. En aquel lugar, el dinero ahorrado daría mucho más de sí, tal vez incluso para encontrar un hogar definitivo y tener hijos.

No ayudaba mucho el hecho de que Conor hubiera seguido trabajando para la misma empresa con la que se había mudado a Norteamérica, y que ahora lo había traído de vuelta a su central europea, en Cork City, y que Linda hubiera tenido que dejar su empleo. Al principio, lo había considerado una oportunidad, como un periodo de tranquilidad en el cual decidir lo que quería hacer. Tenía la vaga idea de escribir una novela o de abrir su propia firma de consultoría, o quizá de crear un centro de retiros de yoga en los terrenos de detrás de la casa, pero de momento pasaba la mayor parte del tiempo tratando con los proveedores y supervisando la reforma de la casa. El hombre

que la había construido la había impregnado con su gusto de nuevo rico y su paranoia por la seguridad, instalando ventanas a prueba de bala, un sofisticado sistema de cámaras de vigilancia con un «centro de control» del tamaño de un armario, griferías de oro macizo en el baño, un ascensor (para un solo piso) y un mural impreso de una playa tropical que ocupaba tres paredes del dormitorio principal. Linda ardía en deseos de que la casa cambiara de aspecto y empezara a parecer suya.

Cuando Conor le anunció que le reclamaban de San Francisco para dirigir la fase final de un importante proyecto, Linda rechazó la propuesta de acompañarle. Arguyó que eran solo tres semanas y que debía poner la casa en orden. Sin embargo, la verdadera razón es que sería demasiado doloroso abandonar la ciudad que amaba por segunda vez en seis meses; además, esta vez sabría perfectamente a cambio de qué la abandonaba. Así pues, decidió quedarse en casa, en Fermoy, ella sola.

Cuando empezaron los incidentes, Linda apenas les prestó atención, hasta tal punto que más tarde le resultaría imposible distinguir con exactitud cuándo habían comenzado, o el orden que habían seguido. Solo podía asegurar que había sido después de que Conor se fuera a San Francisco y que recordaba claramente lo siguiente:

– Que juraría haber dejado la luz del pasillo encendida cuando subió una noche a acostarse, solo para descubrir al bajar a la mañana siguiente que estaba apagada. No es que se hubiera fundido la bombilla; eso lo descartó probando el interruptor. No hizo más caso, suponiendo que lo recordaba mal.

– Que la televisión de la sala de estar se había encendido sola. Eso había sucedido una noche, a primera hora, cuando estaba en la cocina llenando el lavaplatos. Se asustó al oír unas voces; desconcertada, descubrió que procedían de la televisión. No se le pasó por la cabeza que alguien estuviera ahí dentro y la hubiera encendido; en ese momento, algo así era inconcebible. Encontró el mando a distancia encajado entre dos almohadones del sofá y se dijo que tal vez la causa había sido un cambio de presión sobre el botón rojo. Si no, un fallo electrónico. Apagó la tele, dejó el mando sobre el mueble del aparato y volvió a la cocina. No sucedió más.

– Que encontró en el baño una toalla completamente empapada sin que hubiera ninguna razón que explicara por qué estaba así. Una toalla para las manos, en el baño de arriba. Linda creía recordar haberla usado la noche anterior justo antes de irse a la cama. Se había secado las manos con ella. Que estuviera algo húmeda siquiera tantas horas después ya habría sido chocante; sin embargo, cuando entró en el baño al levantarse en torno a las siete de la mañana, la toalla estaba tan mojada que goteaba sobre las losas del suelo. No había ningún escape de agua que ella viera; de todos modos, aunque así hubiera sido: ¿qué clase de escape goteaba directamente en una toalla colgada en un toallero justo debajo de un botiquín que, por

su parte, no estaba mojado en absoluto? Era absurdo. Pero, una vez más, Linda se dijo que el problema era su propia memoria, que alguno de los trabajadores debía haber usado la toalla el día anterior para fregar algo a hurtadillas y que por eso había quedado así de mojada. No se lo preguntó a ninguno de ellos.

– Que una serie de objetos habían desaparecido o cambiado de sitio. Cosas pequeñas, como una barra de labios que creía haber dejado en un cuenco de su tocador y que luego reapareció en la sala de estar. O un cuchillo que siempre volvía a dejar en el bloque de la encimera de la cocina, pero que, por algún motivo, estaba ahora en un cajón de cachivaches. Una noche se había sentado en el sofá para ver Gladiator en DVD y había descubierto que el disco que había en el estuche era en realidad el de una entrega de Parque Jurásico, y que ese estuche a su vez contenía otro disco equivocado, y así sucesivamente en varios más. Conor estaba orgulloso de su colección de DVD y guardaba los discos en orden alfabético; y ella misma tenía la costumbre de dejarlo todo en su sitio. Aquello no era un accidente. ¿Acaso los mozos de la mudanza pretendían gastarles una broma? El encargado, Johnie Murphy, era un antiguo compañero de colegio de Conor, así que eso cabía dentro de lo posible. Durante una conferencia transatlántica, esa fue la explicación que acabó aceptando la pareja. Ambos se habían reído de la broma.

La presencia de los trabajadores podía explicar fácilmente todas estas cosas. La casa estaba muy expuesta. Durante todo el día había vehículos afuera y hombres con casco y botas pesadas entrando y saliendo. El aparejador, Roisin, tenía la costumbre de aparecer sin previo aviso y marcharse sin despedirse. La puerta principal no permanecía cerrada mucho tiempo y la verja electrónica del final del sendero siempre estaba abierta. Linda podía estar sola en casa, pero apenas pasaba tiempo sola. No podía exigir que las cosas permanecieran donde las había dejado, o que nadie las tocara. Estaba viviendo en una casa en obras. Tenía que transigir.

Entonces desapareció la agenda.

Linda llevaba un registro de su vida en una Moleskine azul del tamaño aproximado de un estuche de DVD. En Estados Unidos, esas páginas habían gobernado sus días laborables, cada una cubierta con su letra inusualmente diminuta, y la solapa trasera repleta de tarjetas, recibos y resguardos. En los últimos meses de cada año abultaba tanto que ya no se podía cerrar, y entonces Linda buscaba otra nuevecita e inmaculada, que estrenaba ceremoniosamente el 1 de enero con una lista de sus objetivos vitales. Cuando desapareció en aquel mes de abril, la edición de 2001 estaba prácticamente intacta. Eso era algo insólito, pero desde que habían vuelto a Fermoy la agenda había quedado un poco relegada —al fin y al cabo, ahora no había días laborables—, y su nueva función era reunir la información relevante sobre la reforma de la casa. Ahora Linda consultaba sus páginas para buscar el teléfono del fontanero, las medidas de las

baldosas de la cocina o la fecha de entrega del nuevo sofá modular, pero la mayoría de los días la agenda no salía del cajoncito de la mesa del vestíbulo. Entonces, cierto día, desapareció.

Al principio, Linda supuso que alguno de los trabajadores la había cogido para buscar un número de teléfono y no la había vuelto a dejar en su sitio. Pero los cuatro hombres que estaban en la casa en ese momento negaron haber hecho tal cosa. Ella llamó a Johnnie, el encargado, quien le prometió que llegaría hasta el fondo del asunto, pero a la mañana siguiente se presentó con las manos vacías, tanto figurada como literalmente. Ningún miembro de su cuadrilla había cogido la agenda, dijo, y él confiaba en sus hombres. Linda, sin embargo, estaba segura de haberla dejado en el cajón. ¿Dónde había ido a parar?

A diferencia de lo ocurrido con los demás incidentes, Linda sabe con certeza cuándo ocurrió aquello. Descubrió que la agenda había desaparecido el 9 de abril de 2001. Johnnie le dijo que ninguno de sus hombres la había cogido a la mañana siguiente, el 10 de abril. Lo sabe porque fue aquella noche, justo al dar las doce y entrar en el 11 de abril, cuando Linda se despertó y vio a un hombre enmascarado junto a su cama.

No sabía qué la había despertado, pero ese hombre fue lo primero que vio al abrir los ojos. Un hombre alto, fornido, que se alzaba amenazadoramente sobre ella. Llevaba un pasamontañas negro con una sola ranura para los ojos. Tenía lo que Linda describiría como una pistola «pequeña» y le apuntaba al estómago. Le advirtió que apretaría el gatillo si gritaba, y que la muerte por un disparo en el estómago era lenta y atrozmente dolorosa.

Le preguntó qué quería. Él no contestó. Linda le suplicó que se llevara lo que deseara y que la dejara en paz. El hombre le tendió una venda y le dijo que se la pusiera. Al ver que vacilaba, apoyó el cañón de la pistola sobre su piel. La venda parecía una corbata de seda. Una vez que se la ató detrás de la cabeza, el enmascarado le advirtió que, si hacía el menor ruido, le dispararía y moriría. Acto seguido, la violó.

Una parte de Linda se negaba a creer lo que estaba pasando. Había vivido diez años en una gran ciudad norteamericana famosa por su criminalidad. San Francisco tenía los mayores índices de Estados Unidos en robo de coches y allanamientos de morada. Y ahora, en un pequeño pueblo de Irlanda donde la palabra «delito» solo servía para hacer referencia a incidentes de embriaguez pública y conducción bajo los efectos del alcohol, un hombre enmascarado la estaba violando en su propia cama. No parecía real. No podía ser real. ¿Todavía seguía dormida? ¿Estaba soñando? Durante toda su vida, Linda había sido capaz de despertarse de sus pesadillas. Ahora lo intentó desesperadamente.

Cuando terminó, su atacante le ató las muñecas y los tobillos con una cuerda —trenzada, de reluciente color azul— y le ordenó que se levantara de la cama y entrara

en el baño. Le dijo que se metiera en la bañera; cuando ella obedeció, le pasó otra cuerda por las muñecas y ató el extremo alrededor del asidero situado en un lado. Linda estaba atrapada allí dentro, cegada, dolorida, desnuda y aterrorizada. Entonces el hombre enmascarado salió del baño y fue a la planta baja, pero permaneció en la casa.

A juzgar por los ruidos que hacía, pasó un rato en la cocina y en la sala de estar. Abrió y cerró puertas, usó un grifo, encendió la televisión. Luego el chirrido de una bisagra indicó que se había abierto la puerta trasera y un golpe seco sugirió que había vuelto a cerrarse. ¿Se había marchado? La temperatura corporal de Linda había ido descendiendo desde que él la había dejado en el baño, con la piel desnuda contra la fría cerámica; le castañeaban los dientes. Ya casi solo podía pensar en el frío, hasta el punto de que se le hacía cada vez más difícil seguir sus propios pensamientos, y mucho menos los ruidos que venían de abajo. No oía nada. ¿Era porque no había nada que oír? ¿Se había ido? ¿Ya no estaba allí?

Linda pensó que si restregaba la frente contra los azulejos de la pared, podría mover la venda y quitársela. Sus movimientos estaban limitados por unos treinta centímetros de cuerda, pero se le ocurrió que quizás hubiera una cuchilla desechable en un costado de la bañera, detrás de ella. Si lograba alcanzarla, podría deshilachar la cuerda lo suficiente para romperla.

Pero no estaba segura de que se hubiera ido, así que esperó. Apretó la mandíbula. Trató de olvidar el dolor punzante del frío. Aguzó el oído todo lo que pudo. La casa parecía silenciosa e inmóvil. La impresión apuntaba a que ella era la única que respiraba y se movía en su interior. Aun así, aguardó. Pensó en la pistola, en lo que él haría si la sorprendía intentando escapar. Finalmente, tuvo la impresión de que una claridad gris empezaba a abrirse paso por los bordes de la venda. Parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que le había oído hacer ruido, tal vez muchas horas. Afuera debía de estar amaneciendo. Se había ido, seguro. Esperó cinco minutos más, contando los segundos mentalmente. Al fin, Linda se movió para restregarse la cabeza contra los azulejos.

De repente, un ruido, un murmullo de ropa; luego notó un cálido aliento en la oreja.

—Maldita zorra, te he dicho que no te muevas.

Linda no tenía ni idea de cuánto llevaba el hombre allí dentro, justo a su lado. Ni siquiera le había oído subir las escaleras.

Eso fue lo último que recordaría, porque entonces le estrelló la cabeza contra los azulejos con tal fuerza que su cráneo se agrietó en una serie de fracturas ramificadas como una telaraña, y una de ellas se resquebrajó tan violentamente que expulsó una diminuta esquirla de hueso que fue a alojarse en el delicado tejido de su cerebro.

Linda permanecería en ese baño, agonizando lentamente, durante las siguientes treinta y cinco horas.

Tras las primeras cuatro horas, Johnnie Murphy y dos de sus hombres llegaron a la casa como cada mañana. Tenían las llaves y abrieron ellos mismos. No vieron nada que les pareciera extraño. Linda salía a recibirlos la mayoría de los días, pero no todos, así que imaginaron que debía de haber salido. Al ver que no había aparecido al terminar la jornada, Johnnie dejó una nota en la mesa de la cocina pidiendo que le llamara para hablar de unos apliques de pared que aún no habían llegado.

A la mañana siguiente, cuando habían transcurrido veintisiete horas y Johnnie entró en la casa por segunda vez, la nota seguía en su sitio, pero Linda no estaba. Empezó a pensar que pasaba algo. Recorrió la casa, tanto la planta baja como la parte de arriba, llamándola una y otra vez. La puerta del dormitorio principal estaba abierta, con las cortinas todavía corridas. Asomó la cabeza. La cama estaba desecha, pero no había ni rastro de Linda. La puerta del cuarto de baño también estaba abierta, pero desde donde él se encontraba no podía ver el cuerpo de Linda en la bañera. Al estar la puerta abierta, dedujo que no estaba allí. Llamó al móvil del marido, pero en California eran las once de la noche y Conor, un hombre madrugador, ya estaba durmiendo. Pasarían seis horas más hasta que oyera el mensaje de voz de Johnnie.

A las treinta y tres horas, Conor llamó al teléfono de su esposa, pero saltó directamente el buzón de voz. Entonces llamó a Johnnie, quien le dijo que no había visto a Linda desde hacía un día y medio. Conor probó con los números de varios amigos y parientes que vivían en la zona, que tal vez la habían visto o incluso estaban con ella. Nadie la había visto. Sintiendo las primeras oleadas de pánico, Conor llamó a sus padres. Estaban en una boda en Gorey, condado de Wexford, al menos a dos y horas y media de la casa de Fermoy, pero su padre le aseguró que iban a coger el coche de inmediato para dirigirse a la casa. Antes de ponerse en marcha, el padre de Conor llamó a un amigo suyo cuyo hijo era sargento de la Garda y estaba en la comisaría del distrito norte de Cork, que casualmente se hallaba en Fermoy. El sargento Brendan Byrne reconocería más tarde que había puesto los ojos en blanco al oírle explicar a su padre que la esposa de Conor O'Neill había desaparecido mientras este se encontraba en San Francisco, en plan pez gordo, y que había replicado algo así como: «¿Y qué quieres que yo le haga?». Sin embargo, como, a pesar de tener casi cuarenta años y ser sargento de policía, a Byrne aún le costaba no hacerle caso a su padre, accedió a echar un vistazo en la casa. No obstante, después de colgar decidió que estaba demasiado ocupado y encargó a una integrante más joven de su equipo, una agente recién graduada que llevaba menos de seis meses en el puesto, que se acercara a inspeccionar el lugar.

A las treinta y cinco horas, tras perderse varias veces en el trayecto, la agente Patricia Kearns llegó por fin a la casa de los O'Neill. Habló unos minutos con Johnnie y empezó a registrarla. Ella fue la que encontró a Linda en la bañera.

Este retraso no solo aumentó exponencialmente el sufrimiento de Linda, sino que

además dificultó la investigación sobre el ataque ya desde un principio. Durante un día y medio, antes de que la cinta azul y blanca de la Garda precintara la verja de la casa, la escena permaneció totalmente expuesta y fue transitada, alterada y recorrida una y otra vez. Incluso eliminando las muestras correspondientes a todo el personal que trabajaba en la casa, recoger muestras de ADN y otras pruebas físicas no fue sencillo. Además, solo había un testigo del crimen, que, tras haber sufrido una conmoción cerebral, no podía hablar.

Durante semanas, la investigación apenas avanzó. A principios de junio, Linda se había recuperado lo suficiente para hacer una breve declaración. La Gardaí se aferró a un detalle, la pistola, y se concentró en él.

Eso era Irlanda —un país cuya policía no iba armada— a principios de 2001. Al sur de la frontera y lejos de la autopista M50, que circundaba las zonas en las cuales las bandas criminales de Dublín pugnaban entre sí por la hegemonía, una pistola no era algo común. Más bien una anomalía. Los delincuentes comunes no tenían armas. No podían conseguirlas. La de Linda era, de hecho, la primera agresión sexual en el condado de Cork en la que el atacante llevaba un arma. La Gardaí no necesitaba más para relacionar el caso con el propietario original de la casa.

La coincidencia de que el delito se hubiera producido en el antiguo hogar de Richard Pike siempre les había resultado un tanto sospechosa a los detectives encargados del caso, y ahora todavía mucho más. La conexión parecía lógica. Plausible. Cómoda. Se lanzaron a seguirla, pues, como su primera línea de investigación y, muy pronto, se convirtió en la única. Ahora las pruebas estaban escritas en un lenguaje que podían entender. No se trataba de un monstruo que merodeaba por las zonas rurales buscando a mujeres al azar para violarlas. Aquello era cosa de las bandas del crimen organizado, un acto de criminalidad vulgar y corriente. Eso sí sabían cómo abordarlo.

Interrogaron a varios compañeros de Richard Pike, incluido su hijo, en apariencia un tipo respetuoso con la ley y que había vivido antes en la casa. Ninguno de ellos, tampoco el propio Pike, proporcionó nada a los investigadores, salvo conjeturas que no iban a ninguna parte. Sin embargo, el rumor de que Pike había escondido grandes cantidades de dinero entre los muros de la casa se mantuvo vivo durante un tiempo, y la Gardaí trabajó con la hipótesis de que alguien que sabía que el dinero estaba allí hubiera permanecido al acecho, aguardando la oportunidad para entrar y llevarse ese botín; una vez dentro, habría cambiado de idea y habría asaltado a Linda. Nunca se halló ninguna prueba al respecto. También interrogaron a dos hombres con condenas por agresión sexual y violencia doméstica, pero esas líneas de investigación también acabaron en nada. Para cuando Linda fue dada de alta de un centro de rehabilitación seis meses después, la Gardaí no había hecho progreso alguno, salvo una lista de hombres de los que podían asegurar que no habían entrado en la casa de Fermoy aquella noche.

Conor y Linda estaban destrozados. Ella tenía que convivir con sus recuerdos y con las lesiones sufridas, mientras que él se ahogaba en la culpa por haberse empeñado en mudarse a Fermoy y por haberla dejado allí sola. Ambos tenían que lidiar con las llamadas telefónicas.

Linda había renunciado a su anonimato tras el ataque. Parecía absurdo intentar preservarlo cuando todo Fermoy, y probablemente la mayor parte de la gente de los alrededores, sabía que había sido Linda O'Neill, la esposa de Conor, ambos recién regresados de Norteamérica, ya los conoces…, esa mujer a la que atacaron. Además, cuando salió del hospital meses después, pensó que un par de entrevistas a los medios era el único modo de reavivar el interés por un caso en el que la Garda parecía haberse dado por vencida. Por desgracia, esa publicidad solo sirvió para atraer a los perturbados de siempre.

El teléfono fijo empezó a sonar a todas horas del día y de la noche: un vidente que sabía dónde vivía su atacante; fanáticos religiosos que decían que aquello no les habría sucedido si hubieran ido a misa regularmente; hombres que amenazaban con hacer lo mismo, llamadas silenciosas. Lo que se repetía era sobre todo ese tipo de llamadas. Un completo silencio o una respiración jadeante durante un segundo y luego el tono de llamada. Esas eran las más inocuas, probablemente fueran adolescentes estúpidos. Conor quería desconectar la línea, pero Linda se había convencido de que alguien podía llamar con alguna información útil. Pese a que la Gardaí les aconsejó registrar todas esas molestas llamadas, ellos no vieron la necesidad de incluir las silenciosas.

Una tarde, Linda cogió por casualidad la extensión de arriba al mismo tiempo que Conor descolgaba abajo. Al principio, parecía una de las muchas llamadas que habían recibido: no se oía nada, salvo un jadeo. Conor masculló: «¡A la mierda!», y colgó el auricular violentamente. Linda, que todavía movía las manos con torpeza, no fue tan rápida en hacerlo, dándole tiempo al comunicante de decir: «¿Linda? ¿Eres tú?», y tras una breve pausa: «¿Te gustaría que jugáramos a otro juego?». A ella no le cupo la menor duda. Era él.

La Gardaí fue capaz de rastrear la llamada. La habían hecho desde un teléfono público del Páirc Uí Chaoimh, un estadio deportivo de Cork City, tres minutos después de que sonara el silbato final de un partido de hurling que había terminado con la victoria del Limerick sobre el Cork. En esos momentos, más de cuarenta mil espectadores estaban saliendo del estadio.

Patricia y yo recorremos lentamente el perímetro de la casa. No hay mucho que ver. Ahora otra gente vive aquí. Conor y Linda O'Neill se divorciaron cinco años después del ataque y ambos se han vuelto a casar. Ninguno de los dos vive cerca de Fermoy.

Patricia ya no es agente de la Garda desde hace años. Me explica que lo que vio en el baño de los O'Neill aquel día la transformó de un modo que no comprendió hasta

mucho después. Tras el nacimiento de su primer hijo, ya no quiso volver al trabajo. Le daba miedo. No quería arriesgarse a presenciar otra escena semejante, no quería llevarse aquello a casa. Parecía algo contaminante. Pero la zona le gustaba y había hecho amigos, así que en los últimos diecisiete años ha criado a su familia y ha tenido distintos empleos, el último en el centro de jardinería de las inmediaciones.

Cuando le pregunto qué vio al entrar en el baño, Patricia me mira decepcionada. Le digo que quiero que la gente comprenda lo malvado que es ese hombre, lo peligroso, vil y violento que puede ser, porque quiero que los lectores se sientan indignados por el hecho de que siga en libertad. Ella asiente, piensa un poco. Luego dice: «No le voy a explicar lo que vi. Bastantes humillaciones ha sufrido ya esa pobre mujer. Pero sí le diré esto: cuando di el aviso, dije que tenía una posible muerte. No le encontraba el pulso, pero supongo que fue más por su aspecto. El color de su tez, las heridas de la cara… Cuando vi a Linda O'Neill en aquel baño, pensé que iría directa a una bolsa de cadáveres».

Jim se despertó con un respingo, de manera que el ejemplar de *El Hombre Nada* se le escurrió del regazo y cayó al suelo. Había soñado que estaba en la casa de Fermoy, que recorría las habitaciones a medio reformar, que veía a la mujer que entonces vivía allí. El sueño se entremezclaba con los recuerdos auténticos de las veces que la había contemplado dormida, mientras ella se agitaba y se daba la vuelta en la cama; de cuando la había espiado pegado a la cortina de la ducha mientras ella permanecía bajo el chorro de agua caliente; de cuando había escuchado en la oscuridad lo que su marido le hacía para poder hacerle él lo mismo…, «para que ella supiera que había estado escuchando». Ahora se moría de ganas de volver a dormirse, de entregarse a esos sueños-recuerdos, pero los últimos jirones de sopor andaban ya lejos…

¿Eso no eran trinos de pájaros?

Ya no reinaba el silencio fuera del cobertizo. El coro del alba empezaba a ensayar. ¿Qué hora era? Jim apartó la cortina opaca de la ventana y soltó una maldición ante los rayos de luz que le deslumbraron.

Entonces recordó que su teléfono estaba arriba, en el dormitorio.

Y que había puesto la alarma.

Metió el libro bajo el cojín del sillón, salió del cobertizo y rodeó la casa a toda prisa. Acababa de llegar a la puerta principal cuando oyó el furioso pip-pip-pip arriba.

La alarma, a menos de un metro de la cabeza de Noreen. La había programado para las siete.

Se había pasado la noche entera en el cobertizo.

Mientras cerraba la puerta, el pitido se detuvo. Luego oyó los ruidos que hacía Noreen al levantarse.

Demasiado tarde.

Fue a la cocina y ocupó su silla, su sitio en la cabecera de la mesa. Había un periódico pulcramente doblado en la silla contigua. Un número del *Echo*, que cubría la zona de Cork. Lo cogió, lo abrió y se lo puso delante, aunque sin mirarlo. Inspiró hondo varias veces. Se concentró para calmarse, para dejar de sentirse inquieto, acelerado y sorprendido *in fraganti*.

Arriba sonó el inodoro.

Lo que sentía no era tanto pánico como enfado consigo mismo. No le gustaba que las cosas no salieran según lo planeado. Y ya tenía suficiente alboroto en la cabeza como para encima añadir al cóctel una andanada de estúpidas preguntas de Noreen.

¿Cómo es que ya estaba levantado? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Por qué no había desconectado la alarma?

Lo suficiente para volverle a uno loco.

Todo había sido mucho más fácil antes, en aquella época. Lo único que tenía que hacer entonces era decir que estaba metido en una operación y que no podía contarle nada. Podía desaparecer durante días y días, y ella no podía poner la menor objeción, ni preguntarle a su regreso dónde había estado o qué había estado haciendo. Ya sabía cuál iba a ser la respuesta. Pero ahora las cosas eran muy diferentes. Él tenía un empleo que lo mantenía fijo en un lugar, el Centrepoint de Douglas, entre las 8.30 y las 15.00 de todos los días laborales. El centro comercial quedaba a apenas quince minutos en coche de su casa. Noreen no era muy avispada, pero tampoco completamente idiota. Sabía que si él no estaba en el trabajo, no tenía motivo para estar en ningún otro sitio.

Sus parientes vivían a muchas horas de distancia y Jim no tenía interés en nada que tuviera que ver con la familia; un encuentro en Navidades era lo único que estaba dispuesto a soportar, y ni siquiera eso. Nunca se veía con ninguno de sus antiguos colegas porque los odiaba a todos a muerte; lo último que deseaba era hablar de su época en la Gardaí. A veces le habría gustado haberse esforzado algo más en cultivar amistades o aficiones, o simplemente fingirlo, para poder decir que iba a pasar un fin de semana jugando al golf o que salía un par de horas a tomarse un café con alguien. Pero no lo había hecho, y ya era demasiado tarde. No previó que lo fuera a necesitar, y menos a estas alturas de su vida.

Lo que sí tenía que hacer era terminar el libro. Más pronto que tarde. Tendría que buscar alguna excusa.

Unos pasos pesados en la escalera: Noreen.

Ella no conducía. Al menos contaba con esa ventaja. Siempre había sido demasiado nerviosa como para ponerse al volante; Jim se había encargado de que lo fuera aún más contándole los horrendos detalles de cada accidente de tráfico que oía explicar a sus compañeros. Cuerpos aplastados e irreconocibles.

Cráneos abiertos como huevos. Materia gris esparcida por el asfalto. A veces, Noreen iba a la ciudad en autobús, pero la mayor parte del tiempo que pasaba fuera de casa lo pasaba en las proximidades, la iglesia local, el centro comunitario o el cementerio. Era ministra de la Eucaristía, miembro de la Legión de María y ayudaba dos veces a la semana en el servicio de comidas a domicilio. Luego estaban los diversos eventos de beneficencia a lo largo del año. Era amiga de unas pocas mujeres que se dedicaban a tales actividades, pero raramente las veía en otras circunstancias. Lo primero que hacía cada mañana era salir a recorrer los alrededores, llegar por la carretera hasta la iglesia y darse una vuelta por allí. Luego regresaba y, por lo que Jim sabía, se quedaba en casa el resto del día.

Unos pasos arrastrados en el pasillo.

En teoría, Noreen podía ir caminando al Centrepoint, pero no creía que lo hubiera hecho jamás. Decía que detestaba ese lugar. Se quejaba de que la mitad de las tiendas estuvieran cerradas y aseguraba que prefería comprar los comestibles en el Tesco o el Aldi, y no había comercios de esas cadenas en el Centrepoint. Sería muy mala suerte que ahora, seis meses después de que Jim hubiera empezado a trabajar en el supermercado y posiblemente años después de su última visita, decidiera presentarse allí.

Noreen entró en la cocina.

—Se me había olvidado decírtelo —dijo Jim—. Durante el resto de la semana voy a hacer un horario más largo. Hay alguien enfermo. Necesitan que me quede hasta las cinco.

Ella se detuvo en el umbral y lo miró parpadeando.

—Vale. —Se ciñó su mugrienta bata, esa que la hacía parecer todavía más gorda que los vestidos, y fue a coger el hervidor—. Buenos días también para ti.

Noreen estaba detrás de él, pero por los ruidos deducía qué estaba haciendo.

Coger dos tazas. Sacar dos bolsitas de té de la lata y leche de la nevera.

—Te has levantado temprano —dijo al cabo de un rato—. ¿Por qué?

El agua empezó a borbotear en el hervidor.

—Porque estaba despierto. —Jim volvió la página del periódico—. Así que he pensado que podría levantarme. Para qué estar tumbado mirando el techo.

—¿Qué hora era?

—Hace un rato.

Jim volvió otra página. No había registrado nada de lo que tenía delante, salvo la silueta de los titulares y las fotografías, pero de repente las palabras EL HOMBRE NADA captaron su atención.

Por un instante olvidó dónde estaba y quién era, incluso que Noreen estaba ahí. Se inclinó sobre el periódico y resiguió el titular con el dedo:

EL CASO DEL HOMBRE NADA
REABIERTO EN UN NUEVO LIBRO

El titular encabezaba una fotografía de la familia de Bally's Lane, otra de la fachada de la casa de Fermoy y otra vez aquel maldito boceto, así como una miniatura de la portada del propio libro. Recorrió el texto a toda prisa: «El caso que aterrorizó a los habitantes de Cork hace casi veinte años es el tema de un nuevo libro […] la única superviviente del peor ataque del Hombre Nada, Eve Black, que solo tenía doce años entonces… El detective Edward Healy ha celebrado la publicación del libro y ha declarado que espera que reavive el interés en el caso… "Él sigue suelto, sí, pero nosotros continuamos buscando"».

Una taza de té apareció ante sus narices.

—Al fin —dijo Jim, cogiéndola de las manos de Noreen con tal brusquedad que se derramó un poco de líquido en el periódico. Pasó otra página y se inclinó para leer con fingido interés una noticia sobre las cuotas de pesca en la costa irlandesa.

Estaba esperando a que ella se apartara, cogiera su taza y se la llevara arriba, como solía hacer casi todas las mañanas.

Pero Noreen permaneció a su espalda.

—Me parece que ese periódico es de hace dos días —dijo—. Lo trajo Katie anoche.

En el centro comercial había más ajetreo que el día anterior, aunque tampoco demasiado. Aparte de un coche abandonado junto al muelle de carga y de un bolso que al parecer se había perdido, pero que había aparecido enseguida en los vestuarios de señoras, Jim no tenía gran cosa que hacer, aparte de contar los minutos para que terminara su turno y pudiera reanudar la lectura de *El Hombre Nada*.

Mientras Noreen estaba en la ducha, había trasladado el libro del cobertizo al coche, y los dejó de nuevo en la guantera. Su plan era ir a alguna parte al salir del trabajo, quizás a la Marina, donde poder aparcar y leer unas horas sin llamar la atención ni ser molestado. Podía hacerlo así porque, para Noreen, él estaría en el centro comercial al menos hasta las cinco.

Entre tanto, estaba condenado a un aburrimiento espantoso. Esos minutos de la mañana avanzaban a paso de tortuga.

Hasta que vio a la mujer de la gabardina.

Hoy tenía el pelo recogido detrás y llevaba una falda, en lugar de pantalones, pero iba con la misma gabardina y el mismo bolso. Estaba seguro de que era ella. Debía vivir cerca o trabajar por allí, o ambas cosas. Estaba deambulando por la sección de productos frescos de Alimentación con una cesta metálica. Lo único que había dentro de momento era una bolsa de manzanas.

La última vez que la había visto, veinticuatro horas antes, ella se dirigía a la caja con un ejemplar de *El Hombre Nada*. ¿Lo había comprado? ¿Había empezado a leerlo? ¿Cuánto sabía sobre lo que él había hecho?

¿Cómo se sentiría si supiera que el Hombre Nada estaba ahora solo a unos pasos de ella, observándola, estudiándola?

Cuando la mujer se encaminó hacia la zona de los congelados, Jim, movido por un impulso, la siguió hasta allí. Mantuvo las distancias y procuró actuar como si solo estuviera patrullando por el supermercado, pero sus ojos no la abandonaban.

Hoy llevaba la gabardina abrochada, con el cinturón bien ceñido en torno a la cintura, marcando la silueta de su cuerpo. Observó cómo metía en la cesta una botella de vino, dos comidas preparadas para el microondas y un paquete de cuatro rollos de papel higiénico.

¿Esas compras indicaban que vivía sola? ¿Venía siempre aquí, en el camino de vuelta del trabajo? Y, de ser así, ¿podría seguirla hasta su casa? ¿Qué le haría en la oscuridad?

¿Qué le gustaría hacerle?

¿Todavía sería capaz de hacerlo? Físicamente, quería decir.

—Justo el hombre que andaba buscando.

Steve O'Reilly se había plantado delante de él, impidiéndole ver a la mujer. Tenía el pelo más pringoso de gel de lo habitual y estaba con los brazos en jarras, lo que dejaba ver que llevaba gemelos en las mangas de la camisa.

Era el mánager de un supermercado de medio pelo y venía al trabajo con gemelos… Qué patético.

Jim apenas soportaba mirarlo.

—¿Qué te pasó ayer? —preguntó Steve.

Jim puso también los brazos en jarras, imitando su postura.

—Migraña —dijo.

—Migraña —repitió Steve.

Ambos se miraron fijamente.

—¿Y qué hiciste?

Jim fingió perplejidad.

—¿Cómo que qué hice?

—¿Tienes una nota del médico o…?

—Me acosté. Con la habitación a oscuras.

—¿Simplemente te acostaste?, ¿con la habitación a oscuras?

Repetirlo todo, pero formulado como una pregunta: «Técnica de Interrogatorio Amateur, capítulo 1». Jim se negó a responder.

—¿Sin analgésicos? —Steve arqueó las cejas—. ¿Con una migraña?

En ese momento, su radio soltó un pitido. Se la sacó del cinturón y dijo: «Aquí Steve, dime». Tras un chirrido de interferencias, una vocecita dijo algo sobre un problema en el ordenador del Departamento de Atención al Cliente. «Voy ahora mismo.» Miró a Jim a los ojos y añadió con cara de esfinge: «Corto».

Lo que salió a continuación de la radio fue una seca risotada y dos palabras que, a diferencia de lo anterior, sonaron con despiadada claridad.

—Te copio, Jim.

Incluso viniendo de la vocecita de la radio, el sarcasmo resultaba clamoroso.

Steve sonrió con aire triunfal.

Jim notó que empezaban a arderle las mejillas.

Cierto, allí nadie más utilizaba esa expresión para hablar por la radio. Pero él lo hacía porque era difícil romper el hábito adquirido durante más de veinte años y porque, además, estaba bien dicho. Era el protocolo establecido para asegurar una comunicación clara por radio. Ellos podían burlarse todo lo que quisieran, pero ¿quién reiría el último?, ¿el hombre inteligente que tenía a sus espaldas una brillante carrera como miembro de la Garda Síochána o esa pandilla de idiotas atrapados en este tugurio durante el resto de sus vidas por el salario mínimo?

Steve estaba enfundando la radio. La sonrisita suficiente le había conferido a su rostro un aire engreído y satisfecho.

Jim se abalanzó sobre el joven, lo agarró de la garganta con una mano e introdujo la otra, con el puño cerrado, en aquella boca desdeñosa, forzándole a separar los dientes artificialmente blanqueados hasta que notó que tocaba el paladar blando; entonces abrió los dedos, los extendió con fuerza hasta que sonó el chasquido del maxilar, el crujido de un diente y el grito de alguien sometido a un dolor insoportable. Cuando Steve ya había sufrido casi tanto como puede sufrir un ser humano, cuando sintió que su cráneo se estaba partiendo por dentro, Jim sacó violentamente el puño y lo usó para estamparlo de narices contra la puerta de cristal del primer frigorífico, «a través» de la puerta de cristal, una y otra vez, hasta que su cara quedó acribillada de esquirlas. Luego lo sacó agarrándolo del pelo grasiento y lo empujó por todo el pasillo, golpeándolo contra las puertas, restregando lo que quedaba de su rostro contra ellas, dejando un largo trazo de sangre…

—Bueno, esperemos que hoy no haya ninguna migraña, ¿eh? —Steve le hizo un guiño—. Ni durante el resto de la semana.

De vuelta a la realidad, Jim se limitó a mirarlo con furia mientras se alejaba.

Luego se volvió, observó su reflejo en la puerta del frigorífico y pegó la frente en el gélido cristal.

Estaba mareado, tembloroso. Necesitaba calmarse. Estaba dejando dominarse por los nervios.

Y los tipos como Steve no se merecían tal cosa.

Se dirigió a la entrada del supermercado. Durante su turno, solía apostarse allí durante quince o treinta minutos, porque era el punto más efectivo para

que el personal de seguridad resultara visible. Estar allí no solo lo convertía en un factor disuasorio, sino que lo situaba a unos pasos de los sensores de seguridad. Además, era un sitio ideal para aparentar que estaba trabajando, aunque no fuera así en modo alguno.

Pero Jim no llegó a la entrada.

Al principio del Departamento de Comestibles, justo después de las flores y las revistas, pero antes de las frutas y las verduras, había un puesto de venta de bebidas calientes. Contaba con tres mesas altas con taburetes donde la gente podía sentarse y tomarse un café mientras estiraba el cuello para mirar la pantalla de televisión montada en la pared. Estaba silenciada de forma permanente, pero a veces tenía subtítulos.

Esta mañana la televisión estaba sintonizada en uno de esos programas en los que una pareja en un sofá entrevistaba a unos personajes sentados en el sofá contiguo que Jim nunca reconocía. La entrevistada, una mujer rubia de veintitantos, o poco más de treinta, era guapa, pese a sus esfuerzos para no parecerlo. Llevaba el pelo rubio platino muy corto, con contornos irregulares, y había cubierto su escuálido cuerpo con una voluminosa prenda negra. No lucía el abundante maquillaje televisivo que hacía que todo el mundo pareciera un muñeco de cera, pero la verdad es que no le habría ido mal, porque tenía cercos morados bajo los ojos y estaba tan pálida que parecía enferma. A todo ello se añadía que alguien, o ella misma, le había aplicado un carmín rojo reluciente, pero sin demasiada pulcritud: en una pantalla de alta definición de cuarenta y dos pulgadas se veía que se le había corrido y que le rebasaba el contorno de los labios.

Era Eve Black.

No es que Jim la reconociera —no la había visto desde que tenía doce años, e incluso entonces solo la había visto unos momentos—, sino que leyó el rótulo que aparecía en la base de la pantalla: «EL HOMBRE NADA ASESINÓ A MI FAMILIA: EVE BLACK HABLA DE SU NUEVO LIBRO SOBRE UN CRIMEN REAL».

Miró atentamente hasta que primero desapareció el rótulo y luego la imagen de la propia Eve.

En su lugar, apareció flotando una fotografía familiar granulosa y algo desenfocada: la madre, el padre y dos niñas rubias cogidas de la mano.

La fotografía dio paso a una secuencia de Eve y otra mujer caminando hacia una casa, de espaldas a la cámara. Eve se detenía y señalaba algo situado a

media distancia.

No había subtítulos. Jim no tenía ni idea de lo que estaban diciendo.

De vuelta en el plató.

Una toma de los presentadores, con expresión muy seria.

Otra vez Eve.

Ahora asentía y empezaba a hablar, moviendo las manos.

Cuanto más la miraba, más reconocía en sus rasgos a aquella niña de doce años.

Debería haberlo previsto. Había estado tan concentrado en la lectura del libro que no se le había ocurrido pensar más allá, considerar un problema mucho peor y más acuciante: había otra gente leyéndolo. Una cosa era la noticia del periódico. Al fin y al cabo, era un periódico de Cork, y ¿quién leía esos periódicos locales? Pero esto era un programa de televisión. Un programa de alcance nacional.

La presentadora mostraba un ejemplar del libro. Jim entendió lo que estaba diciendo porque había aparecido en la pantalla un gráfico con fechas y horas.

Esta noche, Eve Black iba a firmar ejemplares de su libro en una librería del centro de Dublín. Y al día siguiente, en una librería de Cork.

En la misma librería donde Jim había comprado su ejemplar de *El Hombre Nada*.

No tuvo dudas: iría a verla.

5

WESTPARK

Existen lugares horribles con habitaciones preparadas para acoger niños.

Al que me llevaron aquella noche era un sitio pequeño y demasiado reluciente, crudamente iluminado por tubos fluorescentes. No había ventanas, a menos que contaras la ventanilla de la puerta, a través de la cual veía el chaleco reflector del agente que estaba apostado fuera, un centinela amarillo neón. El mobiliario recordaba el escaparate de una tienda de beneficencia: dos sofás desvencijados, una mesita de café cubierta de cercos de vasos y una lámpara de pie de caoba con una pantalla ribeteada de flecos de borlas. De las paredes colgaban carteles como los que se ven en los cines, todos de películas un poco antiguas. En un rincón había un recipiente rojo lleno de figuritas de plástico, de muñecas con el pelo trenzado y de juegos de mesa cuya caja maltrecha indicaba que no debían contener todas las piezas. Durante años pensé que esa habitación estaba en la comisaría de la Garda, pero hace poco descubrí que se hallaba en el Cork University Hospital, un centro sanitario que los habitantes de Cork todavía suelen llamar por su nombre original, el Regional.

Todo en esa habitación estaba mal. Para empezar, el hecho de que nos encontráramos allí. Nannie estaba conmigo, con el pelo suelto sobre los hombros, y no recogido en su impecable moño. Era la primera vez que la veía así. Ella miraba alrededor en silencio. Había otra mujer también, una asistente social, de la que casi no me acuerdo. No pasaba de ser un borrón gris en un rincón. Era tan tarde que era temprano, probablemente alrededor de las seis de la mañana. Yo llevaba un pijama prestado y unos calcetines de talla adulta. Eran de lana gruesa y picaban. No hablaba nadie y no había ningún ruido que nos distrajera de ese silencio. Yo quería preguntar por Anna y por mis padres —dónde estaban, cómo se encontraban, qué había ocurrido en nuestra casa—, pero al mismo tiempo no quería saber la respuesta. Aquella habitación era una cámara de descompresión entre mi vida tal como la conocía y mi vida tal como temía que iba a ser a partir de ese momento. Mientras estuviera allí, podía permanecer suspendida entre ambas. Mientras no nos marcháramos, aquello no habría sucedido. Estrictamente hablando, aunque estuvieras cayendo en el vacío, todo iba bien hasta que no te estrellabas en el suelo.

Finalmente, se abrió la puerta y entraron dos personas, un hombre y una mujer. Iban vestidos de paisano y parecían maestros. Cuando empezaron a hablar con Nannie, a decir que lo sentían mucho, que debían hacer unas preguntas, pero que mi bienestar era su máxima prioridad, empecé a oír un ruido extraño, una especie de zumbido en los

oídos. Era como si me estuviera sumergiendo lentamente en el agua, mientras que ellos permanecían en la superficie. Todas las voces quedaron amortiguadas, se volvieron lejanas y luego, a medida que me hundía, fueron completamente ininteligibles. Me estaba ahogando y no tenía modo de dar la alarma.

El hombre vino y se acuclilló delante de mí. Tenía el pelo rojizo y pecas en la nariz. Estaba tan cerca que, cuando empezó a hablar, noté el calor de su aliento cosquilleándome en la cara. Pero no podía descifrar sus palabras.

El detective Edward Healy puede decirte con toda exactitud el día y el lugar en el que decidió ser agente de la Garda. Fue el 14 de agosto de 1980, cuando acababan de dar las nueve de la noche. Él tenía ocho años y estaba sentado en la sala de estar de su casa, en Ballysheedy, en el condado de Limerick. Dos agentes uniformados de la Gardaí estaban sentados en el sofá con idéntica pose: los codos en las rodillas, las gorras en la mano, el trasero apoyado justo en el borde del asiento. Sus botas negras estaban relucientes. La madre de Healy se había quedado de pie junto a la chimenea, no había querido sentarse. Las lágrimas rodaban por su rostro. Unos minutos antes, al oír que llamaban a la puerta, había puesto los ojos en blanco y mascullado «Al fin», porque pensaba que era Eddie, su marido, que llegaba tarde a cenar; no había llamado para avisarla. Los hombres uniformados le explicaron con tacto que había habido un accidente en los muelles de la ciudad de Limerick. Un coche había chocado con otro y ambos habían caído al río. No había habido supervivientes. El conductor del primer coche estaba borracho. El del segundo era el padre de Healy.

Healy sabía que quería ser policía, y que ese deseo había surgido aquella noche terrible, pero nunca pudo formular claramente qué tenía que ver una cosa con otra. Tardaría muchos años en averiguarlo. En un mundo donde todos los adultos lloraban, deshechos y desolados, aquellos dos hombres de uniforme se habían mantenido estoicos, firmes y serenos, que era como el pequeño Healy de ocho años habría deseado ser, con toda su alma. En realidad, eso no tenía nada que ver con que fueran policías. Simplemente, eran los únicos adultos que estaban allí ese día que no pertenecían al círculo de dolor de la familia. Pero para cuando Healy lo comprendió, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

El día que se graduó en Templemore, su orgullo era como una barra de acero en la parte posterior de su uniforme que le mantenía los hombros erguidos, el pecho fuera y la barbilla alta. Él siempre había visto en aquellos hombres de azul marino una imagen tranquilizadora, una señal de que la ayuda estaba llegando, de que todo saldría bien, y ahora él llevaba ese mismo uniforme. Le enorgullecía pensar que ahora podría transmitir esa tranquilidad a otras personas. Pero su día de graduación fue también el punto álgido de su relación con la Garda Síochána. Casi nada más entrar en el cuerpo, empezó a deslizarse por una pendiente de sombría desilusión. Se encontró metido en

una organización repleta de burocracia y aquejada de unos niveles de desidia y corrupción que, desde su punto de vista, no dejaban la menor posibilidad de recuperación. Era un terrible desengaño haber conseguido el puesto con el que habías soñado durante más de la mitad de tu vida solo para descubrir, en primer lugar, que no se parecía en nada a lo que habías imaginado y, en segundo lugar, que nunca había sido el trabajo de tus sueños, para nada.

En marzo de 1999 esa desilusión se había convertido en una fuerza corrosiva. Había habido un breve periodo de respiro después de que lo nombraran detective y lo trasladaran de la comisaría de Ballincollig, en el oeste de la ciudad, a Anglesea Street, la central del distrito. Pero la esperanza de que las cosas fueran diferentes porque allí iba de paisano también se había extinguido. Ahora todo le parecía más negro que nunca. A su matrimonio, se había casado hacía menos de tres años, solo le faltaba otra agria discusión para acabar de romperse. A veces, él mismo se inquietaba porque bebía mucho y con demasiada frecuencia…, y entonces bebía más para dejar de preocuparse, al menos por un rato. De noche permanecía despierto en la cama, atormentado por la sensación de que se encontraba en una encrucijada y de que, si no actuaba pronto —si no tomaba una decisión y adoptaba un cambio drástico en su vida —, algo acabaría estallando y arrollándolo, y después ya no podría volver atrás.

No poder hablar de ello con nadie aún le hacía sentir peor. En aquel entonces, cuidar de la salud mental era algo que estaba fuera del tablero. Los agentes que tenían que vérselas con escenas espantosas y situaciones terroríficas sobrellevaban a base de pintas de cerveza en el pub lo que muchos considerarían más tarde un trastorno de estrés postraumático, pero no había suficiente con aquello. Como dijo cierto agente de policía, la actitud que encontrabas entre los compañeros no era la de alguien que te apoyara, sino la de alguien que, en cierto modo, competía contigo: «¿Eso te parece horrible? ¡Pues espera a que te cuente lo que he visto hoy!».

Entonces, un lúgubre martes por la mañana, Healy fue a investigar unas denuncias de robo en un lugar llamado Westpark, una urbanización situada junto Maryborough Road, en la parte sur de Cork City. O al menos iba a ser una urbanización. En ese momento, todavía era un solar en obras. Hileras de casas pareadas, bien acabadas y pintadas de color crema, con una franja de ladrillo rojo a lo largo de las plantas bajas. El hormigón de los senderos de acceso, de color claro, estaba todavía inmaculado, pero las calles entre las casas eran todavía pistas de grava suelta. Las señales de STOP estaban cubiertas con bolsas negras de basura y aún no habían retirado la lechosa capa de plástico de las ventanas.

Un hombre con un chaleco reflector salió de un cubículo prefabricado cuyo rótulo decía «OFICINA DE OBRAS» y se presentó como David Walsh, director de proyecto en Browne Developments Ltd., la empresa que estaba construyendo Westpark. Le entregó a Healy un mapa que mostraba más de un centenar de casas dispuestas en hileras, con

los jardines posteriores enfrentados, y una calle central que recorría la urbanización entera. En el mapa, cada casa era una caja vacía en miniatura, y al menos una docena de ellas estaban marcadas con una gran «X» en rotulador rojo.

La cosa había empezado seis meses atrás, explicó Walsh. Westpark había sido construida por fases, comenzando por las casas más próximas a la carretera y luego avanzando hacia los campos embarrados que quedaban más allá. En cuanto estuvo casi terminada la primera fase, los obreros informaron de hechos extraños en el solar. Había materiales que cambiaban de lugar durante la noche, o bien de una habitación a otra, o bien de la planta baja al primer piso. Desaparecían cerraduras de las puertas interiores, al parecer retiradas limpiamente, dejando tan solo el hueco. También desaparecían otros objetos: herramientas, un taladro, portalámparas. Aparecían cosas que no pertenecían a la obra; lo más llamativo, un saco de dormir enrollado.

El vandalismo era un problema corriente en los solares en construcción y, por lo general, indicaba que vivían adolescentes aburridos en los alrededores; pero lo que resultaba raro en este caso era que los hechos se producían solo en las casas terminadas. Casas selladas contra las inclemencias del tiempo y con las puertas cerradas, que permanecían vacías esperando a los compradores. Browne Developments había incrementado las medidas de seguridad, contratando a tiempo completo a dos guardias de seguridad para que patrullaran de noche por la urbanización. Pero eso no había reducido el problema y la compañía de seguros había apremiado a la constructora para que presentara una denuncia formal a la Gardaí.

—Fue uno de los guardias de seguridad quien encontró el escondite —dijo Walsh.

El encargado subió al coche de Healy y le dio indicaciones hasta la parte trasera de la urbanización, donde había un espeso y oscuro bosque junto a una hilera de cimientos vacíos que aún aguardaban los ladrillos y el mortero. Se bajaron los dos y Walsh lo guio entre los árboles.

Healy observó que el terreno descendía abruptamente unos pasos más allá y desembocaba en un pequeño claro, situado unos dos metros por debajo del nivel de la urbanización; lo cual, sumado al hecho de que estaba rodeado de árboles, lo dejaba totalmente oculto. En medio del claro, había algo que, a primera vista, parecía una pila de leña para una fogata. Pero una vez que se deslizó por la pendiente, Healy vio que lo que estaba mirando era un montón de materiales de construcción. Paneles de MDF. Tuberías de PVC. Diversas herramientas. Y, según las estimaciones de la constructora, tal como le informó Walsh, todas y cada una de las cerraduras que habían sido extraídas de las puertas interiores de las casas.

Healy paseó la mirada del encargado a la pila de material e intentó contener la risa. ¿Qué clase de disparate era aquello? ¿Para qué lo habían llamado? Mover las cosas de sitio no era un acto punible. Si el autor del robo pensaba vender los objetos, sin duda ya lo habría hecho. Aquel no era un sitio para guardarlos; habría sido una pesadilla llevar

todo el material a la carretera. Además, puesto que casi todo conservaba el envoltorio de plástico con el que había llegado al solar, difícilmente podía alegarse un delito de daños.

Formuló varias preguntas y tomó algunas notas porque eso era lo que la gente quería ver cuando llamaba a la Gardaí para hacer una denuncia. Recomendó que bloquearan el acceso al supuesto escondite y que instalaran cámaras de vigilancia hasta que las viviendas fueran ocupadas. Browne Developments adoptó esas medidas y, cuando Healy hizo una llamada de seguimiento unas semanas más tarde, no se había producido ningún nuevo incidente. Después de lo cual ya no quedó nada más que hacer, salvo especular de vez en cuando sobre el asunto y contarles a sus compañeros, mientras se tomaban unas pintas, la extraña historia de los robos en Westpark. Uno de ellos dijo que aquello parecía el principio de una turbia reclamación al seguro y Healy se sintió inclinado a aceptar esa hipótesis.

Pasó el tiempo. Healy y su esposa iniciaron un periodo de separación oficial; bajo la ley irlandesa, debían demostrar que llevaban cuatro años separados antes de que cualquiera de los dos pudiera pedir el divorcio, y ella estaba deseosa de iniciar el proceso. Ahora que vivía solo, la inclinación a la bebida de Healy más bien empeoró antes de empezar a mejorar un poco. Llegó y pasó el cambio de milenio. Lo ascendieron a sargento. Consideró la idea de dejar el cuerpo. Se sorprendió preguntándose cómo le iría si se mudaba y volvía a la universidad para convertirse en psicólogo. Pero cada mañana se levantaba e iba al trabajo, y cada noche se acostaba sin haber hecho nada al respecto.

Alice O'Sullivan sufrió un ataque.

Y Christine Kiernan.

Y Linda O'Neill.

Entonces, a primera hora de la mañana de un domingo de junio de 2001, un compañero le llamó para preguntarle si se había enterado de la noticia. Una joven pareja había sido asesinada la noche anterior en su casa del sur de la ciudad. Los informes iniciales indicaban, además, que la mujer había sido agredida sexualmente. Lo que la Gardaí había encontrado en la escena no tenía ningún sentido.

—Quizá tú puedas ayudarlos —dijo su compañero—. Es en Westpark.

Marie Meara y Martin Connolly se habían conocido en el verano de 1998, cuando ella tenía veinticinco, y él, veintisiete. Ambos trabajaban en el sector de la repostería. Martin era jefe de contabilidad de una conocida marca de chocolate y Marie había fundado su propio negocio artesanal, que esperaba expandir a la larga para convertirlo en un café. Así se habían conocido, cruzándose en una feria de Bord Bia, la agencia estatal de productos de alimentación. Cuando se enviaron las invitaciones de boda dos años más tarde, una tira cómica encargada especialmente los presentaba como una pareja de

pastillas de chocolate M&M, un chiste que sus amigos venían haciendo. Las palabras más utilizadas para describir a la pareja eran «simpática», «generosa» y «trabajadora».

A principios de junio de 2001, llevaban menos de tres semanas viviendo en el número 15 de Westpark. La mudanza era tan reciente que todavía estaba en marcha. Aún no habían recibido la confirmación de que los servicios de su apartamento alquilado de Ballincollig ya no estaban a su nombre, y su casero, un abogado llamado Kevin Prendergast, todavía no les había devuelto el depósito. Había llevado en el bolsillo el sobre con el cheque durante toda la semana, con la intención de enviarlo por correo.

A primera hora del domingo del puente de junio, Prendergast iba a reunirse con unos amigos para jugar un partido de golf en Frankfield. Su ruta hacia allí no pasaba directamente por Westpark, pero sí bastante cerca. Podía dar un pequeño rodeo y entregar el cheque en mano. No pensaba saludarlos siquiera. Su idea era meter el sobre en el buzón y marcharse.

Poco antes de las ocho de la mañana, aparcó frente a su casa. El día era bochornoso, con el calor atrapado en un cielo nublado. Mientras recorría el sendero, iba pensando en la probabilidad de que lloviera y confiando en que, de ser así, no empezara hasta después del noveno hoyo. Vio de pasada que el Ford Mondeo plateado de Martin estaba aparcado afuera, con el morro hacia la puerta del garaje, pero no lo observó con atención. El sendero describía una ligera pendiente; la casa estaba a medio metro por debajo de la calle.

A Prendergast le caían bien Marie y Martin: habían sido unos inquilinos excelentes. Al acercarse, estaba admirando la casa y pensando: «¡Qué bien les ha ido!». Eso le gustó. Al cabo de un momento, tuvo el primer atisbo de que pasaba algo extraño: la puerta principal estaba entornada unos centímetros y la luz del vestíbulo estaba encendida.

Pip-pip.

El teléfono sobre el asiento del copiloto se encendió de repente: «batería cargada». Jim bajó el libro, cogió el móvil y desenchufó el cable del puerto del salpicadero con la otra mano.

Al terminar su turno, había ido al Electric City del centro comercial situado enfrente del Centrepoint. Le había dicho al dependiente que a su mujer se le había caído el teléfono en el fregadero y necesitaba otro para que se las arreglara durante unos días. Algo para que pudiera navegar por Internet, pero nada que requiriese un contrato. Lo más barato que hubiera.

Necesitaba ver la entrevista con Eve, pero no quería hacerlo en el ordenador de casa ni en su propio teléfono, que estaba registrado a su nombre; meterse en un café para conectarse le parecía excesivo. Así pues, compró un móvil de prepago y aparcó en la Marina después del trabajo. El lugar estaba tranquilo, con solo alguna persona practicando *jogging* o paseando al perro.

Desde que había descubierto la existencia de *El Hombre Nada*, había oscilado entre una cautela paranoica y una confiada despreocupación. Así pues, estaba actuando con ambas cosas a la vez.

Encendió el móvil y abrió el navegador. Primero tenía que averiguar en qué canal habían emitido la entrevista con Eve y cómo se llamaba el programa. Eso era fácil: encontró ambas cosas rápidamente con una sencilla búsqueda en Google. Uno de los enlaces que apareció entre los resultados lo llevó directamente a donde quería ir: allí estaban los programas de ese canal para verlos bajo demanda; un botón de *play* oscurecía parcialmente la cara demacrada de Eve.

El vídeo duraba seis minutos. Subió el volumen del teléfono al máximo y pulsó el *play* de la pantalla.

Los dos presentadores estaban sentados en un reluciente sofá rosa y miraban a la cámara muy serios. El hombre iba con un traje que una camisa floral arruinaba completamente; la mujer lucía un vestido tan implacablemente ajustado que parecía diseñado para producir un efecto de compresión.

Mirando a la cámara, ahora con una sonrisa que dejaba a la vista unos dientes de una blancura antinatural, ella empezó a hablar.

—Y ahora —dijo— pasamos a nuestra siguiente invitada. El próximo mes de enero se cumplirán veinte años desde que un asesino sin rostro empezó a sembrar el terror en la ciudad y en el condado de Cork. En octubre de 2001, en

la noche de su último ataque, un intruso enmascarado entró en una casa de Passage West, en el este de la ciudad, y asesinó a tres miembros de la familia Black: Ross, su esposa Deirdre y su hija de siete años, Anna. —Al decir «siete», la presentadora intensificó su mirada hacia el objetivo—. Milagrosamente, la hija mayor, Eve, de solo doce años, sobrevivió al ataque escondiéndose en el baño de arriba. Esta mañana se incorpora al programa para hablarnos de su nuevo libro, de su «asombroso» libro (yo lo estoy leyendo y no puedo dejarlo): *El Hombre Nada*. La autora espera que lleve a las autoridades a descubrir por fin la identidad del asesino. Buenos días, Eve. Bienvenida al programa.

El encuadre se amplió, mostrando a Eve sentada en un sofá idéntico situado a solo unos treinta centímetros del que ocupaban los presentadores. Permanecía con las rodillas juntas y las manos en el regazo, y parecía al mismo tiempo rígida e inquieta. Era obvio que estaba nerviosa.

—Gracias por invitarme —musitó mientras aparecía un gráfico en la base de la pantalla.

EL HOMBRE NADA ASESINÓ A MI FAMILIA: EVE BLACK HABLA DE SU NUEVO LIBRO SOBRE UN CRIMEN REAL.

—Este es el libro —dijo la presentadora, cogiendo el ejemplar que tenía preparado en el regazo—. Vaya. Debo confesárselo, es una lectura angustiosa, pero yo no puedo dejarlo. Es fascinante, desgarrador… Anoche me quedé hasta las tantas leyéndolo. Esta mañana han tenido que emplearse a fondo con mi maquillaje. —Esbozó una sonrisa y luego volvió a adoptar su actitud seria—. Dígame: ¿por qué escribir este libro? ¿Y por qué ahora?

—Bueno… —Eve se humedeció los labios—. Supongo que la respuesta más sencilla es que… quiero encontrarlo. Identificarlo y encontrarlo para que lo detengan y lo castiguen por lo que hizo. En cuanto a por qué ahora… —Hizo una pausa—. Para ser sincera, hasta este momento no estaba preparada.

—Todo empezó con un artículo —la animó la presentadora.

—Sí, escribí un texto en la universidad (adonde volví, ya como alumna adulta, para estudiar literatura inglesa), se publicó y despertó muchísima atención, algo bastante inesperado. Luego, a resultas del artículo, tuve la oportunidad de escribir este libro, así que…

Eve se interrumpió y miró indecisa a la presentadora, como esperando instrucciones.

—Debió de ser muy duro.

—Sí, lo fue.

—Porque usted no solo escribe sobre lo que le sucedió a su propia familia, sino también sobre los demás crímenes cometidos por el asesino. Con todo detalle. —La presentadora hizo una pausa—. ¿Eso fue especialmente difícil?

Eve asintió. Estaba mordiéndose el labio y las manos se le habían escurrido del regazo para colarse entre los muslos. Ahora parecía incluso más nerviosa que al principio. Esa no era la mujer que Jim esperaba ver después de haber leído parte de *El Hombre Nada*.

—Eve y yo —dijo la presentadora— visitamos a principios de esta semana el hogar de su infancia y hablamos con detalle de aquella noche horrorosa —en la pantalla apareció la fotografía familiar— y de su motivación para escribir este libro, que es realmente lo que más me ha impresionado. Porque, Eve, para ser sincera, yo he leído muchos libros de crímenes reales, y he visto todos los documentales del mundo…

En la pantalla aparecieron Eve y la presentadora caminando de espaldas a la cámara.

—Además —continuó la periodista—, he escuchado un montón de pódcast…, pero nunca había mirado a esos hombres, a esos asesinos múltiples, tal como usted presenta al Hombre Nada. —Las imágenes dieron paso a un plano de la presentadora mirando a Eve—. ¿Podría hablar de eso un momento? ¿Del aspecto «nada»?

—Es que… Bueno, tendemos a mitificarlos, ¿no? —Eve se detuvo para tragar saliva y volvió a empezar—. Esos hombres. Ted Bundy. El Asesino de Golden State. El Asesino del Canal. Hablamos de ellos como si fueran diferentes, otra clase de ser. Un monstruo con un disfraz humano. Examinamos sus crímenes y no podemos ni imaginar cómo los cometieron; pero eso solo es porque no tenemos todos los datos. Mire el caso del Asesino de Golden State, por ejemplo. Todos se maravillaban de que pudiera entrar y salir de las casas de la gente sin que le atacaran los perros. De hecho, hubo una ocasión en la cual, mientras él estaba agrediendo a una persona, el perro permaneció allí sentado mirando. Era como si tuviera una especie de superpoder, una oscura magia que lo diferenciara de nosotros. Podía controlar a los perros. Eso es lo que la gente creía. Pero cuando detuvieron al tipo, y lo hicieron por robar en una tienda, uno de los objetos que había robado era un bote de repelente para perros. Así

que era eso. Solo eso. No tenía poderes especiales. Ninguno de esos hombres los tiene. —Eve alzó la voz y pareció más enérgica; gesticulaba para subrayar sus ideas—. Si conocemos sus nombres es porque los «atraparon». Esos hombres no son superdotados ni especialmente exitosos en otros aspectos de su vida. Son tipos aburridos, fracasados insignificantes. Y eso es lo que quiero demostrar: que el Hombre Nada también es así. La Gardaí le puso ese apodo porque no tenía nada sobre él, pero yo lo llamo de este modo porque eso es lo que es: nada, una nulidad, un perdedor. Y quiero demostrarlo identificándolo.

El encuadre se estrechó, dejando fuera a Eve y centrándose totalmente en la presentadora, que estaba parpadeando.

—Sí… Es muy cierto. Bueno, me temo que no nos queda más tiempo… —Sostuvo el ejemplar del libro—. *El Hombre Nada* ya ha salido y está en todas las librerías importantes. La entrevista completa con Eve se emitirá el viernes por la noche en RTÉ One; háganme caso, no se la pierdan. Ni tampoco el libro.

—Y otra cosa —intervino el presentador mientras se abría otra vez el encuadre, mostrándolos a los tres—. Eve firmará ejemplares de su libro en Eason O'Connell Street…

Apareció en la pantalla un gráfico con las fechas y horas de las firmas.

La entrevista había concluido.

Jim detuvo el vídeo y se quedó mirando a través del parabrisas las aguas tranquilas del río Lee, en las que se reflejaba el cielo gris. Una canoa se deslizó por delante con una docena de remeros, cuyos remos hendían el agua sin esfuerzo y en perfecta sincronía. Jim se preguntó distraídamente si uno de ellos sería Katie. El club universitario de remo estaba por allí, ¿no?

Tendría que matarla. Tendría que matar a Eve. Después de todo lo que había dicho sobre él, se lo merecía. Se encargaría de que su último pensamiento en este mundo fuera que se había equivocado.

Porque él sí que era «especial». No era uno de esos vulgares idiotas que deambulaban por el mundo como sonámbulos y decían que estaban viviendo. Él era más inteligente. Más fuerte. Superior. Ahora emergería de las sombras una última vez para matar a su superviviente más famosa y luego volvería a desaparecer. Nadie le vería. No lo atraparían. Haría que todo el mundo se maravillase de su habilidad. Se preguntarían cómo era posible que un hombre normal y aburrido —¿era eso lo que había dicho Eve?—, que un «perdedor» pudiera hacer algo así. Ellos no eran capaces. Esa era la respuesta. La única

respuesta. Solo él era capaz.

El Hombre Nada.

Habían empezado a cuchichear de nuevo esas tres palabras, porque temían que decirlas en voz alta pudiera conjurar su presencia. Pues perfecto: lo iban a conseguir, él se encargaría de ello. Entre tanto, que Eve Black dijera lo que quisiera. Que siguiera así, que cavara más y más hondo su hoyo. Solo serviría para volver más delicioso el siguiente capítulo: el capítulo final del Hombre Nada.

Había mucho que hacer. Esta vez no sería como las anteriores. Debería prepararse durante más tiempo, tomar muchas más precauciones.

Tendría que empezar ya mismo.

Sabía cuáles eran los dos primeros puntos de la lista: la noche siguiente iría a la firma de la librería, pero antes seguiría leyendo el libro.

Desconcertado, Prendergast gritó: «¿Hola?». Lo hizo dos o tres veces. Como no recibió respuesta, llamó al timbre. Cree que también gritó los nombres de la pareja un par de veces. Nadie respondió. Por lo demás, la casa estaba en completo silencio. Ni voces, ni radio ni televisión. No parecía que hubiese nadie dentro.

Quizá se hubieran ido a algún sitio, tal vez a misa o a comprar; puede que se hubieran dejado la puerta abierta al salir sin darse cuenta. Extendió el brazo y la cerró, escuchando el clic de la cerradura; luego empujó la puerta para comprobar que él no había cometido el mismo error. Todavía llevaba el sobre del cheque en el bolsillo del pantalón. Lo introdujo en el buzón. Se dio media vuelta y, de espaldas a la puerta, escribió un mensaje a Martin, para explicarle que se habían dejado la puerta abierta y que había metido el cheque en el buzón. Lo envió.

Ni siquiera había llegado a guardarse el móvil en el bolsillo cuando oyó el sonido de un Nokia al recibir un mensaje. Tres pitidos rápidos, dos pulsaciones largas y otros tres pitidos. Él mismo tenía un Nokia y bajó la vista para mirarlo, pero descubrió con perplejidad que no había recibido nada. El sonido tenía que haber salido de otro teléfono. Del teléfono de Martin seguramente, a juzgar por la inmediatez de la señal; pero había sonado muy fuerte y nítido, pensó Prendergast; el teléfono no podía estar en el interior de la casa.

Tecleó otro mensaje, esta vez solo la palabra «prueba», y se lo envió a Martin. Igual que antes, oyó un pitido; como había prestado más atención, supo que procedía de algún punto situado a su derecha. Echó un vistazo alrededor y enseguida encontró el móvil. Estaba en el suelo, entre una maceta de terracota y la fachada de la casa, a solo unos centímetros del marco de la puerta del garaje, a poco más de medio metro del morro del Mondeo aparcado en el sendero.

Al agacharse para recogerlo, captó de soslayo algo espantoso: los ojos de Martin, abiertos, mirando fijamente desde las sombras de debajo del coche.

El shock hizo que perdiera el equilibro y la caída tuvo la desafortunada consecuencia de dejarlo aún más cerca del cuerpo de Martin. No había duda: estaba muerto. Su rostro tenía un color extraño y su cabeza estaba torcida en un ángulo imposible. Debía de haber sido arrollado por su propio coche en el sendero de su casa. Prendergast se puso de pie torpemente y llamó a urgencias, a pesar de que sabía que no había ninguna urgencia. Era demasiado tarde.

Fue a sentarse en el murete bajo que bordeaba el jardín de delante mientras esperaba a que llegaran las luces parpadeantes y las sirenas, los hombres de uniforme que sabrían qué hacer. Le temblaban las manos y no podía dejar de mover las piernas, en un tic nervioso. Por más que cerrara los suyos, lo único que veía eran los ojos de

Martin abiertos de par en par.

Marie debía de haber salido, pensó, o tal vez había pasado la noche fuera. Rezó para que no llegara antes de que lo hiciera la ambulancia; ojalá no tuviera que ser él quien le dijera qué había pasado.

Los agentes de la Gardaí Elaine Grady y Peter Fine fueron los primeros en llegar a la casa. Estaban en las inmediaciones cuando se produjo el aviso y se presentaron antes que la ambulancia. Fine se quedó con Prendergast mientras Grady hacía un primer reconocimiento de la casa.

El cuerpo de Martin estaba encajonado bajo el capó del coche, frente a las ruedas delanteras, con la salvedad de su mano y de su pierna derecha, que habían quedado atrapadas bajo una de ellas. No había suficiente espacio para que entrara ahí debajo; por eso su cuerpo estaba tan retorcido, y por eso Grady no necesitó que llegara el forense para saber que la muerte se había producido por asfixia. Prendergast le había explicado lo del teléfono, y ella conjeturó que Martin estaba en el suelo buscándolo cuando el coche se había movido hacia delante y lo había atrapado debajo. Pero ¿cómo se explicaba que el coche se hubiera movido? Grady se puso unos guantes de látex y probó con la puerta del conductor. Estaba abierta.

Lo primero que vio fue que el freno de mano estaba puesto.

Lo segundo, que la palanca estaba manchada de sangre: eso lo cambiaba todo.

Ella y Fine dejaron a Prendergast en el asiento trasero de su coche y caminaron hacia la casa. Había un acceso lateral que conducía al jardín trasero; la puerta de detrás no estaba cerrada con llave, daba a un pequeño lavadero situado junto a la cocina. En la mesa del comedor había una serie de objetos que indicaban que allí había estado comiendo una persona, que, de repente, había dejado de hacerlo. Todas las cortinas de la planta baja estaban corridas.

Avanzaron hacia las escaleras. El baño principal estaba arriba. Al abrir la puerta, encontraron a Marie en el suelo. Solo llevaba puestas las bragas; tenía las muñecas atadas con cuerda de nailon, y la piel, cubierta de cortes y heridas. Había un fuerte hedor a orines y una gran parte del baño estaba salpicada de sangre.

Se quedaron paralizados en el umbral, incrédulos, hasta que un aullido de sirenas les recordó que aquello era una escena de un crimen y que docenas de personas estaban a punto de llegar para inspeccionarla. Volvieron sobre sus pasos hasta el coche. Fine sacó un rollo de cinta policial del maletero. Grady cogió la radio y llamó a todo el mundo. Los análisis forenses mostrarían que la sangre del baño y de la palanca del freno era de Marie. La muestra de esta última contenía fibras de un material compatible con la cuerda de nailon azul utilizada para atarle los brazos y las piernas, cosa que sugería que la sangre del coche había sido derramada con posterioridad al ataque en el baño, después de entrar en contacto con la cuerda. Considerando que no había manchas ni gotas en el trayecto entre el baño y el coche —el rellano y la escalera enmoquetada, el

pasillo, la puerta principal y el breve tramo del sendero—, la Gardaí concluyó que quien había dejado la sangre en el coche no había sido Marie, sino la persona o personas que la habían atacado.

Desde luego no era de Martin, que no tenía en la piel ni la ropa otra sangre que la suya. La única secuencia de hechos que tenía sentido desde el punto de vista forense era que Marie hubiera sido atacada y que luego su agresor hubiera bajado y hubiese salido afuera, hubiera subido al coche y hubiera soltado el freno de mano, dejando que el vehículo arrollara a Martin, que por algún motivo ya estaba delante.

En todo caso, nadie sabía por qué había sucedido todo eso.

El inspector Graham Harris iba a ser el oficial encargado del caso. Cuando Healy fue a verle y le explicó lo de los robos de 1999, Harris le asignó una mesa en el centro de coordinación y le encargó que investigara si había alguna conexión entre aquellos hechos y los asesinatos. Healy se sintió animado, pero no sabía muy bien por dónde empezar. ¿Era plausible siquiera que ambas cosas estuvieran relacionadas? Por un lado, que se hubiera producido un doble asesinato precisamente en una de las casas en las que, cuando estaban en construcción, alguien había irrumpido repetidamente supondría una coincidencia asombrosa, y, en el mundo de la investigación criminal, las coincidencias no existían. Pero, por otro lado, ¿qué podían tener que ver unas herramientas cambiadas de sitio y unas cerraduras extraídas de las puertas con una mujer muerta en su propio baño y un hombre arrollado bajo su propio coche? Lo uno era un delito menor; lo otro, el peor de los crímenes.

Healy fue varias veces a Westpark. Revisó las imágenes de las cámaras de seguridad, estudió los antecedentes de los hombres y de las mujeres que habían trabajado en el solar y localizó a David Walsh, el antiguo encargado de la obra. Incluso indagó sobre la compañía inmobiliaria que se había encargado de vender las casas terminadas, acerca de los accionistas que había detrás de Browne Developments y sobre el resto de aquella primera oleada de residentes de Westpark. Nada de eso arrojó ningún dato útil.

Pese al trabajo intensivo de un mes, con jornadas de veinticuatro horas, la Operación Óptica (un guiño al Hombre Invisible) estaba sufriendo el mismo problema. Al parecer, la pareja del número 15 de Westpark no tenía enemigos. No había secretos en sus vidas. No había desaparecido nada de la casa ni había un motivo aparente para el crimen. En un esfuerzo por hacer avanzar la investigación, el inspector Harris apareció en Crimecall, un programa de televisión de máxima audiencia en el que, flanqueado por unos presentadores muy serios, hizo una sombría reconstrucción de los hechos y solicitó la ayuda del público.

La noche en la que se emitió el llamamiento, Healy ayudó a atender las llamadas en la línea de colaboración ciudadana. Atendió la del dependiente de una tienda de electrónica de Oliver Plunkett Street, en el centro de la ciudad, que le había vendido a

Marie Meara un teléfono móvil unas seis semanas antes de su muerte. Ese dependiente, Denis Philips, le explicó que, cuando Marie fue a comprar el móvil, había mencionado de pasada que iba a deshacerse de la línea fija porque había estado recibiendo llamadas molestas. Philips la recordaba porque había habido un problema para acceder a su cuenta y porque la cosa se había alargado tanto que él había tenido que terminar su turno una hora más tarde de lo normal. Añadió que había oído hablar de los asesinatos en las noticias, pero que hasta ese momento no había visto una buena foto de Marie.

Tal vez Marie y Martin hubieran pensado en desconectar su línea fija, pero no habían llegado a hacerlo. Todavía estaba activa la noche de los asesinatos y no había ningún dato que indicara que hubieran dado algún paso para anularla. Healy obtuvo los registros de los últimos tres meses y los estudió exhaustivamente. Encontró veintisiete llamadas entrantes que habían durado solo unos momentos: tres segundos, siete segundos. Solían producirse de noche, en tandas de dos o tres, y las habían hecho desde cabinas telefónicas públicas de concurridas zonas urbanas. Una de ellas se había hecho desde los terrenos del Páirc Uí Chaoimh, apenas unos minutos después de que sonara el silbato final de un partido de hurling entre el Cork y el Limerik: exactamente igual que la llamada que Linda O'Sullivan había recibido en Fermoy.

Healy conocía los datos del caso O'Sullivan. Todos los conocían. Aunque, al mismo tiempo, todos lo consideraban un incidente relacionado con el crimen organizado: probablemente, antiguos miembros de una banda buscando el botín escondido en la casa de su jefe. La Gardaí pensaba que las llamadas subsiguientes habían sido cosa de algún chiflado. Pero fuesen cuales fuesen las probabilidades de que un solar en construcción que había sufrido pequeños hurtos se hubiera convertido luego en la escena de un crimen, era absolutamente imposible que aquello fuese también una coincidencia. Innegablemente, había una conexión. Cuando Healy compartió este dato con el centro de coordinación, otro agente que había trabajado en el caso de Christine Kiernan le recordó los inquietantes mensajes de voz que habían encontrado tras su trágica muerte. Había una segunda conexión.

Todavía había otra más por hacer. A la luz de estas nuevas informaciones, el inspector Harris decidió que Healy debía protagonizar un espacio de seguimiento en la siguiente edición de Crimecall, que se emitía mensualmente. La noche del 21 de septiembre de 2011, Healy, sentado tras un escritorio del plató de Crimecall, sudando copiosamente bajo los focos, explicó al presentador la conexión que había encontrado en los casos gracias a esas llamadas telefónicas. Se reprodujo un audio de los mensajes enviados a Christine Kiernan y se mostró una transcripción de lo que Linda O'Neill había oído en la llamada anónima.

En su piso de estudiante de Bishopstown, Tommy O'Sullivan, ahora estudiante de primer año en el University College Cork, se levantó al ver las palabras en la pantalla:

«¿Te gustaría jugar a un juego?». Llamó a su madre y le habló de la llamada que había recibido la noche de Fin de Año, dos semanas antes de que a ella la atacase aquel desconocido. Su madre le confirmó que el atacante había empleado una expresión similar. Ambos acudieron a primera hora de la mañana siguiente a Anglesea Street para compartir ese dato con la Gardaí.

El mundo todavía estaba recuperándose del 11-S. Seguía levantándose cada día para poner las noticias, para cerciorarse de que había ocurrido realmente, y seguía viendo imágenes inexplicables de ruinas humeantes procedentes del corazón de Manhattan. Pero el mundo de Healy se había encogido a los límites de su escritorio. Ahora ya sabía que aquellos casos no habían sido un secuestro tigre abortado a tiempo, o un ataque al azar de un violador, o la acción de una banda criminal decidida a recuperar un botín. Allí había un monstruo sin rostro que había jugado con sus víctimas, que había merodeado cerca de sus casas antes y después de los ataques y que se había mofado de ellas con llamadas telefónicas. El tipo había empezado con un cuchillo y después se había agenciado una pistola. Había iniciado su orgía de terror con una agresión, luego había pasado a la violación y, finalmente, se había graduado con un asesinato. Considerando lo que sabían de él, bien podría haberse tratado de un fantasma. Un policía novato le dijo algo parecido a un periodista; al día siguiente, por primera vez apareció en la prensa aquel apodo: el Hombre Nada.

La sede de la comisaría regional de la Garda de Anglesea Street estaba junto a la mayor estación de bomberos de Cork. Unos días después de que el Hombre Nada hubiera hecho su primera aparición en la prensa, Healy pasó por allí y vio que la Unidad de Materiales Peligrosos de la brigada se estaba entrenando. En la parte trasera de la estación habían montado una especie de torre: un estrecho cuadrado hueco de cinco o seis pisos de altura, con escaleras en el exterior, que simulaba un edificio de oficinas o un bloque de apartamentos. Eran sesiones de entrenamiento que se organizaban regularmente; Healy las había presenciado muchas otras veces. Sin embargo, en esta ocasión, mientras los observaba, una palabra acudió a su mente: ensayar. Claro, eso era lo que estaban haciendo los bomberos, y eso era lo que había estado ocurriendo en la urbanización Westpark. Antes de que nadie hubiera ocupado aquellas casas, alguien había estado ensayando cómo entrar y salir de ellas. El asesino había usado ese lugar como su propio campo de entrenamiento. Healy nunca había observado semejante nivel de premeditación. Aquello le desconcertó, pero también le motivó.

El sargento Edward Healy tomó cuatro casos sin resolver que hasta entonces nadie había conectado entre sí —los de Alice O'Sullivan, Christine Kiernan, Linda O'Neill y el del doble asesinato de Marie Meara y Martin Connolly— y acertó a relacionarlos, cosa que por fin hizo avanzar algo la Operación Óptica. Fue él quien estableció que un asesino en serie estaba actuando en la ciudad y el condado de Cork. Así pues, abandonó la idea de dimitir, de mudarse a otra ciudad o volver a la universidad a

estudiar otra carrera. Ahora solo pensaba en atrapar a aquel hombre.

El sargento Edward Healy volvía a sentirse vivo. A mi madre, mi padre y mi hermana solo les quedaba una semana de vida.

Volviendo a aquella habitación horrorosa del hospital, la noche del ataque a mi familia, el hombre de pelo rojizo y pecas en la nariz estaba acuclillado frente a mí, hablándome.

Yo miraba su cara y me esforzaba en prestar atención. Aún sonaba aquel extraño zumbido en mis oídos. Yo quería que viniera mi madre. Quería oír un golpe en la puerta, alzar la vista y ver cómo asomaba la cabeza y decía: «¿Está Eve aquí? Ah, sí, aquí estás. Venga, vamos». Pero la puerta permanecía cerrada y el hombre continuaba hablando.

Poco a poco, empezaron a llegarme algunas palabras.

«Recuerda… Teléfono… Anna.»

—¿Dónde está? —dije, emergiendo de golpe—. ¿Está bien?

El tipo pareció aliviado y se levantó para sentarse a mi lado. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja, como si me estuviera contando un secreto. Me llamó Evelyn. Dijo que Anna estaba muy muy malita, pero que se encontraba en el hospital y que los médicos y las enfermeras estaban cuidándola. Era una explicación para una niña mucho más pequeña, aquello me dio mucha rabia. Ya tenía doce años. No era una cría. Tuve que contenerme para no ponerme a gritar allí mismo.

Me dijo que, cuando hubiera dormido un poco, hablaríamos de lo que había sucedido en mi casa. Me quedé completamente inmóvil, procurando mantener una cara inexpresiva, con el cuerpo tenso por el terror. No podía hablar de eso. Todas mis energías se concentraban en mantenerlo a buen recaudo dentro de mi cabeza. De vez en cuando se liberaba una imagen —la mano flácida de Anna colgando por un lado de la cama; una salpicadura roja en el papel pintado de la habitación de mis padres; el ángulo de la cabeza de mi padre, tendido al pie de la escalera— y yo daba un respingo y volvía la cabeza bruscamente, como si no se tratara de un recuerdo, sino de algo real que estaba delante de mí; por eso cerraba los ojos y me apartaba instintivamente.

El hombre pecoso dijo que había dos preguntas que tenía que hacerme porque eran muy muy importantes. Solo dos preguntas y luego Nannie y yo podríamos irnos y dormir un poco. Quizá al día siguiente podría visitar a Anna.

—¿Y a mis padres? —dije.

Él sonrió con la boca cerrada. Más tarde recordaría ese momento y reconocería la compasión que había en su rostro.

—A ellos también —dijo—. Tal vez.

Sentí una punzada de celos.

—¿Ellos están con Anna?

—Solo dos preguntas, Evelyn. —Me dio unos golpecitos en la rodilla—. ¿De acuerdo?

Asentí.

La primera pregunta era si sabía algo de unas llamadas de broma, si recordaba alguna cosa extraña de ese tipo, alguien llamando a casa últimamente y luego colgando sin decir nada, o si tal vez había oído hablar a mis padres de algo parecido… Yo solo conocía las bromas telefónicas por las películas infantiles. Eran graciosas, inofensivas, divertidas. En mi cabeza, no conseguía conectar aquello con lo ocurrido en nuestra casa. ¿Por qué me preguntaba tal cosa? Ese tipo debía de estar loco. Le respondí que no.

La siguiente pregunta era la más importante, dijo. El hombre que había estado en nuestra casa esa noche, el extraño que había hecho daño a mis padres y a Anna… Él quería atraparlo e impedir que hiciera daño a nadie más. Pero necesitaba mi ayuda. ¿Acaso lo había visto? ¿Podía decirle lo alto que era, o cómo iba vestido? ¿Tal vez había oído su voz? Le dije que no, que no había visto a nadie. Me preguntó entonces si estaba segura y yo dije que sí. Noté que estaba decepcionado, pero que procuraba disimularlo. Me dio las gracias por responder a sus preguntas y dijo que ya podíamos irnos.

Nannie me cogió de la mano y salimos de la habitación.

No era tan idiota como para pensar que iba a dormir en mi propia cama, pero me sorprendió que no fuéramos a casa de Nannie. Nos llevaron a un hotel grande y oscuro. La mujer con aspecto de maestra vino con nosotras, pero no entró en la habitación donde íbamos a dormir. Creo que le dijo a Nannie algo así como que estaría afuera, junto a la puerta.

Había dos camas, pero nos acostamos ambas en la misma. Ella dejó las lamparitas encendidas. Le pregunté qué íbamos a hacer por la mañana, sin ropa limpia ni mi cepillo de dientes, pero Nannie no respondió. Permanecía en silencio, pero yo sabía que estaba despierta porque notaba que su cuerpo estaba temblando. Dormité a ratos. Al cabo de un tiempo, me desperté y vi que Nannie se había apartado de mí. Toqué con la mano el tramo de la almohada que había dejado vacío. Estaba frío y húmedo.

Las gruesas cortinas estaban corridas, pero había luz suficiente para distinguir a Nannie sentada en una silla junto al escritorio, totalmente inmóvil, con la mano apoyada en el teléfono. Aguardé, pensando que iba a hacer una llamada, pero los segundos fueron pasando sin que se moviera.

De hecho, acababa de recibir una: era del hospital, Anna había muerto.

Mientras volvía a casa lidiando con el tráfico de la hora punta, Jim pensó que era extraño cómo habían retratado a Ed Healy en el libro. Se preguntó si Eve Black había escrito *El Hombre Nada* o si había contado con unos de esos…, ¿cómo los llamaban? ¿Negros? Porque decir que Healy había contribuido más que ningún otro miembro del cuerpo a la Operación Óptica era pasarse un poco de la raya.

Desde luego no era ese el concepto que Jim tenía de aquel tipo. Sí que le reconocía un mérito: haber permitido que sucediera todo lo que había sucedido. Aquel día, cuando llamaron a Healy por primera vez de Westpark y el gilipollas del chaleco reflectante lo llevó al supuesto «escondite», Jim también estaba allí. Se encontraba solo a unos metros, oculto entre los árboles. Mirando y escuchando. Si Healy le hubiera visto en ese momento, todo se habría acabado antes de empezar siquiera.

No habría habido ataques. Ni asesinatos. Ni diversión.

Pero Healy no se había molestado en mirar alrededor.

También era extraño que Eve pareciera incapaz de deducir lo obvio a partir de las pruebas. La Gardaí había tenido el mismo problema entonces; especialmente en Westpark. Era todo muy sencillo. Él había entrado en la casa mientras sus dos ocupantes dormían en la cama y procedió a hacer lo que hacía normalmente: despertarlos, amenazarlos, atarlos. Pero mientras estaba con la mujer, el hombre consiguió librarse de sus ligaduras, echó a correr y salió de la casa. Jim lo siguió. Cuando le dio alcance, vio que el hombre había cogido un teléfono móvil y estaba intentando usarlo. Empezaron a pelear, cosa que a Jim no le gustaba porque eso acababa dejando marcas —cortes, magulladuras, nudillos hinchados—, y él tenía que poder volver a casa con Noreen y luego ir al trabajo con toda normalidad. Así pues, cuando el hombre estuvo reducido en el suelo, boca abajo, y trataba con desesperación de coger el teléfono que había quedado fuera de su alcance de una patada, Jim observó la pendiente del sendero y el coche aparcado allí mismo y tuvo una idea mejor. Tiró de la manija de la puerta del conductor. Metió el brazo dentro, soltó el freno de mano…, y asunto concluido. No tenía planeado dejar una escena tan… «operística», pero así salieron las cosas. Recordaba a sus compañeros hablando

en la comisaría al día siguiente. «¿Con qué clase de morboso hijo de puta nos las vemos?», se preguntaban. Jim estaba sentado con ellos, como uno más.

Ya había oscurecido cuando llegó a su casa. Que no hubiera luces en la parte de delante indicaba que Noreen estaba en la de atrás, en la cocina, quizás viendo la televisión; no le habría oído llegar. Jim sacó de la guantera su ejemplar de *El Hombre Nada*, cogió del asiento del pasajero la bolsa de Pet World y se deslizó por el lado de la casa.

Nunca había tenido perro, así que le sorprendió la variedad de comida para perros que había. Había pasado junto a la tienda de animales de Centrepoint muchísimas veces, pero nunca se había percatado de su tamaño. Era tan grande como un supermercado. Eso no le había ayudado, porque no tenía ni idea de qué estaba buscando. Al final, se había guiado por la foto de la caja, sin más.

Ahora abrió la caja de galletas para perro y volcó el contenido en el suelo del cobertizo. El tamaño de las galletas era ideal. Estrechos cilindros de seis o siete centímetros de largo. Duros por fuera, así que podían conservarse un tiempo entre la tierra. Pero el relleno de tuétano no era la sustancia gelatinosa que él había supuesto. No cedía tan fácilmente como esperaba. De hecho, la única forma de meter las bolitas de raticida dentro era introducir primero un destornillador y luego meter una a presión en el orificio que había quedado.

Hizo un prototipo de prueba, con una bolita en cada extremo del cilindro, y se detuvo para admirar su obra. Las bolitas eran pequeñas y duras, y casi del mismo color que el tuétano.

Perfecto.

Preparó otras cinco.

Esa misma noche, volvería y las enterraría en la base del seto que separaba su jardín trasero del de Karen y Derek.

Desde que tenían perro, habían reforzado por su lado el límite del seto común con una valla de alambre de un metro altura. Pero Derek la había puesto él mismo y había hecho una chapuza. La valla colgaba flácidamente entre los postes, cosa que permitía que el perro la levantara con el morro, escarbara en la base del seto y se abriera paso hasta el jardín de Jim. Así era como habían empezado los problemas con el chucho. Lo de sus intestinos enfermos y su manía de salir a evacuarlos era solo la última y la más irritante entrega de aquella serie.

Jim había dicho basta.

Estaba al final del pasillo y ya extendía la mano hacia el pomo de la puerta de la cocina cuando oyó voces: Katie y Noreen. Parecían estar en el otro extremo, sentadas a la mesa. No debían de haberle oído entrar. Cuando se disponía a abrir la puerta, una especie de instinto, como una alarma primitiva, le dijo que se detuviera y esperara.

La voz de Noreen:

—… hora termina?

La de Katie:

—Con suerte… a las diez. Por favor.

Jim pegó el oído a la puerta, sobre la ranura donde se unía con el marco, para oír mejor.

—No sé, cariño —estaba diciendo Noreen—. Ya sabes que no me gusta tomar el autobús después de que anochezca. ¿No puede encargarse una de tus amigas?

—Están en el trabajo o entrenando conmigo. Dile a papá que te lleve en coche.

—Ya sabes que tu padre no tiene el menor interés en este tipo de cosas.

—Él no tiene que entrar, puede esperar afuera. Además, ¿su trabajo no consistía en este tipo de cosas?

—Precisamente.

—¿Él estuvo metido en el caso?

Pasaron unos segundos.

—No —dijo Noreen—. Tu padre nunca…

Jim abrió la puerta.

Las dos mujeres se sobresaltaron. Tal como había imaginado, estaban sentadas a la mesa, donde estaba todo preparado para la cena, aunque aún no habían empezado a comer. Ambas alzaron la vista con sorpresa, pero luego Noreen adoptó una expresión más inescrutable.

Katie se levantó para darle un beso. Iba con ropa para correr, tenía la cara limpia de maquillaje y las mejillas encendidas. Su pelo estaba húmedo y olía a algo entre jabonoso y floral.

—Acabo de llegar del gimnasio —dijo, al notar que la miraba—. He venido

en bici desde allí.

—¿De noche?

—Estoy bien equipada, papá. No te preocupes.

Noreen se levantó y pasó por detrás de él hacia el horno.

—He venido a pedirle un favor a mamá —dijo Katie, mientras tomaban asiento—, y ella me ha pedido que me quedara a cenar. Ya sabes que está convencida de que me estoy matando de hambre. Seguro que ahora mismo está echando un bloque de mantequilla en ese estofado.

—Te estoy oyendo —dijo Noreen—. Y van a ser dos bloques.

—¿Qué favor? —le preguntó Jim a Katie.

—Bueno… —Su hija cogió la jarra del agua y empezó a llenarse el vaso—. Verás, mañana por la noche hay una firma de un libro en la ciudad. Yo quería asistir, pero acabo de enterarme de que el entrenamiento del viernes por la noche se ha adelantado al jueves, porque el viernes hay un partido, y ninguna de las chicas está libre, así que le he preguntado a mamá si podría ir y conseguirme un libro firmado, pero ella no quiere ir sola. El autobús, de noche, etcétera. —Puso los ojos en blanco—. Así que estaba pensando… ¿Tú podrías acompañarla? Llevarla allí, quiero decir. Ella puede entrar a toda prisa en la librería, hacer que le firmen el libro y salir otra vez. Serán cinco, diez minutos como máximo. —Sonrió esperanzada—. Por favor, papá.

Una firma de un libro. La noche siguiente. En la ciudad.

Jim sintió que la lengua apenas le cabía en la boca. Notaba la garganta seca, rasposa. No sabía lo que iba a salir de ellos, pero abrió los labios y dijo:

—¿Qué libro es?

Las palabras sonaron medio estranguladas, como si estuviera ahogándose.

—*El Hombre Nada*.

No había sido Katie quien le había respondido, sino Noreen, que se acercaba a la mesa con dos bandejas humeantes. Las depositó sobre la mesa mientras Katie se volvía, metía la mano en la mochila que había dejado colgada en la silla y sacaba un libro de tapa dura.

Letras amarillas sobre un lustroso fondo negro.

—No lo habría comprado si hubiera sabido que estaba a punto de firmarlos en Cork —dijo Katie—. Pero supongo que puedo llevar este ejemplar y me lo firmará igualmente, ¿no? Quiero decir, yo nunca he ido a un acto de este tipo, pero parece…

Jim no oyó el final de la frase. El resto del mundo se estaba desmoronando, desapareciendo en la oscuridad, su visión reducida a un puntito de luz, igual que en un televisor al apagarlo.

Ese puntito solo iluminaba una cosa frente a él.

Había algo metido en el libro, aproximadamente en el primer tercio. Algo azul. Podía ser de una postal, o un sobre doblado, o un trozo de cartón de una caja de cereales. No importaba, lo único que importaba era la función que cumplía.

Era un punto de libro.

Katie estaba leyendo el libro de Eve Black.

Su propia hija estaba leyendo sobre su otro yo.

Jim escrutó a Katie; su hija lo miraba con una expresión extraña. Parecía entre expectante y preocupada. ¿Acaso le había preguntado algo? Sus labios se movían. ¿Estaba diciéndole algo? No oía las palabras. No oía nada.

Una presión en el hombro hizo que volviera en sí.

—Toma. —Noreen estaba a su lado, inclinándose para dejar un vaso de algo espumoso junto a su plato. Luego le dijo a Katie—. Deja que tu padre cene tranquilo. Hoy ha tenido una jornada muy larga. —Noreen fue al otro lado de la mesa para ocupar su sitio—. Levantándote a cualquier hora y luego haciendo horas extra… Necesitas dormir bien esta noche, Jim. Ya no tienes cuarenta años. A veces creo que se te olvida.

—¿Y bien? —le dijo Katie—. ¿La llevarás?

Jim dio un sorbo a su bebida para ganar tiempo; las burbujas hicieron que se le humedecieran los ojos.

—¿Por qué estás leyendo eso? —le preguntó a Katie—. Ese libro. ¿Cómo es que te interesa?

—No sé por qué me molesto —masculló Noreen—. La comida se va a enfriar.

—Oí hablar del libro en la radio y… —Katie se encogió de hombros—. No sé. Es interesante, ¿no? O sea, ¿quién es ese tipo? ¿Por qué hacía esas cosas? ¿Cómo es posible que nunca lo atraparan? ¿Todavía sigue vivo? Es fascinante. Además, el libro ha tenido muy buenas críticas. Y ella es de aquí. Todo sucedió aquí, mientras tú estabas… ¿Tú trabajaste en el caso, papá?

—Katie —dijo Noreen con tono de advertencia—. Esas no son cosas para hablar en la mesa.

—No trabajé en el caso —respondió Jim—, pero estaba allí en esa época. No

era un entretenimiento para nosotros, Katie. Murió gente. Así que debo decir que me preocupa un poco que escojas este tipo de lectura. Me preocupa y me decepciona.

—Pero si todo el mundo lo está leyendo…

—Katie —la advirtió Noreen de nuevo.

—Pero…

—Ya basta —dijo Jim.

Bajó la vista con determinación al amasijo de carne estofada y puré de patatas que tenía delante. Cuando se metió un bocado en la boca, no notó su sabor.

Se hizo un prolongado silencio, solo interrumpido por el chirrido de los cubiertos sobre la cerámica. Noreen le preguntó a su hija por los exámenes que se avecinaban y esta empezó a hablar de una presentación que tenía que preparar. Jim se encerró en sí mismo, desconectando justo lo suficiente para que las voces se fundieran en un zumbido de fondo, pero no tanto como para que no se diera cuenta si dejaban de hablar.

Él quería asistir a la firma. Tenía pensado ir. Eso formaba parte de sus preparativos. Pero ahora resultaba que su hija también quería hacerlo. Resultaba sorprendente, se trataba de Katie. Recordó la primera vez que él había visto el libro, en el trabajo, y después en la librería de la ciudad. Montones de ejemplares. Grandes expositores. Un escaparate entero de esa gran librería. Y luego había aparecido en el periódico, y a Eve Black la habían entrevistado en la televisión… ¿Y no había dicho Katie que la había escuchado también en la radio? El libro estaba por todas partes. Y era sobre un crimen real. Mejor aún, sobre un crimen real ocurrido allí. Claro que la gente estaba interesada. Eso sí que tenía lógica, claro. Era una lástima que una de esas personas resultara ser su propia hija, pero ¿por qué iba ella a ser inmune a tal fenómeno?

El problema era que le hubiera pedido a su madre que fuera en su lugar porque ella no podía hacerlo. Ahora Noreen sabía lo que iba a ocurrir la noche siguiente. Más que un problema era un fastidio, porque ¿y si Jim iba y en el último momento a Katie le cambiaban los horarios y se presentaba en la librería? ¿Y si Noreen decidía ir por su propia cuenta? ¿Y si ambas entraban allí y lo veían?

—Iremos —dijo.

Ambas lo miraron.

—¿Adónde? —dijo Noreen.

—A la librería.

A Katie se le iluminó la cara.

—¿En serio?

—Yo puedo llamar por la mañana —dijo Noreen—. Para que le guarden un ejemplar firmado. Suelen hacer estas cosas. Y el viernes por la mañana pasaré a recogerlo…

—Pero yo quiero que me firme mi ejemplar —dijo Katie—. Este.

—Está bien —dijo Jim—. Iremos.

—Es en Patrick Street, papá. Empieza a las siete. Deberías poder aparcar delante. Hay un muelle de carga, me parece, y a esa hora…

—Aparcaré en cualquier lado, no te preocupes. —Jim miró a Noreen—. Entraremos los dos en la librería.

Era una buena excusa que justificaría su presencia en la firma de libros. Noreen estaría a su lado, cosa que le haría parecer un cliente más. Katie no podría pasar a recoger su ejemplar al menos hasta el viernes, así que él podría volver a casa y leerlo sin tener que ocultarse. Además, le gustaba la idea de que en menos de veinticuatro horas los tres fueran a estar en el mismo sitio.

Él.

Noreen.

Eve.

Resultaba casi poético. Iba a acercarse a la mujer que se había propuesto encontrarlo y había fracasado. Sería él quien fuese a su encuentro. Pero esa chica no tendría ni idea de quién era realmente; no sabría nada, igual que Noreen.

—Gracias, papá —dijo Katie con una gran sonrisa.

Noreen bajó la vista a su plato y no dijo nada.

II

ENTRE LAS SOMBRAS

6

SECUELAS

Estoy obsesionada con las descripciones de pena y aflicción. Las colecciono, literalmente. Las copio en un cuaderno. Mi lema: no dejarme ningún poema, ensayo personal o memoria de desgracia. «Como si te hubieras caído desde una altura de sesenta metros, consciente en todo momento, y hubieras aterrizado con los pies por delante en un arriate de rosas, con un impacto tan fuerte que te ha clavado en la tierra hasta las rodillas, y con una conmoción que te ha reventado los órganos internos y los ha proyectado fuera de tu cuerpo.» Esto es de Niveles de vida, de Julian Barnes. «Es la mirada de quien sale del oftalmólogo con las pupilas dilatadas a la radiante luz del día.» Joan Didion en El año del pensamiento mágico. «Allí donde solías estar, ahora hay un agujero en el mundo, y yo me sorprendo caminando alrededor constantemente durante el día, y cayendo dentro de noche.» La poeta Edna St. Vincent Millay, en sus Cartas. «El dolor es como vagar por un campo minado…, por mucha cautela que pongas al pisar, puede producirse una detonación repentina sin más ni más.» Owen Jones, citando a su madre en The Guardian. «Esas cinco fases del duelo son una auténtica chorrada porque, de hecho, ese era un estudio sobre las reacciones de gente a la que se le había diagnosticado una enfermedad terminal, no de gente que ha perdido a sus seres queridos. El dolor no sigue ningún patrón. En realidad es caótico y desconcertante.» Un comentarista anónimo en una web llamada alegremente cuéntanostudolor.com.

Colecciono esas frases y me las pruebo, pero hasta ahora ninguna me ha sentado bien. Nunca del todo. ¿Qué se siente al perder a tus padres y a tu hermana menor en un crimen violento cuando solo tienes doce años y cuando fuiste la primera persona en encontrar sus cuerpos? ¿Quién ha escrito sobre eso? ¿Quién puede proporcionarme las palabras? Porque yo no he conseguido encontrarlas en todos estos años. Si insistieran en preguntarme, diría que me sentí entumecida. Vacía. Sola y perdida. Echaría mano de todos los sospechosos habituales, de las metáforas trilladas, que, según he observado, suelen referirse a fenómenos naturales: un terremoto, una densa niebla, una ola arrolladora. En mi caso, podría decir que, cuando Nannie y yo estábamos escondidas en Spanish Point, mi dolor me obligaba a vivir siempre como con la espalda pegada contra las puertas abombadas de un armario; porque si me apartaba y las puertas se abrían, sabía que todo ese dolor se derramaría brutalmente a mi

alrededor.

Jim bostezó.

Acababa de meterse en el cobertizo. Noreen se había ido a la cama temprano y él, cuando había subido a las once y había visto que estaba profundamente dormida, había decidido correr el riesgo de bajar otra vez, a pesar de que ya estaba bostezando. Quizá Noreen tuviera razón. Tal vez debía dejar la lectura por hoy y dormir bien toda la noche.

O quizás el problema era lo que estaba leyendo.

Recorrió con la vista el resto de la página y luego las dos siguientes. Más dolor, pérdida y tristeza. La abuela afligida, pero fingiendo que no lo estaba. Teniendo que mentir, diciéndole a su nieta, cuando esta empezó el colegio, que sus padres habían sufrido un accidente de coche. Sintiéndose mal por eso…, culpable.

Volvió a bostezar.

Esta noche había tenido la previsión de preparar un termo de té antes de salir y dejó un momento el libro para dar unos sorbos.

Jim había llegado a un poco más de la mitad de *El Hombre Nada*, lo cual no era suficiente como para sentirse seguro sobre lo que iba a encontrarse la noche siguiente. Necesitaba mantenerse despierto y leer todo lo que pudiera. Tenía que llegar a la parte en la que Eve escribía sobre lo que había ocurrido en su casa aquella noche… con él. Necesitaba saber lo que ella recordaba o afirmaba recordar.

Volvió a coger el libro, lo abrió por donde lo había dejado y pasó unas cuantas páginas.

Ya había suficiente sobre el dolor. Eso no le interesaba y carecía de importancia. Podía saltárselo.

Encontró la primera página del siguiente capítulo y empezó a leer.

7

TESTIGO A CIEGAS

A principios de julio de 2015, el profesor Eglin me consiguió una cita con una amiga suya llamada Bernadette O'Brien. Era editora de Iveagh Press. Desde que el artículo «La Chica Que» se había vuelto viral, había recibido ofertas de todo tipo —libros, una entrevista de televisión en horario de máxima audiencia, un pódcast, algo terrorífico llamado «derechos sobre la historia de tu vida»—, pero me sentía perdida en un mundo extraño para mí y le había pedido ayuda a Eglin. Él me propuso que me reuniera con Bernadette.

Iveagh Press consistía en una serie de pequeñas habitaciones situadas sobre un café de Dawson Street llamado Bestseller, un guiño a la anterior encarnación del local, nada menos que la central de la Sociedad Nacional de la Biblia. Llegué con antelación y me hicieron esperar en una sala con una ventana panorámica que había visto desde el exterior, con una enorme mesa de conferencias y con las paredes cubiertas de libros. El ambiente olía vagamente a café incluso antes de que un subalterno viniera a traerme una taza. Mientras daba unos sorbos, empezaron a entrarme dudas.

¿De verdad iba a hacer aquello? ¿Pensaba escribir un libro? ¿Cómo esperaba ser capaz de hacerlo cuando escribir las dos mil palabras del artículo había resultado todo un calvario? Traté de imaginarme un mundo en el que mi historia y la de «él» estuvieran juntas entre unas lustrosas cubiertas y apiladas en estanterías con la etiqueta del precio. No podía. Miré a través de la puerta abierta. El mostrador de recepción estaba desierto. Podía levantarme y largarme. Dejé la taza de café, eché atrás la silla. Tenía que irme. Pero entonces apareció Bernadette, con los ojos brillantes y los brazos abiertos, y yo decidí que lo educado era quedarse y escucharla.

Ella acababa de celebrar su sesenta cumpleaños, pero aparentaba cinco o diez años menos, con un pelo negro azabache cortado a lo bob y joyas de oro finas y delicadas en las muñecas y las orejas. Aquel día llevaba unas mallas negras y un enorme jersey tejido que debía ser bastantes tallas más grande, pero que, en ella, resultaba moderno y elegante. Me sorprendió observar que andaba por la rasposa moqueta gris de la oficina con los pies descalzos, mostrando un reluciente brillo rojo en las uñas que me llamó la atención. Aunque ella sabía perfectamente quién era yo y lo que había sufrido, no se anduvo con pies de plomo. Me habló como a una persona normal. Me cayó bien en el acto.

Si me decidía a escribir un libro acerca del Hombre Nada, me explicó, debía saber que no sería el primero. Ya existía otro sobre él, con un título muy «imaginativo»: El

caso del Hombre Nada. Lo había escrito un periodista llamado Stephen Ardle y lo habían publicado en octubre de 2002. Yo no lo había leído, pero Bernadette sí, y me dijo que apenas ofrecía ninguna información nueva. Ardle había sido periodista de sucesos, principalmente para el Irish Examiner, y el libro era una recopilación de artículos que había escrito sobre el caso a lo largo de los años. (Ardle había fallecido en 2012.) Así pues, yo tenía la oportunidad de escribir el libro definitivo sobre el caso entrelazándolo con mi propia historia.

Mi expresión debió dejar claro cuáles eran mis dudas.

—Piénselo así —dijo Bernadette—. Sí, tendrá que abrirse las venas y dejar que lo que salga se seque en la página. Tendrá que revivir todo aquello. Pero solo una vez. Y ya estará. Escribir puede llegar a ser muy terapéutico. Puede ayudarle. Y aunque debe decir la verdad, no tiene por qué contárnoslo todo. Puede reservarse lo que quiera, mucho o poco, siempre que lo que escriba dé la sensación al lector de que esa es toda la historia. Pero aquí viene lo bueno: la gente no solo lee libros de crímenes reales, ahora los estudia. Busca otros. Escucha pódcast, se reúne en convenciones e intercambia teorías en línea —Bernadette hizo como si tecleara en un ordenador— hasta altas horas de la noche. Son auténticos ejércitos de sabuesos de salón. Alguien tiene que saber quién es ese hombre. La gente cambia. Las relaciones se interrumpen. Las conciencias se desarrollan. Un libro sobre este caso que haya escrito usted misma captará la atención de todo el mundo. Quizás haga avanzar las cosas. Podría ser que acabáramos descubriendo quién es… y dónde está. Este libro podría ser lo que acabe atrapando a ese perturbado. Porque, a estas alturas, querida, la Gardaí no va a ser.

No tengo ninguna duda de que nuestro amigo en común la había preparado para que dijera todo esto. Eglin sabía que la idea de atrapar al Hombre Nada era lo que me había convencido para que publicara el ensayo original, y ahora Bernadette estaba agitando esa misma zanahoria hipotética para lograr que accediera a escribir un libro. Pero eso no significaba que lo que decía no fuera cierto.

Ese día, mis padres y Anna llevaban muertos catorce años y nadie había pagado por ello. Cada vez que lo pensaba sentía una rabia ardiente que bullía dentro de mí; tenía que apretar los puños, morderme el labio para no empezar a derramar lágrimas, o palabras, o algo peor, y esperar a que se me pasara. Pero ¿y si utilizaba esa rabia? ¿Y si la canalizaba y la convertía en el valor que necesitaba para volverme y mirar el pasado de frente, para examinarlo con atención, para escribir este libro? ¿Y si lograba que mi rabia desapareciera del todo? ¿Y si ya no tenía que volver a sentirla nunca más, porque ese hombre al fin había sido detenido, y podía pensar en cambio en cómo iba a pasar el resto de sus días encerrado en una diminuta celda oscura, en un lugar donde no tuviera nada que hacer salvo pensar en sus crímenes, pudrirse y morirse?

—Sin embargo, hay un problema —le dije a Bernadette—. Con los detalles.

Le expliqué que desde siempre había hecho todo lo posible para rehuirlos, no solo en

lo referente al ataque a mi propia familia, sino también al de los demás. Así que únicamente los conocía a grandes rasgos, aquello que me había llegado a pesar de todo. Eso que había descubierto por casualidad. En cuanto a la noche de los hechos, yo me había encerrado en el baño. Había oído ruidos y había presenciado el resultado, pero más allá de eso…

No sabía si podría soportar saber con exactitud qué había sucedido aquella noche y las otras cuatro noches en las que el Hombre Nada había actuado, pero Bernadette no me entendió. Creyó que le estaba preguntando cómo iba a arreglármelas para descubrirlo; cogió el teléfono de su escritorio.

—Una de nuestras autoras de misterio recurre a un inspector retirado de la Garda como asesor —me dijo, mientras al otro lado de la línea sonaba el timbre de un teléfono —. Es amiga mía. Le preguntará con quién tenemos que hablar y concertaremos una reunión lo antes posible.

Lo único que sabía de Edward Healy antes de mantener nuestra primera reunión era que se trataba del detective con el que debía hablar si quería saber más sobre el Hombre Nada. Quedamos en vernos en Lafayette's, el café situado junto al vestíbulo del Imperial Hotel de Cork, un martes por la mañana. La noche antes, busqué fotos suyas en Google. La primera lo mostraba posando orgullosamente con una medalla al final de una carrera. Tenía el pelo rojizo y la nariz salpicada de pecas. Lo reconocí en el acto: Edward Healy era el hombre pecoso del hospital. Aquel no sería nuestro primer encuentro. Catorce años después, volveríamos a vernos.

Ed —así lo llamo ahora, y me resulta raro referirme a él de otro modo— tiene la pinta de esos pilotos de aerolínea que salen de la cabina para despedir a los pasajeros mientras desembarcan: amigable y accesible, pero también seguro de sí mismo y competente. Tiene una apostura juvenil. Sus colegas bromean con que se va volviendo más joven con los años; por las fotografías que he visto, les doy la razón. Hace seis años, se llevó un buen susto relacionado con su salud y eso le obligó a dejar la bebida, el tabaco y —según sus propias palabras— todas las cosas de comer que saben bien. Ahora dedica su tiempo libre a caminar, preparar recetas de libros de cocina vegetariana y, cuando puede, nadar en el mar en Fountainstown. No parece haber buceado en las sombras ni ser la máxima autoridad sobre el Hombre Nada. Pero lo es. Y no solo eso, sino que también es el enemigo mortal del Hombre Nada.

Para él no era un caso más, sino que era «el» caso, aquello que lo obsesionaba. Ese crimen sin resolver que atormenta a un detective concienzudo y no le deja conciliar el sueño. De hecho, Ed había evitado que lo ascendieran porque si lo nombraban sargento lo apartarían del caso. Incluso había sacrificado mucha vida personal por ese caso. Después de tal sacrificio, se había jurado a sí mismo que no pararía hasta encontrar al Hombre Nada, pero no lo había conseguido. Durante casi quince años no

había aparecido nada nuevo. Solo le quedaban diez años para jubilarse; el tiempo se agotaba.

Por mi parte, aquella mañana en el café, no sabía nada de todo eso, pero recuerdo que su vehemente deseo de reunirse conmigo me resultó desagradable. Ed recordaba que me había interrogado en el hospital y me hizo varias preguntas educadas sobre cómo me había ido la vida desde entonces. Había leído mi artículo y me lo elogió. Acogió con entusiasmo mi idea de escribir un libro y me aseguró que me ayudaría en todo lo que pudiera. Pero le notaba ansioso e impaciente: se moría de ganas de hablar sobre aquella noche. La esperanza de que yo tuviera algún dato que aportar aparecía en oleadas incontenibles. En cuanto pude, lo saqué de su error: le dije que yo estaba allí para obtener información de él, que no tenía nada que ofrecerle.

—No lo recuerdo —le dije—. Quiero decir, no hay nada que pueda recordar. Estaba encerrada en el baño. Solo oí ruidos. De lo que vi luego… apenas sé nada. De eso quería hablar con usted: quiero saber qué sucedió. En mi casa y en las de los demás. Bueno…, creo que quiero saberlo.

Era media mañana y solo unas pocas mesas del café estaban ocupadas. Ed propuso que continuáramos nuestra conversación en Anglesea Street, la comisaría central de distrito de la Garda, que quedaba al otro lado del río, solo a unos minutos a pie. Tenía allí una pequeña oficina, me dijo, dedicada a su unidad extraoficial unipersonal de casos abiertos, que solo se había centrado en un único caso en toda su historia.

Salimos. Hacía un día gris y nublado, y el cielo parecía preñado de amenazas. Ed empezaba a caerme bien, pero en mi interior persistía una duda que me impedía sentirme totalmente a mis anchas. ¿No sería aquello un error? ¿Estaba dispuesta a averiguar algo que no quería saber y que luego no sería capaz de olvidar? ¿Estaba haciéndole perder el tiempo? Tal vez captando mi desazón, me preguntó cuál era el objetivo de mi libro. Eso sí que lo sabía: quería usar el libro para atraparlo. Le repetí lo que Bernadette había dicho de los sabuesos de salón y él se mostró de acuerdo. Alguien debía saber algo, dije. Si leían el libro y asimilaban todo lo que ese hombre había hecho, todo el daño que había causado, lo peligroso que era… Bueno, quizá su conciencia les impulsaría a coger el teléfono y llamar a la Gardaí.

Ed hizo una mueca y yo comprendí que no estaba para nada de acuerdo conmigo. Me sujetó del brazo y nos detuvimos junto a un banco del muelle desde donde se dominaba toda la franja verdosa del río Lee hasta el magnífico edificio del ayuntamiento en la orilla opuesta.

—Se lo voy a decir desde ya —dijo con delicadeza—: incluso si lo identificáramos y lo encontráramos y lo detuviéramos, sin una confesión resultaría imposible procesarlo. —El Hombre Nada había cometido cinco actos espantosos y había matado durante dos de ellos, pero lo había hecho sin dejar rastro alguno. No había pruebas físicas que pudieran incriminarlo—. La televisión hace creer a la gente que si tenemos unas huellas

dactilares podemos introducirlas en un superordenador y encontrar una coincidencia que identifique a su dueño, pero eso es pura ficción. De entrada, necesitamos haber recogido las huellas. En este caso, ni siquiera contamos con una muestra que analizar. Lo mismo puede decirse de cualquier otro tipo de prueba: ADN, fibras, declaraciones de testigos, movimiento de vehículos, matrículas, huellas de neumáticos, ese tipo de cosas. Aunque alguien llame con un nombre y podamos ir a la casa de ese tipo y detenerlo, ¿cómo vamos a demostrar que hemos apresado al tipo correcto? ¿Con qué vamos a cotejarlo? Si no fuera por las llamadas telefónicas, ni siquiera sabríamos que fue el mismo tipo quien cometió los cinco crímenes.

—Me está diciendo que no debería molestarme —dije, derrotada.

—Le estoy diciendo que, si su objetivo es averiguar quién es ese hombre, quizá pueda conseguirlo. Pero que tal vez deba contentarse con eso. Las posibilidades de lograr que lo procesen y lo condenen son más o menos las mismas que las de ganar la lotería. Así que si es una condena lo que pretende, si solo con eso se va a sentir satisfecha… —Ed suspiró—. Quiero que escriba ese libro, pero debo advertirle que, si solo se conformará con una condena, es bastante posible que no lo consiga. A menos que él confiese, lo cual, después de tantos años y sin pruebas físicas, es muy poco probable que vaya a hacer. Eso suponiendo que lo encontremos.

Le dije que lo comprendía, pero por dentro se me revolvían las tripas. Siempre había dado por supuesto que el problema era que la Gardaí no lo había encontrado, pero que cuando dieran con él lo meterían en la cárcel. Saber que no era así, me hizo sentir a la deriva. No obstante, le dije a Ed que quería seguir adelante. No sabía qué otra cosa hacer por el momento.

Nunca había entrado en la comisaría de Anglesea Street, me sorprendió cómo era su interior. Desde fuera, el edificio parecía un anodino bloque de oficinas achaparrado, pero ocultaba un atrio lleno de luz, y la piedra desnuda del suelo le confería el respetuoso silencio de una espléndida catedral. La «oficina» de Ed no tenía nada de eso. Era un trastero de equipos informáticos obsoletos donde habían encajado una mesa. Había grandes manchas en las placas del techo y un polvoriento dispensador de agua arrumbado en un rincón. Las sillas de plástico, desparejadas, resultaban incómodas. Ed trajo más café, pero nada que ver con el que habíamos tomado antes.

Buscó en un cajón y dejó sobre la mesa una gruesa carpeta marrón. Llevaba una mugrienta etiqueta delante con el rótulo «OP. ÓPTICA». Toda la oficina pareció electrizarse, como si la carpeta emitiera una especie de latido. En mi ingenuidad creí que ese era «el» expediente, toda la documentación. Pero solo era un breve sumario de los cinco ataques; Ed lo tenía a mano para poder consultarlo.

Más adelante, me aventuraría entre los expedientes de la Operación Óptica, cajas y cajas enteras, y me leería los documentos de cabo a rabo con Ed a mi lado para explicarme y contextualizar la información. Pasaría innumerables días en la sección de

referencias de la Biblioteca Central de Cork, en Grand Parade, examinando cada artículo publicado sobre el caso. Me reuniría con los supervivientes y escucharía cómo volvían a contar sus espantosos recuerdos. Al final, incluso llegaría a mirar algunas de las fotografías de las escenas de los crímenes. Pero aquello era el principio, el primer día, y lo máximo que pude hacer fue mantener la compostura mientras Ed me explicaba poco a poco los asépticos resúmenes de los cinco crímenes del Hombre Nada.

No estaba autorizado a proporcionarme ningún dato, más allá de lo que había aparecido en la prensa —el permiso se lo daría más tarde su comisario, quien, como Ed, solo quería ver a ese tipo entre rejas—, de manera que por el momento se ciñó a los puntos clave. Por ahora, su objetivo era que comprendiera qué era el Hombre Nada y lo que había hecho antes de aparecer aquella noche en nuestra casa. Empezó por decir que lo que había hecho en mi casa había sido lo más espantoso de todo.

Me habló de los O'Sullivan, en Bally's Lane, Carrigaline. De Christine Kiernan, en Covent Court. De Linda O'Neill, en la casa de Fermoy. De Marie Meara y Martin Connolly, en Westpark. Ese pobre hombre, atrapado bajo las ruedas de su propio coche, que tal vez murió lentamente sabiendo que, dentro de la casa, su mujer también estaba muriendo o quizá ya estaba muerta: cuando traté de dormirme esa noche, solo podía pensar en él.

Ed y yo compartíamos muchas preguntas sin respuesta. ¿Por qué esa gente? ¿Por qué esas casas? ¿Qué relación había entre ellos? Ed me dijo que habían intentado de todas las formas posibles encontrar un vínculo entre las víctimas, revisando minuciosamente sus vidas en busca de algún punto en común, pero que siempre habían acabado con las manos vacías. Él estaba convencido de que si descubría la conexión, encontraría a ese hombre. Cork era una ciudad de medio millón de habitantes, pero parecía mucho más pequeña; resultaba realmente insólito que la Gardaí no hubiera conseguido establecer ninguna relación significativa entre las víctimas. Normalmente, en cualquier grupo aleatorio de este tamaño de ciudadanos de Cork, encontrarías alguna conexión, como dos personas que fueron al mismo colegio en la misma época, o incluso algún vínculo familiar. Que no hubiera ninguna era más que extraño.

Comenté algo sobre nuestra casa, el hogar de Passage West, y Ed me preguntó si había vuelto alguna vez. Le dije que había estado aquella misma mañana; de hecho, me alojaba allí. Nunca la había vendido; cuando los inquilinos que la habían ocupado durante largo tiempo se mudaron un par de años atrás, no la volví a alquilar. Había empezado a ocuparla yo misma de vez en cuando.

—Ya sé que suena raro —dije—, pero más bien me gusta. Es el lugar donde vivíamos todos juntos. Aparte de lo que sucedió esa noche, la casa está llena de buenos recuerdos. Me siento más cerca de ellos cuando estoy allí.

Cuando contaba tal cosa, la gente no disimulaba su horror. ¿Alojarme en la casa

donde mi familia había sido asesinada de ese modo? ¿Qué clase de perturbada haría una cosa así?

Pero Ed tuvo una reacción distinta.

Me preguntó si podíamos ir allí. Juntos. Inmediatamente.

Ahora Jim estaba completamente despierto.

8

AQUELLA NOCHE

Con sus seis mil habitantes, Passage West es un pueblo portuario situado en la orilla occidental del puerto de Cork. Si vienes de la ciudad, el camino que lleva a nuestra casa hace que no pases por el pueblo; has de girar a la derecha antes de llegar siquiera al cartel de BIENVENIDO A PASSAGE WEST que erigió el comité de Tidy Towns, la organización que distinguía a los pueblos más atractivos de Irlanda. Nosotros vivíamos en un chalé abuhardillado que habían ampliado construyendo una réplica de la casa original y colocándolas juntas, de punta a punta, pero en ángulo, de manera que el conjunto tenía una extraña forma de «V». Poseíamos una hectárea y media de terreno, con la casa situada justo en el centro, al final de un sendero de grava suelta.

Me había ofrecido a llevarle en mi coche, pero Ed me dijo que cogería el suyo; también le dije que le guiaría hasta allí, pero él sabía perfectamente dónde quedaba la casa. Prácticamente, llegamos al mismo tiempo. Creo que le sorprendió lo intacta que estaba la casa, lo poco que había cambiado con los años. No es que fuera mi intención. No pretendía erigir un mausoleo; simplemente, todavía no me había decidido a cambiar nada.

Me sorprendí a mí misma diciendo:

—Vamos a rehacer sus pasos.

Empezamos por fuera, en la puerta trasera. No estaba cerrada con llave; probablemente, nunca lo estaba. En aquella zona casi nadie cerraba la puerta de su casa, y todo el mundo sabía si estabas o si habías salido. Bueno, al menos así había sido en aquella época, hasta que pasó lo que pasó. Nadie sabía cómo se había acercado el Hombre Nada a la casa, de qué dirección había venido o cómo se había desplazado hasta aquí. Era como si hubiera surgido de repente, materializándose entre la oscuridad. Un fantasma hecho de sombras.

Sus ropas le ayudaron. Ed me describió lo que seguramente había llevado puesto cuando vino a nuestra casa, basándose en los relatos que habían hecho Alice O'Sullivan, Christine Kiernan y Linda O'Neill: prendas negras, guantes negros y un pasamontañas negro. Puede que llevara una linterna adosada a la frente, algo así como un faro de bicicleta atado con una goma elástica; la había usado en alguno de los ataques, aunque no en todos. En alguna parte portaba un cuchillo y puede que una pistola, aunque no había disparado. Ed señaló que en cualquier otro lugar mejor iluminado, su indumentaria hubiera llamado la atención. Eso sugería que en algún momento, no muy lejos de casa, se había detenido para ponérsela. Plantado frente a la

puerta trasera, Ed dijo: «Seguramente fue aquí».

Era de día, y Ed es delgado, de tez clara y pecosa, pero por un instante vi en un fogonazo a un hombre de negro, poniéndose el pasamontañas y extendiendo el brazo hacia el pomo de la puerta. A pesar de que no hacía frío, me estremecí.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí, aunque no lo estaba en absoluto; luego entramos en casa.

Los investigadores creen que el Hombre Nada comenzó su ataque entre las tres y las cuatro de la madrugada. Esa estimación se basaba especialmente en mi llamada al 999, a las 4.10. También en el estudio forense de los cadáveres de mis padres. Además, a partir de los objetos que habían encontrado en la cocina, sabían que había pasado un rato allí antes de subir al segundo piso, aunque no era posible decir cuánto tiempo. Como de costumbre, no había dejado ninguna huella; incluso había llegado hasta el extremo de rociar el borde de la taza de café que se había tomado con la botella de lejía que mi madre tenía junto al fregadero. Ed y yo cruzamos la cocina y salimos al pasillo.

Se detuvo al pie de la escalera y me pidió si, antes de que subiéramos a las habitaciones, podía contarle lo que sabía.

Mis recuerdos no son una secuencia, más bien son destellos aislados. Sin embargo, a lo largo de los años he conseguido unirlos en una serie lineal. Ahora puedo rebobinarlos seguidos, aunque el resultado sea entrecortado y con saltos bruscos.

Fue como montar una película a partir de una serie de fotografías, le expliqué a Ed. Todos los momentos clave están ahí, pero falta ligarlos entre sí. Todo avanza entrecortadamente.

Me desperté en plena noche con ganas de ir al baño. No me pasaba mucho, pero en esa ocasión me había llevado a hurtadillas una lata de Club Orange a la cama. La puerta de la habitación que Anna y yo compartíamos estaba cerrada. No lo sé porque recuerde la puerta cerrada, sino porque recuerdo que la habitación estaba a oscuras. A mí me gustaba así. Anna tenía una pequeña lamparita con la que se quedaba dormida, pero lo primero que yo hacía cada noche cuando subía a acostarme era desenchufarla. Si la puerta hubiera estado abierta, la luz del pasillo habría entrado en la habitación y yo habría notado que había algo diferente.

De puntillas, fui de la habitación al baño. Era un trayecto de unos segundos; era la siguiente puerta. El interruptor de la luz principal estaba fuera, pero durante la noche mis padres dejaban encendida otra más pequeña que había sobre el espejo. Cerré la puerta del baño con todo el sigilo posible. La llave estaba en la cerradura, pero no la giré porque sonaría un chasquido que, por experiencia, sabía que resonaría demasiado en la noche, sin otros ruidos que la encubrieran. Por la misma razón, no tiré de la cadena.

Acababa de subirme las bragas cuando oí algo extraño. Lo primero que me vino a la cabeza fue «un ataque de asma», porque me recordó los ruidos que hacía una niña del colegio cuando sufrió un ataque en la clase de gimnasia unos meses atrás: una especie de jadeo amortiguado. Pensé que Anna debía de tener una pesadilla.

Recuerdo que estaba delante de la puerta del baño, sujetando la manija, pero sin bajarla, cuando unos pasos cruzaron el rellano. Se alejaban de mí, de izquierda a derecha, hacia la habitación de mis padres. Tenían un ritmo y un peso que no me resultaba familiar.

Dudo que en ese momento se me pasara por la cabeza que pudiese haber alguien en casa aparte de los miembros de mi familia. No entraba dentro de lo imaginable que hubiera un extraño deambulando por el pasillo.

Sin embargo, algo me impulsó a quedarme donde estaba. Una especie de instinto. Al cabo de unos momentos, esa misma sensación me hizo girar la llave en la cerradura y tirar del cordón para apagar la luz del espejo, con lo que me quedé escondida en la oscuridad.

No había gritos ni chillidos. Lo único que oía era un murmullo de voces apagadas; un poco después, durante varios minutos, oí lo que me pareció un gemido rítmico que no entendí. Luego una serie de golpes secos, contundentes. En un momento dado, la voz de mi padre diciendo «no» solo una vez, como en «no, por favor». Quizás hubo también una especie de refriega, alguien moviéndose por el suelo de moqueta.

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en la habitación de mis padres, pero tenía la sensación de que no debía saberlo, de que era algo oscuro, adulto, aterrador; lo mejor que podía hacer era esperar a que acabara, quedarme donde estaba y no alertarlos ni dejar que descubrieran que estaba despierta.

No sabría decir si pensé en Anna. Si lo hice, di por supuesto que estaba profundamente dormida.

Pasaron los minutos. Terminaron los ruidos extraños y yo pegué el oído a la ranura entre la puerta y el marco, tratando de escuchar. Pensé que oía algo, un sonido amortiguado y lejano, pero no entendí a qué podía corresponder; a decir verdad, no estaba del todo segura de que no me lo estuviera imaginando, de que no se tratara solo de ese ruido blanco que oyes cuando te esfuerzas mucho por escuchar. Suponiendo que estuviera asustada, confundí el miedo con la perplejidad. Tal vez esa confusión fue una suerte de mecanismo de defensa. En todo caso, permanecí en el baño. De pie, con la nariz pegada a la puerta. Con la mano en la llave. Esperando.

De repente, pasos en el rellano. Cruzándolo a toda prisa, de derecha a izquierda. Hacia la escalera.

Debía de ser mi padre. Me dispuse a girar la llave.

Pero entonces oí otros pasos cruzando el rellano; también sonaban como los de mi padre.

Me quedé paralizada.

¿Quién estaba ahí? ¿Qué estaban haciendo?

Un grito ahogado, casi inaudible, como el que harías si resbalaras en el hielo y pensaras que estás a punto de caerte. Después una serie de golpes y porrazos. De algún modo, deduje a qué correspondía exactamente esa banda sonora: alguien acababa de rodar por las escaleras.

Hubo un fuerte gruñido de dolor; luego, nada más.

No sé cuánto tiempo aguardé a que terminara el silencio que siguió, pero al ver que se prolongaba y prolongaba, salí del baño. Recuerdo que giré la llave y que hice una mueca, porque el chasquido me pareció tremendamente ruidoso. Recuerdo que abrí la puerta. Recuerdo que estaba todo oscuro; habían apagado la luz del rellano.

Pero había una luz abajo. Me dirigí hacia ella.

Al llegar al escalón superior y bajar la vista, vi una figura que yacía hecha un guiñapo al pie de la escalera. La luz la iluminaba despiadadamente, pero dejaba todo lo demás en sombras. La recuerdo como el foco de un escenario, aunque, en realidad, no pudo ser así.

El cuerpo de mi padre yacía a lo largo de los últimos tres escalones. Su cabeza estaba contra la pared; sus pies parecían enredados en los barrotes de la barandilla. Todo él tenía un aspecto extrañamente anguloso, roto, anómalo. Le llamé, pero no me respondió. Empecé a bajar hacia él, descendiendo uno o dos peldaños, pero había algo en la posición de su cuerpo, en su inmovilidad… Me asusté demasiado. Volví a subir y fui corriendo a despertar a mi madre.

Me parece que la puerta de la habitación que compartía con Anna estaba cerrada, aunque no estoy segura.

La luz de abajo no llegaba a esa parte del rellano, así que, una vez que crucé el umbral de la habitación de mis padres, me encontré en la oscuridad y me moví de memoria. Avancé sabiendo que al cabo de unos pasos tropezaría con la mesita de mi madre y luego, unos centímetros después, con su lado de la cama. Creo que susurré su nombre, que lo dije y luego lo grité. No hubo respuesta. Había un olor raro. Justo cuando llegaba a la cama, mi pie tocó algo húmedo y pegajoso. Empecé a tantear las mantas, buscando un brazo que agarrar y sacudir, pero me detuve al notar en las manos la misma sustancia húmeda y pegajosa. Extendí el brazo hacia la izquierda, manoteando el aire en busca de la lamparilla. Cuando la encontré, la recorrí a tientas hasta tropezar con el interruptor de debajo de la pantalla. Lo pulsé. Bajo la luz que se hizo, vi que la manta estaba echada hasta el cabecero y que había sangre por todas partes; en la manta, en las paredes, en la pantalla.

Volví a pulsar el interruptor, para dejar la habitación en la oscuridad otra vez.

Nada más.

Después ya solo luces parpadeantes y mi abuela con el pelo suelto sobre los

hombros, y habitaciones extrañas, y alguien abriendo un agujero en el centro de mi ser con algo romo y oxidado, un vacío que se quedaría conmigo para siempre.

Jim sacó el lápiz y repasó las últimas páginas, subrayando todas las frases que eran inexactas o falsas. Luego rodeó con un círculo las palabras «Nada más» y escribió al lado: «¿De veras? ¿Y el resto?».

¿Realmente Eve lo recordaba así?

¿O se había guardado algo para ella?

Le conté a Ed todo esto y añadí, para eximirme de responsabilidad, que no podía fiarse de mi relato. Yo tenía doce años cuando todo ocurrió. Incluso mientras permanecía en el baño, mi cerebro ya estaba preparándose para asegurar mi supervivencia, abriendo la cripta más profunda de mi memoria para poder encerrar allí lo peor de lo que estaba a punto de ver. Cuando la cripta empezó a llegar al máximo de su capacidad, mi cerebro se deshizo directamente de una parte. Así es como he llegado a entender los efectos del trauma en la mente de un niño. Esa noche viene a ser como un puzle al que le faltan piezas, y algunas de las partes han sido montadas de una forma evidentemente errónea.

Por ejemplo: llamé a mi abuela desde el teléfono de la cocina, pero no tengo el recuerdo de haber bajado hasta allí, un trayecto que habría supuesto pasar por encima del cadáver de mi padre. No sé lo que le dije a ella, ni recuerdo haber llamado al 999, aunque lo hice. Existe una grabación de esa llamada. No recuerdo haber vuelto a nuestra habitación, pero sí recuerdo haber visto la mano de Anna, con sus uñitas recortadas y pintadas torpemente con esmalte rojo, colgando de un lado de la cama. ¿Cómo vi eso si no entré en la habitación? ¿Cómo es posible que no haya habido gritos ni alaridos? ¿Cuánto tiempo transcurrió entre los hechos? ¿Por qué me dejó viva el Hombre Nada?

Cuando dejé de hablar, Ed se quedó callado un buen rato. Luego me contó lo que la Gardaí creía que había sucedido aquella noche. Subimos las escaleras para que me lo mostrara.

Nadie podía saber con certeza la secuencia exacta de los hechos, pero, para la investigación, parecía lógico que Anna hubiera muerto primero. El Hombre Nada había intentado asfixiarla con la almohada, y lo logró; aunque mi hermana llegó en coma al hospital, jamás despertó.

La puerta de nuestra habitación era la primera cuando llegabas a lo alto de la escalera, la primera que él habría cruzado. Ed y yo nos detuvimos en el umbral. Ahora no había camas en esa habitación, pero entonces la de Anna era la que quedaba enfrente al entrar, pegada a la pared bajo la ventana. La mía estaba en el lado opuesto, por detrás de la puerta.

Cuando le expliqué esto, Ed me dirigió una mirada que llegaría a conocer bien, una mirada que dice que él ya lo sabe, que estuvo en la escena, que ha estudiado las fotos durante horas y horas, que probablemente sabe más sobre cómo era mi casa en octubre de 2001 que yo misma.

Pasamos a la habitación de mis padres; nos detuvimos en el umbral. No solía entrar en los dormitorios. (Cuando me quedaba en la casa, dormía abajo, en el antiguo

despacho de mi padre.) La habitación estaba vacía, pero tenía un empapelado chillón que habían puesto los inquilinos anteriores: flores rosas sobre un fondo verde. El radiador también era nuevo, pero lo habían instalado donde estaba el viejo. Ed lo señaló y dijo que fue allí donde el Hombre Nada había atado a mi padre, a la tubería de debajo. Lo sabían por la cuerda azul deshilachada que habían encontrado.

Había logrado soltarse, pero aún tenía las manos y los tobillos atados. Si se había caído por las escaleras, dijo Ed, quizás esa fuera la explicación. Eso también explicaba que la caída le hubiera matado, pues no había podido usar los brazos para frenarse. Si no hubiera estado ligado de pies y manos, tal vez se habría magullado o, en el peor de los casos, se habría roto un brazo o una pierna. Sin embargo, se fracturó la columna a la altura del cuello. Entonces solo había en la casa un teléfono, una línea fija, y estaba en la cocina. Probablemente había pretendido llegar hasta allí.

A mi madre la encontraron en la cama, boca abajo, con las mantas tapándole la cabeza. La habían apuñalado catorce veces, sobre todo en la espalda y en la zona de los hombros. Tenía las muñecas y los tobillos atados igual que mi padre, pero el Hombre Nada debía de haber empleado la fuerza bruta, o el cuchillo, o incluso la amenaza de una pistola, para mantenerla quieta en la cama. La había violado. No puedo pararme a pensar mucho en esto. Ni siquiera releer este párrafo.

Bruscamente, salí del dormitorio, bajé las escaleras y fui a la cocina. Ed me siguió. Bebí un vaso de agua del grifo y encendí el hervidor para preparar té. No sabía si era capaz de hablar. Aquellos últimos diez minutos habían sido el tiempo más largo que había pasado pensando en lo que había ocurrido en la casa desde la noche de los hechos.

Me volví hacia Ed, apoyada contra la encimera; me sentí mareada y sofocada, y no confiaba en mis piernas. Lo sorprendí mirando el teléfono, montado en la pared junto a la nevera. No era el mismo de entonces, pero el nuevo modelo estaba colocado en el mismo sitio.

—Él nunca nos llamó —dije. Lo miré fijamente—. ¿No?

La noche del ataque, había dicho que no recordaba ninguna broma telefónica, pero eso no significaba que no se hubieran producido. Se suponía que yo no debía contestar al teléfono, así que habría sido mi madre quien las habría recibido. ¿O puede que se me hubiera olvidado?

—Puede ser que lo hiciera —dijo Ed—. Tal vez.

Me contó que, en 2001, los agentes de la Operación Óptica habían revisado nuestros registros telefónicos, rastreando cada llamada de un minuto o menos de duración. Marcaron cinco como relevantes para la investigación. Esas llamadas se habían producido a distintas horas del día, pero cada una de ellas procedía de alguna cabina telefónica de Cork City o de sus alrededores. Dos llegaron desde la misma cabina situada en Patrick Street, pero, aparte de eso, no parecía haber un patrón o una

explicación de las localizaciones o de la secuencia. Ninguna de las llamadas se produjo cerca del estadio gaélico desde donde el Hombre Nada había llamado a Christine Kiernan y Linda O'Neill.

—Podría haberlas hecho él —dijo Ed—, pero nunca lo sabremos.

Nos llevamos las tazas de té a la sala de estar y nos sentamos, Ed en un sillón y yo en el sofá.

Le hice otra pregunta que se me acababa de ocurrir.

—Si no nos llamó —dije—, ¿cómo saben que fue el Hombre Nada quien vino aquí aquella noche?

—Por la cuerda —dijo Ed—. Principalmente. Además del tipo de crimen, la secuencia de hechos y la ubicación. La descripción de la cuerda nunca apareció en los medios.

—O sea, que sí se dejó algo…

—Esa marca estaba ampliamente disponible. Se encontraba en más de ciento cincuenta ferreterías de todo el país. Visitamos todas y cada una de las situadas en el condado de Cork o en un radio de dos horas en coche, pero no teníamos nada concreto que preguntar, salvo: «¿Recuerda que alguien haya comprado este tipo de cuerda recientemente, o una gran cantidad en algún momento?». Resultó infructuoso.

—¿Y el cuchillo?

—Ese cuchillo no podía encontrarse tan fácilmente, pero aun así solo contábamos con la descripción de una persona que no fue atacada: la vecina de Christine Kiernan. No sabemos si llevaba otro del mismo tipo cuando entró en las demás casas. El forense dijo que, de acuerdo con la descripción de esa mujer, podría haberse tratado del mismo que utilizó aquí, para apuñalar a su madre, pero…

—Sí lo era. Lo llevaba.

La cara de Ed se transfiguró.

—¿Qué quiere decir?

Recordé que Ed no sabía nada de mi hallazgo de la cuerda y el cuchillo; todavía no se lo había contado. De hecho, no se lo había explicado a nadie. No aparecía en mi ensayo, porque hasta después de que se publicara y de que empezara a leer otros artículos no había comprendido lo importante que podía ser. Se lo conté: lo del juego con Anna unas semanas antes del ataque, lo de levantar el almohadón del sofá y ver una cuerda y un cuchillo. Aquello sí que lo vi bien, por lo que pude describirle perfectamente la cuerda azul, el mango amarillo del cuchillo (que me hizo pensar en los muñecos de Fisher Price) y la hoja reluciente e impecable.

Ed se levantó, deambuló un rato y luego volvió a sentarse. Sacó su cuaderno de la Garda, lo abrió y buscó un bolígrafo en el bolsillo de su chaqueta. Me pidió que le repitiera todo lo que le había dicho. Su reacción me desconcertó. Acababa de decirme que la cuerda y el cuchillo no los habían llevado a ninguna parte. Entonces, ¿por qué era tan importante lo que yo hubiera visto?

Sin embargo, no era el dato en sí mismo lo que había provocado su reacción, sino el hecho de que, catorce años después, estuviera descubriéndolo. Le excitaba lo inesperado de aquel descubrimiento. Había sabido aquello durante todo ese tiempo, pero no le había dado importancia hasta mucho tiempo después. Es decir, que al cabo de los años aún podían salir cosas a la luz: eso era lo importante.

En ese momento, comenzó una nueva fase de la investigación del Hombre Nada, años después de su último ataque, en la casa donde se le había visto por última vez. Yo me lo imaginaba en otra casa, quizá con una esposa que se afanaba en la cocina y con niños correteando alrededor, o más bien, a estas alturas, con nietos, pues si había tenido hijos ya debían de ser mayores. Me lo imaginaba sintiéndose a salvo, arrogante, convencido de que si había evitado caer en manos de la justicia todo este tiempo, ya nadie daría con él.

Pero yo y Ed íbamos a por él.

Solo era cuestión de tiempo.

En los últimos seis meses, ningún día en Centrepoint había transcurrido tan lentamente como ese jueves. Jim no solo estaba aburrido, sino también exhausto, pues solo había dormido un par de horas. Iba matando el rato imaginándose a sí mismo en la firma del libro, plantado a un paso de Eve Black, que no tendría ni idea de que él era el protagonista de *El Hombre Nada*. Al terminar su turno, empleó las horas que le había proporcionado la mentirijilla de que estaba trabajando la jornada completa para volver a aparcar en la Marina. Solo que esta vez las dedicó a dormir una siesta en el coche. Se sentía tan agotado que no le quedaba más remedio. Finalmente, pasadas las seis de la tarde, Noreen y él emprendieron camino hacia la ciudad.

Estaban circulando junto a los muelles cuando ella dijo algo de una entrevista.

—¿Una entrevista?

—Sí. —Noreen estaba mirando por la ventanilla—. Primero la van a entrevistar; luego firmará libros.

Jim mantuvo la vista fija en la calzada.

—No habías dicho nada de eso.

Se había imaginado una larga cola de gente serpenteando entre las mesas y estanterías de la librería, cosa que le proporcionaría una buena oportunidad para observar a esa mujer antes de plantarse ante ella. No sería así: se imaginó hileras de sillas plegables y Eve sentada frente a ellos, capaz de mirar al público y ver cada una de las caras, si quería. A Jim no le gustaban los cambios de última hora. No le gustaba sentirse desprevenido. Los detalles importaban. La preparación resultaba esencial.

Al mover las manos en el volante, normalmente colocadas a las diez y a las dos, vio que el cuero negro relucía de su sudor. Las volvió a dejar en la misma posición.

—¿Quién la va a entrevistar?

—Algún periodista —dijo Noreen.

—¿Cuál?

—No lo sé.

—Búscalo.

—Ya nos enteraremos cuando lleguemos, ¿no?

—He dicho que lo busques.

Ella suspiró.

—Vale.

Jim giró y entró en el aparcamiento de varios pisos de Paul Street.

—Danielle Kennedy —leyó Noreen en la pantalla de su teléfono—. Dice que es una periodista del *Irish Times*.

Aparcaron cerca de los ascensores del nivel 1 y se bajaron del coche. La librería estaba a solo un par de minutos a pie; ahora Jim sentía todo el peso de la situación sobre sus hombros; oía una vocecita en su interior que le decía que se detuviera, que aquello era una mala idea. Sin embargo, había otra voz mucho más fuerte que le gritaba que debía hacerlo, que Eve no iba a reconocerlo ni en un millón de años y que para él aquello era ineludible.

Decidió confiar en esa voz.

Entraron en la librería por la puerta de atrás, la de Paul Street. En cuanto Noreen la abrió, caminando un paso por delante de él, Jim sintió que los músculos de su espalda se relajaban. El local estaba abarrotado. El calor y el bullicio de lo que debían ser más de un centenar de cuerpos les golpeó como una ola en cuanto pisaron el interior del local.

Noreen tuvo la reacción opuesta. No le gustaban los lugares ruidosos y concurridos, solía evitarlos. No estaba preparada para soportarlos. Jim advirtió cómo cambiaba: repentinamente tensa, con la mirada inquieta y la cara crispada.

—Uf —masculló, volviéndose a medias hacia él. Estaba más pálida que hacía un momento, aunque quizá fuera cosa de la iluminación de la librería. Tal vez había sido el calor corporal de la multitud congregada lo que había hecho que aparecieran unas gotitas de sudor en su labio superior, ese labio en el que cada poco aparecían unos pelillos blancos—. No sé qué decirte. Está mucho más lleno de lo que creía…

Lo miró como pidiéndole ayuda.

—Ahora ya estamos aquí —dijo él—. No vamos a marcharnos.

Jim la rodeó y se alejó de ella, internándose en la parte lateral de la librería donde se amontonaba la gente.

Había hileras de sillas plegables, pero todas estaban ocupadas. Eso significaba que debería verlo todo de pie, cosa que lo volvería más visible una

vez que Eve Black se hubiera sentado en uno de los dos sillones de cuero situados a cada lado de una mesita frente a los espectadores. Al menos no había estrado ni taburetes; la visión que ella tendría estaría al mismo nivel que la audiencia. Aun así… En la mesa había dos botellas de agua, un jarrón de flores y un ejemplar de *El Hombre Nada* puesto de pie.

Jim se abrió paso entre la gente y avanzó hacia la parte delantera de la librería. Vio que frente a las puertas principales había una mesa más grande, cubierta de copas de vino y agua, así como otra idéntica con pilas enormes de ejemplares del libro. Había un pequeño hueco libre más allá, cerca de un expositor de cuadernos. Si se apostaba allí, estaría lo bastante cerca para verla, pero a la suficiente distancia como para que a ella le resultara difícil, si no imposible, verlo bien.

Caminó hacia allí.

Notó unos golpecitos en el hombro.

No iba a volverse; debía de ser Noreen o uno de los dependientes con los que había cometido el error de conversar, aunque fuese brevemente, la última vez que había venido a la librería.

—¿Jim?

Era una voz masculina, una voz conocida.

Se giró.

Ed Healy.

Ese hijo de puta.

—¡Ed! —Jim desplegó una gran sonrisa y le tendió la mano—. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Demasiado.

Se estrecharon la mano, tres buenos apretones.

—¿Cómo te trata la vida? —preguntó Jim.

—Bien, bien. No puedo quejarme. ¿Y a ti?

—Ah…, ya te puedes imaginar.

Se miraron unos instantes más de lo normal.

—Tú sigues allí, supongo —dijo Jim.

—Bueno, de hecho… Estoy recogiendo los bártulos. Me jubilo esta Navidad. Pensaba aguantar hasta los treinta de antigüedad, pero ahora las cosas han cambiado; una mañana me levanté y me di cuenta de que quería empezar a vivir mi vida, no seguir esperando, ¿sabes?

Jim asintió, aunque no tenía ni puta idea de qué le estaba hablando.

—¿Y tú? —preguntó Ed—. ¿Qué haces ahora?

—Seguridad privada. —Era la respuesta estándar que soltaba siempre que se tropezaba con alguno de sus antiguos colegas.

Eso era lo que solían decirle también los que se habían retirado, pero ellos querían decir «guardaespaldas de un estúpido ricachón», no guardia de seguridad en un supermercado de mierda.

—¿Ah, sí? —dijo Ed—. ¿En la zona?

—Sí.

—¿Lo echas de menos?

—Para nada. —Jim soltó algo que esperaba que sonara como una risotada—. Y dime, ¿qué haces por aquí?

Jim se lo había preguntado antes de que Ed pudiera hacerle la misma pregunta a él. Ed alzó la barbilla, señalando hacia su espalda.

—Estoy con ella —dijo.

No le hacía falta volverse para saber a quién se refería. Podía sentir su presencia, como un aliento frío en la espalda. Cuando se volvió a mirar, el resto de la gente se fundió en una larga y borrosa franja de personas indistinguibles.

Solo vio a Eve.

Debía de haber aparecido hacía un momento. Estaba de pie junto a los sillones de cuero, charlando con una mujer y un hombre. El tipo tal vez fuera el encargado con el que Jim había hablado brevemente la vez anterior, y la mujer, en vista de que sujetaba dos micrófonos y un fajo de papeles, debía de ser la periodista.

Eve Black era más alta de lo que esperaba, alrededor de uno ochenta; en aquel lugar tan lleno de gente corriente, ella parecía etérea. No se la veía tan flaca como en televisión, probablemente porque lo que llevaba puesto —una especie de falda o vestido escalonado— envolvía su figura de tal modo que resultaba imposible decir dónde terminaba la tela negra y dónde empezaba su cuerpo. Tenía las manos metidas en los bolsillos y los pliegues le cubrían hasta la mitad del antebrazo. Esta noche se había puesto más maquillaje y su piel tenía un aspecto cálido e hidratado, mientras que el espantoso trazo de carmín rojo que lucía en televisión había sido reemplazado por un tono más rosado y natural. De sus orejas colgaban unos largos pendientes de oro con piececitas

que bailaban y destellaban bajo las luces del techo cuando movía la cabeza, y sus ojos parecían más grandes en cierto modo, distintos…

Lo miraba directamente a él. Lo saludó con la mano. Por una fracción de segundo, Jim sintió el impulso de responder alzando también él una mano, pero luego vio con el rabillo del ojo que Ed levantaba la suya.

Eve se dirigía a Ed, claro, no a él.

—¿La conoces? —dijo, mientras Eve volvía a su conversación.

—Bueno, sí… —respondió Ed, frunciendo el ceño—. Es Eve Black.

—¿Eve Black?

La expresión de Ed era indescifrable y Jim se preguntó si fingir tal ignorancia no resultaría algo exagerado.

—La superviviente de la casa de Passage —respondió Ed, que señaló la mesa cubierta de ejemplares de *El Hombre Nada*.

—Ah… —dijo Jim—. Joder, perdona, Ed. He estado un poco lento. Mi mujer me ha arrastrado hasta aquí, ya ves. Me he enterado de qué libro era cuando hemos entrado. No es el tipo de libro que suelo leer.

Ed alzó las cejas.

—¿Ah, no?

—No. Ya me entiendes. Después de treinta años de trabajo, lo último que te apetece es leer sobre los tipos que escaparon. ¿No te parece?

—Mmm —murmuró Ed, pero ahora lo miraba con otro matiz, con algo que no estaba en sus ojos unos minutos atrás, con un aire escrutador.

—O sea, que tú has colaborado en el libro, ¿no?

Ed asintió y dijo:

—Tú también trabajaste en esa época en la Operación Óptica, ¿verdad?

—Todos estuvimos implicados en un momento u otro. Me parece que ayudé varias veces a atender las líneas telefónicas.

—¡Aquí estás!

Noreen, con un brillo de sudor en las sienes, había aparecido a la izquierda de Jim y lo miraba enfadada.

Ella misma se presentó.

—Hola, soy Noreen, la esposa de Jim.

Él le lanzó una mirada furiosa.

Ya imaginaba lo que Ed estaría pensando, ahora que la veía por primera vez: bajita, gorda y desaliñada. Llevaba unas deportivas blancas relucientes bajo un

vestido con un estampado chillón que parecía hecho con los restos de un mantel. Nunca se arreglaba el barullo de pelo gris y quebradizo; además, como siempre, no se había puesto maquillaje. Era un puto adefesio.

Le daban ganas de arrearle un buen sopapo y de estamparle la cabeza contra una estantería. Se mordió el labio para crear un punto de dolor que le anclara en el presente y le impidiera seguir sus impulsos.

Ed se presentó y estrechó la mano de Noreen.

—Así que tú eres quien lo ha arrastrado aquí —dijo con una sonrisa.

Noreen abrió la boca, pero se detuvo y miró a Jim como preguntando qué debía hacer.

—Bueno, amigos —dijo una voz desde el otro extremo—. ¿Estamos listos? Podéis ocupar todos vuestros asientos…

Salvado por la campana.

Jim sujetó a Noreen del brazo, pellizcándole con fuerza.

—Mejor que busquemos un hueco —dijo—. No veo nada desde aquí. Encantado de verte, Ed. Te busco luego, ¿vale?

Jim ya estaba dándose media vuelta y arrastrando a Noreen.

La llevó entre la multitud del local hasta que encontró un hueco desde donde pudieran ver a Eve sin que ella los viera.

Cuando no estaba ante una cámara de televisión que transmitiera en directo a todo el país, Eve Black era distinta. Parecía recelosa, pero sus gestos nerviosos habían desaparecido. Mientras esperaba a que la periodista —Danielle algo— empezara, se quedó sentada inmóvil, aparentemente segura y relajada. Durante la introducción («… es autora, superviviente y detective»), recorrió al público con la mirada, sonriendo a algunas caras que debía reconocer, lanzando un discreto saludo aquí y allá.

—He pensado —dijo Danielle— que podríamos empezar leyendo un poco, ¿no?

Eve asintió. Se inclinó para sacar un ejemplar del voluminoso bolso que reposaba contra la pata de la silla. Era *El Hombre Nada*, pero al mismo tiempo no lo era. Tenía una tapa blanda, completamente lisa y negra, salvo por el rótulo *El Hombre Nada* impreso en el lomo con relucientes letras blancas.

Dio un delicado sorbo de agua y se aclaró la garganta.

—Buenas noches a todos —dijo—. Muchas gracias por venir. Creo que lo que voy a hacer es leer un trocito del principio del libro, de la introducción. Algo tolerable. No quiero que nadie se vea obligado a escuchar…, ya saben —hizo una pausa—, ningún detalle horripilante.

Un suave murmullo recorrió la multitud. Indudablemente algunos de ellos —¿la mayoría?— solo habían venido para eso.

Jim confió en que se sintieran decepcionados, esa idea le complació.

Eve volvió a carraspear y empezó a leer con una voz firme, lo bastante fuerte para llegar a todos los rincones del local sin necesidad de usar el micrófono, que descansaba sobre la mesita, junto a su silla, como un objeto olvidado.

—«Cuando nos conocemos, yo seguramente me presento como Evelyn y digo: “Encantada de conocerte”. Me paso el vaso a la otra mano para estrechar la que tú me has tendido, pero lo hago con torpeza y acabo salpicándonos a los dos con unas gotas de vino blanco. Me disculpo, quizá me sonrojo avergonzada. Tú agitas una mano y dices que no, que no importa, pero yo veo que echas un vistazo a tu camisa, que seguramente has mandado a la tintorería para la ocasión; estás intentando evaluar el estropicio disimuladamente. Me preguntas a qué me dedico y yo no sé si me siento decepcionada o aliviada por

el hecho de que la conversación vaya a prolongarse…»

Jim desconectó. Aquella situación era de lo más extraña.

Ahí estaba, escuchando en una librería cómo Eve Black le leía en voz alta un libro que había escrito «sobre él», con Ed Healy, que había contribuido a dirigir la investigación del Hombre Nada (sin llegar a ninguna parte), muy cerca de los dos.

Y Noreen, justo a su lado.

Se sintió como un paracaidista cuando se sienta en la puerta abierta del avión a miles de metros por encima del suelo, con las piernas colgando en el vacío, esperando la señal para lanzarse: más vivos que nunca gracias a la amenaza de una muerte inminente, pero también seguros de que todo saldrá según lo planeado, de que en realidad no hay ningún peligro, de que no habrá precio alguno que pagar.

—«Esto es lo que siempre temo cuando conozco a alguien, porque lo soy —prosiguió Eve—. Soy la chica que. Tenía doce años cuando un hombre irrumpió en nuestra casa y mató a mi madre, a mi padre y a mi hermana menor, Anna, que entonces, y ya para siempre, tenía siete años.»

Jim observó a la gente congregada y se preguntó qué reacción tendrían si descubrieran que el Hombre Nada estaba ahí, entre ellos, en este mismo lugar.

¿Saldrían corriendo?

¿O se volverían hacia él y le harían preguntas, deseosos de escuchar su historia?

Estaba seguro de que nadie estaba interesado en Eve Black. Lo que les interesaba era el hombre que la había convertido en lo que era, que la había transformado en «alguien». Querían saber más acerca de «él». En alguna ocasión, se le había pasado por la cabeza contactar con la prensa, como habían hecho el Asesino del Zodíaco y otros muchos, pero esto no era Estados Unidos. Irlanda era un escenario demasiado pequeño para tales payasadas; además, la ciencia forense había avanzado mucho.

Aun así, una parte de él deseaba poder contar su historia. En lugar de permanecer allí plantado teniendo que escuchar aquella mierda.

—«La nuestra fue la última familia a la que ese hombre atacó, pero no la primera. Fuimos los quintos en dos años. Los medios lo apodaron el Hombre Nada, porque la Gardaí o Garda, como se llama la policía irlandesa, según decían, no tenía nada sobre él…»

Un hombre que estaba de pie justo delante de él y que debía de ser un miembro del personal volvió la cabeza hacia la caja registradora. Estaba sonando un teléfono. Se apresuró hacia el sonido, presumiblemente para responder, dejando un espacio totalmente despejado entre Jim y Eve.

Si la chica levantaba la vista de la lectura, podría mirarle directamente.

—«… Ahora, a los treinta, entiendo mucho mejor lo que perdí que cuando sucedió todo, a los doce. El monstruo responsable de todo sigue libre y sin identificar. Quizás incluso haya pasado todo este tiempo con su familia. Esta posibilidad —más que probable— me llena de una rabia tan intensa que en los días malos no me deja ver nada. Y en los peores, deseo que me hubiera asesinado también a mí.»

«Lo mismo digo —pensó Jim—. Lo mismo digo.»

Pero nunca es demasiado tarde para hacer las cosas bien.

Eve alzó la vista hacia el público.

—Sí, yo era la chica que sobrevivió al Hombre Nada —dijo, ya sin leer—. Ahora soy la mujer que va a encontrarlo.

Veinte años, pensó Jim. Habían pasado unas dos décadas desde que se había presentado en la casa de Bally's Lane la noche de Fin de Año; en todo ese tiempo, nadie se había acercado lo suficiente como para encontrarlo.

Ni todos los recursos de la Garda Síochána, ni el puto Ed Healy, ni desde luego una mujer que se había embarcado en una suerte de cruzada absurda.

Eve giró un poco la cabeza hacia su izquierda.

Recorriendo a la gente con la mirada.

Buscando.

Se detuvo cuando sus ojos se cruzaron con los de Jim.

—Y créanme —dijo—. Lo encontraré.

El público estalló en aplausos.

Jim extendió el brazo hacia la estantería más cercana para apoyarse en ella, pero al hacerlo derribó una copa de vino que algún idiota había dejado allí, en el reducido espacio entre los lomos de una serie de libros de cocina vegetariana y el borde mismo del estante. Noreen dio un respingo cuando el líquido le salpicó en la parte posterior de las piernas, y las cinco o seis personas que estaban más cerca se volvieron a ver qué pasaba. Una par de ellas miraron a Jim antes de darle la espalda.

Él sentía frío y calor al mismo tiempo. Tenía la boca tan seca que le parecía como si se le hubiera hinchado la lengua. Las palmas de sus manos estaban húmedas de sudor.

¿Qué demonios había sido eso?

¿Eve lo había reconocido?

Ahora ella estaba dando las gracias solo con los labios a varias personas del público. A su lado, Danielle sonreía y aplaudía también. Luego cogió su micrófono y dijo:

—Bueno. Ahí lo tienen. ¡Y esto es solo la introducción!

Más aplausos, aún más fuertes.

Eve cogió su micrófono y dijo:

—Gracias. Muchas gracias a todos. Muchísimas gracias.

Un leve rubor apareció en sus mejillas. Estaba avergonzada.

O fingía estarlo.

—Bien, vamos allá —dijo Danielle, barajando sus notas—. A menudo, los libros tienen la virtud de ocultar todo el complicado trabajo que hay detrás. —Tocó el ejemplar de *El Hombre Nada* que estaba de pie sobre la mesita situada entre ellas—. Aquí tenemos este reluciente producto terminado, que, permítanme decirlo, es una lectura increíble que les mantendrá a todos despiertos hasta las tantas de la madrugada. Pero hablemos de cómo ha llegado a existir. Permítame, Eve, que retrocedamos al principio del proceso. Mucha gente sabrá que *El Hombre Nada* surgió a partir de ese artículo que todos leímos en Internet. Pero, de hecho, la cosa partió de un ensayo de literatura inglesa, ¿no?

Jim miró a su alrededor. En un estante había un vaso con un poquito de agua y un cerco de carmín en el borde. Se la bebió rápidamente, antes de que su dueña pudiera sorprenderle. Le sirvió para humedecerse la lengua, pero no eliminó la sequedad de su garganta. Se sintió acorralado entre la multitud y no quería moverse, no quería llamar más la atención. De repente, la parte inferior de su espalda se empapó con un sudor frío. Un sordo dolor de cabeza se le formó en las sienes. Solo podía respirar superficialmente.

Miró a Noreen.

Ella estaba retorciéndose, evaluando el estropicio en la parte de detrás de su falda. Se volvió de nuevo, molesta. Alzó la vista y, al ver a Jim, cambió de expresión.

Primero abrió mucho los ojos con sorpresa.

Después, sus rasgos se ablandaron con inquietud.

—¿Te encuentras bien? —susurró.

Él le miró las manos. No sujetaba nada; no había cogido una bebida.

No le servía de nada.

Se volvió, ignorándola.

Eve dio un sorbo de agua y pidió disculpas por su tardanza en responder.

—No importa —dijo Danielle, suavemente—. Tómese su tiempo.

Se extendió varios minutos contando la historia de aquel ensayo original. Eve habló de la fecha de entrega inminente y hasta entonces olvidada, de la coincidencia con el aniversario de Anna y de la reacción de su profesor al leer el texto. Se refirió a él como «el prestigioso novelista», la misma expresión que había utilizado en el libro. Explicó que la posibilidad de que una obra semejante pudiera contribuir a atrapar al asesino después de tantos años la había ayudado a superar el terror de desvelar su propia identidad. Hablaba dirigiéndose a Danielle y gesticulando con las manos. Lo hacía con claridad y concisión. Tenía a todos los presentes pendientes de cada una de sus palabras, embelesados.

A casi todos.

Jim la observaba, esperando.

Para mirarle de nuevo, Eve habría tenido que volver la cabeza y echar un vistazo por encima del hombro. ¿Era eso lo que había hecho la primera vez? ¿Apartar la mirada de Danielle, de la mayor parte de la audiencia, para dirigirla hacia él?

¿O solo se lo había imaginado?

¿Cómo iba a poder reconocerlo? Ella estaba en lo alto de la escalera aquella noche, mientras que él se encontraba abajo, entre las sombras, a varios metros del pie de la escalera.

Hacía dieciocho años.

Cuando ella tenía doce.

—Debe de haber sido muy difícil —estaba diciendo Danielle— revisitar el pasado. He de reconocer que se me hizo complicado leer ciertas partes, y usted las vivió. ¿Cómo abordó la tarea de escribir sobre ello? Especialmente sobre aquella noche…, aunque, como describe en el libro, para usted fue en gran parte una experiencia auditiva. No vio nada hasta… después.

Eve se remetió un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda, haciendo que destellara algo en su dedo anular bajo la luz de los focos. A Jim le vino a la cabeza la extraña frase que Ed había empleado: «Yo estoy con ella».

—Me resultaba, aún me lo resulta, muy difícil explicar lo que recuerdo de esa noche. «Cómo» la recuerdo. Es como una serie de fogonazos. Yo lo comparo…, ¿conoce la animación fotograma a fotograma? ¿Por ejemplo, *Pesadilla antes de Navidad*? —Danielle asintió, riendo suavemente; algunas personas del público la imitaron—. Bueno, es como una mala versión de eso. No fluido, sino a saltos. Entrecortado. Porque faltan algunos de los fotogramas. Tal vez muchos. Pero sí lo recuerdo. Aunque otro problema es «qué» recuerdo. Yo estaba allí, pero no estaba. Me había ocultado en el baño a oscuras. Oía cosas, pero entonces no sabía qué eran. Estaba asustada, sí, pero probablemente estaba aún más confusa. Y… —Eve tragó saliva—. Como todo el mundo sabe, vi el resultado.

Ahora el silencio era total.

—Pero no a él —dijo Danielle—. No al Hombre Nada.

Eve negó con la cabeza.

—No vi a nadie más. Solo a mi familia. Y solo los vi cuando…

Había empezado a temblarle un poco la voz e hizo una pausa para dar un sorbo de agua mientras Danielle le sonreía con expresión compasiva.

—Pasemos a otra cosa… —empezó, deshaciendo la tensión reinante como si hubiera pinchado un globo. La audiencia pareció hundirse en masa en sus asientos, consciente de que no iba a oír aquello que la había impulsado a venir.

¿Estaba mintiendo? ¿O realmente no recordaba?, se preguntó Jim.

Después de lo que acababa de suceder, de cómo lo había mirado, empezaba a pensar que Eve lo recordaba todo perfectamente.

—Después —prosiguió Danielle—, su abuela se la llevó al oeste. ¿Hasta qué punto era usted consciente al principio de lo que estaba pasando, de lo que había ocurrido?

—No demasiado. Mi abuela me ocultó muchas cosas. Obviamente, yo sabía que mamá, papá y Anna estaban muertos, y sabía que un hombre malo había entrado en nuestra casa y les había hecho cosas, pero no creo que lo entendiera, si es que esto tiene algún sentido. A lo mejor no quería entenderlo. Además, era muy pequeña. No sé si tenía la capacidad suficiente para ello.

—Hmmm… ¿Y algunos periodistas las localizaron…?

—Creo que Nannie se enteró de que algunos merodeaban por el pueblo, haciendo preguntas sobre nosotros sin demasiado disimulo. De hecho, uno llegó a la casita. —Eve puso los ojos en blanco—. Bueno, dos. Un fotógrafo y una reportera que trabajaban juntos. Recuerdo que volvía del camino de la playa y que los vi esperando junto a la cerca: un hombre y una mujer que empezaron a hacerme preguntas. Me pareció muy raro porque sabían mi nombre. Pensé que debían de conocerme. Estaba a punto de responderles, pero Nannie salió disparada de la casa, rugiéndoles y ordenándome que entrara de inmediato.

—¿Usted sabía que había otros buscándola? ¿Sabía —puso unas comillas en el aire— quién era el Hombre Nada?

—No hasta que estuve en secundaria. Ya puede imaginarse cómo fue. Adolescentes cuchicheando. Mi abuela había hecho todo lo posible para protegerme, pero no contaba con Internet. Yo solía entrar a hurtadillas en la biblioteca para buscar el nombre de mis padres en la web. Pero no tenía el valor suficiente para leer nada de lo que encontraba. Suena extraño, pero era como si hubiera dos universos: aquel en el que vivía y ese otro en el que mis padres y mi hermana salían en el periódico porque habían sido víctimas del Hombre Nada. Eran como dos mundos… completamente separados. No sé, es difícil explicarlo. Pero creo que, durante esos años en Spanish Point, me sentí aislada de todo aquello.

Silencio.

—Bueno —Danielle miró su reloj—, soy consciente de la hora y quiero asegurarme de que podamos responder a algunas preguntas de la audiencia,

pero antes de que terminemos… Me parece justo aclarar, no creo que sea revelar nada a los lectores, que usted no ha conseguido identificar al Hombre Nada en el curso de su investigación…

—No…

—… pero sí ha encontrado una gran cantidad de nueva información, ¿no es así?

Eve asintió.

—Hemos encontrado cosas, y digo «hemos» porque yo no he hecho este trabajo sola. Estoy tremendamente agradecida por haber contado con la ayuda de Ed Healy, que participó en la investigación original. Ed es, de hecho, la persona que descubrió que había un asesino en serie en este caso. Él fue el primero que acertó a relacionar todos los casos. —Eve alzó la cabeza y recorrió al público con la mirada—. ¿Dónde estás, Ed?

Todo el mundo volvió la cabeza también.

—¡Ahí está! —Danielle señaló la esquina donde Jim había dejado a Ed Healy; luego volvió a dirigirse a la concurrencia—. Les aseguro que cuando hayan leído el libro llegarán a apreciar la energía que este hombre ha dedicado al caso y a intentar localizar a ese monstruoso asesino. Todavía sigue haciéndolo.

—Creo que merece un aplauso —dijo Eve.

Todo el mundo empezó a aplaudir.

Jim no veía a Ed, pero sí a algunos de los asistentes que miraban sonriendo hacia el mismo punto. ¿Por qué aplaudían? No había encontrado al Hombre Nada; de hecho, hace un momento había estado hablando con él y ni se había enterado.

Al cabo de unos segundos, Danielle dijo:

—¿Y qué nos puede decir de esa nueva información? Ya sé que esto probablemente…

—Sabemos cómo escogió a las víctimas —anunció Eve.

Un murmullo de interés recorrió la audiencia.

Jim sintió como si el mundo se hubiera detenido bruscamente con un chirrido.

—Vaya —jadeó Danielle.

No podía. No lo podían haber descubierto. Nadie podía. Era imposible.

Tomó conciencia de que Noreen estaba susurrándole algo.

—¿Jim? ¿Qué pasa? ¿Por qué niegas con la cabeza?

Eve sonreía.

—Estoy muy satisfecha de ello, tengo que reconocerlo.

—Debería estarlo —dijo Danielle—. Quiero decir…, cuando llegué a esa parte, me quedé patidifusa. Y la forma que tiene de deducirlo… ¡Me sentí como si estuviera leyendo un *thriller*! —Se volvió hacia el público—. No vamos a decir nada más. No quiero estropearles el placer de la lectura.

A Jim se le salía el corazón del pecho.

Noreen seguía mirándole, aguardando una respuesta.

—Una última pregunta —dijo Danielle—: ¿no le asusta pensar —hizo una pausa, un patético intento de hacerlo todo más dramático— que pueda ir a por usted? Por lo que sabemos, ese hombre sigue libre. ¿Cree que aún está aquí, en Cork? ¿Cree que conoce la existencia del libro?

Eve inspiró hondo.

—Le diré lo que pienso. Si todavía está vivo, probablemente siga aquí, y si sigue aquí, probablemente conozca el libro. Pero ¿qué importa que lo sepa, que lo haya sabido? No le tengo miedo. Ahora es un viejo. No ha hecho nada en casi veinte años. En estas dos décadas, además, los sistemas de investigación han avanzado a pasos agigantados. Creo que si cometiera sus crímenes ahora, lo atraparíamos en cuestión de días. Si sigue vivo, debe saberlo muy bien. Creo que por eso se detuvo, porque sabía que no podía continuar impunemente. Ese hombre era, mejor dicho, es un cobarde. Pero yo no lo soy. Voy a por él. Mi investigación no ha concluido porque haya terminado de escribir el libro. Es más, pienso que el propio libro (el hecho de que la gente lo lea, de que reaccione ante la historia y recuerde el caso) generará nuevas pistas. Así pues, respondiendo a su pregunta: no, no me preocupa. Estoy completamente decidida. Voy a encontrarlo. —Eve hizo una pausa—. Sé que lo conseguiré. Y que será pronto.

Danielle pidió a los asistentes que le dieran un aplauso a Eve; en medio de la ovación, Jim se volvió hacia Noreen y dijo:

—Tenemos que irnos. Ahora mismo.

—Pero he de conseguirle a Katie el libro firmado…

Katie.

Se le había olvidado que esa era la razón de que estuvieran allí.

—Está bien —dijo Jim—. Pero date prisa. Te espero en la puerta trasera.

Noreen puso una cara como si fuera a protestar, pero su marido se dio media vuelta antes de que pudiera abrir la boca. Toda la gente que le rodeaba se estaba levantando de sus asientos, haciendo comentarios, moviéndose para formar una larga cola frente al sillón en el que Eve Black estaba sentada.

Jim se alejó en dirección a la puerta trasera.

La librería era larga y amplia, y se curvaba ligeramente en la parte central. Jim dejó atrás las mesas cubiertas de libros, las cajas registradoras y la sección infantil, donde había colgados banderines de colores. La multitud se fue aclarando a medida que se alejaba; cuando llegó a la sección de Libros de Referencia, se quedó a solas.

Por fin.

Se detuvo para apoyarse en una estantería y respirar por primera vez —o eso le pareció— desde hacía muchos minutos.

«Sabemos cómo escogió a las víctimas.»

No podían saberlo. Era imposible.

Tenía que volver a casa, coger el libro, seguir leyendo.

—¡Ah, Jim! Aquí estás.

La voz de Ed Healy. Otra vez. Muy cerca. Debía de estar justo a su espalda. Jim adoptó una expresión amable y se volvió para mirar…

Eve Black.

Estaba tan cerca que apenas los separaban un par de pasos. Podía ver incluso el fino vello de su rostro. La purpurina reluciente de sus párpados. El aleteo de su pulso bajo el delicado collar dorado que reposaba en el hueco de su garganta.

Ella lo estaba mirando. Le sonreía, ampliamente, mostrando una impecable

hilera de dientes blancos.

—Esta es Eve —dijo Ed—. Eve, te presento a Jim Doyle.

No le tendió la mano ni se movió hacia él. Seguía totalmente inmóvil, examinando su cara con atención.

—Me acuerdo de usted —dijo.

Jim sintió que las rodillas le fallaban y tuvo que esforzarse por mantenerlas firmes. Abrió la boca, pero de ella no salió palabra alguna.

Ya no le quedaban. Su mente era solo un vacío, un espacio completamente despejado. Ni siquiera sentía que estuviera dentro de su cuerpo; más bien le parecía estar situado aparte, observando la escena.

—¿No me recuerda? —Los ojos de Eve seguían fijos en los suyos, escrutándole—. Estoy muy distinta. Entonces tenía el pelo largo y oscuro.

Jim nunca había sufrido un ataque cardiaco, pero pensó que eso que sentía debía de ser algo muy parecido: una repentina y dolorosa opresión en el pecho, un ardor ácido atenazándole la garganta, la incapacidad para tomar aire, el pánico acercándose a lo lejos como un tsunami.

Eve lo miraba con perplejidad.

«Di algo. Di algo. Di algo.»

Soltó unas palabras con esfuerzo:

—Yo no…, no recuerdo.

Eve intercambió con Ed una mirada rápida.

—No importa —dijo—. No es ningún crimen.

Jim sintió como si todo su cuerpo se fuera a prender en llamas. Intentó humedecerse los labios con la punta de la lengua.

—¿D-dónde…?

—En la comisaría Togher —respondió ella. Hizo un gesto como quitándole importancia y le dedicó una sonrisita—. Fue solo un momento, no se preocupe. No esperaba que me reconociera. Tengo muy buena memoria para las caras, eso es todo.

De repente, lo recordó. Dos, tres años atrás. Él estaba en el mostrador de recepción de Togher. Ella había entrado para hablar con una agente que resultó que ya no trabajaba allí, sino en el GNBI, el Centro Nacional de Investigación, que estaba en la Harcourt Square de Dublín. Aisling Feeney. La conversación duró solo unos momentos: tres o cuatro minutos como máximo.

Jim lo recordaba por Aisling Feeney, que era una de las dos agentes de la

Gardaí que habían ido a ver a la mujer de Covent Court y se habían llevado el cuchillo y la cuerda que esta había encontrado bajo el almohadón del sofá. Había sido Feeney quien los había depositado oficialmente como prueba; era su firma la que figuraba en las bolsas. Jim se los había llevado del almacén de pruebas y los había hecho desaparecer; desde entonces, no había olvidado ese nombre.

Pero aquello había ocurrido hacía mucho años, y los agentes de la Gardaí se ocupaban de muchos asuntos, así que cuando esa joven se había presentado preguntando por Feeney, Jim no sabía quién podía ser, tal vez un familiar…

Y resulta que había sido la maldita Eve Black.

—¿Has perdido a Noreen? —le preguntó Ed, y, dirigiéndose a Eve, añadió—: Es su mujer quien lo ha arrastrado hasta aquí esta noche. Seguramente está esperándote en la cola de la firma.

—¿Ah, sí? —dijo Eve. Y añadió mirando a Jim—: ¿Noreen? Estaré pendiente de ella. Le diré que su marido colaboró en el libro. Para que busque su nombre cuando lo lea. Está allí.

«Está allí.»

—¿Usted cómo está? —farfulló Jim. Lo dijo porque pensó que eso era lo que preguntaría una persona normal en esa situación. Cualquier otro se mostraría interesado por ella. La compadecería. Confiaría en que, pese a todo, hubiera conseguido llevar una buena vida—. Quiero decir… —carraspeó—. ¿Cómo está actualmente?

Durante un momento, Eve pareció desconcertada.

—Yo… —Antes de que pudiera decir nada más, alguien le dio unos golpecitos en el hombro. Un miembro del personal le susurró algo sobre la cola de gente que estaba esperando. Ella asintió y dijo que enseguida iba. Se volvió hacia Jim—. Estoy muy solicitada, por lo visto. Será mejor que me vaya y empiece a firmar ejemplares. Ha sido un placer verle, Jim. Y no se sienta mal, por favor. Solo le estaba tomando el pelo. No esperaba que se acordara de mí. Gracias por su ayuda, de todos modos. Se la agradezco. Me fijaré en Noreen para poder ponerle por las nubes. — Extendió el brazo, pero no le ofreció la mano. Lo que hizo fue sujetarlo de la muñeca, con fuerza. Le miró a los ojos—. Gracias por venir. Espero que nos veamos pronto.

La otra voz que Jim tenía en la cabeza, la que le decía que todas las ideas arriesgadas eran buenas, surgió de las profundidades, haciendo que unas

palabras acudieran a sus labios:

—Y espero que lo atrape.

—Gracias. —Eve sonrió—. Crucemos los dedos.

Luego se fue y Ed se despidió. Jim tenía en la cabeza un zumbido que crecía paulatinamente y empezó a moverse para marcharse, abriéndose paso hacia la salida. Ahora la multitud se había dispersado por la librería, la mayoría con un ejemplar del libro bajo el brazo. Al fin, cruzó las puertas batientes y se encontró afuera, en la calle. El cielo estaba oscuro, y los adoquines de la calzada, relucientes de lluvia. Sintió las gotas en la cara y trató de regular su respiración, de restaurar el ritmo normal de su corazón.

«Ella lo sabe.»

Sabe que soy el Hombre Nada.

Pero no, no podía saberlo. No era posible.

Y, sin embargo, le había dicho que su nombre estaba en el libro. ¿Por qué iba a escribir sobre alguien que había hablado con ella un par de minutos hacía tres años?

¿Y qué coño era eso de que habían averiguado la conexión entre las víctimas? Tampoco era posible.

Tenía que volver a casa. Tenía que leer el resto del libro.

La puerta se abrió a su espalda: Noreen.

—Vaya —dijo—, gracias por esperarme.

Jim musitó algo así como que el ambiente dentro estaba muy cargado.

Echaron a andar por la calle, Noreen abrochándose el abrigo para protegerse del frío.

—¿Has conseguido el libro firmado? —preguntó Jim.

—Sí.

—¿Te ha dicho algo?

—¿Quién?

—La autora.

—¿Qué quieres decir?

Jim aullaba por dentro.

—Cuando te has acercado a que te firmara el libro —dijo, subrayando expresamente cada palabra—, ¿qué te ha dicho?

Notó que Noreen se volvía para mirarlo, pero él mantuvo la vista hacia delante y apretó el paso, de tal modo que ella tuvo que apresurarse para

mantenerse a su altura.

—Solo me ha preguntado qué nombre debía poner y luego ha dicho gracias por venir. ¿Qué más esperabas que dijera?

«Katie.»

Había dado el nombre de su hija para la dedicatoria. Por eso Eve no le había dicho nada: porque estaba esperando a una mujer llamada Noreen.

El trayecto de vuelta a casa discurrió casi en completo silencio. Cuando llegaron, Jim le pidió el libro a Noreen. Ella frunció el ceño, pero se lo dio.

Jim lo abrió por la portadilla: el nombre de Katie y la firma de Eve garabateados con una letra suelta y picuda.

Noreen también miraba la dedicatoria.

—Katie estará encantada —dijo.

Jim tuvo que hacer de tripas corazón para no arrancar la página allí mismo y hacerla trizas.

9

CONEXIÓN

Quería empezar a trabajar en el libro de inmediato, pero todavía tenía que terminar mis másteres. Durante meses intenté quitarme de la cabeza al Hombre Nada, pero casi siempre fue en vano. Estaba deseando volver a Cork e iniciar nuestra investigación para atraparlo. Al día siguiente de entregar mi último trabajo, me volví a reunir con Bernadette y firmé el contrato del libro. Luego fui a casa, hice una maleta y dejé preparado el apartamento para que sobreviviera a una ausencia que podía prolongarse semanas o meses.

Lo último que hice antes de irme fue organizar una cena silenciosa e incómoda con Jo y Rhiannon, las dos únicas amigas que había logrado mantener durante más de un par de meses. Nos habíamos conocido en la Universidad Nacional de Galway durante una ruta de pubs de la Semana de los Novatos, de manera que ahora eran con mucha diferencia mis amigas más antiguas. Nuestro trío estaba poco equilibrado; ellas se veían mucho más a menudo de lo que yo veía a cualquiera de las dos. Pero aun así no quería perderlas. Desde que había salido mi artículo, me había parecido que ambas se distanciaban de mí. Se suponía que aquella cena era una celebración, pero ellas aún estaban adaptándose a mi papel de «víctima de un famoso crimen»; a ninguna de las tres nos parecía muy natural brindar con champán por que fuera a pasarme el siguiente año de mi vida, al menos, hurgando en algo tan terrible.

Cuando nos despedimos, les dije que vinieran a verme a Cork; podíamos pasar un fin de semana allí. Era una invitación informal, espontánea, no premeditada.

—¿Dónde vas a alojarte? —preguntó Jo.

Mi titubeo respondió por mí; ella palideció. Rhiannon miró para otro lado, incapaz de ocultar su repugnancia.

No sabía si nuestra amistad sobreviviría a todo aquello, pero lo peor es que no me importaba. Estaba deseando separarme de ellas y ponerme en marcha para volver a Cork, reunirme con Ed y zambullirme en las profundidades más oscuras del caso. Todo lo demás era una distracción. Toda mi vida me había esforzado para ocultar quién era, y ahora resulta que no deseaba otra cosa que ser yo misma, implicara eso lo que implicara.

Resultaba fascinante y terrorífico al mismo tiempo.

A primera hora de la mañana, fui en coche a Cork.

El único sitio donde podía quedarme era la casa familiar, y parecía una profanación llevar a sus habitaciones cualquier parte del proceso de elaboración del libro. La oficina

de Ed a duras penas era una oficina; además, yo no podía entrar y salir del edificio de Anglesea Street cuando se me antojara. Dado el carácter confidencial del asunto, necesitábamos un lugar privado para trabajar, así que los cafés y las bibliotecas estaban descartados. Quiso la suerte que encontrara un espacio de coworking en Eglinton Street, a menos de cinco minutos de la oficina de Ed (por llamarla así). Alquilé el espacio privado más reducido que tenían disponible e instalé dos mesas, una estantería y tres archivadores que podía cerrar con llave. Coloqué una enorme pizarra blanca y compré una pequeña cafetera. Dejé cerradas las persianas para poder pegar lo que quisiéramos en las paredes. Le dije al encargado que estábamos trabajando en un libro sobre política irlandesa y que nosotros mismos nos ocuparíamos de la limpieza.

El primer jueves de noviembre de 2015, Ed apareció con una carretilla llena de carpetas de plástico azul. Llevaban el sello de la Garda Síochána, pero él lo había tapado con cinta adhesiva para no despertar la curiosidad de nuestros vecinos de oficina. Era solo la primera de ocho remesas. El comisario de Ed había accedido al traslado de los expedientes con tres condiciones: que nuestra oficina permaneciera asegurada, que no reveláramos su ubicación o nuestras actividades a nadie que no interviniera directamente en el caso y que no los volviéramos a mover de sitio salvo para llevarlos de vuelta a Anglesea Street. Ed bromeó con que los altos mandos estarían contentos, pues ahora tendrían más espacio para guardar ordenadores polvorientos y cables de impresora obsoletos.

Pasamos horas desempaquetando y ordenando los expedientes. Ed colgó en la pared un mapa de la ciudad y del condado de Cork del Servicio de Cartografía, y marcó una serie de puntos con rotulador rojo. Por mi parte, puse sobre mi mesa mi fotografía familiar preferida: Nannie, mis padres, Anna y yo durante nuestras últimas vacaciones en Clare, en agosto de 2001. La última foto que nos hicimos los cinco juntos.

Trazamos un plan aproximado: nos daríamos hasta el verano para averiguar todo lo que pudiéramos sobre el Hombre Nada. Elaboramos listas de cosas que comprobar, gente con la que hablar y lugares que visitar. El grueso del trabajo tendría que hacerlo yo; Ed seguía en su puesto a tiempo completo, pero dedicaría todas las horas que pudiera. (Eso iba a ser «todo» su tiempo libre durante los siguientes dieciocho meses.) Luego, en septiembre, yo empezaría a escribir el libro.

A la mañana siguiente me desperté en mi habitación improvisada mucho antes de que sonara la alarma de mi teléfono. Había algo diferente. Me sobresalté pensando que era la casa, que alguien había entrado durante la noche. Pero no. Era yo. Me sentía diferente. Más ligera. Rebosante de energía. Casi… ¿excitada? Sí, eso era. La misión en la que Ed y yo estábamos a punto de embarcarnos me emocionaba, lo cual, a su vez, me hacía sentir avergonzada.

Pero no podía quedarme en la cama. Ni siquiera en la casa. Quería empezar. Después de tanta espera, necesitaba hacerlo. Me dirigí a la ciudad por las calles

oscuras y desiertas. Estaba en mi mesa, tras haberme bebido ya la mitad de mi primera taza de café, cuando sonó la alarma que había puesto para despertarme.

Lo primero que hicimos fue revisar el caso de arriba abajo, lo cual implicaba examinar cada uno de los documentos —declaración, informe, mapa, etcétera— generados en el curso de la investigación, para tratar de verlos con una nueva mirada. Nuestros progresos se veían entorpecidos por dos factores: la necesidad de que Ed estuviera presente para examinar el material más técnico (y su tiempo era limitado) y la ingente cantidad de documentación. Para empezar, se habían recibido más de cinco mil llamadas a la línea de colaboración ciudadana, lo cual arrojaba cinco mil resúmenes de una página de esas llamadas que había que volver a examinar. Una antigua compañera de la universidad se había criado en Boston, donde su padre trabajaba de policía, y tenía la costumbre de despotricar sobre los programas de televisión, los libros o las películas que se tomaran licencias con el procedimiento policial. «Eso no es realista —decía—. No es así como funciona.» Muchas veces, durante aquellos meses, en nuestra pequeña oficina de Eglinton Street, me acordé de ella, durante las horas y horas que pasamos examinando documentación: resultaba terriblemente aburrido.

Empezamos a montar una especie de archivo principal en el que disponíamos la información que nos parecía más relevante. Enseguida aprendí de Ed que es tan importante descartar cosas, declaraciones, pruebas, etcétera, como incluirlas. Aun así, cada vez que decidía en qué categoría clasificar algo, me entraban dudas y me quedaba momentáneamente paralizada por el temor de que estuviéramos a punto de desestimar la prueba crucial que, por fin, desencallara el caso. Muchas noches no podía pegar ojo, abrumada por el temor a cometer un error crucial.

Nuestro objetivo era encontrar una aguja en un pajar, una aguja que por fin hiciera volar por los aires todo el pajar: la conexión entre las víctimas del Hombre Nada. Me inquietaba que no hubiera ninguna. ¿No era posible que hubiera circulado en la oscuridad y hubiera escogido gente al azar? Los O'Sullivan eran una familia de cuatro hijos y dos adultos que vivía en las afueras de Carrigaline, una ciudad dormitorio a catorce kilómetros de Cork. Christine Kiernan vivía sola en los barrios residenciales del sudoeste de Cork. Linda O'Neill vivía con su marido a treinta y cinco kilómetros, en Fermoy, un pueblo situado al norte del condado, aunque la atacaron cuando su marido no estaba allí. En el caso de Westpark, el Hombre Nada había regresado a la ciudad para atacar a una pareja que vivía en una urbanización, pero luego había vuelto a alejarse para atacarnos en Passage West, a diez kilómetros de distancia. Tres de las casas eran independientes, una era adosada y otra era una vivienda en un complejo con vecinos a cada lado. Las mujeres andaban por los veinte, los treinta y los cuarenta, y no tenían en común ningún rasgo físico, más allá de ser atractivas en un sentido convencional; por otro lado, en la casa de Westpark, el Hombre Nada había asesinado

a un hombre. En mi casa, habían muerto un hombre, una mujer y una niña.

Pero había similitudes, señaló Ed. Pese a las ubicaciones aparentemente dispersas, si las situabas en un mapa —como hicimos—, todas salvo una entraban en un círculo relativamente reducido del sudoeste del condado de Cork. Fermoy era la única anomalía (¿acaso el Hombre Nada había vivido o trabajado en aquella zona?, ¿actuaba allí porque estaba familiarizado con ella?). Las mujeres eran el común denominador. Sus tres primeros ataques se centraron en una mujer, y no había ningún ataque que no incluyera alguna. Luego había una conexión absolutamente clamorosa entre las víctimas, una que no se me había ocurrido porque resultaba demasiado obvia: a todas las había atacado en su propia casa. No las había secuestrado en una carretera ni las había llevado a otro lugar. A dos de ellas, incluida mi madre, ni siquiera las había movido de su propia cama.

Sabíamos, porque yo y la vecina de Christine habíamos encontrado el cuchillo y la cuerda bajo los almohadones de un sofá, que el Hombre Nada visitaba las casas antes de entrar y atacar a sus ocupantes, tal vez en más de una ocasión. Las llamadas nos decían que le gustaba burlarse de sus víctimas, aterrorizarlas; que supiera sus números de teléfono indicaba que había reunido información sobre ellas. Conocía sus nombres. En Bally's Lane, había susurrado al oído de Alice O'Sullivan los nombres de sus cuatro hijos a modo de amenaza. Ed estaba convencido de que el Hombre Nada acosaba a sus víctimas durante semanas, quizás incluso durante meses, antes de pasar a la acción. También creía que antes de que Westpark tuviera residentes, había utilizado las casas terminadas pero vacías para ensayar cosas como abrir cerraduras, romper ventanas y moverse en la oscuridad. Era meticuloso, nunca dejaba nada en la escena, salvo la conmoción y el dolor, y trozos de su cuerda azul preferida, en los que nunca se habían hallado fibras o restos de ADN útiles. Solo Claire Bardin lo había visto, en la carretera frente a la casa de los O'Sullivan. Nadie identificó al tipo del retrato robot que hizo la policía a partir de su descripción.

Todo esto nos decía mucho sobre quién era el Hombre Nada, cómo actuaba y qué le impulsaba a hacerlo. Era un asesino que estudiaba y preparaba sus ataques, que investigaba con antelación. Se sentía superior y estaba convencido de que era más listo que sus víctimas y que la Gardaí. Las visitas previas a la casa sugerían un elemento de voyerismo: probablemente había comenzado su carrera criminal como un mirón. Desde ese punto de vista, no tenía sentido que escogiera a sus víctimas al azar. De algún modo, las buscaba. Había un porqué. Pero la investigación original no había logrado descubrirlo; ahora, diez meses después de emprender nuestra revisión extraoficial del caso, Ed y yo debíamos reconocer que tampoco lo habíamos conseguido. Parecíamos atascados en la casilla de salida.

Era septiembre de 2016. Fuese cual fuese el calor del verano irlandés, era infalible que alcanzara su apogeo en la semana de la vuelta al colegio. Ed y yo nos tomamos un

desacostumbrado respiro para sentarnos al sol de la tarde en la terraza de un bar de Bachelor's Quay. El lugar estaba lleno de oficinistas con la camisa arremangada y las perneras subidas, que se recostaban en sus sillas y volvían la cara hacia el sol. Resultaba fácil olvidar por qué estábamos allí, a qué nos dedicábamos Ed y yo normalmente, y aquella tarde una parte de mí deseaba olvidarlo. Aquello empezaba a resultar desesperante. Habíamos revisado todo sin encontrar nada nuevo. Nos pusimos a despegar distraídamente las etiquetas de nuestras botellas de cerveza, cubiertas de gotitas, mientras decíamos entre sorbo y sorbo: «Tiene que haber algo que no hemos pensado».

Entonces se me ocurrió una cosa. No habíamos encontrado nada en los expedientes del caso, pero los estábamos examinando porque sí habíamos descubierto algo nuevo: mi hallazgo de la cuerda y el cuchillo bajo el almohadón del sofá hacía ya tanto tiempo. Era una pieza del puzle que había tenido en mis manos, pero hasta hace nada no me había dado cuenta.

¿No valdría la pena hablar con los demás supervivientes para comprobar si ellos también ignoraban que disponían de una de esas piezas?

No iba a ser fácil. Christine Kiernan había quedado tan traumatizada por la visita del Hombre Nada que unas semanas más tarde se había quitado la vida. Linda O'Neill se había vuelto a casar y ahora vivía en San Francisco; le dijo a Ed por teléfono que, aunque entendía mi deseo de descubrir la identidad del Hombre Nada, no tenía interés en revivir aquella época de su vida. Nos pidió que no reveláramos su nuevo apellido de casada, se disculpó y colgó. No había supervivientes del ataque de Westpark, con lo que solo quedaba Alice O'Sullivan, la primera víctima del Hombre Nada, que, según descubrimos enseguida, ya no vivía en la casa de Bally's Lane. Tras muchas llamadas y numerosas vías muertas, encontramos un número de teléfono de Malahide, condado de Dublín. Cuando llamamos, nos dijeron que, lamentablemente, Alice había fallecido hacía dos años de un cáncer de huesos. Yo estaba hablando con su hija, Nancy, que ahora tenía veintisiete.

Nancy, casada y con dos hijos, vivía en la casa a la que la familia se había mudado directamente desde Bally's Lane. Su padre también había muerto, después de sufrir un ataque al corazón cinco años atrás. Pero ella me explicó que el traslado a Malahide había permitido a la familia dejar los acontecimientos de aquella noche lo bastante atrás como para seguir adelante, y que después sus padres habían conseguido llevar una buena vida llena de viajes, diversión y familia. Nancy comprendía perfectamente mi deseo de justicia y estaba dispuesta a colaborar, pero no había gran cosa que pudiera añadir a la información que ya teníamos. Ella estaba aquella noche en su habitación, felizmente ignorante de lo que sucedía en la casa; solo tenía diez años, era demasiado pequeña para recordar gran cosa. Pero me hizo una sugerencia: debía llamar a Tommy,

su hermano mayor. No solo era muy probable que recordase más cosas, sino que, de hecho, él había hablado con el Hombre Nada por teléfono la noche de Fin de Año de 1999.

Tommy estuvo encantado de hablar con nosotros. Como hijo mayor de la familia O'Sullivan, había sido un testigo mucho más consciente de las secuelas del ataque. Nancy había dicho la verdad cuando había explicado que sus padres habían logrado llevar una buena vida, pero esa era su verdad, su perspectiva. Siendo mayor que ella, Tommy tenía una visión diferente. Nos contó que su madre había sufrido accesos de una depresión incapacitante y que había asistido a una sesión de terapia cada semana para el trastorno de estrés postraumático hasta que le diagnosticaron el cáncer. A pesar de que el Hombre Nada había pasado menos de una hora en sus vidas, los había traumatizado para siempre. Jamás volvieron a sentirse a salvo. Aquel monstruo sin rostro se había agazapado en un rincón de la mente de su madre; a Tommy le sacaba de sí que no lo hubieran detenido ni castigado. Celebró la idea del libro y la investigación que Ed y yo estábamos llevando a cabo. Pero ahora él vivía en Abu Dabi. Aún habrían de pasar tres largos meses antes de que volviera a casa por Navidad y pudiéramos hablar con él en persona, que era lo que preferíamos. Tanto Ed como yo pensábamos que las llamadas y videoconferencias no eran lo mismo, y no podíamos justificar el viaje. Así pues, nos ocupamos de otros puntos de nuestra interminable lista y esperamos.

A mediados de diciembre, fuimos al aeropuerto de Dublín para reunirnos con Tommy en cuanto bajara del avión. Aguardamos entre la riada de gente que salía por las puertas deslizantes y se lanzaba a los brazos de sus seres queridos. A nuestro alrededor había lágrimas, exclamaciones de alegría e incluso algunos rótulos escritos a mano de BIENVENIDO A CASA. Yo sostenía un rótulo con el nombre de un hombre al que nunca había visto y estaba esperando para hablar con él de un asesino que había cambiado nuestras vidas. Era lo más característico de ser víctima de un crimen violento; yo parecía estar bien, parecía una persona normal, podía mezclarme con los demás, pero había algo que me dejaba al margen, que me hacía ser diferente. Las vidas de los que me rodeaban eran tan distintas de la mía que bien podrían haber sido de ciencia ficción. Yo jamás esperaría en la sala de llegadas para reencontrarme con mi familia, porque yo no tenía familia. Si en el futuro conseguía formar una —algo que, cuando pensaba en todos los pasos que necesitaría dar, me parecía imposible—, nunca les dejaría ir a ninguna parte sin mí. Tendría demasiado miedo. Y es que incluso estando todos juntos en casa, no estabas a salvo. Lo sabía de primera mano.

Tommy O'Sullivan tenía treinta y tres años y trabajaba como ingeniero para una empresa aeroespacial. Su pelo negro y su poblada barba estaban salpicados de gris, e iba vestido de modo informal, con vaqueros y un bolso de cuero en bandolera echado al hombro. Había volado de Abu Dabi a Londres y luego desde Londres hasta aquí, pero

sus maletas solo habían hecho la primera parte del trayecto. Llevaba una alianza en el dedo. Su esposa, Amanda, tenía familia en Inglaterra e iba a pasar unos días con ellos antes de reunirse con Tommy en la casa de Nancy en Malahide. Él era un hombre cálido y abierto, buen conversador y generoso con su tiempo, pues nos aseguró una y otra vez que no tenía ninguna prisa. Encontramos una mesa en un bar de la entreplanta y pedimos unos cafés. Le pregunté si podía grabar la conversación con mi teléfono: sin problemas.

Nos dijo que llevaba mucho tiempo esperando este día. Diecisiete años, más a menos.

La Gardaí le había interrogado en la casa, pero solo un momento; además, fue al día siguiente de que ocurriera lo que ocurrió, cuando él aún estaba medio aturdido. Meses después, cuando el episodio de Crimecall le hizo darse cuenta de que la llamada de broma no era una cosa baladí, había vuelto a hablar con la policía, pero la entrevista fue breve. Siempre había pensado que sabía más de lo que habían logrado sacarle. Estaba convencido de que no había sido un ataque al azar, el Hombre Nada los había escogido. Incluso ahora, tantos años después, le atormentaba saber por qué ellos. ¿Por qué ese tipo hizo lo que hizo? ¿Y por qué nunca lo habían detenido?

Tommy nos contó lo que pasó aquella noche; para él todo había comenzado en las primeras horas de la madrugada, cuando el Hombre Nada ya se había ido. Nos explicó que su teléfono había sonado y que había oído la voz de su padre al otro lado de la línea, cosa que le había sorprendido por lo temprano que era y porque estaba en la habitación contigua. En un cuarto cerrado con llave. Su padre había salido por la ventana y le había gritado que llamara a la Gardaí. Había atisbado el camisón de su madre a través de la puerta entornada del baño. En realidad no la había visto hasta más tarde, cuando le dieron el alta y salió del hospital, ya adecentada y vendada. Nos habló de la reacción de la policía. De la hipótesis que adoptaron de inmediato, tanto ellos como su padre: pensaron que había sido un secuestro tigre que había salido mal.

—¿Que había salido mal? ¿En qué sentido? —dijo Tommy alzando las manos. La exasperación que le provocaba esa hipótesis aún borboteaba bajo la superficie después de tantos años—. Un secuestro tigre requiere una banda y un vehículo. ¿Dónde estaban los demás? Solo había un tipo y ningún coche, que nosotros sepamos. Entonces, ¿en qué momento salió mal exactamente? No: no salió bien porque no fue un secuestro. No había ninguna prueba de que lo fuera. El único motivo de que se les ocurriera esa idea fue que mi padre era gerente de banco y cometió el error de explicárselo de entrada a la policía. Y ellos enseguida empezaron: «Ah, vale. Misterio resuelto. Un secuestro tigre. ¡Siguiente caso!».

Tommy volvió a la llamada telefónica de un par de semanas antes del ataque, la que supuso que era de algún amigo gastándole una broma de Fin de Año. Describió la voz e incluso intentó reproducirla. Una voz rasposa, extraña. Un susurro teatral. «Vamos a

jugar a un juego.» Nos habló del día que había visto Crimecall, por casualidad, haciendo zapping, y del repentino escalofrío que había sentido al comprender que en realidad había hablado con el Hombre Nada.

Le pregunté si no había encontrado algo extraño en la casa, especialmente en las semanas previas, y le hablé de mi propio hallazgo de la cuerda y el cuchillo. Pero Tommy no recordaba que hubiera ocurrido nada parecido en la casa de Bally's Lane.

Ed le explicó por qué deseábamos reunirnos con él, por qué confiábamos en hablar con todos los supervivientes. Nuestro objetivo era encontrar una conexión entre las personas que el Hombre Nada había escogido. Tenía que haber algo, pero resultaba difícil encontrarlo porque ignorábamos qué era lo que estábamos buscando.

Por desgracia, solamente contábamos con él y conmigo: los dos hijos mayores de dos de los objetivos del Hombre Nada, que se habían criado a solo unos kilómetros de distancia. Quizá si habláramos de todo lo que pudiéramos recordar de la vida de nuestras familias en aquella época, encontraríamos algo en común. Sería como una partida de cartas buscando las parejas; aquello era una posibilidad remota. Pero era lo único que teníamos.

Empezamos por lo más básico: colegios y profesores, amigos, parientes, clubs y otras actividades. Luego fuimos ampliando el radio. Hablamos de los restaurantes y cines que frecuentábamos, de los centros comerciales a los que solíamos acudir. De dónde nuestras madres hacían la compra semanal, de dónde pasábamos las vacaciones, de adónde íbamos si hacía sol o si hacía mal tiempo. Rutas de autobús, peluquerías, hospitales. Productos que nos traían directamente a casa. La memoria de Tommy era muchísimo mejor que la mía; claro que él era mayor cuando todo eso ocurrió. Se acordaba de la biblioteca que usaba su familia, del nombre del profesor de piano que tenían sus hermanos menores, de cuál era el centro de jardinería preferido de su madre. Incluso recordaba lo que a él le gustaba pedir en la cafetería cuando la acompañaba. Pero no encontramos nada que nos conectara.

Tommy me llevaba cuatro años; cuando se había producido el ataque, estaba empezando a tener su propia vida fuera de casa. Pasaba mucho tiempo con sus amigos, lo cual había ensanchado su mundo. En su familia hacían juntos un montón de cosas, como dar una vuelta en coche los domingos por la tarde, salir de vacaciones o ir a nadar a la playa si hacía buen tiempo, mientras que, en mi caso, las actividades familiares consistían en comer en casa de Nannie y salir a jugar un rato afuera. Si nuestra madre tenía cosas que hacer, nos dejaba con la abuela; al volver nos recogía allí mismo. Yo iba a casa de mis amigas durante el fin de semana, pero no hacía muchas actividades fuera del colegio, y Anna era demasiado pequeña para tal cosa. Tommy tenía mucha familia, mientras que mis padres eran ambos hijos únicos, y de nuestros abuelos solo quedaba Nannie. Así pues, nuestros universos en el cambio del milenio no tenían muchos puntos de convergencia.

Lo intentamos todo hasta que la conversación se fue apagando. Tommy estaba agotado, aunque seguía asegurándonos que podía quedarse más tiempo. Parecía decidido a encontrar la conexión. Pedimos más café.

En este momento de la conversación, hubo mucho silencio puntuado por el tintineo de las cucharillas contra las tazas de cerámica.

Finalmente, Ed, que había permanecido en silencio la mayor parte del tiempo, dijo:

—Quizá él fue a vuestro encuentro. Tal vez no era alguien con quien os tropezasteis fuera de casa. ¿No recordáis ninguna visita en esa época? ¿Un desconocido o un nuevo amigo de vuestros padres al que no volvisteis a ver? ¿Vendedores, representantes de organizaciones benéficas, operarios…, gente de ese tipo?

Yo estaba hurgando en mi memoria, tratando de encontrar algo, cualquier cosa que encajara en esa categoría, cuando Tommy dijo en voz muy baja:

—Hubo un policía.

Ed se irguió en el acto.

—¿Un policía? ¿Antes del ataque?

Él asintió.

—Sí. Unos meses antes.

Una noche, cuando aún no había oscurecido pero empezaba a hacerlo, sonó el timbre. Tommy estaba viendo la tele en la sala de estar mientras su madre planchaba las camisas del colegio; eran camisas nuevas, recién salidas del envoltorio de plástico, y ella estaba alisando las arrugas, lo cual, de acuerdo con su relato, sitúa el hecho claramente al principio del curso, o sea, en septiembre de 1999.

Desde el sofá, Tommy veía el pasillo a través de la puerta de la sala de estar, e incluso unos quince centímetros de la entrada de la casa. Cuando su madre abrió la puerta principal, vio el brazo y el hombro derecho de lo que sin duda era un uniforme de la Garda. Con curiosidad, Tommy silenció la televisión para poder escuchar. Oyó una voz masculina que decía algo sobre unos robos en la zona. La policía estaba yendo de puerta en puerta para advertir a los vecinos y para que incrementaran las medidas de seguridad de la casa si era necesario. En un momento dado, el padre de Tommy salió también a la puerta.

—Por eso lo recuerdo —dijo Tommy—. Porque mi madre se volvió hacia él y le dijo algo así como: «Ya te lo dije, tenemos que arreglar la puerta del invernadero». Delante del policía. Ella siempre estaba dando la lata sobre la maldita puerta y mi padre decía que buscaría a alguien para que le echara un vistazo, pero nunca lo hacía… Y luego, unos meses después, el Hombre Nada entró por esa puerta y yo maldije que no la hubieran arreglado, ni siquiera después de la visita del policía, después de que hubiera habido un robo en las inmediaciones. Pero ahora estoy pensando… —Tommy hizo una pausa—. Quizás ese hombre no fuera policía.

—¿Viste un coche? —preguntó Ed.

Él dijo que no recordaba haber visto u oído ninguno.

—¿Recuerdas quién había sido la víctima del robo?

—No.

—¿Podrías describir el aspecto del hombre? ¿Le viste la cara?

—No, lo siento. Supongo que era más o menos de la misma estatura que mi padre, pero nada más.

Vaya decepción. Inspiré profundamente.

—Creo que es posible que también viniera un policía a nuestra casa —dije—. Creo.

Ambos se volvieron a mirarme con tal intensidad que de inmediato me arrepentí de haber pronunciado esas palabras en voz alta; porque lo que yo recordaba era más una posibilidad que un hecho que hubiera ocurrido realmente.

El timbre sonando después de oscurecer, de un modo extraño e intrusivo a esa hora. Yo dejando los deberes y asomándome desde lo alto de la escalera por si se veía algo, atraída por esa visita insólita, pero sabiendo muy bien que no debía bajar corriendo y abrir por mi cuenta. La luz del vestíbulo encendiéndose. Una sombra alargada dibujándose en el suelo. Una voz masculina diciendo unas palabras que no distinguí. Y luego mi madre exclamando algo así como: «Ay, Dios, ¿le ha pasado algo a Ross o a Collette?». Eran los nombres de pila de mi padre y de mi abuela; nunca se los oía usar. El hombre, al que no veía, dijo algo más y mi madre soltó suspiros de alivio; luego añadió algo así como que ni siquiera cerraba las puertas con llave.

—Es lo único que recuerdo —dije—. No sé cuándo fue, pero también podría haberse tratado de un policía, ¿no? Mamá creyó que había venido para comunicarle la muerte de alguien, para decirle que había habido un accidente. Pero es probable que él estuviera hablándole de un robo. Suena como si se hubiera tratado de algo así, ¿verdad? —Ninguno de los dos hombres respondió y yo me sonrojé, avergonzada—. Sí, ya lo sé, es todo muy vago. Ni siquiera estoy completamente segura de no haberlo soñado. No importa.

Ed dejó de mirarme y se volvió hacia Tommy, que le devolvió la mirada.

—Es eso. Es eso. Es eso —dijo Ed.

Las palabras bailaban ante los ojos de Jim. Cerró el libro y lo dejó caer sobre su regazo. Le temblaban las manos.

Así que lo sabían. Sabían y no sabían. Habían reunido las piezas del puzle y ya sería solo cuestión de tiempo que lograran encajarlas. Era difícil calcular cuánto tiempo le quedaba, pero la cuenta atrás se había puesto en marcha.

Ahora lo veía claramente.

Lo sentía.

Jim estaba en la sala de estar, con el ejemplar de Katie de *El Hombre Nada*. Noreen se había ido a la cama hacía horas, poco después de llegar de la librería, musitando que le dolía la cabeza. Había estado buscando uno de esos analgésicos que tanto le gustaban porque uno de sus efectos secundarios era que le hacía dormir toda la noche. Él había considerado la idea de irse al cobertizo como las otras veces, pero afuera hacía frío, y el ejemplar de Katie le permitía quedarse dentro, donde el ambiente estaba caldeado y había un cómodo sillón.

Aunque Noreen bajara, cosa que dudaba que fuese a hacer, no debería responder a ninguna pregunta. Simplemente, diría, estaba echando un vistazo al libro. Él conocía a Ed. Y resultaba que había visto a Eve Black en la comisaría Togher cuando ella estaba documentándose para escribirlo.

Mientras estaba buscándole «a él».

Quizá no lo había encontrado, pero sí había dado con el camino para seguir su rastro.

Jim dejó el libro a un lado y fue al mueble bar, cosa que rara vez hacía. Casi nunca bebía. Pero ahora necesitaba algo para relajarse, para aplacar la electricidad que chisporroteaba en su cerebro y poder pensar con algo más de claridad.

Escogió una polvorienta botella de whisky, ya medio vacía, y se sirvió un poco en un vaso con mucho hielo. Se lo llevó al sillón y lo dejó sobre la mesa. Observó cómo se empañaba y cómo las gotas de condensación resbalaban por la superficie de cristal. El hielo empezó a fundirse.

Dio un sorbito e hizo una mueca al notar el gusto y el ardor que se le deslizaba garganta abajo hacia el estómago.

Volvió a coger el libro, pero esta vez no lo abrió. Deslizó los dedos por la sobrecubierta, cosa que no había podido hacer hasta ahora, pues la de su ejemplar la había tirado como medida de precaución.

Ahora ya no había necesidad de tener tanto cuidado.

Las letras, grabadas en relieve, eran suaves y lustrosas. Parecían ascender hacia las yemas de sus dedos.

El Hombre Nada.

Emergiendo ahora de las sombras. Después de tanto tiempo.

O sacado a rastras de ellas.

Eso solo sucedería si él lo permitía.

Y todo por un comentario informal de Tommy O'Sullivan. Un adolescente en la época. ¡Otro más! Él y Eve, confabulados.

Todo su trabajo, su cautela, su destreza, su planificación, su genio… desbaratado por dos críos que se habían hecho mayores.

Era jodidamente exasperante.

La idea se le había ocurrido en julio de 1990.

En aquel entonces, Jim era nuevo en la comisaría de Mallow. Lo habían trasladado tras un problema que había surgido entre él y el comisario en Millstreet, donde había estado tres años: su primer destino al salir de la academia de Templemore. Lo único que había hecho había sido coger una taza y arrojarla contra la pared, pero resulta que el comisario estaba junto a esa pared y la taza estaba llena de té caliente. Jim acababa de regresar de una escena en la que un niño de siete años había salido despedido a través del parabrisas para aterrizar a ocho metros en medio de la calzada, donde un camión articulado que venía en dirección contraria lo arrolló. Más que extraer el cuerpo, habían tenido que sacar los trozos. Jim había alegado que estaba afectado por lo que había visto e incluso derramó unas lagrimillas para ser más creíble, pero su actuación le había valido un expediente disciplinario y el traslado a Mallow. Aunque la verdad era que se había hartado de que una panda de idiotas lo trataran como un idiota, y ese día se le había agotado la paciencia.

Fuera de la comisaría sí lo respetaban como se merecía. El uniforme confería un aura de poder, le distinguía de la masa de borregos y de la escoria criminal: todos aquellos cretinos que conducían a demasiada velocidad, bebían de más y salían del pub dando tumbos para liarse a puñetazos con otros idiotas, simplemente porque los habían mirado mal. Cuando caminaba por la calle, con los pulgares metidos en el chaleco, con el peso del cinturón y de todo lo que colgaba de él sobre las caderas, se sentía bien consigo mismo. Más alto. Más fuerte. Notaba que los transeúntes le observaban disimuladamente, dudando si cruzar antes de que el semáforo se pusiera en verde, si dejar el coche en la plaza para discapacitados o si arrojar un envoltorio al suelo. Cosas ínfimas, sí, pero que pasaban porque habían detectado su presencia.

Porque lo veían.

Porque lo respetaban.

Siempre que debía ocuparse de una escena, interrogar a testigos o esposar a alguien y meterlo en el coche patrulla, experimentaba esa misma sensación, solo que elevada a su máxima potencia, resonando como una línea de bajo que

no oía, pero que notaba en su pecho. Esos momentos hacían que se sintiera como si toda su vida hubiera consistido en una secuencia para llevarlo precisamente a este lugar, a este punto, a este trabajo. Era la sensación de que estaba haciendo lo que debía hacer.

En la comisaría, en cambio, era otra historia. Él era el último mono del escalafón. Un chiste incluso. Nadie le respetaba. Ni siquiera les caía bien, aunque eso le importaba una mierda. Lo toleraban simplemente y, según sospechaba, se mofaban de él a sus espaldas. Uno de los tipos tenía un amigo en Millstreet que le había contado a toda la comisaría que Jim se había desmoronado a raíz del niño del accidente. Desde entonces, en un par de ocasiones, otros compañeros habían regresado de una escena secándose unas lágrimas fingidas, pidiendo una taza y reclamando la presencia del comisario.

Todo porque él era mejor que ellos, y lo sabían. Lo sabían y no podían soportarlo.

Incluso ese día, el día que empezó todo, cuando llegó el aviso de Meadowbrook y Jim y David Twomey recibieron la orden de ir a ayudar en el recorrido casa por casa, captó que el otro esbozaba una mueca por tener que ir con él. Se habían dirigido a la escena en un denso silencio; ni tan mal, porque David conducía de pena, y Jim no quería empeorar la cosa distrayéndole.

Lo que había sucedido era lo siguiente: la noche anterior, en una enorme urbanización de asequibles casas adosadas llamada Meadowbrook, tres viviendas diferentes habían sido objeto de un robo mientras sus ocupantes dormían. Los ladrones se habían llevado los electrodomésticos de la sala de estar, dinero en metálico y todas las joyas que habían encontrado en el lado de la cama de la esposa. Las tres casas escogidas como blanco se hallaban dispersas a lo largo de la urbanización, pero los delincuentes se habían movido deprisa, asaltando una tras otra y entrando y saliendo antes de que nadie descubriera nada. Claramente, era algo bien planificado. Se había visto una furgoneta en la zona a aquella hora, y en varias ocasiones durante las últimas semanas. Jim y David Twomey tenían que ir de puerta en puerta por la urbanización para comprobar si algún otro residente recordaba haber visto también la furgoneta blanca.

Lo podrían haber hecho en pareja —ya había gente de sobra en la escena—, pero, cuando se reunieron con el oficial al mando, David sugirió que podían separarse y cubrir el doble de viviendas en el mismo tiempo. La idea era

razonable, pero Jim sabía por qué David la había propuesto: quería librarse de él. Pues perfecto, pensó, porque él también quería quitarse de encima a aquel pedazo de mierda.

Dividieron una larga hilera de casas en dos: Jim se ocuparía de las puertas de un lado de la calle; David, de las del otro lado. Las cuatro primeras visitas fueron pura rutina. Se tropezó con el exceso de celo habitual para ayudar a la Gardaí. La gente se demoraba hablando con él en la entrada, o lo invitaba a pasar y le hacía esperar mientras se devanaba los sesos repasando la monótona sucesión de los últimos días para tratar de encontrar algo, cualquier cosa que ofrecerle a aquel hombre uniformado. Querían complacerle, impresionarle. Deseaban que pensara que también ellos eran importantes. Pero nadie tenía nada sustancial que contar.

Entonces, en la quinta casa, apareció Alba.

Abrió la puerta en estado de confusión, agotada, decidida a volver de inmediato al griterío que venía del fondo.

Jim vio unos ojos oscuros, una gran masa de pelo rizado.

Ella vio su uniforme y su expresión cambió. Dio un paso adelante, entrando en la zona iluminada…

Jim creyó estar viendo a Jean.

No era Jean, por supuesto. No podía serlo. A decir verdad, ambas mujeres no se parecían mucho. Más bien era como si produjeran una impresión parecida. En su interior se abrió una puerta. Y hasta ese momento había creído que solo Jean había tenido la llave para abrirla.

Jean había sido su niñera. Entre los siete y los catorce años, casi cada sábado por la noche había ido a cuidar de él mientras su tía Agnes salía con su amante de turno. Jean era divertida. Organizaba juegos, traía películas de risa para verlas los dos y le preparaba sándwiches de queso calientes con miel dentro, lo cual, decía, era su ingrediente secreto. Era como una luz en la oscuridad; después de cada una de sus visitas, Jim contaba los días que faltaban para la siguiente.

Con el tiempo, sin embargo, ambos crecieron. Ella siempre le había parecido mucho mayor, pero al pasar los años Jim empezó a tener la sensación de que, por una especie de alquimia, tal vez podría alcanzarla. A lo largo de esa secuencia de sábados por la noche, Jean perdió sus aparatos dentales, cambió de peinado, empezó a llevar prendas que le daban otro aspecto. Finalmente, su

figura se transformó. Y Jim —Jimmy, lo llamaba ella— empezó a notarlo, a sentir algo especial, a pensar en ella cuando no estaba allí, mientras esperaba a que volviera. Cuando venía, actuaba diferente, cargando aquellas noches de sábado de una tensión nueva, traicionera…, al menos por su parte.

Jim suspiraba por Jean. El único bálsamo para calmarse era recordarla, bañarse en esos pensamientos, cerrar los ojos y sumergirse en ellos. En su imaginación, estaban juntos todo el tiempo. En sus fantasías, podía tocar aquella piel pálida y rosada, deslizar la mano por la cinta de su sujetador e introducirla por debajo mientras Jean cerraba los ojos y gemía. Los siguientes pasos eran más bien borrosos, el proceso exacto no le quedaba claro, pero se imaginaba el después, los dos en la cama, ella con la cabeza enterrada en su cuello. A veces soñaba con ello y se despertaba con una humedad fría y pegajosa bajo las sábanas que parecía un reproche.

Cierta noche del último verano, mientras preparaba pizza en la cocina, Jean extendió los brazos para quitarse la sudadera y, sin querer, se levantó la camiseta, ofreciéndole un atisbo de la piel pálida y la suave curva de su costado derecho y del borde del tirante azul de su sujetador. Había algo en ese movimiento —ejecutado con una extraña y deliberada lentitud— que le hizo pensar que lo había hecho para él. Se convenció de ello. Jean estaba enviándole un mensaje: ambos sentían lo mismo, pensó.

Pero era mentira. Quizá se había burlado de él. Cuando extendió los brazos hacia ella tal como había visto hacer a los hombres con las mujeres en la televisión, Jean retrocedió.

Y luego se enfadó.

Y luego se rio.

Se rio hasta doblarse sobre sí misma, hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas. Se rio hasta que el olor a masa quemada inundó la cocina y se apresuró a abrir el horno, del que salió una oleada de humo. Se rio hasta que cada célula de Jim ardió con una llamarada de vergüenza. Todavía estaba riendo cuando Jim dio media vuelta y subió corriendo a su habitación, donde se puso a dar puñetazos en la pared hasta que se le entumecieron las manos, hasta que se le abrieron los nudillos y el papel pintado se llenó de manchas rojas.

Jean no volvió después de aquella noche. Ni ella ni ninguna otra. Agnes lo llamó «pequeño pervertido» y dijo que ya era lo bastante mayor para quedarse

solo en casa. «Solo» quería decir hasta medianoche, momento en que su tía llegaba con quien quiera que hubiese quedado para salir. Enviaba a Jim a la cama y ellos se quedaban en la sala de estar. La primera vez que sucedió tal cosa, oyó unos ruidos extraños y bajó a investigar, pensando que quizás el hombre se había puesto desagradable y que Agnes necesitaba su ayuda. Salvarla repararía en cierta medida la culpa por el incidente con Jean. Pero ella no estaba en un aprieto. Por lo que Jim entrevió a través de la puerta entornada de la sala de estar, Agnes estaba disfrutando con lo que el hombre le hacía. Tras unos minutos oculto en las sombras de la escalera, Jim se dio cuenta de que él estaba disfrutando al mirarlo.

No había vuelto a pensar en Jean desde hacía años. Ahora sería mayor, una mujer arrugada y fofa, gorda y estropeada tras haber tenido hijos, como les pasaba a todas. Pero allí, en el umbral de Meadowbrook, estaba Alba. Debía de tener diecisiete o dieciocho. Cuando empezó a hablar, lo hizo con un marcado acento español. Ella no vivía en esa casa, era solo la *au pair* de la familia. Dijo que no había visto ninguna furgoneta blanca, pero que quizá los dueños sí. Tanto el padre como la madre volverían más tarde. El dobladillo de su camiseta, que tenía un cuello en «V» muy escotado, no le llegaba del todo a la cinturilla de los vaqueros; la piel que quedaba a la vista era tersa y bronceada. Jim sintió el deseo de tocarla. La deseó del mismo modo que había deseado a Jean.

Solo que él ya no tenía catorce años. Ella era más joven que él, mucho más joven.

Y ahora Jim era agente de policía, el agente que estaba plantado frente a ella de uniforme.

Esa chica no se reiría. No se atrevería.

Aquella noche, después de cenar, le dijo a Noreen que tenía que volver a la comisaría una hora. Se llevó el uniforme en una bolsa y se lo puso en una zona de descanso de la carretera Cork-Dublín. Luego condujo hasta Meadowbrook. Aparcó su coche en una rotonda de la parte trasera de la urbanización, se bajó y echó a andar hacia la casa de Alba, sin ponerse la gorra hasta llegar a la puerta.

Pero no lo había planeado bien. Ahora que los padres estaban en casa, ya no había necesidad de que ella fuera a abrir la puerta. Los dueños eran una pareja agradable de profesionales de treinta y tantos que trabajaban en la ciudad. Él

les preguntó por la furgoneta blanca y por cualquier persona de aspecto sospechoso, pero ellos no habían visto nada.

—Estamos muy poco tiempo aquí —dijo el marido—. Por desgracia. Y usted ya ha hablado con Alba, ¿no?

Jim dijo que sí.

—Es su… —fingió repasar sus notas— ¿*au pair*?

La pareja asintió con entusiasmo y se embarcó en un largo elogio sobre lo increíble que era aquella chica: no serían capaces de arreglárselas sin ella y esperaban que se quedara en la casa más tiempo que la última. Le dijeron su edad (diecinueve), de dónde era (Gerona, España) y qué días tenía libres (la mitad del sábado, si ellos podían, y todo el domingo). Le explicaron que, como la única habitación libre era un cuartito diminuto de arriba, habían convertido el garaje en un pequeño estudio autónomo en el que se alojaba. Aun así, dijeron, era un espacio reducido, y seguramente ella estaba deseando que llegara la semana siguiente, cuando la pareja y sus dos hijos pequeños se irían a Londres a ver a la familia de él, y Alba dispondría de toda la casa para ella sola. Bueno, añadieron, no solo para ella: su hermana venía de Gerona a pasar unos días.

La gente, reflexionó Jim en el trayecto a casa, puede llegar a ser rematadamente idiota.

A la semana siguiente, volvió en tres ocasiones para observar a Alba y a su hermana desde las sombras del exterior de la casa. La última vez, se coló dentro mientras dormían, cruzando la cocina, guardándose en el bolsillo un par de prendas delicadas de la cesta de la colada y apostándose junto a la puerta entornada de la habitación donde Alba dormía. Observó cómo se daba la vuelta, con una pierna desnuda sobre las mantas; vio que tenía que levantarse para ir al baño, pasando prácticamente junto a él, que se había apresurado a esconderse en un hueco del pasillo, pero no lo vio.

Esa noche prendió la mecha. Lo encendió por dentro. Ya no le importaba lo nefastos que pudieran ser los días si podía disfrutar de noches así. Todo lo demás —la fofa palidez de Noreen, las mierdas que soportaba en la comisaría, las cosas que le veía hacer a la tía Agnes cuando cerraba los ojos— le resbalaban y se desvanecían como si nada.

Así era como los demás debían de haber aprendido a vivir, pensaba Jim. Así era como conseguían moverse por el mundo con calma, con una sonrisa en la

cara, tragándose marrones día tras día. Habían encontrado una válvula de escape, un remedio, un antídoto. Era la única explicación.

Él había encontrado su camino.

Solo que Meadowbrook se agotó. La mañana después de su tercera y última visita a Alba, al llegar al trabajo, había descubierto que un vecino había informado de que alguien merodeaba por allí la noche anterior. Había escapado por los pelos de un coche patrulla.

Tenía que encontrar otro sitio.

Y luego otro.

Lo que necesitaba era una fuente constante.

Una noche, poco tiempo después, le dijo a Noreen que estaba en una operación de vigilancia y fue con su coche a una nueva urbanización de las afueras que quedaba a quince minutos. Aparcó junto a la carretera, se puso el uniforme y empezó a llamar a las puertas.

Cuando los ocupantes abrían, les mostraba la placa. Había introducido en el compartimento transparente de debajo un documento de identidad nuevo en el que figuraba su fotografía, pero con otro nombre. Simplemente había fotocopiado su documento, modificado los datos a mano y vuelto a fotocopiar el resultado. Era solo un trozo de papel con la tinta descolorida y no habría resistido un examen atento, pero en el umbral de una casa después de oscurecer y con sus dedos tapándolo parcialmente —y cuando solo lo veías un instante— funcionaba de maravilla. «Disculpe que le moleste, pero ha habido un robo en la zona, y estamos hablando con los residentes para averiguar si han visto algo extraño en las últimas semanas, algún vehículo sospechoso o algo por el estilo…»

Una cosa resultó evidente con esta estrategia: eran ellos quienes le acribillaban a preguntas. Como no había habido ningún robo, esa era la primera vez que oían hablar del asunto. Estaban consternados y preocupados, y querían conocer más detalles. Jim se las arregló mal que bien en las dos primeras casas, pero en la tercera se encontró cara a cara con el presidente de la asociación de vecinos. Al día siguiente, ese hombre llamó a la comisaría para preguntar sobre el supuesto robo. Jim tuvo suerte: fue él quien cogió la llamada. Pero no podía arriesgarse a que volviera a suceder algo así.

Comprendió que sería más sencillo ocultarse tras la verdad. Jim empezó a buscar delitos menores cometidos en zonas residenciales: robos, hurtos,

vandalismo. Unas veces había sido necesario practicar pesquisas puerta a puerta; otras veces no. Él dejaba pasar una semana o más, hasta estar seguro de que la investigación se había resuelto por sí misma o se había agotado; entonces se desplazaba a la zona por la noche con su documento modificado y el uniforme en el asiento trasero. Los robos sobre los que estaba «previniendo» a la gente habían existido de verdad, pero sus visitas tenían tres objetivos muy distintos: evaluar a los residentes, observar las casas y recoger información.

Todo para utilizarlo en su beneficio.

Jim se volvió más y más atrevido. Empezó a regresar por la noche a las casas que le gustaban, a veces observando desde el exterior, a veces colándose dentro. En ocasiones miraba cómo dormían las mujeres, apostado a centímetros de sus camas. En una casa se ocultó en la ducha con la cortina corrida mientras la mujer se quitaba el maquillaje frente al espejo del lavamanos.

Sin embargo, con el tiempo, los mismos sentimientos de siempre volvieron a emerger en su día a día: frustración, rabia, vergüenza. Sus actividades nocturnas eran el antídoto contra el dolor de estar vivo, pero la vida creó su propia defensa frente a aquel antídoto. Noreen se rompió un brazo. Él tuvo otro incidente en el trabajo y le trasladaron a Cork City, a la comisaría Togher, donde lo relegarían a ocuparse de tareas administrativas.

Necesitaba algo nuevo. Algo más fuerte.

10

CONTRASEÑA

«Robo.» Tras casi veinte años, creíamos que por fin teníamos la contraseña que desbloquearía el caso del Hombre Nada.

Lo que teníamos que hacer ahora era tratar de confirmar si Tommy y yo recordábamos bien los hechos, y luego averiguar si había sucedido lo mismo en las otras tres casas atacadas por el Hombre Nada. Si establecíamos que la respuesta a ambas cuestiones era positiva, nuestro siguiente paso sería verificar la naturaleza de aquellas visitas. ¿Realmente ese hombre era un policía? ¿Realmente se habían producido robos? ¿De qué modo había funcionado esa conexión?

Ed comprobó enseguida que, en efecto, había habido un robo cerca de la casa familiar de Tommy en Bally's Lane, en septiembre de 1999. En la tarde del 5 de septiembre había sido asaltada una propiedad durante el funeral de su anciano propietario. Robaron numerosas antigüedades por valor de miles de libras; presumiblemente habían utilizado una furgoneta que habían visto en la zona a aquella hora y que llevaba el rótulo de una compañía (falsa) de mudanzas. El robo había salido en las noticias, incluidas unas declaraciones de un hijo adulto del muerto, que había suplicado entre lágrimas, en un programa de radio emitido en directo, que la gente colaborara para lograr la restitución de esos objetos que su padre se había pasado toda la vida coleccionando.

Ese era el tipo de delito que la Gardaí llamaba «robo por encargo». No era el típico robo con allanamiento; quien quiera que lo hubiera perpetrado sabía lo que había en esa casa y cómo deshacerse de los bienes sustraídos. Normalmente, esta clase de delito se resolvía gracias a la colaboración de los comerciantes de antigüedades. Alguien intentaría venderles una o más piezas del botín; ellos alertarían a la policía, que rastrearía la pieza de vendedor en vendedor hasta llegar a la persona o personas que las habían robado. No tenía ningún sentido que alguien involucrado en la investigación pasara por las propiedades de la zona para prevenirlos. A menos que también tuvieran la casa llena de antigüedades y fueran a dejarlas sin vigilancia mientras toda la familia asistía a un funeral, no había el menor peligro de que sufrieran un robo similar; de ahí que la Gardaí no los hubiera avisado. No había quedado registro alguno de que hubieran enviado agentes para que pasaran casa por casa, más allá, naturalmente, de las que se hallaban en las inmediaciones de la propiedad asaltada; a la gente que vivía allí se le había tomado declaración poco después del robo.

Tampoco había ningún registro que indicara que Christine Kiernan hubiera recibido la

visita de un agente de policía en las semanas anteriores al ataque; tras una delicada conversación con sus padres, pude averiguar que ella no les había mencionado nada de eso a ninguno de los dos. Pero en aquella época sí se había hablado de instalar unas verjas en la entrada por culpa de un robo reciente en la zona. Yo ya me había reunido con Maggie Barry, la vecina que había encontrado la cuerda y el cuchillo, y volví a llamarla para preguntarle si recordaba algo al respecto, o bien alguna visita de un agente de policía. Me dijo que no. Pero Maggie era la actual secretaria de la Asociación de Vecinos de Covent Court y uno de sus deberes era guardar los expedientes de la asociación, que incluían las actas de la junta general y de las reuniones extraordinarias. Ella las revisó y descubrió que ese asunto había salido a colación en una reunión extraordinaria de principios de junio de 2000, seis semanas antes del ataque a Christine. Las actas se referían a un «allanamiento en Blackrock Road». La persona encargada de redactarlas había escrito entre paréntesis la palabra «Florida».

Al investigar, Ed encontró un informe de un robo en una casa independiente de Blackrock Road denunciado el 29 de abril de 2000. Una familia había regresado de unas vacaciones de quince días en el Disney World de Orlando y había descubierto que les habían saqueado y destrozado toda la casa. Lo que ni Ed ni yo pudimos encontrar fue ninguna mención de tal incidente en los medios. Eso podía significar una de estas tres cosas: que había aparecido alguna noticia, pero no conseguíamos encontrarla; que uno o varios de los residentes de Covent Court conocían personalmente a la familia, o a alguien que los conocía, y se habían enterado de este modo; o que uno o varios residentes de Covent Court habían recibido una visita de la Gardaí para prevenirlos. Así pues, no se podía descartar nada; por otro lado, como Ed solía decir: la falta de una prueba no probaba su inexistencia. Es decir, que nuestra teoría aún era viable.

Ed encontró dos candidatos para corroborar mi vago recuerdo de la visita a nuestra casa. Se había producido un robo de equipos en una granja de Monkstown, y otro de aparatos electrónicos y dinero en metálico en una casa de Monastery Road, en las afueras de Passage West. Ambos se habían producido en las seis semanas anteriores al asesinato de mi familia. Los expedientes archivados de la Gardaí eran incompletos, pero uno de los detectives implicados aún estaba activo, y le dijo a Ed que no recordaba ningún recorrido casa por casa en relación con estos hechos, con la salvedad, una vez más, de las casas vecinas a las afectadas. No era gran cosa, pero teníamos que quedarnos con eso. Cuando le pregunté a Ed si podría haber existido una iniciativa de seguridad por la cual algunos miembros de la Gardaí, independientemente de las investigaciones oficiales, hubieran recorrido las casas para tratar de evitar que fueran víctimas de un asalto, él se rio. No había ninguna posibilidad, en ninguna época ni en ningún lugar, de que la Gardaí hubiera contado con los recursos para hacer tal cosa.

No necesitábamos indagar sobre algún robo en Westpark o en sus alrededores, pues el propio Ed había investigado una serie de robos en aquel lugar, aunque de una fecha

anterior a que llegara la gente a vivir allí. No encontró ningún informe de incidentes posteriores. Obviamente, no podíamos preguntar a Marie o Martin si habían recibido la visita de un policía.

En total, había cinco objetivos del Hombre Nada. En dos de ellos, habíamos recibido antes de los ataques la visita de un único policía advirtiéndonos de un robo reciente en la zona (si bien una de esas visitas se basaba en un vago recuerdo mío de un hombre que se presentó en la puerta de nuestra casa y que hizo que mi madre se refiriese a mi padre y a mi abuela por sus nombres de pila). En cuatro casos, podíamos confirmar que se habían producido robos en los alrededores antes de los ataques, aunque eran un delito corriente: si escogíamos cinco casas de Cork al azar, en cualquier fecha, probablemente encontraríamos incidentes similares que pudiéramos «conectar» con ellas.

Si aquella era realmente la conexión entre las víctimas del Hombre Nada, la clave que desvelaría el misterio de «por qué nosotros», no pasaba de ser todavía más que una sombra borrosa en el horizonte.

Pero aún nos quedaba hacer la comprobación con Linda O'Neill, la mujer del caso de Fermoy.

Habíamos intentado contactar con Linda O'Neill con meses de llamadas y de correos electrónicos; incluso habíamos enviado una carta manuscrita a su trabajo, sin respuesta. Poco después de que nos reuniéramos con Tommy en el aeropuerto de Dublín, la había dado por imposible y me había resignado a completar el capítulo sobre su ataque con los materiales que tenía, es decir, los informes de la Garda y las entrevistas que ella misma había concedido a los medios en su momento. Entonces Ed lo intentó de forma oficial y finalmente logró que se pusiera al teléfono, pero ella solo mantuvo la comunicación el tiempo suficiente para decirle —a él y, por extensión, a mí — que no le interesaba colaborar en este libro. No parecía apropiado volver a contactar con ella para preguntarle si había recibido la visita de un policía en la casa de Fermoy; además, francamente, aparte del problema moral que pudiera o no plantearme, no me apetecía pasarme otros seis meses tratando de localizarla. Ed, en cambio, recurrió a alguien que había pasado mucho tiempo en la casa durante las semanas previas al ataque y que estaba dispuesto a hablar con nosotros: Johnnie Murphy, el capataz de la obra.

Johnnie seguía en el sector de la construcción, aunque ahora era el jefe de su propia empresa y ya no estaba, como expresó poéticamente, congelándose las pelotas en solares a la intemperie, sino chamuscándoselas con los calefactores de los barracones prefabricados. En cuanto Ed le preguntó:

—¿Recuerdas si algún agente de la Garda se presentó en casa de los O'Neill antes del ataque?

Johnnie dijo:

—Sí, lo recuerdo…, ese pequeño gilipollas.

No sabía la fecha exacta de la visita, pero creía que fue no mucho después de que él hubiera empezado a trabajar allí con su equipo. Debería de haber sido a principios de marzo de 2001, en torno a la época en que el permiso de obras de los O'Neill fue concedido. Había sido por la tarde, quizás a las cinco o las seis, y Johnnie estaba en el lavadero de la planta baja, junto a la cocina, que usaba como oficina improvisada. Ese día se había quedado hasta más tarde para ocuparse del papeleo y era la única persona en la casa. Linda y Conor habían ido a Cork a recoger unos apliques para el baño. Cuando oyó ruido en la cocina, creyó que eran ellos, que habían regresado antes de lo esperado. Sin embargo, al ir a comprobar qué sucedía, se encontró cara a cara con un policía uniformado.

Johnnie había vivido en Fermoy toda su vida y era una cara conocida en las reuniones de vecinos, en las gradas de los partidos de juegos gaélicos y en las barras de los pubs de la zona. Conocía a los policías que trabajaban en la comisaría de Fermoy porque los veía por la calle o se tropezaba con ellos en esos mismos lugares. Pero no reconoció a aquel agente y no le gustó encontrárselo dentro de la casa. Cuando el hombre le enseñó la placa, Johnnie insistió en examinarla y memorizó el nombre de su documento de identificación: agente Ronan Donoghue. Pensó que el documento parecía un poco cutre, pero nunca había visto ninguno de cerca y no sabía qué aspecto debía de tener; por lo demás, la placa que había al lado, en la cartera plegable, parecía auténtica. Johnnie había tenido algunos problemas con la policía cuando era un adolescente, una época de la que se arrepentía profundamente; por defecto, ahora su actitud hacia los policías siempre era deferente, obediente y educada.

—¿En qué puedo ayudarle? —había preguntado.

Donoghue dijo que se había producido un robo en la zona. Quería hablar con los dueños para que asegurasen su propiedad, especialmente mientras se hacían obras y entraba y salía «todo tipo de gente». Sin ir más lejos, él había podido entrar porque la puerta principal estaba abierta. (Johnnie no creía habérsela dejado abierta, pero tampoco estaba seguro y no dijo nada.) Donoghue preguntó por los dueños: quiénes eran, si procedían de la zona, si tenían hijos, si estaban viviendo allí mientras se realizaban las obras.

Johnnie tuvo la sensación de que Donoghue estaba criticándole, que insinuaba que él y su equipo no tomaban las medidas adecuadas para asegurar la casa, lo cual no le gustó, sobre todo considerando que ese agente era nuevo allí y que él era alguien en la zona. Cuanto más hablaba Donoghue, más furioso se ponía Johnnie. Pero se contuvo. Sintió que no podía decir nada hostil. Cuando el tipo se fue, casi le salía humo por las orejas. «¿Quién demonios se creía que era ese gilipollas? ¿Con quién pensaba que estaba hablando? ¡Qué desfachatez!»

Johnnie no cree que mencionase nunca esa visita a Linda o Conor, pero sí se lo contó a Gerard Byrne, un amigo suyo que daba clases en la escuela primaria. Byrne dijo que Johnnie estaba paranoico y que exageraba. Pero también dijo que por lo que él sabía —y era un hombre que sabía estas cosas— no había ningún Donoghue en la comisaría de Fermoy.

Johnnie no hizo nada al respecto. No llamó a la comisaría para comprobarlo. No denunció que alguien se estaba haciendo pasar por un miembro de la Garda Síochána. No le mencionó la visita a nadie más, aparte de Gerald Byrne, ni siquiera después de que atacaran a Linda, cuando esa visita tal vez hubiera cobrado un significado más siniestro e inquietante. Johnnie lo olvidó. Nos dijo que le parecía que ni siquiera había vuelto a pensar en ello hasta que Ed le llamó y le preguntó si había sucedido algo parecido.

Habría deseado retroceder en el tiempo y hacer que saltaran las alarmas cuando alguien que decía ser el agente Ronan Donoghue salía de la casa de Fermoy y Johnnie Murphy se quedaba en el umbral mirando cómo se alejaba. Pero no, no haría saltar una alarma, sino una sirena antiaérea. Porque ese es el momento, el punto en el que dos caminos se bifurcan y tomas uno u otro. Y si en su momento se hubiera seguido el camino correcto, mi familia todavía estaría viva.

Pero, claro, ahora sé lo que sucedió. Sé que alguien entró en casa de los O'Neill, que tocó las cosas, las movió de sitio y se llevó algo: la agenda de Linda. Sé que ella sufrió un espantoso ataque en su propia casa que casi acabó con su vida. Sé que al cabo de unos meses Ed relacionó el caso con otros cuatro, incluido el asesinato de mi propia familia y que, casi dos décadas después, él y yo descubrimos que todo estaba relacionado con un hombre que se hacía pasar por policía.

Sin embargo, en aquel momento, Johnnie no sabía nada de todo esto. Él solo mantuvo una irritante conversación de cinco minutos con alguien y luego despotricó ante un amigo que dijo que no creía que hubiera un agente con ese nombre en la comisaría local. ¿Qué importaba? Era un detalle menor de un incidente insignificante ocurrido un día como otro cualquiera. Johnnie no tardó mucho en echar tierra encima de ese recuerdo.

Abres una noche la puerta de tu casa y te encuentras a un agente uniformado en el umbral. «No pasa nada, no se preocupe. Es solo una visita de cortesía.» Ha habido un robo en la zona y solamente quieren informarte para que tu casa no sea la próxima. «Cierre puertas y ventanas. No mantenga las cosas de valor a la vista. Considere la posibilidad de instalar una alarma.» Charláis unos minutos. Quizá mencionas que la puerta trasera no cierra. O que vives aquí sola. O que los propietarios viven aquí mientras se llevan a cabo las obras; o bueno, que uno de ellos vive aquí, porque el marido se va una temporada a San Francisco la semana que viene. Quizá no revelas

ninguna información, pero, de todos modos, él la recoge mientras habláis. El estado de la cerradura de la puerta principal. La distribución de la planta baja. Si le gusta o no tu aspecto. Si le gustaría hacerte lo que ya les ha hecho a otras.

Así era como las escogía, estábamos seguros. Poniéndose un uniforme de la Garda y haciendo visitas puerta a puerta tras un robo ocurrido realmente. Pero ¿de verdad era un policía?

Ni Tom ni Johnnie recordaban haber visto un coche patrulla, y nosotros pensábamos que resultaría relativamente sencillo engañar a una persona corriente si llevabas un uniforme de la Garda, aunque de hecho se tratara de una simple imitación. Él podría haberse agenciado uno auténtico fácilmente: si estaba dispuesto a asesinar a personas inocentes, probablemente también lo estaba a robar unas prendas. Además, ese comportamiento habría supuesto un increíble riesgo para un miembro en activo de la policía, puesto que habría bastado una llamada a la comisaría local para que todo se le fuera al traste.

Ed nunca me lo dijo abiertamente, pero yo intuía que veía otra objeción para que la teoría de nuestro «policía fantasma» fuese la correcta: consideraba imposible que un agente pudiera hacer aquello. El tipo de hombre que violó a Linda O'Neill y la dejó por muerta… ¿estaría dispuesto a trabajar en el cuerpo que se dedicaba a proteger a la gente de individuos como él? Ed no podía creérselo.

Debo reconocer que para mí era más sencillo. Para un agente de verdad sería mucho más fácil actuar como un policía. Tendría acceso a los informes y detalles operativos, de manera que sabría dónde se había producido un asalto a una residencia y cuándo dejarían sus compañeros de pasar casa por casa. También estaría familiarizado con los métodos de investigación y sabría lo importante que era no dejar ninguna prueba física. Y él ya tendría una placa y un uniforme auténticos.

Concertamos un encuentro de un dibujante con Johnnie Murphy para intentar obtener un retrato del «agente» Donoghue, pero el recuerdo que tenía Johnnie de su cara no era tan preciso como el de su conversación. Recordaba, sin embargo, varias cosas de su uniforme. Mencionó que llevaba unas hombreras con unos números bordados y, aunque no sabía decir cuáles, se acordaba de que uno de ellos estaba torcido, colgando —literalmente— de un hilo.

Eso hizo pensar a Ed que aunque el hombre no fuera policía, el uniforme sí era auténtico. Que la costura de los números se soltara era un problema corriente que el propio Ed había sufrido cuando iba de uniforme, de manera que siempre llevaba encima unos cuantos clips (era el mejor sistema para mantenerlos sujetos en un apuro). Los agentes rasos de la Gardaí deben informar a sus superiores si algún objeto reglamentario desaparece o se pierde, pero investigar un incidente semejante casi dos décadas después sería una empresa descabellada. No obstante, al darle vueltas a tal posibilidad, Ed pensó en otro tipo de informe sobre un objeto desaparecido, el que hacía

referencia a una prueba.

No era algo corriente, pero algunas veces las pruebas desaparecían en el trayecto entre la escena y el almacén. Dinero y drogas, sobre todo. La corrupción afectaba al cuerpo de policía tanto como a cualquier otro sector de la sociedad. Si se descubría, hacía falta además un agente con valor y principios que lo denunciase, pero a veces sucedía. Ed recurrió a su comisario, Kevin Taylor —que ya nos había ayudado mucho —, y, a través de él, consiguió revisar los informes de ese tipo redactados en el condado de Cork durante los doce meses anteriores al primer ataque del Hombre Nada. Taylor quería lo mismo que Ed y yo: resolver de una vez el caso.

En octubre de 1999, una pistola, una de las trece armas incautadas en una redada en Ringaskiddy, desapareció en el camino que iba de la granja donde se encontró al almacén de pruebas donde debería haber sido depositada. No había forma de saber si esa pistola era la misma que el Hombre Nada había empleado, pero el modelo no desentonaba con la descripción del arma que había proporcionado Linda O'Neill. ¿Se había agenciado el Hombre Nada una pistola robándola de una escena del crimen? De ser así, ya teníamos la respuesta: era un agente de verdad. Pero investigar a cada miembro de la Garda Síochána que en teoría había tenido acceso a aquella pistola hacía casi dos décadas era un paso demasiado grande para Ed; si no desde el punto de vista moral o logístico, sí desde el punto de vista legal y procedimental, considerando que no teníamos ninguna prueba de que esa pistola desaparecida y la utilizada en casa de los O'Neill fuese la misma.

De este modo, volvimos a encontrarnos en otro callejón sin salida.

¿Qué más podíamos hacer? ¿Un llamamiento para preguntar a la gente si veinte años atrás había recibido una visita de cinco minutos de un agente uniformado? Aun suponiendo que todo el mundo se acordara de una visita semejante, necesitaríamos todo un equipo no solo para dar difusión a la pregunta, sino también para recoger y analizar las respuestas.

Yo no podía acabar de creerlo —al principio, me negué—, pero cuando este flujo frenético de nueva información se calmó, comprendí que volvíamos a estar atascados. Habíamos examinado a fondo nuestra pista del «policía fantasma» y no nos había llevado a ninguna parte.

«Robo.» Tras casi veinte años, habíamos creído que por fin teníamos la contraseña que desbloquearía el caso del Hombre Nada.

Pero no era así.

11

EL HOMBRE NADA

La doctora Nell Weir es profesora asociada de Psicología forense en el Trinity College de Dublín. Tiene cuarenta y tantos años y nació en Port Talbot, Gales. Si visitas su perfil en la web de la universidad, no encontrarás la típica foto profesional por la que han optado sus colegas. Ella, por el contrario, ha escogido algo parecido a una fotografía de vacaciones: una foto tomada frente a la Lizzie Borden House de Fall River, Massachusetts, donde los cuerpos del padre y la madrastra de la familia Borden fueron hallados cubiertos de hachazos en 1892. Actualmente, la casa es al mismo tiempo una macabra atracción turística y un próspero hostal. Aunque solo se distinga un diminuto destello en la fotografía, la doctora Weir lleva uno de sus accesorios preferidos en la solapa del abrigo: un pin con la forma de dos carnosos labios fruncidos que dicen: «Hablemos de los asesinos en serie». Eso es lo que hace la doctora Weir en un módulo de primer año titulado «Monstruos ordinarios: el interior de la mente del asesino en serie». El curso tiene tal popularidad que lo imparte dos veces al año para atender la demanda y, aun así, la inscripción se decide por sorteo entre los alumnos para que el proceso sea justo. «Es sin duda la única clase del campus —me dijo la doctora Weir por correo electrónico— en la que hemos de apostar a alguien afuera para impedir que se cuelen estudiantes.»

Un jueves por la mañana del mes de enero de 2017, asistí a la conferencia introductoria. Se celebró en un auditorio donde cabía al menos un centenar de personas, pero cuando llegué —temprano, pensé, unos diez minutos antes de la hora— ya solo había sitio de pie. Me quedé junto a las puertas hasta que una pandilla de adolescentes se apiadó de mí y se apretujó para que pudiera sentarme en el extremo de su banco. En el auditorio hacía demasiado calor y yo estaba un poco mareada por los nervios, aunque la doctora Weir me había asegurado que los siguientes cuarenta y cinco minutos estarían exentos de detalles macabros y que no hablaría del Hombre Nada.

Las chicas sentadas a mi lado estaban intercambiando los nombres de sus pódcast preferidos sobre crímenes reales («Ese es el de los niños que desaparecieron. ¡Es buenísimo, por Dios, me tiene obsesionada!») cuando la doctora Weir entró y descendió por los escalones del medio hasta el centro del auditorio. Cuando se volvió hacia la pantalla de proyección, nos encontramos con una imagen en primerísimo plano de Anthony Hopkins en su papel más célebre, el de ese sibarita del vino, la comida y la carne humana llamado Hannibal Lecter.

La doctora Weir se situó tras el atril y nos sonrió. No tuvo que esperar a que se callara todo el mundo; eso ya había sucedido automáticamente en cuanto había entrado. En el aire se podía sentir la expectación.

Antes de empezar la conferencia propiamente dicha, anunció la doctora Weir, quería calibrar nuestros conocimientos. Pidió que todo el que conociera el nombre de un asesino en serie levantara la mano y la mantuviera alzada hasta que ella le diera la palabra, o hasta que otra persona que interviniera antes dijera el mismo nombre.

Casi todos los presentes alzaron la mano y la doctora Weir empezó a señalar al azar.

El Will Hurley irlandés, también conocido como el Asesino del Canal, estaba otra vez en las noticias, así que no constituyó una sorpresa que el suyo fuese el primer nombre pronunciado en voz alta. Luego vinieron los asesinos norteamericanos y británicos habituales: Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy, Ed Gein, Fred West, Peter Sutcliffe, Harold Shipman.

—El Hombre Nada —dijo una alumna—, aunque todavía no sabemos quién es.

En silencio, le agradecí ese «todavía».

Después de esos nombres, apenas la mitad de las manos se mantenían alzadas. Luego vinieron aquellos cuyos apodos eran más conocidos que sus nombres: Gary Ridway, también conocido como el Asesino de Green River; Richard Ramírez, también conocido como el Acechador nocturno; Dennis Rader, también conocido como BTK; Ted Kaczynski, también conocido como Unabomber.

Ahora solo quedaban tres manos. Cuando la doctora Weir las señaló, salieron Arthur Leigh Allen, sospechoso de ser el Asesino del Zodíaco; Andrew Cunanan, el hombre que mató de un disparo a Gianni Versace; y Aileen Wuornos, ejecutada en 2002 por el asesinato de seis hombres e interpretada por Charlize Theron en la famosa película Monster.

—Bueno —dijo la doctora Weir—, estoy impresionada. Dense a sí mismos un aplauso. —Los alumnos obedecieron con mucho gusto—. Ahora vamos a hacer lo mismo, pero esta vez me interesan los nombres de sus víctimas.

Silencio. Ni una sola mano.

—Aunque solo sea un nombre de pila —dijo la doctora Weir.

Los alumnos se removieron en sus asientos. Algunos se volvieron hacia sus vecinos e intercambiaron sonrisas nerviosas. Hubo algunas toses y carraspeos.

—¿Nadie?

La doctora Weir esperó y, finalmente, el alumno que había citado a Andrew Cunanan intentó ofrecer el nombre de Versace, pero la doctora Weir dijo que ese no contaba porque ya lo había mencionado y porque Versace era famoso por otros motivos. Una chica de la primera fila alzó la mano y dijo el nombre de Caroline Ranch de modo titubeante, casi pronunciándolo como una pregunta. ¿Caroline Ranch…? La doctora Weir le dijo que era un buen intento, pero que estaba refiriéndose a Carol DaRonch, que

había escapado milagrosamente del coche de Bundy y después había testificado en el juicio contra él. Otro alumno creía que entre las víctimas del Asesino del Canal figuraba una «Paula No Sé Cuántos» (no era así), mientras que un tercero, que había visto hacía poco la película Zodiac de David Fincher citó el nombre de «Paul Avery». Pero ese era el periodista de sucesos del San Francisco Chronicle interpretado por Robert Downey Jr., en la película, y no una víctima del Asesino del Zodíaco.

—Y ese —dijo la doctora Weir— es el problema.

La doctora Weir sabe muy bien lo que hace con su fotografía de la Lizzie Borden House y sus extravagantes pines en la solapa. (Entre su colección, uno dice: «¡Eh! ¡Ted Bundy no es sexy!», y otro: «Habla de crímenes reales conmigo».) Si ella incluye títulos como Psicosis, Un extraño a mi lado y El silencio de los corderos en la lista de lecturas del curso es por un motivo: para atrapar a los alumnos. Una vez que los tiene en su clase, puede decirles la verdad: que todo lo que creen saber sobre asesinos múltiples es erróneo.

—Está muy bien que los asesinos en serie te fascinen —me dijo en su oficina, tras la conferencia—. A mí también me fascinan, obviamente. Resultan fascinantes porque, aunque parezcan como cualquiera de nosotros, hacen cosas que nosotros jamás haríamos. Pero no son especialmente inteligentes. No es cierto que sean más listos que las autoridades. ¿Ha oído hablar de David Berkowitz, el Hijo de Sam? Pues lo pillaron porque sacó un tique de aparcamiento en la escena de uno de sus crímenes. Son hombres aburridos, ordinarios, fracasados (no siempre hombres, claro, pero sí mayoritariamente), que han sido incapaces de vivir, amar y procesar sus sentimientos, mientras que el resto de nosotros nos las hemos arreglado para hacerlo desde la adolescencia. No son magos de las tinieblas. No tienen habilidades especiales. La gente parece olvidar que si conocemos sus nombres es porque «los atrapamos». De hecho, lo único relevante de esos tipos es lo que se llevaron de este mundo, o sea, sus víctimas. Son los nombres de ellas los que deberíamos conocer.

Acudí a la doctora Weir principalmente para tratar de encontrar respuesta a una de mis preguntas más repetidas: ¿por qué dejó de actuar el Hombre Nada? ¿Cómo había sido capaz de hacerlo? ¿O tal vez era más probable que no hubiera parado, sino que se hubiera mudado o cambiado de método, o incluso que hubiera muerto? Después de la conferencia, empezaba a sospechar que la respuesta no sería la que yo esperaba; no me equivocaba. Cuando finalmente le formulé la pregunta tras más de una hora hablando, la doctora Weir se encogió de hombros, alzó las manos y dijo: «La respuesta, por aburrida que sea, es que seguramente dejó de actuar».

Me habló de un simposio del FBI celebrado en agosto de 2005, que reunió a más de un centenar de expertos en el campo de los asesinatos múltiples. Atrapar a los asesinos en serie constituye un reto especial para las fuerzas del orden, pero, una vez más, no

por los motivos que cabría suponer. Los asesinatos múltiples son muy poco frecuentes; representan menos del uno por ciento de todos los homicidios cometidos en un año, pero, debido a la inagotable fascinación que siente la gente por ellos, atraen gran parte de la atención mediática: una cantidad abrumadoramente desproporcionada, que sitúa las investigaciones bajo el foco desde el principio, lo cual, a su vez, aumenta la presión sobre la policía para que avance con rapidez.

No obstante, como los asesinatos múltiples resultan tan excepcionales, hay una cantidad de datos científicos sobre ellos relativamente reducida. La gente corriente saca su idea de un asesino en serie de las películas de Hollywood, o de Netflix, o de la sección de Crímenes Reales de su librería, y está bien que sea así, puesto que solo pretende entretenerse. El problema es que, consciente o inconscientemente, los policías sacan su idea de un asesino en serie de las mismas fuentes, cosa que no está nada bien, pues ellos deben buscar a los criminales de verdad. Ese simposio organizado por el FBI sobre el asesinato múltiple constituyó un intento de corregir algunos de los mitos y errores más extendidos en torno a los asesinos en serie y proporcionar a las fuerzas del orden los hechos contrastados.

Asesinato en serie: perspectivas multidisciplinares para investigadores, el informe final del simposio de 2008, enumera las ideas erróneas más comunes sobre los asesinos en serie:

Los asesinos en serie son solitarios disfuncionales.
Los asesinos en serie son varones blancos.
Todos los asesinos en serie se desplazan y actúan en diferentes estados.
Todos los asesinos en serie son locos o genios malignos.
Los asesinos en serie no pueden parar de matar.

De hecho, los asesinos en serie suelen estar casados y tener hijos, cuentan con un empleo y están integrados en su comunidad. La diversidad racial de los asesinos en serie tiende a coincidir con la de la población en la que actúan. La gran mayoría comete sus crímenes en un área geográfica definida o «zona de confort». Estos criminales pueden sufrir dolencias mentales o trastornos de personalidad incapacitantes, pero no están locos, y en conjunto muestran el mismo rango de inteligencia que la población general. Los asesinos en serie suelen dejar de matar mucho antes de que los atrapen por cambios en su vida que reducen las causas desencadenantes tales como el estrés —un nuevo y mejor matrimonio, por ejemplo—, o porque encuentran una actividad sustitutiva. Dennis Rader, por ejemplo, también conocido como BTK (Atar, Torturar, Matar, en sus siglas en inglés), asesinó a diez personas entre 1974 y 1991, pero no lo detuvieron hasta 2005. Estaba casado, con dos hijos, había servido en el ejército, tenía un empleo en el Gobierno local y era el líder de su iglesia.

Otra posibilidad, dijo la doctora Weir, es que los asesinos en serie dejen de actuar

porque se hacen viejos, simplemente. A diferencia de otros crímenes con motivaciones sexuales como la pedofilia, es extremadamente raro que un homicidio con componente sexual lo cometa alguien de más de cincuenta años. Quizás al alcanzar el medio siglo, los niveles de testosterona de estos asesinos han descendido hasta tal punto que su impulso para matar se aplaca, si es que no se disipa por completo.

—Cuando hablamos de asesinos en serie que dejan su actividad —me dijo la doctora Weir—, el factor clave que hay que recordar es que casi nunca estamos hablando de actos compulsivos. Una parte de lo que nos cuenta Hollywood sobre estos criminales es correcta. Ellos planean y preparan sus ataques. Esperan a que se presente la ocasión y entonces actúan. No andan por ahí arrastrados por una abrumadora compulsión asesina, como una fiera enloquecida y sedienta de sangre. No están fuera de control. No es que «tengan» que hacerlo, es que «quieren» hacerlo. Hay una enorme diferencia entre impulso y compulsión. Así pues, al envejecer, al cansarse más y volverse más lentos, es muy plausible que dejen de querer matar. Del mismo modo que yo antes quería salir de fiesta toda la noche y, en cambio, ahora que estoy a punto de cumplir los cincuenta me muero de ganas de meterme en la cama a las diez. No resulta sensual, ni típica de Hollywood ni nada dramática, pero esta es la verdad casi con toda certeza.

Le pregunté a la doctora Weir cómo pensaba que podría ser el Hombre Nada, basándose en lo que sabía de sus crímenes.

—Por Dios, no se le ocurra hacerme hablar de «perfiles psicológicos» —dijo, trazando con los dedos unas comillas—. Pero le diré esto: será un tipo aburrido. Aburrido, vulgar e insignificante. Quizá tenga amigos, pero no muchos a quienes les caiga bien de verdad. Su matrimonio no será una maravilla. No destacará en ninguna cosa, y probablemente tenga un empleo soporífero y frustrante. O sea, no estará curando el cáncer. Básicamente, salvo por el hecho de que ha violado y asesinado a varias personas, no tendrá nada de particular. El Hombre Nada es un apelativo extraordinariamente adecuado para un asesino múltiple, Eve. Cuando lo encuentre, seguramente se quedará estupefacta al comprobar hasta qué punto ese hombre no es «nada».

Cuando pensamos en nuestras vidas, tendemos a modelar nuestros recuerdos en narraciones limpias y lineales con comienzos, mitades y finales. Como escribió Joan Didion, nos contamos historias a nosotros mismos para poder vivir. Eso es lo que se supone que estoy haciendo aquí: contar mi historia para poder vivir, para disfrutar más de la vida en el futuro de lo que he podido hacerlo en el pasado. Empezando por el principio, dejándolo todo bien atado al final.

Pero cuando estás tratando de encontrar a un asesino y hay un editor esperando a que entregues la versión definitiva de tu libro y tú no has conseguido encontrarlo (todavía), no tienes más remedio que poner la palabra «FIN» en un punto escogido

arbitrariamente. Yo voy a ponerlo aquí. Pero esto no es el final. Nuestra investigación continúa. Estoy tecleando estas palabras en mi escritorio mientras, a poco más de un metro, un Ed muy cansado se restriega los ojos ante la pantalla de su portátil. Es casi medianoche, pero yo sé que ninguno de los dos abandonará.

Por razones legales, no puedo incluir en este libro todo lo que hemos descubierto sobre el Hombre Nada en el curso de nuestra investigación, pero sí puedo decir esto: aún hay muchas pistas que Ed y yo estamos siguiendo. Son hilos frágiles y delicados, casi filamentos. No sabemos adónde nos llevarán, pero tenemos la esperanza de que nos aproximen a la verdad. Una pista en particular parece muy prometedora.

Los libros tienen que terminarse mucho antes de que los coloquen en las estanterías, y tal vez cuando este esté impreso por fin, el nombre del Hombre Nada ya se conozca. Quizá tú, querido lector, sepas incluso cuál es su aspecto. Tal vez hayas visto su cara en las noticias. ¿Has llegado a ver cómo lo sacaban de este mundo y lo metían en una celda oscura y mugrienta, con las muñecas y los tobillos (los suyos esta vez) atados? ¿Yo estaba allí? ¿También he podido verlo? Espero que sí. Es la esperanza lo que me sostiene. Es lo que me ha mantenido en marcha durante estos largos meses y durante los años solitarios y dolorosos que los precedieron. El final —el verdadero final— parece tentadoramente cerca, mucho más cerca que nunca.

Sin embargo, por si aún no lo hemos encontrado, tengo que pedirte un favor: ayúdanos a convertir este final en un principio. Nosotros hemos expuesto todo lo que hemos podido sobre lo que hemos descubierto del Hombre Nada. Eso incluye casi todos los datos de la investigación original y los frutos de nuestra investigación de los dos últimos años. Esta, como me aseguró mi editora, es una época de sabuesos de salón y detectives amateur. Me consta porque he merodeado en ocasiones por los foros y los grupos de Facebook donde se reúnen. Así pues, ahora te paso el testigo. Ayúdanos a encontrarlo, por favor.

Alguien debe saber quién es el Hombre Nada. Quizá reconociste en su momento, o has reconocido ahora, a la persona del retrato robot, o te has preguntado desde hace mucho a dónde fue la persona con la que vives en las noches de los crímenes. Quizá solo sea un presentimiento. Piensa en nosotros, por favor, en los familiares de las víctimas. Piensa en tu propia familia. Coge, por favor, el teléfono y llama a la Gardaí. Tienen una línea confidencial en el siguiente número: 1800-666-111. Nunca es mal momento para hacer lo correcto.

La gente me pregunta cómo estoy ahora. Con «ahora» quieren decir después de «La Chica Que», después de sobrevivir al Hombre Nada, después de abandonar todos los intentos de llevar una vida normal y de dedicar, en cambio, mi tiempo y mis recursos a encontrar al hombre que me arrebató a mi familia. Resulta difícil responder porque tengo la sensación de que las cosas tal como están ahora no seguirán así mucho tiempo. Espero que cuando salga este libro, si no antes, atrapemos a ese asesino sin

rostro, que lo juzguen por sus crímenes y lo encierren. Eso tal vez me permita algo así como poner «fin».

Hasta entonces, solo puedo seguir haciendo lo que he hecho durante todo este tiempo, que es esforzarme todo lo posible para mantenerme a flote. Para seguir adelante. No me paro a hacer balance. Eso es algo que temo hacer. Mis sentimientos varían y dan volteretas constantemente, como el contenido del tambor de una lavadora en marcha. Es difícil fijarlos, deslindar un dolor de otro, pero sé que algún día ese tambor se detendrá por fin. Así que pregúntamelo más adelante. Pregúntamelo cuando lo atrapemos. Estoy convencida de que no tendremos que esperar mucho.

Después de todo, quizá no conocemos aún su nombre, pero sí conocemos estos: Alice O'Sullivan, Christine Kiernan, Linda O'Neill, Marie Meara, Martin Connolly.

Mi padre, Ross, y mi madre, Deirdre.

Mi hermana pequeña, Anna.

Recuérdalos, por favor.

Jim estaban tan dominado por la ira que apenas era consciente de sus actos. Oyó el golpe de algo estrellándose contra la pared de la sala de estar y el estrépito de cristales que siguió, pero pareció sonar muy lejos. No se dio cuenta de que había salido fuera hasta que notó la brusca impresión del frío de la noche. No supo por qué había entrado en el cobertizo hasta que sacó el aspirador Goblin del armario de las herramientas, levantó la tapa y cogió la bolsa que había dentro.

Contenía un bulto pequeño y pesado. Buscó la rendija que había abierto en la parte posterior de la bolsa. Metió la mano, palpó un paño mullido y luego, a través de él, la dureza tranquilizadora de un objeto de acero.

Jim se arrodilló junto al aspirador.

Sacó los objetos uno a uno y los depositó con cuidado en el suelo del cobertizo, colocándolos en una hilera.

Pasamontañas.

Guantes.

Pistola.

El cuchillo lo había tirado hacía mucho por la popa de un ferri que Noreen, Katie y él habían tomado para ir a Francia, en su primer —y último— viaje al extranjero.

Pero no importaba. Acabaría con Eve Black con sus propias manos y disfrutaría cada segundo cuando lo hiciera.

Esa maldita zorra. Debería haberla matado cuando tuvo la ocasión.

Cuando volviera a salir el sol, ya lo habría hecho.

No le haría falta la cuerda; ella no iba a vivir tanto tiempo. También había tirado la vieja linterna de cabeza hacía más de una década, pero tenía una nueva en algún rincón del armario. Empezó a buscar…

«Está allí.»

Se detuvo.

«Su nombre… Está allí.»

Eve había dicho que su nombre aparecía en el libro.

Pero él lo había leído hasta el final y no había tropezado con ninguna mención a Jim Doyle o, ahora que lo pensaba, de la visita que hizo Eve a la

comisaría Togher.

Volvió a salir a la oscuridad y cruzó el jardín hasta la puerta del patio. El libro estaba en el suelo —con el lomo hacia arriba—, detrás de la televisión. La sobrecubierta se había desgarrado.

Había vidrios y whisky derramado por todas partes, pero la limpieza podía esperar. Cada cosa a su tiempo.

Cogió el ejemplar de *El Hombre Nada* y pasó las páginas hasta el final para comprobar si se había dejado algo.

Pero lo único que había después del último capítulo era la página de agradecimientos.

AGRADECIMIENTOS

No me habría sido posible escribir este libro sin Ed Healy, Jonathan Eglin, Bernadette O'Brien y todo el equipo de Iveagh Press. Por ser tan generosos con su tiempo y su ayuda, gracias a Maggie Barry, Gerard Byrne, Brendan Byrne, Joan Connor, Aisling Feeney, Peter Fine, Elaine Grady, Graham Harris, Patricia Kearns, Jean Long, Johnnie Murphy, Denis Philips, Kevin Prendergast, Geraldine Roche, Kevin Taylor, David Walsh y la doctora Nell Weir. Gracias también a Melisa Broadbent, Rae Broughton, Andy Carter, Kevin G. Conroy, Kent Corlain, Anne Marie Gleeson, Cathy Hanson, Iain Harris, Holger Hasse, Catherine Ryan Howard, Sheelagh Kelly, Christ McDonald, Henrietta McKervey, Henry Molnar, Renee Nash, Marie O'Halloran, Johanna Pérez Vásquez, Sara Pickering, Frances Quinn, Sasha Reeds, Laura J. Roach, J. H. Siess, Sandie Smith, Nikki Telling, Oliver Troy, Heather Webb, Judith Whelan, Valerie Whitford y Crystal Williams. Estoy especialmente agradecida a la generosidad de la Garda Síochána. A Tommy O'Sullivan, Nancy Keer, Breffany y Elizabeth Kieran, y a Linda O'Neill: no puedo daros las gracias lo suficiente.

Su nombre no aparecía.

Jim miró al final, en el índice onomástico. Recorrió con un dedo las columnas de ese texto diminuto. Buscó por la «D» de su apellido. Por la «J» de su nombre de pila. Por la «G», donde encontró «Gardaí» y «Gardaí Síochána, miembros de».

Su nombre no aparecía.

Trató de recordar con exactitud lo que Eve había dicho: «Le diré que su marido colaboró en el libro. Para que busque su nombre cuando lo lea. Está allí».

¿Por qué iba a decirlo si no era cierto?

Volvió las páginas hacia atrás, tratando de encontrar el pasaje donde Eve iniciaba su investigación para avanzar desde ahí y examinar cada página rápidamente y comprobar que no se le hubiera pasado su nombre por alto. Pero retrocedió demasiado y abrió el libro justo por la portadilla.

El Hombre Nada.

Su otro nombre.

El que él no había escogido.

El que nadie sabía que era suyo.

Nadie, salvo Eve Black. De algún modo, ella lo había averiguado. No lo había puesto en el libro ni lo había denunciado a la Gardaí, pero quería que él supiera que lo sabía.

¿Por qué? ¿Pretendía decirle algo? ¿Le estaba diciendo que ella sí lo recordaba todo de aquella noche, que ella…?

—¿Lo has terminado?

Noreen estaba junto a la puerta, sujetando un ejemplar de *El Hombre Nada*.

Otro.

Jim la miró, perplejo.

—Me lo compré —dijo—. Anoche. Conseguí el libro firmado para Katie y me compré otro al salir. —Alzó el libro y miró la cubierta—. No lo he leído entero, pero sí todo lo que he podido. Me he tenido que saltar… las descripciones.

—Pero ¿qué haces levantada, Nor? —Jim dio un paso adelante para tratar de ocultarle los cristales rotos—. Creía que no te encontrabas bien.

—No me encuentro bien.

—Entonces, ¿por qué…?

—Katie va a leer esto, Jim. Katie… —La frase que iba a decir a continuación quedó ahogada por un sollozo.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Yo hablaré con ella —dijo Jim—. Le diré que no es apropiado. Ella escuchará a…

Noreen gritó. Fue un grito agudo, descarnado, primitivo. Espantosamente ensordecedor.

Por un momento, Jim solo pudo mirarla parpadeando, atónito por que semejante alarido hubiera podido salir de su boca. Nunca la había oído gritar de tal modo.

Luego se preguntó si estaba sufriendo una crisis nerviosa.

—Noreen… —empezó.

Pero ella estaba gritando otra vez y acercándose a él, o más bien abalanzándose sobre él, y entonces alzó el libro que tenía en la mano y lo descargó…

Estaba atacándole con el libro.

Golpeándole con él. Una y otra vez. Con fuerza. En el pecho y los costados, luego en los antebrazos, cuando Jim los levantó para parar los golpes. Y todo el rato gritando y sollozando.

No, no gritando.

No solo gritando.

Después de muchas repeticiones, Jim pudo entender qué estaba diciendo:

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿A Katie? ¿A mí?

Jim le arrebató el libro y lo arrojó al otro extremo de la sala.

Y lo mismo hizo con Noreen.

Silencio. Al fin. Cerró los ojos.

Volvió a abrirlos cuando ella empezó a gimotear.

Noreen estaba en el suelo, contra la pared de enfrente, tocándose la zona posterior de la cabeza. Cuando apartó la mano, tenía una reluciente mancha roja en los dedos.

—Noreen —dijo Jim sin levantar la voz—. No sé qué te ha pasado, pero tienes que controlarte. Son las cuatro de la madrugada. Van a oírte los vecinos.

—No te lo permitiré. —Respiraba entrecortadamente, pero por lo demás

hablaba con una calma inquietante—. No permitiré que arruines la vida de Katie. No dejaré que descubra lo que es su padre.

—¿De qué demonios estás hablando?

No. Noreen no podía saberlo. Era imposible.

—Yo estaba embarazada de Katie. —Hizo una mueca mientras se incorporaba lentamente hasta ponerse de rodillas—. Un día me desperté en mitad de la noche con dolores… Creí que algo iba mal. Llamé a la comisaría para avisarte, pero me dijeron que no estabas de servicio. Y cuando llegaste a casa estabas… Estabas diferente. Excitado por algo, pensé. O especialmente satisfecho contigo mismo. Y no llevabas el uniforme. Pero tú dijiste que habías estado en el trabajo. —Noreen sonrió débilmente—. Creí que tenías una aventura, sin más.

Jim no sabía adónde quería llegar, pero no le gustaba un pelo.

—¿Es que has bebido, Nor? ¿Es eso?

—Hubo otra mañana en la que llegaste del trabajo con ropa de calle, y me pregunté si había vuelto a suceder «aquello». Fuese lo que fuese. En cuanto te metiste en la ducha, llamé a la comisaría. La mujer que me atendió no reconoció mi voz. Yo dije que estaba intentando ponerme en contacto con un agente con el que había hablado la noche anterior, y que me parecía que se llamaba Jim no sé qué. ¿Jim Doyle quizá? No, no podía ser, porque Jim no estaba de servicio, me dijo ella.

—Ya basta —respondió Jim—. Estás haciendo el ridículo.

—Yo me preguntaba qué demonios estaba pasando cuando vi las noticias. —Noreen ya no le miraba, tenía la vista fija en el suelo—. Esa familia de Passage West. Cuatro muertos, creyeron al principio. Aquello me hizo pensar en la otra vez: yo no había podido preguntarte dónde habías estado, no había tenido valor para enfrentarme contigo porque tú recibiste una llamada sobre el asesinato en la casa de Maryborough Road… ¿Cómo se llamaba el sitio? ¿Westpark? Esa pareja joven. El hombre atrapado bajo su coche, la mujer muerta arriba. Reclamaron a todos los agentes disponibles y tú tuviste que irte. —Hizo una pausa—. Luego salieron todas esas historias sobre el Hombre Nada, y ese retrato robot estaba por todas partes, y de repente tú te obsesionaste con tu peso, te pusiste a hacer ejercicio, a cambiar de aspecto… Pero eran los ojos, Jim. —Ahora Noreen alzó la cabeza y los miró fijamente—. Yo conocía esos ojos. Los habría reconocido en cualquier parte. —Se puso de pie

trabajosamente, tambaleándose un poco hasta que volvió a apoyarse en la pared—. No quería creerlo, pero en el fondo sabía que era cierto. Yo era esposa de un agente de la Garda, sabía qué pasaría si te denunciaba. Todos tus colegas de la comisaría creerían en tu palabra por encima de la mía. Y ni siquiera los culparía. ¿Quién iba a creer que el hombre que la policía estaba buscando se ocultaba entre ellos? Y sabía lo que me harías después. Así que… —Noreen suspiró, resignada—. No tenía otro sitio a donde ir, y Katie estaba a punto de llegar, solo faltaban unos días para que naciera. Solo tenía una salida: quedarme y no decir nada. Y protegerla. Proteger a mi hija.

—«Nuestra» hija —la corrigió Jim.

Mientras Noreen hablaba, había considerado sus opciones. Lo único que su mujer tenía era una contusión en la parte posterior de la cabeza por el impacto contra la pared. Quizá le había magullado un poco los antebrazos al sujetarla, pero a lo mejor ni siquiera eso. Podía arrastrarla del pelo hasta lo alto de la escalera y empujarla. Pero los gritos… ¿Y si los vecinos la habían oído? ¿Cómo explicaría aquello?

¿Y qué pasaba si sobrevivía a la caída?

Noreen empezó a menear la cabeza, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Hay una carta —dijo—. La tiene un abogado. Si me pasa algo, él se encargará de que Katie la reciba. Y entonces sabrá la verdad. No quiero que suceda tal cosa. Y me parece que tú tampoco lo querrás.

Se irguió, separándose de la pared y asegurándose de que podía mantener el equilibrio.

—He rezado para que te murieras, Jim. Cada mañana y cada noche. Que Dios me perdone, pero lo he hecho. Pero aquí estamos, después de todos estos años, y no ha habido suerte. Y ahora —señaló los libros, los dos ejemplares tirados en el suelo—, todo está ahí, en ese maldito libro. Ha salido publicado, está por todas partes, y es solo cuestión de tiempo antes de que llamen a la puerta, y yo no puedo… —Inspiró hondo—. Ya no puedo proteger a Katie, Jim. Solo tú puedes. Te estoy pidiendo que la protejas.

Noreen dio un paso vacilante y luego otro. Hacia el pasillo.

Jim no pudo hacer otra cosa que seguirla con la mirada.

—Ya es hora de que acabes con esto —dijo, deteniéndose en la puerta—. Haz lo que hay que hacer. Mañana por la noche. No más tarde. Si alguien viene a preguntar, juraré que estuviste aquí, conmigo, toda la noche. Pero —se volvió

y alzó un dedo— después se acabó, Jim. Ese será el final. No volveremos a hablar de ello y tú no volverás a hacerlo nunca más. O seré yo misma la que se lo cuente a Katie. ¿Lo has entendido?

Tras un instante, Jim asintió.

—Muy bien. —Noreen desapareció por el pasillo—. Me vuelvo a la cama. —Jim oyó que se alejaba arrastrando los pies y que, mientras empezaba a subir por la escalera, decía—: Y limpia esos cristales antes de que alguien se haga daño.

Las mañanas de los viernes eran las más ajetreadas en Centrepoint. Solían gustarle porque eran su último turno de la semana y las horas transcurrían rápidamente. Hoy, sin embargo, necesitaba toda su energía para funcionar como un ser humano. Se le había olvidado poner el despertador, de manera que había tenido que saltarse la ducha y no se había afeitado; solo se había dado cuenta al llegar al trabajo de que llevaba la camisa manchada de sudor del día anterior. Un sordo dolor de cabeza empezaba a formarse en sus sienes.

Porque Noreen lo sabía.

Lo había sabido durante todo este tiempo.

Por muchas veces que repasaba lo sucedido la noche anterior, no acababa de creerlo.

Pip-pip.

El pitido lo devolvió a la realidad, al expositor de periódicos y revistas junto a la entrada de Comestibles. La radio. Se la sacó del cinturón y pulsó el botón.

—¿Sí?

—Jim, ven a verme. Estoy arriba.

Steve.

—¿No puede ser luego? Justo ahora iba a…

—Te veo por las cámaras, Jim. No estás ocupado. Sube. Ahora mismo.

Jim alzó la barbilla y miró con rabia durante un buen rato la lente ojo de pez del techo que había unos pasos más adelante. Luego se dirigió a las puertas de SOLO PERSONAL situadas al fondo de la sección de congelados y subió las escaleras metálicas hasta la puerta de la oficina de Steve.

Estaba sentado ante su escritorio comiéndose un bocadillo. El envoltorio de papel lleno de migas estaba abierto sobre el teclado de su portátil. El tipo tenía la cara manchada de salsa marrón y un trocito de clara de huevo le colgaba del labio inferior. La oficina olía a grasa y a café revenido.

A Jim le subió la bilis por la garganta y por un momento creyó que le iba a entrar una arcada.

El dolor sordo de sus sienes crecía y se convertía en una tremenda palpitación.

—Jim —dijo Steve con la boca llena de carne a medio masticar—. Toma

asiento.

A la derecha de Jim había una batería de monitores que mostraban diversas imágenes en blanco y negro del supermercado. Buscó con la mirada la cámara por la que Steve lo había estado observando. La imagen estaba tan aumentada que se podían leer los titulares de los periódicos.

Se sentó en una de las dos sillas situadas frente al escritorio. Steve dejó su bocadillo sin terminar, se repantigó y lo miró fijamente. Sonrió con unos labios relucientes de grasa.

Fuera lo que fuese lo que iba a decir, tenía muchas ganas de decirlo.

—Hemos de prescindir de ti, Jim.

Steve hizo una pausa, al parecer esperando una reacción.

Jim se negó a darle ese gusto.

—Hemos recibido una queja —prosiguió—. De una clienta, ayer por la tarde. Dijo que, por segunda vez, habías estado espiándola mientras se movía por la tienda. Mirándola lascivamente, según sus palabras. He revisado las cámaras, Jim. Me parece que ha dicho la verdad. Ya tenías una advertencia por insubordinación, y otra por el incidente con ese tipo que creías que había robado una cerveza pese a que intentó «repetidamente» mostrarte el recibo. Aquí tenemos una norma de tres faltas, como sabes. Así que no me dejas otro remedio que…

Un movimiento rápido.

Jim se levantó de golpe, cogió lo que quedaba del bocadillo e, inclinándose sobre el escritorio, agarró a Steve de la nuca con una mano y le metió el bocadillo en la boca con la otra.

Se lo empotró contra los dientes.

Lo introdujo cada vez más adentro hasta que el tipo empezó a toser, a farfullar y ahogarse.

Jim se detuvo y se apartó para mirar cómo Steve se levantaba de la silla, doblándose hacia delante sobre el escritorio y llevándose una mano a la garganta. Tenía los ojos abiertos de par en par, como si se le fueran a salir de las órbitas. Su boca solo emitía un ruido húmedo y sibilante. La cara se le estaba congestionando rápidamente. No podía respirar.

Jim aguardó diez, quince segundos.

Con mucha calma, rodeó el escritorio y, situándose detrás, le golpeó cinco veces en la espalda. Luego le pasó los brazos por delante, le metió un puño

justo por encima del ombligo y le asestó un puñetazo hacia arriba con el otro. Inmediatamente, Steve sacó por la boca trozos de pan, salchicha y huevo, rociando todo el escritorio, y se desplomó hacia delante entre toses, jadeos y chorros de saliva.

—Deberías tener más cuidado —dijo Jim.

Steve lo miró con unos ojos llenos de pavor. Dio un paso atrás, alejándose de él. Luego otro.

Acabó retrocediendo hasta la pared, sin apartar la mirada en ningún momento.

Jim sonrió satisfecho.

Giró sobre sus talones y salió.

Para cuando llegó a casa, el dolor de cabeza era tan intenso que tenía la sensación de que su cerebro se había convertido en un martillo y estaba tratando de abrirse paso a través del cráneo. Metió el coche lentamente en el sendero, aliviado por haberlo conseguido llevar hasta allí a pesar del dolor palpitante que sentía detrás de los ojos.

Derek estaba en el sendero vecino, abriendo su coche. Karen acababa de salir de la casa cargando torpemente en brazos a aquella máquina geriátrica de producir mierda. El chucho gemía audiblemente, como si estuviera sufriendo. La mujer llevaba también una bolsita de plástico transparente. Jim no estaba del todo seguro a esa distancia, pero le pareció que dentro había un par de galletas para perro.

Ella se giró y lo vio sentado en el coche, mirándolos.

Él alzó una mano a modo de saludo.

Karen le dirigió una mirada asesina.

Jim le sonrió; podía poner todas las caras que quisiera, pero nunca podrían demostrar que había sido él.

Esperó a que se alejaran con el coche y entró en la casa.

Ni siquiera había sacado la llave de la cerradura cuando Noreen apareció en el pasillo, con cara de preocupación.

Pero ¿era preocupación? Después de lo sucedido anoche, ya no podía estar seguro de nada.

Especialmente en relación con Noreen.

—¿Qué haces en casa? —dijo ella—. ¿Qué te pasa?

—Me duele la cabeza.

Noreen lo estudió, como evaluando las posibilidades de que fuese cierto.

—Estás exhausto —añadió—. Sube a acostarte. Te llevaré un paracetamol. Lo que te hace falta es un buen descanso.

Si hubiera sido cualquier otro día, Jim habría discutido. Incluso cuando ella tenía razón, era lo que le gustaba hacer. Pero ahora se sentía tan rematadamente mal, su dolor de cabeza era tan intenso, que no dijo nada. Subió con dificultad las escaleras y entró en el dormitorio.

Se quitó los zapatos, corrió las cortinas y se metió en la cama, tapándose la

cabeza con las mantas para que no le llegara ninguna luz. En la oscuridad, sin embargo, el dolor pareció volverse todavía más fuerte.

Ahora era tan brutal que no podía pensar en nada más.

Noreen entró con un vaso de agua y dos pastillas blancas. Jim ni siquiera se detuvo a comprobar qué eran. Se las tragó y volvió a tumbarse, guareciéndose bajo las mantas.

Estaba tremendamente cansado.

Pero tenía mucho que hacer.

Tenía que planear lo de esa noche.

Prepararse.

En cuanto las aristas del dolor de cabeza empezaron a embotarse, se sumió en un sopor sin sueños.

Pasaron las horas.

Cuando despertó, estaba oscureciendo. El dolor había desaparecido. Se sentía descansado, fresco, despejado.

Listo.

El olor a comida cocinándose subía desde abajo.

Cuando entró en la cocina, vio a Noreen removiendo algo en el horno.

—Siéntate —dijo—. Come.

Él obedeció.

Noreen le sirvió un plato humeante de pollo asado y luego se sentó en el otro extremo de la mesa de la cocina. No había nada frente a ella, aparte de un vaso de agua.

Pasó un minuto entero sin que se oyera otra cosa que el ruido de Jim al comer.

—No quiero verte esta noche, ¿de acuerdo? —dijo Noreen finalmente.

Jim se detuvo, con el tenedor lleno de pollo suspendido en el aire, y la miró inquisitivamente.

—Cuando te vayas —le aclaró ella—. No quiero verte cuando estés… listo. Cuando estés vestido. —Hizo una pausa—. No quiero verlo a él. ¿Entiendes? No quiero… conocerle.

Jim no dijo nada y continuó comiendo.

En el armario encontró unos pantalones negros de chándal, una sudadera negra y una chaqueta negra con capucha. Después de comprobar que no llevaban logos ni otras marcas de identificación, se los puso. Se calzó sus botas negras de trabajo y se ató los cordones. Silenció su teléfono móvil y lo guardó en el cajón de la mesita de noche. Luego bajó por la escalera, se deslizó por la puerta principal, rodeó la casa y entró en el cobertizo. Era casi medianoche.

El pasamontañas, la pistola y los guantes seguían en el suelo, donde los había dejado la noche anterior. Se lo metió todo en distintos bolsillos, junto con otros objetos que formaban parte de su equipo. Cruzó el jardín, con la espalda pegada al muro trasero de la casa, y se acercó a la puerta del patio. Echó una mirada rápida a la sala de estar, procurando que nadie lo viera.

Noreen estaba sentada en el sofá. Tenía el cuerpo vuelto hacia él, pero la cabeza girada hacia la televisión.

Estudió las casas de alrededor, comprobando que las ventanas estuvieran oscuras o tuvieran las cortinas corridas. Una vez satisfecho, sacó el pasamontañas, se lo pasó por la cabeza y tiró hacia abajo. Se puso los guantes. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la pistola.

Luego deslizó la puerta del patio y se coló dentro de la casa.

Noreen se volvió de inmediato al oír el ruido y dejó escapar un grito ahogado nada más verlo.

Pero no se movió. No echó a correr.

Permaneció en el sofá, con el cuerpo rígido y los ojos desorbitados de pavor.

—Por favor, Jim —dijo, con la barbilla temblorosa—. Por favor, no…

Él se volvió hacia la puerta deslizante y la cerró, deteniéndose un momento para admirar su reflejo en el cristal: una figura alta, de hombros anchos, vestida toda de negro. Totalmente cubierta, salvo por la ranura del pasamontañas para los ojos.

Ese atuendo siempre le había servido para ocultar su identidad, pero además disimulaba su edad. A menos que estuvieras lo bastante cerca como para ver las arrugas alrededor de sus ojos y los pelos blancos de sus cejas, no tendrías ni idea de cuál era la edad del enmascarado. Solo sabrías que era un hombre, más fuerte, más alto y corpulento que tú, y que una figura semejante solo la habías

visto en tus pesadillas.

El reflejo de la sala de estar a su espalda, una imagen de calidez doméstica, no hacía más que realzar el efecto. A la gente le aterrorizaba la idea de un hombre enmascarado apareciendo al pie de su cama en la oscuridad, pero desde luego verlo moverse por su sala de estar totalmente iluminada era algo muchísimo más terrorífico.

Se volvió hacia Noreen.

Se acercó.

—Por favor, Jim. —Su voz era un susurro nervioso—. Te pedí que no hicieras esto. Te dije que no quería verlo. Por favor.

Él se plantó frente a ella y esperó a que levantara la cabeza y le mirase a la cara.

A los ojos.

La única parte suya que podía ver, en realidad.

Jim alzó la pistola y le tocó con el frío cañón un lado de la cara. Se la acarició. Suavemente. Una simple caricia.

—Por favor, Jim.

Él le resiguió la mandíbula con la pistola y luego se la hundió en la parte carnosa del cuello.

Ahora ella estaba llorando.

—Piensa en Katie, Jim.

Presionó con más fuerza.

—Por favor, Jim. No lo hagas. Lo siento.

Él se inclinó sobre su oído y susurró.

—¿Quién es Jim?

No con su propia voz, sino con la de «él».

Con la del Hombre Nada.

Todo el cuerpo de Noreen empezó a temblar.

Entonces sintió que volvía a inundarle esa vieja sensación como una ola salvaje. Impregnando toda su piel. Llenándolo por dentro.

Impulsándolo.

El Hombre Nada había vuelto.

Y estaba dispuesto a terminar aquello de una vez por todas.

Se irguió y retrocedió. Se guardó la pistola en la chaqueta. Se quitó el pasamontañas, lo dobló y lo metió en un bolsillo. Se sacó los guantes y los

guardó.

Noreen lo miró, asustada e insegura.

—Voy a hacerlo porque, de todos modos, pensaba hacerlo —dijo Jim—. Tú no puedes ordenarme nada. Yo no recibo órdenes tuyas. Ni ahora ni nunca. ¿Me has entendido?

Noreen asintió.

—Bien. —Jim se dirigió a la puerta—. No esperes levantada.

Circuló por calles apartadas y rutas secundarias, evitando las cámaras de tráfico.

La casa de Passage West no estaba en el pueblo propiamente dicho, sino en un estrecho ramal que se apartaba de la carretera principal con un brusco giro a la izquierda antes de llegar al núcleo urbano.

Jim pasó esa intersección de largo.

Siguiendo doscientos metros más por la carretera había un pub abandonado, The Harbour Master. Otros cincuenta metros más allá, un pequeño apartadero sin iluminación. Jim se detuvo, hizo un giro de ciento ochenta grados y volvió por donde había venido. Al llegar al ramal que llevaba a la casa, lo usó para hacer otro cambio de sentido y volver de nuevo al apartadero. Tuvo que repetir esta maniobra tres veces antes de llegar a la altura del Harbour Master justo en un momento en el que no pasaba ningún coche en la dirección contraria. Nadie le vio doblar y, una vez que hubo aparcado detrás del edificio en ruinas, nadie que pasara podría ver su coche desde la carretera.

Apagó el motor y se dispuso a esperar.

A las 2.00 echó a andar hacia la casa de los Black, cruzando la carretera principal y deslizándose por el estrecho ramal. Llevaba la pistola en la chaqueta. En los bolsillos exteriores tenía los guantes, el pasamontañas, la linterna de cabeza y el reluciente juguete nuevo que ardía en deseos de usar.

No había nada de tráfico en el ramal, ni farolas ni ningún ruido. Ya se le había olvidado lo oscuro que era el campo de noche. A punto estuvo de tropezar en un bache y, tras un par de minutos, empezó a pensar que se había perdido. ¿Estaba en el lugar correcto? ¿Había pasado la casa de largo? No pensaba que estuviera tan lejos…

Pero entonces distinguió la verja y la oscura silueta al fondo.

La casa de los Black tenía exactamente el mismo aspecto. Se alzaba en mitad de la parcela como si alguien la hubiera depositado casi sin querer, pues no había habido nunca —tampoco ahora— ni un jardín ni un diseño que configurase el terreno que la rodeaba. Había un coche aparcado frente a la casa, iluminado por la luz de la puerta principal. Un pequeño modelo de tres puertas de color gris. Jim supuso que era de Eve. Todas las cortinas de la parte

delantera estaban corridas, pero a través del cristal de la puerta principal distinguió una leve claridad: la luz del pasillo estaba encendida.

Pasó de largo frente a la casa y siguió adelante por el ramal, buscando algún coche oculto detrás de los setos —un coche con matrícula de Dublín y dos figuras aburridas dentro— o algún movimiento en la oscuridad. Pero no vio nada.

Satisfecho, volvió sobre sus pasos.

En realidad, no había creído en ningún momento que Eve pudiera encontrarse bajo algún tipo de protección policial. Ella estaba buscando a un hombre envejecido que no había sentido el impulso de matar desde hacía casi dos décadas, y la Gardaí debía de suponer que un delincuente que había salido impune de todo lo que había hecho tantos años atrás preferiría dejar las cosas como estaban. Jim contaba con eso.

Llegó a la verja.

Ahora que sus ojos se habían adaptado a la oscuridad, vio que la habían cambiado. Entonces, hacía dieciocho años, era de barrotes de hierro forjado: unos barrotes algo torcidos y con la pintura desconchada. Para abrirla, bastaba meter la mano y levantar el pestillo. Ahora era de madera maciza, al menos medio metro más alta, y estaba cerrada firmemente. Una verja electrónica: los botones verdes de un pequeño teclado relucían en la oscuridad.

No podía trepar y saltarla. Ahora ya no. Tendría que abrirse paso a través del seto del perímetro.

Había llegado el momento de equiparse.

Primero los guantes. Dos pares. Unos de látex blanco, de los que usaban en los hospitales. Por motivos obvios, había preferido esos a los azules que utilizaba la Gardaí. Se los puso con cuidado, subiéndoselos lo máximo posible, que era hasta unos cinco centímetros por encima de las mangas de la chaqueta. Luego los guantes de cuero negro. Esa doble capa restringía un poco sus movimientos, pero impedía que se le cayera algún pelo y lo protegía de las uñas de sus víctimas.

Empleó el mismo sistema con la cabeza. Primero: un gorro de goma. No sabía muy bien para qué se usaba; suponía que quizá en las peluquerías de señoras. Se lo encasquetó hasta la frente, metiendo el pelo debajo. A continuación, el pasamontañas negro de punto. Lo desenrolló hacia abajo, sobre su rostro y su cuello, y remetió el borde en el cuello de su chaqueta. Se lo

ajustó todo para sentirse cómodo y dejar solo a la vista los ojos.

Se llevó una mano al pecho, comprobando que el bulto tranquilizador de la pistola seguía ahí, y luego buscó la parte menos tupida del seto.

Se abrió pasó a través de las ramas.

Era más fácil de lo que había supuesto: solo tuvo que abrir un hueco lo bastante ancho para trepar. Aterrizó al otro lado, sintiendo un latigazo de dolor en la cadera; seguro que mañana tendría ahí una magulladura, pero ya estaba dentro. En la propiedad de Eve.

A partir de ese momento, la paciencia era su baza principal.

Se agazapó con la espalda pegada al seto y contuvo la respiración mientras escrutaba la zona. Ningún ruido. Ningún movimiento. Cuando estuvo seguro de que no había nadie ahí fuera, empezó a avanzar hacia la casa.

Al acercarse, vio que no se había equivocado: solo había una luz encendida en el interior, la lámpara de techo del pasillo.

Eso, junto con el silencio, le decía que Eve estaba en casa, pero ya acostada.

Rodeó el edificio, examinando cada ventana por si había señales de vida y comprobando que no hubiera en las paredes la caja de una alarma. No encontró ninguna de las dos cosas. No le sorprendió ninguna luz de seguridad activada por movimiento ni oyó ladridos o arañazos de un perro.

Tal como esperaba.

Fue a la puerta trasera. Se fijó la correa elástica de la linterna alrededor la cabeza, se agachó hasta tener a la altura de los ojos la cerradura y encendió la luz. Cuando el intenso círculo iluminó la cerradura, fue como si se disolvieran dieciocho años.

Entonces había cuatro personas dormidas en esta casa, o eso había creído él.

Pero una de ellas resultó que estaba levantada.

Y demostraría no ser una víctima.

La casa de Bally's Lane tenía una puerta en el invernadero que no cerraba. La chica de Covent Covert solía olvidar que «cerrar» la puerta principal no era lo mismo que «echar la llave». Fermoy era un solar en construcción con gente yendo y viniendo continuamente. Pero esta casa y la de Westpark habían requerido una llave maestra casera para permitirle entrar por la puerta de atrás.

Esta noche tenía un nuevo juguete.

Jim se metió la mano en el bolsillo y sacó con mucho cuidado la ganzúa eléctrica. Era como un cepillo de dientes eléctrico plateado con una larga y delgada aguja en lugar del cepillo. Con cinta adhesiva, había pegado al mango una aguja de costura, que ahora desprendió.

La había comprado unos años atrás porque pensó que podría resultarle útil tenerla a mano. Esta noche sería el componente más importante de su equipo.

Con movimientos rápidos y silenciosos, introdujo la aguja de costura en la cerradura de la puerta trasera y luego la empujó con la aguja de la ganzúa eléctrica. Hacía falta un poco de destreza —tenía que removerlas hasta conseguir la tensión adecuada— y la ganzúa hacía un ruidito mecánico, pero aquello era mucho mejor que su vieja llave maestra. En cuestión de segundos, la puerta estaba abierta.

Jim apagó la linterna y contuvo el aliento mientras aguzaba el oído.

Nada.

Guardó la ganzúa eléctrica y la aguja, bajó la manija de la puerta y la abrió lentamente. Todo transcurrió en silencio, sin crujidos ni chirridos de bisagras.

Entró en la oscuridad de la cocina.

Todo estaba inmóvil. La luz del pasillo solo se vislumbraba en la rendija entre la puerta de la cocina y el marco. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, observó lo poco que había cambiado. Ahora parecía haber menos muebles, menos objetos, pero la distribución era la misma.

Cruzó la cocina, abrió la puerta y salió al pasillo. Tenía la puerta principal enfrente, justo en el otro extremo. Advirtió que, desde la última vez, habían añadido una segunda cerradura y una cadena de seguridad.

En el pasillo había dos puertas, una a cada lado. Ambas estaban ligeramente

entornadas. La sala de estar quedaba a la izquierda; el estudio, a la derecha.

Dio tres pasos y se giró para alzar la vista hacia la escalera.

Aquella noche, dieciocho años atrás, estaba en ese mismo punto cuando se había producido el imprevisto.

La escena que lo había cambiado todo.

Al mirar hacia lo alto de la escalera, había visto una figura fantasmal arriba, mirando el cuerpo destrozado que yacía en los primeros escalones.

—¿Papá…? —había dicho.

En voz baja. Con tono vacilante. Como si estuviera confusa sobre lo que había sucedido en la casa. Acerca de lo que acababa de suceder hacía unos momentos.

Jim también se había quedado confuso. Él había vuelto a la planta baja, dejando —creía— al hombre en el suelo de la habitación, atado y esperando, y a la otra niña escondida en el baño, cuya puerta podría abrir de una patada cuando llegara el momento. Pero entonces había escuchado un ruido y había regresado al pasillo justo a tiempo para ver lo que sucedía.

Una pequeña figura en el rellano corriendo con los brazos extendidos.

Un cuerpo adulto rodando por la escalera.

Deteniéndose en los primeros peldaños.

Silencio.

Era el hombre. Todavía tenía las muñecas y los tobillos atados con la cuerda azul, pero de algún modo había conseguido soltarse de la otra que lo mantenía amarrado al radiador. La disposición de sus miembros era totalmente incompatible con la vida, pero Jim se agachó por si acaso y pegó el oído a sus labios, para comprobar si le oía respirar o si notaba el débil cosquilleo de su aliento.

Nada. Estaba muerto.

Alzó la cabeza hacia la niña en lo alto de la escalera. Ella tenía los ojos fijos en el cuerpo del hombre.

—¿Papá…?

Entonces levantó la mirada y la dirigió hacia él.

Directamente hacia Jim, que se dio cuenta en ese momento de que no llevaba puesto el pasamontañas.

Lo había dejado sobre la mesa de la cocina. Se lo había quitado al volver a la planta baja. La luz del pasillo era suficiente para iluminar la cara de la niña y,

puesto que él estaba prácticamente bajo la lámpara, era sin duda más que suficiente para iluminar su propia cara y que ella la viera.

Eve Black le había visto. Había visto su aspecto real con toda claridad.

Pero nunca se lo había contado a nadie porque «él» había visto lo que ella había hecho.

Eve había escrito en su estúpido libro que tenía toda una lista de preguntas para el Hombre Nada. Quizás esta noche dejaría que se las formulara, pero solo si él podía hacerle primero su propia pregunta.

Solo tenía una.

«Dime por qué, Eve. ¿Por qué mataste a tu padre?»

Primero inspeccionó la sala de estar, usando solo la luz que se coló desde el pasillo cuando abrió la puerta. Las cortinas estaban corridas. Los mandos de la televisión estaban alineados sobre la mesita de café, junto a una taza de té frío a medio consumir. Se quitó uno de los guantes de cuero y pasó la mano por detrás de la televisión, pero no notó ningún calor a través del látex. Nadie había estado allí desde hacía horas.

Eve había escrito que dormía en el estudio. Se detuvo frente a la puerta para volver a ponerse el guante, para reunir fuerzas y prepararse.

Pero echaba de menos algo.

Dieciocho años atrás, este momento —justo antes de pasar a la acción— le habría parecido el instante cumbre. La adrenalina le habría surcado las venas, infundiéndole fuerza y energía. La expectación habría resultado palpable. La promesa de la noche le habría parecido inagotable, con horas preñadas de infinitas posibilidades. Se habría sentido excitado.

Pero esa noche, Jim no se sentía así. Estaba extrañamente distante, como si fuera un espectador de su propia escena criminal. Quizá la cosa cambiaría cuando la viera, cuando todo empezara de verdad.

Sacó la pistola y abrió la puerta del estudio.

De inmediato supo que allí no había nadie.

La luz del pasillo iluminaba la cama vacía, pero no solo era eso. Lo percibía. El aire estaba demasiado inmóvil, demasiado muerto. De todos modos, entró para comprobarlo. Había una vieja manta peluda tirada sobre la cama. Volvió a quitarse un guante para comprobar su temperatura. Fría. Nadie había estado durmiendo allí esa noche.

Jim volvió al pasillo y se detuvo por si se escuchaba el rumor de alguien orinando en el baño o del agua de un grifo fluyendo. No se oía nada. Ni siquiera el zumbido de un electrodoméstico. Ni un crujido de la casa. Ni el gemido del muelle de un colchón.

Llegó a la conclusión de que Eve Black había mentido.

Otra vez.

No, ella no había adoptado la costumbre de dormir en el estudio. Estaba arriba, en uno de los dormitorios. Entendía por qué no quería reconocerlo.

Ambas posibilidades eran deprimentes: dormir en la habitación donde había muerto su madre o en aquella donde lo había hecho su hermana pequeña.

Jim empezó a subir las escaleras, ascendiendo con una lentitud exasperante, procurando aplicar a cada peldaño una presión creciente antes de confiarle todo su peso con la certidumbre de que no crujiría.

A media escalera, algo cambió. El aire. De repente, parecía albergar una presencia, como una televisión silenciada en una habitación por lo demás vacía.

Ella estaba ahí. En uno de los dormitorios.

Lo presentía.

Al llegar al rellano, vio que las puertas de ambos dormitorios estaban ligeramente entornadas, ofreciendo solo una densa oscuridad en su interior.

La tercera puerta, la del baño, estaba completamente abierta. Lo inspeccionó rápidamente: vacío. La cisterna estaba en silencio; el lavamanos, seco. Volvió al rellano y se dirigió a la puerta más cercana.

«Su» puerta.

La habitación que Eve había compartido con su hermana.

Ni siquiera tuvo que entrar. Plantado en el umbral, pudo oírla. Respirando de forma constante y regular.

Estaba dormida ahí dentro; profundamente dormida.

Jim abrió del todo la puerta. Miró cómo la luz del rellano recorría el suelo enmoquetado y se extendía sobre la cama.

Eve solo era un bulto informe bajo las sábanas, con un pie desnudo asomando por un lado.

Durante un rato se limitó a mirarla.

Mientras la contemplaba, notó como si se avecinara una ola: la sensación.

Cobrando fuerza.

Creciendo.

Acercándose.

Dio un paso dentro de la habitación. Se internó más en la oscuridad. Llegó al lado la cama, alzándose sobre su forma dormida. Estaba tendida de costado, con la cabeza apoyada en un brazo desnudo.

Todavía dormida, respirando profunda y regularmente.

Había llegado la hora, después de todo este tiempo.

Por fin.

Cerró los ojos, escuchando la respiración de Eve, y se preparó para el impacto justo cuando la ola alcanzaba su apogeo y rompía con un rugido que se estrellaba en él, a través de él.

Llevándose a Jim Doyle.

Dejando solo al Hombre Nada.

Apuntó la pistola con una mano y encendió la linterna de cabeza con la otra.

Vio que Eve Black estaba completamente despierta, en la cama, mirándole.

Jim le metió el cañón de la pistola en un lado del cuello y susurró:

—Vamos a jugar a un juego.

Eve guiñó los ojos ante la luz de la linterna, pero por lo demás apenas reaccionó.

Él presionó más a fondo con la pistola, hundiéndola todo lo que pudo en la parte blanda de debajo de su mandíbula.

Ella soltó un gemido de dolor, pero no se movió ni se retorció.

Está resignada, pensó Jim.

Sabía que llegaría este día, y ahora que ha llegado sabe que no puede hacer nada.

—Jim —dijo Eve.

Él acercó la boca a su oído y susurró a través de la tela del pasamontañas:

—No te voy a atar. Simplemente te voy a matar.

Al dirigir otra vez hacia su rostro el haz de la linterna vio que ella tenía los ojos abiertos de par en par y advirtió que su respiración se había vuelto rápida y superficial.

Perfecto.

—Haz lo que quieras —dijo Eve, jadeante, aterrorizada—. Pero primero habla conmigo, por favor. Dime por qué. ¿Por qué lo hiciste? Después de tanto tiempo, me merezco una respuesta. ¿Qué diferencia hay si de todos modos esto es el final?

Jim sopesó sus palabras.

Tenía el control. Debería aprovecharlo. Presionar en su piel con la pistola y apretar el gatillo. Al cabo de un minuto estaría fuera. Dentro de dos, en su coche. Diez más y llegaría a su casa. Habría tirado la ropa y borrado su rastro antes de que nadie descubriera que la superviviente más famosa del Hombre Nada estaba muerta.

Pero él también tenía una pregunta que quería aclarar. Eve estaba en lo cierto: ahora, en el final, ¿qué diferencia había?

Se sentó en el borde de la cama, manteniendo la pistola en el cuello de Eve y la linterna de cabeza enfocada en su rostro. Con la otra mano, la sujetó por la barbilla y la atrajo brutalmente hacia sí.

Se inclinó hasta que su boca quedó solo a unos centímetros de la de Eve.

Ella murmuró algo así como un «no» desesperado y cerró los ojos con fuerza frente a la luz cegadora.

Jim susurró:

—Tú primero.

Luego, con su voz normal, pues ya no hacía falta disimular, dijo:

—Tú respondes a mi pregunta y yo responderé luego a la tuya. —Se echó un poco hacia atrás, apartando la luz de la cara de Eve, pero permaneciendo lo bastante cerca para mantener la pistola en su sitio—. ¿Por qué lo hiciste?

Eve abrió los ojos, lo miró parpadeando.

—¿El qué? —susurró.

—Ya sabes el qué. Si me vas a mentir, acabamos ahora mismo.

Pero ella aún parecía confusa.

—Yo te vi —dijo él—. Vi lo que hiciste.

Tras un instante, la expresión de Eve cambió.

Empezó a menear la cabeza, diciendo:

—No. No. No. No puedo. Por favor.

Él le puso el cañón de la pistola en la sien y la mano libre en el cuello. Se lo rodeó con los dedos y empezó a apretar con todas sus fuerzas.

Eve dio un grito ahogado.

Jim la mantuvo sujeta hasta que empezó a jadear, a forcejear y resistirse.

—Dímelo.

La soltó al fin y esperó a que tomara aire.

—Última oportunidad, Eve.

Ahora ella lloraba ruidosamente, las lágrimas relucían en sus mejillas bajo la luz de la linterna.

Susurró algo, pero él no lo entendió.

Le dijo que lo repitiera.

—Pensaba que eras tú —dijo.

Su voz se había vuelto ronca.

—Pretendía salvar a mi familia —dijo—. Empujé a mi padre escaleras abajo porque creía que eras tú.

Claro.

Jim se sintió idiota por no haberlo deducido antes. Cuando había salido corriendo del baño, con los brazos extendidos por delante, y se había lanzado

sobre el hombre que estaba en el rellano de la escalera, creía que estaba empujando al asesino.

Pero después había visto el cuerpo a la luz del pasillo, y a él mirándola desde abajo, y entonces había comprendido su error.

Su terrible error.

Pero ahora Jim vio que él también había cometido un error.

Debería haber subido y haberla matado allí mismo. Sin vacilar. Eve había visto su cara, y él tenía pensado matarla de todos modos antes de abandonar la casa. Solo que acababa de ver cómo la niña mataba a su propio padre. Una cría de doce años había asesinado delante de él a su padre, y Jim no tenía ni idea del porqué. ¿Quizá porque era una niña malvada? ¿O porque su padre lo había sido? ¿Qué habría pasado en aquella casa?

No lo sabía. De repente se dio cuenta de que no sabía prácticamente nada. Ya no tenía la situación bajo control. Por eso se dio media vuelta, cruzó la cocina corriendo y salió a la noche por la puerta trasera.

Pero no iba a cometer ese error otra vez.

Le colocó la pistola en el cuello de nuevo. Se llevó la mano izquierda a la boca y se quitó el guante de cuero con los dientes. Lentamente. Sin apartar los ojos de Eve en ningún momento. Luego hizo lo mismo con el guante de látex de debajo.

—¿Qué hay de mis preguntas? —dijo ella.

Él no hizo caso.

—Dime por qué —dijo Eve—. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué no nos dejaste encerrados como a los niños O'Sullivan? —La voz se le quebró—. ¿Por qué destruiste a mi familia? ¿Con qué objetivo? ¿Y por qué a mí me dejaste viva? ¿Por qué mataste a Anna? ¿Por qué matar a un niña pequeña, puto loco?

Jim susurró: «Chist». Apartó las mantas con la mano desnuda y bajó la cabeza para que la linterna iluminara la piel tersa y pálida del cuello de Eve y, más abajo, la curva prometedora de sus pechos.

Tocó su piel con la mano. Presionó con los dedos.

Eve empezó a protestar y a retorcerse.

Su piel era suave, cálida. Llevaba un top sin mangas de cuello bajo y redondo. Con un solo dedo, resiguió los bordes de la tela desde un hombro hasta el otro.

De izquierda a derecha. De derecha a izquierda.

Luego introdujo el dedo por debajo y lo deslizó por la mullida curva, apartando la tela, metiendo toda la mano, abarcando su pecho, notando cómo se le endurecía el pezón contra la palma, moviéndola para estrujarlo…

Eve dio un grito.

Un grito con una nota desgarradora que Jim nunca había oído.

Pero no fue ese el único ruido.

Más allá, por debajo de él, sonó un estrépito.

Pero ¿qué…?

Pasos.

Gritos.

Gente.

Y de repente entraron varias sombras en la habitación y alguien empezó a gritar.

—¡Tira! ¡Tira el arma! ¡Tírala ahora mismo!

Jim no tuvo tiempo de reaccionar.

Hubo un destello y un impacto que zarandeó todo su cuerpo, mandándolo hacia atrás y derribándolo en el suelo. Perdió la pistola. Cayó de lado y rodó hasta quedar boca abajo. Se llevó la mano al costado donde parecía estar el epicentro de la herida. Al alzar la cabeza, vio que la tenía llena de sangre.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

Una voz distinta. Masculina.

Jim intentó decir: «No», pero no podía articular palabra.

Intentó colocarse boca arriba para ver qué ocurría. Solo lo logró a medias, pero con eso bastó.

El puto Ed Healy.

Estaba en la cama, abrazando a Eve, que estaba llorando.

Había sombras oscuras por toda la habitación. Se acercaron y se agacharon a su lado.

La Gardaí.

Con fusiles y gorras de béisbol.

La Unidad de Operaciones Especiales.

El dolor empezó a aplacarse, pero entonces Jim comprendió lo que estaba pasando: no eran buenas noticias.

«Ya es hora de que acabes con esto», había dicho Noreen.

La oscuridad avanzó lentamente por los márgenes de su visión y de repente

creció por doquier hasta que no quedó más que un diminuto punto de luz en el centro.

Y luego nada.

Un año más tarde

Katie yace despierta, esperando a que suene la alarma. El ambiente de la tienda está caliente y viciado, impregnado de olor corporal ajeno. Los muelles del fino colchón de *camping* le pinchan la espalda. Su saco de dormir, solo subido hasta las rodillas, está empapado de un cálido sudor que hace que el forro sintético se le pegue a las pantorrillas.

Resiste otro minuto antes de levantarse; desactiva la alarma y se pone el uniforme: unos *shorts* de algodón de vistoso color y una camiseta a juego. Coge la toalla y sale de la tienda.

El *camping* parece desierto a esta hora. Solo se oye el trino de los pájaros y el suave murmullo de las olas a lo lejos. El pronóstico del tiempo prometía otro día de treinta grados y el ambiente ya es bastante cálido.

Katie se da una larga ducha fría en el bloque de los baños y desayuna un café y dos cigarrillos en la cafetería situada junto a la piscina. Se supone que el personal no debe sentarse con uniforme en las zonas de los clientes y menos aún si está fumando, pero todavía no hay nadie por allí, aparte del camarero y del tipo que saca las hojas de la piscina con una red. Hablan entre ellos en francés y actúan como si Katie no estuviera. Es lo mejor que le puede pasar en esos momentos, que la ignoren.

Lleva aquí, en este centro turístico de la costa suroeste de Francia, desde hace meses. Se enteró del trabajo oyendo a una pareja británica de viajeros de Inter-Rail mientras estaba en un restaurante del pueblo vecino, donde se había gastado sus últimos diez euros en una comida caliente y estaba a punto de pasar su segunda noche en la playa. Había llegado en autoestop con un francés que ya la miraba lascivamente incluso antes de que se pusiera el cinturón, pero a Katie ya no le dan miedo los hombres. Sería absurdo. Ya ha conocido lo peor

de ellos en su propio padre.

No piensa demasiado en las fechas, pero ahora la temporada se está acabando, cada vez llega menos gente, y es difícil ignorar que dentro de pocos días estarán en septiembre. El primer aniversario del final de todo.

Katie está exiliada. El resto del mundo parece muy lejos. No tiene teléfono. Las únicas televisiones del *camping* son las del bar, que parecen estar siempre sintonizadas en los partidos de fútbol. El trabajo es insignificante, no le exige pensar en nada; el alojamiento, monástico, y los días, sencillos y monótonos.

Perfecto. Eso es una penitencia.

—¿Disculpa? —Una clienta (la mujer bajita y rechoncha que ha ocupado con su familia uno de los Riviera Deluxe durante esta última semana) está frente a ella, tapándole el sol—. Disculpa que te moleste, cielo, pero estamos a punto de salir hacia Roscoff y me pregunto si podrías dejarme entrar en la recepción un segundo para cambiar estos libros…

Lleva dos gruesos y maltrechos libros de bolsillo que obviamente han recibido salpicaduras de agua y de crema solar. Con la otra mano señala por encima del hombro un coche rebosante de niños. El marido está sentado al volante. Cuando ve que lo están mirando, alza su reloj con toda intención.

—Claro —dice Katie, apagando su desayuno en el cenicero—. No hay problema.

Siempre que habla con los clientes hace todo lo posible para disimular su acento irlandés. Aprendió la lección al principio. «¿Ese acento no es irlandés? ¿De qué parte? ¡Ah, yo tengo un primo allí! ¿Cuál es tu apellido?»

La recepción es una caravana modificada que queda al lado de la cafetería. Katie abre la puerta y deja pasar a la mujer. Así da un poco de tiempo a que el denso calor de dentro se vuelva algo más soportable.

Los libros están en un expositor justo en la entrada. Funciona por intercambio: deja un libro y llévate otro. La mujer devuelve los ejemplares de bolsillo y ladea la cabeza para examinar el lomo de los demás.

—Mmm —dice—. No sé… ¿Tú has leído alguno de estos? ¿Me recomiendas algo?

Katie se acerca para ver mejor los libros. Ve una serie histórica que tenía entusiasmada a otra clienta la semana pasada.

—Ese es muy bueno —dice—. Y se desarrolla en Perpiñán, que no queda lejos de aquí.

La clienta coge ese y un volumen de memorias sobre la restauración de un castillo en Provenza.

Cuando se va, Katie se toma un momento para ordenar los libros. Ya le ha puesto la mano encima antes de darse cuenta de lo que es. Nunca lo había visto en este formato tan pequeño, con encuadernación en rústica. Debe de ser una edición nueva. Los colores del lomo son distintos. El tipo de letra también. No se parece en nada al libro que ella leyó. Lo único que es igual es el título y la autora.

EL HOMBRE NADA: LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD DE UNA SUPERVIVIENTE
EVE BLACK

Y en la base del lomo, con una letra diminuta: «Actualizado con un nuevo epílogo».

De repente, el regusto del cigarrillo le resulta desagradable en la lengua y el café amargo se le revuelve en el estómago, por lo demás vacío.

Debería dejarlo donde está. No le hará ningún bien. No necesita conocer más detalles. Sus pesadillas ya tienen combustible de sobra para los años que vendrán.

Todavía está diciéndose esto, pero saca el libro del estante.

Ve la cara de su padre en la portada. La mitad. La otra mitad aparece cubierta con un pasamontañas negro que solo deja ver los ojos. Han fundido las dos imágenes. Katie resigue con el dedo la sutura donde se juntan en medio.

Pero, en realidad, no siente ningún interés por «él».

Es de Eve de quien quiere saber.

Quiere saber cómo está, si se encuentra bien, si está logrando salir adelante y vivir la vida. Ojalá lo consiga. No es religiosa, pero ha dirigido plegarias silenciosas al universo para pedirlo.

Su padre era un violador y un asesino, pero ella tuvo una infancia feliz antes de descubrirlo, a los dieciocho años. La de Eve se acabó a los doce. Él le arrebató a sus padres. Le arrebató a su hermana pequeña. Dejó los cuerpos en la casa para que viera lo que les había hecho.

Katie tiene a todas sus víctimas en el corazón, lo cual incluye a su madre. Al menos, a la versión de su madre que era joven e ingenua y no sabía de quién se había enamorado; esa es la mujer a la que ahora llora, porque para ella es como si estuviera muerta. La que aún sigue viva sabía lo que su padre era, pero

aun así no lo abandonó e incluso le ayudó. Katie no siente nada por ella. Es como si fuese una extraña.

Pero sobre todo piensa en Eve.

Katie cierra la puerta de la recepción por dentro y entra en la oficina del fondo, que es del tamaño de un armario. También cierra esa puerta, por si acaso. Se sienta y pasa las páginas hasta llegar al nuevo epílogo.

Respira hondo. Una bocanada de aire caliente, avinagrado.

Empieza a leer.

EPÍLOGO

LA MUJER QUE

Tenía doce años cuando un hombre irrumpió en nuestra casa y mató a mi madre, a mi padre y a mi hermana menor, Anna, que entonces, y ya para siempre, tenía siete años. Cuando tenía treinta años escribí un libro sobre lo que ocurrió. Ocho días después de que se publicase, el 6 de septiembre de 2019, el mismo hombre entró en la misma casa e intentó asesinarme. La Gardaí le disparó y le mató. Se llamaba Jim Doyle.

Ahora tengo que sincerarme y contarte la verdad. Dejé fuera un dato muy importante en la primera edición de El Hombre Nada: su nombre. Yo sabía que era Jim Doyle. Sabía qué aspecto tenía, dónde vivía y qué clase de persona era. Ed y yo lo habíamos descubierto incluso antes de que hubiera terminado de redactar el primer capítulo del libro. Pero nuestras pruebas eran circunstanciales. En el mejor de los casos, escribir sobre nuestro descubrimiento resultaría inútil y, en el peor, me habría supuesto una demanda por calumnia y difamación en un juicio que Jim Doyle sin duda habría ganado. Durante un tiempo pensé que excluir ese dato volvía absurda la redacción del libro y estuve a punto de abandonar el proyecto. Pero Ed me convenció de que el libro podría ser el instrumento para hacerle salir de su madriguera. Tal vez fuera lo único que podía producir ese efecto. Así que lo escribí y se publicó y miles de lectores como tú lo compraron, cosa que te agradezco profundamente. Espero que me perdones por no haberte contado la historia completa… hasta ahora.

Cuando fui a Covent Court a ver a Maggie Berry, la vecina de Christine Kiernan, ella me contó que el cuchillo y la cuerda se habían extraviado en la comisaría Togher. Lo que no expliqué en la primera edición de este libro fue que Maggie recordaba el nombre del agente que se lo había dicho: Jim Doyle. En ese momento, no significó nada para mí. Supuse que la pérdida de la cuerda y del cuchillo había sido responsabilidad de todo el equipo; simplemente, la misión de darle la mala noticia había recaído en ese tal Doyle. Era solo otro detalle que añadir al archivo principal que Ed y yo habíamos reunido durante nuestra revisión del caso.

Pero Ed conocía un poco a Jim Doyle. Había trabajado con él en Togher. También sabía que, antes, Doyle había estado en Mallow, que queda a solo treinta kilómetros de Fermoy. Además, Togher estaba junto a la carretera de circunvalación que enlazaba varias de las localizaciones del sur, así como con la N28 que va a Carrigaline. Desde ahí se podía acceder fácilmente a Blackrock y a Passage West. De hecho, si marcabas Fermoy, Mallow y Cork City en un mapa, obtenías un triángulo bien definido. Lo que más interesó a Ed, sin embargo, fue la razón por la que Doyle había sido trasladado a

Mallow desde su destino anterior en Millstreet: en un acceso de rabia, había arrojado a la cabeza de su jefe una taza de té caliente.

Ed encontró una foto de Jim Doyle con su uniforme azul marino, tomada en el verano de 2004. Cuando la vi, se me revolvió todo por dentro. Es la única manera que tengo de describirlo. De golpe, sentí calor, mareo y pánico; al cogerla con la mano, la hoja impresa empezó a zarandearse. Estaba temblando. Creía que iba a sufrir un ataque de pánico. Era él: estaba mirando la fotografía del Hombre Nada. Lo sabía instintivamente.

Sin embargo, lógicamente, no podía saberlo con certeza. Aquella noche, en nuestra casa, yo no vi al Hombre Nada, o al menos no recordaba haberlo visto. En lo que sí recordaba había contradicciones que indicaban que la versión de los hechos que había retenido no era del todo fiable. Ahora no podía evitar preguntarme si faltaba un rollo entero en mi memoria de aquella noche. Tal vez el más importante. ¿Había visto al Hombre Nada y luego lo había borrado de mi mente? ¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿Llegamos a hablar? ¿Intentó hacerme daño? ¿Había pasado algo que había olvidado y que explicaba por qué me había dejado con vida?

El único modo que tenía de obtener las respuestas era que el propio Hombre Nada me las proporcionara. Pero no podíamos abordar a Doyle. Una reacción fisiológica ante una foto no basta para formular una acusación que acabe condenando a un asesino.

Mostramos la fotografía, junto con las de otros cuatro agentes de la Garda, a Johnnie Murphy, el capataz de Fermoy. Al principio, escogió la de Doyle, pero luego, pensándolo mejor, decidió que el agente de otra foto se parecía más a «Ronan Donoghue» y se decantó por tal opción. No pudimos localizar a Claire Bardin, la mujer que había visto a un hombre en Bally's Lane y que más tarde había permitido elaborar a la policía un retrato robot; sin embargo, cuando comparamos ese retrato con la foto de Doyle, observamos que había claras similitudes. Aquella era con diferencia la pista más prometedora que habíamos logrado, una pista con un nombre, pero cuando eliminamos mi reacción de la ecuación —y debíamos hacerlo— no nos quedó nada para acusar a Doyle de ser el hombre que había asesinado a mi familia. Necesitábamos más. Mucho más. Una prueba empírica e innegable. Si, en efecto, Jim Doyle era el Hombre Nada, ¿cómo podíamos demostrarlo?

Ed ya me había advertido el día que nos conocimos de que el Hombre Nada era un delincuente meticuloso. Nunca había dejado una prueba física que pudiera conectarlo con los crímenes, y su modo de elegir a las víctimas era tan sutil que no se descubrió hasta casi dos décadas más tarde. Incluso si lo encontrábamos, sería imposible una condena sin una confesión previa. ¿Y por qué iba a confesar nada si jamás había habido prueba alguna contra él? La publicación del libro podía inquietarlo un poco, tal vez impulsarle a cometer una estupidez, como contactar con los medios o hacerle una confesión a un amigo en estado de embriaguez, pero tampoco había garantías y lo único que podíamos hacer era esperar y ver.

—La otra posibilidad —me dijo Ed cierta noche, ya muy tarde— sería que lo pilláramos con las manos en la masa, pero llegamos unos veinte años tarde para eso.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Podía utilizar El Hombre Nada, y a mí misma, su autora, como anzuelo.

En el verano de 2017, Ed tenía un apartamento que daba a las aguas del puerto interior de Cork, en Jacob's Island; durante el mes julio recogimos las cosas de la oficina alquilada y trasladamos la Operación Escribir El Hombre Nada a su habitación de invitados. En gran medida, nuestras investigaciones habían concluido. Ya habíamos devuelto los expedientes del caso a Anglesea Street. Ahora era el momento de ponerse a escribir.

Aunque Ed podía ayudarme, esta parte era responsabilidad mía. Escribí la historia del Hombre Nada, de las secuelas que su visita de aquella noche lejana había dejado en mi vida, pero también escribí «para» el Hombre Nada. Me lo imaginaba leyendo cada frase que tecleaba. Cuando describí sus crímenes, incluí solo los detalles suficientes para refrescar su memoria. Me aseguré de decirle lo que pensaba de él. Quería ponerlo furioso, que no pudiera contener su rabia contra mí. Después de pasarme la vida escondida, sumida en una paranoia sobre mi seguridad personal, incapaz de decirles siquiera a mis amigos íntimos mi verdadero apellido, le conté a cada lector del libro dónde dormía por las noches cuando estaba en Cork: otra vez en la casa donde había empezado todo aquello para mí.

A cada lector, él incluido.

El Hombre Nada era un libro de crímenes reales que, si todo salía bien, induciría al Hombre Nada a cometer un crimen más. Pero no tenía ni idea de si mi plan funcionaría.

El libro salió el 29 de agosto de 2019. Exactamente una semana más tarde, el 5 de septiembre, mi editora organizó una presentación en una librería del centro de Cork. Justo antes de que comenzara el acto, Ed apareció a mi lado y me susurró al oído: «Jim Doyle está aquí». En un arranque que nos sorprendió a los dos, me volví hacia él y le dije: «Preséntamelo».

Mientras Ed me llevaba a su encuentro, yo no tenía otro plan que fingir que era una conversación normal, que simplemente estaba saludando a un antiguo compañero de Ed, a otro agente de la Garda. Pero cuando la gente nos abrió paso y lo vi allí de pie, lo reconocí: no solo como el Hombre Nada, sino como alguien con quien había tropezado en el curso de mi investigación. El Hombre Nada era joven, fuerte y delgado, tal como lo era el Jim Doyle con uniforme de la foto que Ed había encontrado. Pero este Jim Doyle era un hombre de pelo gris y calvicie incipiente, con papada y una abultada panza, y se le veía sudoroso e incómodo bajo las crudas luces del local. También se parecía al agente que estaba en la recepción de la comisaría Togher cuando fui allí para hablar con alguien sobre la cuerda y el cuchillo desaparecidos.

Le dije que nos habíamos visto antes, pero que entonces yo tenía un aspecto distinto. Lo reconozco: estaba jugando con él. También reconozco que lo disfruté. No tenía miedo. Estaba en un lugar público lleno de gente, con Ed a mi lado, y Doyle ignoraba lo que yo sabía. Por una vez, era yo quien tenía el poder. Cuando Ed me repitió que a Doyle lo había «arrastrado» hasta allí su esposa, le dije que su nombre aparecía en el libro: quería asegurarme de que él también lo leyera. Estrictamente hablando, eso no era mentira. Si Ed y yo estábamos en lo cierto, su nombre —su otro nombre— sí aparecía en mi libro, seguramente más de un centenar de veces.

Desde el día de la publicación, me había alojado en la casa de Passage West. Imponiéndome a las objeciones de Ed, viví allí sola. Ed quería poner protección fuera, e incluso mantener a un agente en el interior de la casa; si no, al menos que se quedaran conmigo otras personas, pero yo me negué en redondo. Si Doyle era el Hombre Nada, también era un antiguo agente de policía. Él identificaría los signos de la presencia policial, por muy oculta que estuviera; por lo demás, yo no quería poner a nadie más en peligro. Llegamos al acuerdo intermedio de utilizar un botón de pánico. Si yo lo activaba, no se oiría ningún ruido, pero sonaría una alarma en la comisaría de Carrigaline, cuyos miembros estaban alertados al respecto. Los agentes llegarían en cuestión de minutos.

La noche después de la presentación en la librería, el viernes 6 de septiembre, el Hombre Nada volvió a la escena de su último crimen hacia las tres de la madrugada. Yo no duermo bien y estaba despierta cuando él entró por la puerta trasera. Debía de estar a diez metros de mí. Apreté el botón de pánico, extendí una vieja manta sobre mi cama y subí corriendo a mi antigua habitación, la que compartía con Anna. Durante varios minutos escuché los ruidos que hacía al moverse por la planta baja, luego un silencio sospechoso que atribuí acertadamente a que estaba subiendo por la escalera. Lo vi aparecer en el umbral de la habitación, enmascarado y con la pistola en ristre, y comprendí que estaba viendo exactamente lo mismo que las mujeres sobre las que había escrito —Alice O'Sullivan, Christine Kiernan, Linda O'Neill y Marie Meara— habían visto en su momento.

Lo que había visto mi madre.

Lo que había visto Anna.

De un modo extraño, me sentí más cerca de ellas. Con ellas. Me sentí parte de su exclusivo y espantoso club.

Pero no estaba asustada. Francamente, lo que sentí fue alivio, porque aquello que me había aterrorizado toda mi vida por fin estaba ocurriendo, lo cual significaba que nunca más tendría que vivir aterrorizada.

La noche que murió, Jim Doyle tenía sesenta y tres años. Había estado casado más de tres décadas con su esposa, y su única hija estaba a punto de empezar el segundo año en la universidad. Vivía en una anodina casa semiadosada de una urbanización del

sur de Cork City conocida por los elevados precios de la propiedad y por la calidad de sus colegios. Había sido policía, pero no uno demasiado bueno. Después de lo de la taza arrojada a su superior había habido otros incidentes, aunque no tan graves, y durante la mayor parte de su carrera en el cuerpo lo habían destinado a «hacer papeleo», excluyéndolo de cualquier tarea que no fuera insignificante. El día que alcanzó los treinta años reglamentarios, se retiró.

Había signos de que estaba desmoronándose, perdiendo el control que había mantenido tantos años. No tengo ni idea de si fue este libro lo que provocó tal efecto, pero en su casa se encontraron nada menos que tres ejemplares. (Uno de ellos incluso con notas manuscritas en su interior.) Unas horas antes de que llegara a mi casa para matarme, lo despidieron de su puesto de guardia de seguridad en un supermercado a raíz de las quejas de varias clientas a las que había incomodado. Al recibir la noticia, había agredido a su jefe de un modo estrafalario, metiéndole comida a la fuerza en la garganta. Aquella misma mañana, la pareja de la casa contigua, Derek y Karen Finch, llamó a la Gardaí para denunciar que alguien estaba intentando envenenar a su perro. Llevaron a los agentes unas galletas para perro; dentro de ellas encontraron restos de veneno para ratas. En el cobertizo del jardín de Doyle se encontró una bolsa de ese mismo veneno, así como un viejo aspirador cuya bolsa contenía restos de ADN que coincidían con los de Linda O'Neill, Marie Meara y mi madre. Cuando la Gardaí interrogó a la esposa de Doyle, la mujer presentaba heridas visibles en un lado de la cara. Solo abrió la boca para decirles a los agentes que no pensaba hablar con ellos, que no sabía nada sobre el Hombre Nada.

Doyle había nacido en Castlebar, condado de Mayo, en julio de 1956, siete meses después de que se casaran sus padres. Sean Delaney tenía entonces cuarenta y dos años, frente a los veintiuno de Emer Doyle. Tras la boda, Emer se trasladó a la granja Delaney. No existe ningún documento sobre cómo fue su matrimonio ni queda nadie vivo que nos lo pueda contar, pero sí sabemos esto: Delaney era conocido en el pueblo como un tipo al que la bebida lo enloquecía —un borracho violento—, y el 26 de diciembre de 1961 le pegó un tiro en la cabeza a su esposa y luego se disparó a sí mismo. Jim, de cinco años, no resultó herido, pero pasó dos días solo en la casa hasta que un vecino dio la voz de alarma. Cuando la Garda entró, se encontró al niño profundamente dormido en la cama, acurrucado junto al cuerpo ensangrentado y sin vida de su madre.

Después, enviaron a Doyle a vivir con la hermana de su madre, Agnes, en Rathmines, un suburbio de Dublín. Ella le puso el apellido de su madre y lo inscribió en la escuela local, donde fue un buen alumno, aunque no excepcional. Agnes era una mujer soltera a la que le gustaba salir; los sábados por la noche, el pequeño Jim quedaba a cargo de niñeras adolescentes. Una de ellas, Jean Long, se puso en contacto conmigo después de su muerte. Me lo describió como un niño intenso que se

convirtió en un adolescente un tanto inquietante, proclive a mirar fijamente y a decir cosas inapropiadas de carácter sexual. En una ocasión intentó tocarle los pechos.

En cuanto cumplió los dieciocho, en 1974, Doyle probó a enrolarse en el ejército, pero no superó la prueba física. Agnes murió repentinamente al año siguiente, en abril de 1975, de un aneurisma cerebral. Luego los registros públicos pierden el rastro de Doyle durante más de una década, hasta el certificado de matrimonio que marca su boda con la joven de dieciocho años Mary White (no es su verdadero nombre), natural de Enniskerry, condado de Wicklow, en enero de 1986. Meses más tarde, Doyle se incorporó a la Gardaí.

¿Por qué hizo lo que hizo? No pude preguntárselo. La Unidad de Operaciones Especiales irrumpió en la habitación, vio que Doyle estaba armado y lo mató de un disparo antes que pudiéramos decir nada ni él ni yo. Quizá sí tengamos, sin embargo, una respuesta a la pregunta de por qué lo dejó, por qué el ataque a mi familia fue el último. La doctora Weir dijo que uno de los motivos de que los asesinos en serie dejen de matar es que «se hacen viejos», y Doyle en 2001 tenía cuarenta y cinco años. Pero también afirmó que en ocasiones lo dejan debido a un cambio de circunstancias. Ese 2001 es también el año en el que nació su hija.

La versión abreviada de la vida de Jim Doyle es que fue un hombre totalmente mediocre. Fracasó en todo lo que intentó. No consiguió entrar en el ejército, no ascendió en el cuerpo de policía e incluso lo despidieron del supermercado donde trabajaba como guardia de seguridad. Desde mi punto de vista, las heridas que presentaba su esposa el día de su muerte indican que había fracasado también como marido, y el hecho de que su hija tenga que vivir el resto de su vida sabiendo quién fue realmente su padre demuestra que resultó ser además un fracaso como padre. Caía mal a todos los que le conocían; físicamente, su mejor edad había quedado atrás hacía mucho tiempo. A falta de otra información, parece que el motivo para cometer sus crímenes es el estándar en asesinato múltiple: la misoginia. No le gustaban las mujeres porque él no les gustaba a ellas. Incluso en eso resulta mediocre, lamentablemente. Como señaló la doctora Weir, «el Hombre Nada» es un apelativo extraordinariamente adecuado para un asesino múltiple. «Cuando lo encuentre —me había dicho—, seguramente se quedará estupefacta al comprobar hasta qué punto ese hombre no es nada.» Tenía toda la razón.

Hace unos meses, Ed me dio un libro titulado Apetitos salvajes: cuatro historias verídicas de mujeres, crimen y obsesión, de Rachel Monroe. En la portada había una foto de una niña pequeña muerta; vestía con un vestido amarillo, su cara y su pelo oscuro estaban manchados de sangre. Solo al mirarla bien caí en la cuenta de que era una muñeca. Miré a Ed inquisitivamente, casi preguntándome si había perdido el juicio. Él me señaló una página que había marcado con un pósit. Al abrirla, encontré una frase

subrayada a lápiz con un trazo emborronado: «Me compraste un billete para un planeta en el que vivo sola». Ese pasaje formaba parte de una sección del libro titulada: «La víctima». El shock que sentí al reconocerme fue como una descarga eléctrica.

Durante años había coleccionado descripciones de pena y aflicción, buscando alguna que pusiera en palabras lo que sentía, porque por mí misma no era capaz de encontrarlas. Sin embargo, ninguna me había acabado de encajar. Ahora sé por qué. Lo que yo sufrí a raíz del ataque del Hombre Nada no era pena. No era solo eso. Perder a un miembro de tu familia por enfermedad, accidente o vejez, aunque sea igualmente doloroso, implica un tipo de dolor diferente que perder a un ser querido por un crimen violento. Ese dolor es mucho más complejo. Hay muchísima menos gente capaz de identificarse con él, lo cual te aísla de los demás. Yo he estado aislada desde que tenía doce años. No sé lo que se siente al no estarlo.

También cargo con una gran culpa. Me gustaría haber actuado de otro modo aquella noche. Me gustaría haberle contado a alguien lo de la cuerda y el cuchillo. Yo fui la única que salió viva y no me lo merezco. Si alguien tenía que haber sobrevivido a aquel horror, tendría que haber sido mi hermana, o mi madre, o mi padre. ¿Por qué no hice algo? ¿Por qué no bajé corriendo por la escalera para dar la alarma? ¿Por qué no protegí a mi hermana? ¿Cómo puedo considerarme una víctima o una superviviente cuando a mí no me pasó nada, cuando ni siquiera resulté herida?

¿Y qué hice con esa bendición, con esa escapatoria, con todo este tiempo? Hasta hace muy poco, nada. Avancé sonámbula por la vida. Más que vivir, existía. Me rendí al dolor, lo cual, a su vez, generó todavía más culpa. Porque tengo la certeza de que si Anna hubiera vivido, estaría exprimiendo cada minuto. Tendría una familia y una profesión, sería una persona maravillosa que daría tanto, si no más, de lo que recibiera. Sería «digna» de haber sobrevivido al Hombre Nada. Por mi parte, tengo la sensación de que nunca lo seré. La gente me dice que me perdone a mí misma, pero, créeme, es más fácil decirlo que hacerlo.

Entre tanto, lo único que puedo hacer es intentar aprovechar al máximo mi estancia en este mundo. El principio fue escribir este libro. Mi madre, mi padre y Anna están inmortalizados en él. Todo el que lo lea sabrá que existieron. Escribir este libro también contribuyó a atrapar al hombre que se los llevó. Y curiosamente, sin que me diera cuenta, me sirvió para conocer al hombre maravilloso que a principios de este año se convirtió en mi esposo. Dentro de unas semanas llegará nuestra hija.

Una amiga me dijo hace poco que cuando nuestra hija alcance la edad que yo tenía la noche en la que entró el Hombre Nada en nuestra casa, me daré cuenta de lo inocente y lo pequeña que eres a los doce años, entenderé hasta qué punto persiste la niñez incluso cuando estás a paso de convertirte en una adolescente, y comprenderé por fin lo joven que yo era en aquella época. Mi amiga dice que si todavía no lo he hecho, entonces me perdonaré a mí misma. No sé. Ya lo veremos.

Hace casi diecinueve años, Jim Doyle me compró un billete para un planeta en el que tuve que vivir sola. Yo no quería ir allí, pero no me quedó más remedio. Era demasiado pequeña y me sentía demasiado aturdida para recordar el viaje siquiera, así que me quedé completamente perdida, desorientada e incapaz de encontrar el camino de vuelta. Aún sigo aquí. Hasta hace poco, me había resignado a la idea de que sería para siempre.

Pero ha sucedido algo imprevisto. Ha llegado un visitante que conoce el camino de regreso. Dice que me llevará con él. Nos iremos muy pronto. Finalmente voy a conseguir volver a casa.

EVE BLACK
Dublín 2020

Agradecimientos

Gracias a la gente que sigue haciendo posible que me dedique al trabajo de mis sueños: mi agente, Jane Gregory, y todo el equipo de David Higham, Corvus / Atlantic Books, Blackstone Publishing y Gill Hess Ltd. A Sara O'Keefe gracias, gracias, gracias, gracias (¡una por cada libro!). Te deseo lo mejor en tus nuevas aventuras. Gracias a Casey King, asesor extraordinario de procedimientos de la Garda, y a mis seguidores de Twitter que se ofrecieron a dejarme utilizar sus nombres en la página de agradecimientos de Eve. A mi colega en la escritura de misterio Mason Cross (y Pearl Jam) por el título, que resultó ser un nombre perfecto no solo para el libro, sino también para Jim. A los libreros, críticos y lectores que tan amablemente apoyan mi trabajo: lo agradezco profundamente. A Hazel Gaynor y Carmel Harrington por mantenerme cuerda, entretenida y con excusa para beber vino francés del 75. A mi madre, mi padre, John y Claire, por todo…, aunque, bueno, la verdad, no deberíais mover los libros en las librerías a menos que trabajéis allí, ¿vale? Ya hemos hablado de eso…

Puedes comprar de verdad el pin con los labios de *Let's talk about serial killers* [«Hablemos de los asesinos en serie»] (yo conseguí el mío a través de Krystan Saint Cat), pero *Hey! Ted Bundy isn't hot* [«¡Eh! ¡Ted Bundy no es *sexy*!»] se imprimió en realidad en un sacacorchos (también de Krystan) y *Talk true crime to me* [«Habla de crímenes reales conmigo»] figuraba en una felicitación que compré en Greenwich Letterpress en Nueva York.

Saqué la idea para *El Hombre Nada* leyendo *El asesino sin rostro*, de la difunta Michelle McNamara, menos de una semana después de que Joseph James DeAngelo fuese detenido en California. Te animo a leerlo si no lo has hecho ya, y a escuchar *Evil Has a Name*. También te recomiendo encarecidamente el libro de Rachel Monroe *Apetitos feroces*.

Finalmente, una advertencia: esto es una obra de ficción, lo cual significa que me lo he inventado todo, incluidos los hechos.

Título original en inglés: The Nothing Man

© 2020, Catherine Ryan Howard

Primera edición: marzo de 2023

© de la traducción: 2023, Santiago del Rey
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788419449610

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.